

YAIZA CASTRO

# Una mirada en un andén azul



# UNA MIRADA AZUL EN UN ANDÉN

Yaiza Castro

UNA MIRADA AZUL EN UN ANDÉN

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del autor. La infracción puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 del Código Penal y ss.)

Todos los derechos reservados.

Título original: Una mirada azul en un andén.

Copyright © 2019 Yaiza Castro

Diseño de portada: Adyma Desing.

Imágenes de portada: Adobe Stock

Pexels: Guillermo Arroyo.

Obra registrada en el Registro General de la Propiedad Intelectual.

Para los que ya no están.  
Nos veremos al final del camino,  
junto a las estrellas.

Una vez, azar.  
Dos, casualidad.  
¿Y tres?  
Destino, Hans. Destino.

¿En qué momento decidimos romper todas nuestras barreras y confiar ciegamente en alguien?

Carla le daba vueltas a esta cuestión que había escuchado la tarde anterior en el tren de vuelta a casa, mientras observaba cómo el amanecer se filtraba lentamente en su habitación, iluminando cada rincón de la estancia. Se dio la vuelta en la cama, reflexionando sobre ello. ¿Qué hace que bajemos todas nuestras defensas ante otra persona? ¿Qué provoca que olvidemos nuestros instintos más básicos de supervivencia frente a un desconocido? Se levantó de la cama, sin tener clara una respuesta, y se acercó hasta la ventana, viendo cómo la luz envolvía cada línea y cada curva del paisaje con el brillo perfecto para resaltar todos sus matices. Era su momento preferido del día. La hora blanca, la llamaban los fotógrafos, la hora de la luz perfecta.

Puso la mano en la ventana, dibujando con el dedo índice los contornos de la sierra de Amurga, que rodeaba la provincia de Pinar, y que se alzaba orgullosa en el horizonte, y suspiró. Echaba de menos pasear entre sus árboles y sentir la suave humedad de la laurisilva. El impacto visual del negro picón de los volcanes con el verdor de los pinos, la explosión cromática de los tajinastes en flor. El aroma de los escobones y las retamas amarillas. El viento. Apartó con suavidad la mano de la ventana, y miró hacia el sillón de su dormitorio, donde las carpetas se acumulaban, y la realidad se impuso. Tenía un duro día de trabajo por delante. Balances, reuniones, entrevistas...la jornada iba a ser extenuante, como venía siendo habitual durante los últimos meses.

Pero había que hacerlo. Llevaba trabajando en la compañía de telefonía móvil desde que cumplió los dieciocho años, sin más motivación que la mera supervivencia. Sus padres habían sido despedidos de la empresa en la que llevaban casi quince años trabajando casi de un día para otro, y su tranquila existencia se desmoronó como un castillo de naipes de la noche a la mañana. Aún tenía grabadas a fuego las frases con las que los directivos de la empresa llenaron la carta de despido de sus padres.

«Los resultados no son los esperados, nos trasladamos a otro país, tenemos que reducir la plantilla, les agradecemos el servicio prestado, la situación mejorará...»

Las excusas se contaron a cientos, y las caras de angustia y desesperanza, también. La realidad se impuso con su marcial paso y barrió de un plumazo todos los planes, todos los sueños, y hubo que tomar decisiones. Decisiones que no gustaron a nadie, pero que hubo que afrontar. Ya no podían asumir el pago de la hipoteca, ni la compra, ni las facturas que se acumulaban en un cajón de la cocina.

Carla abandonó la carrera de Económicas que estudiaba para empezar a trabajar como comercial en una compañía de telefonía móvil, pensando que en un par de años la situación mejoraría y podría retomar su vida donde la dejó. Pero transcurrieron dos, tres, cinco, seis años...y el horizonte seguía tan oscuro como al principio. Hasta que el destino decidió lanzar dos buenas cartas. Su padre encontró trabajo como contable en una pequeña empresa de exportaciones, y a ella la ascendieron a jefa de equipo, convirtiéndola, con apenas veinticinco años, en la directiva más joven desde que se fundó la compañía. Su esfuerzo, su cansancio, sus lágrimas, obtenían al fin recompensa.

Era feliz. O al menos, lo intentaba.

Estiró los brazos, desperezándose, y se encaminó al baño, donde una fresca ducha la preparó para afrontar el día que tenía por delante. Se puso un fresco vestido azul plisado, sandalias de tacón, se cepilló su larga melena azabache a conciencia y enmarcó sus oscuros ojos con una gruesa línea de *kohl* negro. Salió del baño, dispuesta a disfrutar de un delicioso desayuno, cuando el olor a quemado la puso en alerta.

«Oh, no. Otra vez, no.»

Entró corriendo en la cocina, encontrándose la cafetera que borboteaba furiosa sobre la vitrocerámica, y a su padre sentado en la mesa, abstraído. Manoteó al aire, y bufó.

—¡Papá, la cafetera!

—No, cariño, ese vestido no te hace gorda en absoluto —respondió él, distraído, sin levantar la vista del dispositivo que tenía entre las manos—. Estás perfecta, hija.

—¿Pero qué...?! —refunfuñó, apartando la cafetera y la humareda al mismo tiempo— ¡Papá! ¡La cafetera!

—¿Qué?

—La cafetera se estaba quemando. ¿Es que no lo has visto?

—Oh, cielo santo, ni me acordaba de que tu madre me había dejado a cargo del café mientras se vestía.

—Me imagino que no —exhaló, haciendo un gesto de escarnio—. Por poco quemas la cafetera y la casa entera. Suerte que yo estaba aquí.

Fijó la vista en lo que había distraído a su padre, y puso los ojos en blanco. Había desconfigurado la tableta electrónica. Otra vez. Y ya iban tres veces en lo que iba de semana. ¿Por qué no dejaba de tocar botones al azar cuando se ofuscaba con el aparato? Resignada, puso un par de rodajas de pan en la tostadora, accionando la palanca, y se sentó junto a él.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó, señalando el dispositivo.

—Más bien qué no ha pasado. Como mañana hay partido, quería asegurarme de que este chisme funcionase bien. Así que lo cogí, di al botón de encendido, después a este, y a este otro, y entonces ¡Plop! El maldito trasto dejó de funcionar, ¿te lo puedes creer? Este trasto me odia, Carla, no sé por qué me lo regalaste.

—Porque me lo pediste para ver los partidos de fútbol en esa extraña página coreana en la que te metes. Anda, trae, que te lo arreglo —dijo, alargando el brazo, y empezó a teclear rápidamente en él.

—Cierto. Y gracias a esa extraña página, jovencita, tu padre no se ha perdido ni un solo partido de la *Champions League*.

Carla suspiró. Los días de partido eran todo un acontecimiento en su casa, y su madre y ella soportaban estoicamente el constante parloteo de su padre y los vecinos que venían a ver el partido, y la recreación posterior de todas las jugadas sobre la mesa de la cocina usando todo tipo de frutas y verduras para ello. Aún recordaba cómo su preciosa piña tropical fue troceada para recrear un amistoso España-Croacia del que aún no se había recuperado. En ese momento su padre se levantó, y fue hasta la nevera, sacando la leche.

—Por cierto, hija, ayer llamó tu primo Mateo cuando estabas en el trabajo.

—¿Mateo? —se levantó casi de un brinco—. ¿Está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Pasa que se va a casar, por fin.

—¿Se casa?! ¿Cómo que se casa? ¿Con quién?

—Pues con Samuel, su novio de siempre, Carla, con quién va a ser.

—Oh, Dios mío, tengo que llamarle enseguida.

—Yo que tú esperarías hasta las doce de la mañana. Ahora debe estar dormitando como una marmota en su cama.

Carla asintió, dándole la razón. Conociendo a su primo, sería incapaz de



articular dos palabras con sentido antes del mediodía. Era como si hibernara. El perfume de su madre llegó a ellos antes que su presencia, y se giraron hacia allí para verla apoyada en el umbral de la puerta, con sus azules ojos se posándose en los oscuros de su hija.

—Buenos días...¿Pero qué es ese olor?

—Tu marido, que por poco nos mata —respondió Carla, con fingida calma, tendiéndole el dispositivo a su padre.

—¡Tomás! ¿Pero no te había dejado a cargo del café?

—Sí, cariño, y como ves, le he dado mi toque particular.

—Pues espero que disfrutes de tu ennegrecido toque particular cuando friegues la cafetera.

—Oh, vamos, Tere.

Carla se rio, y cogió sus cosas. El despiste crónico de su padre y la infinita paciencia de su madre siempre la hacían reír. Se despidió de ellos, y tomó el tren de cercanías. Se puso los auriculares, dispuesta a disfrutar de la música de los Black Stone Cherry hasta llegar a su parada. Siguió el ritmo de esas pegadizas canciones hasta que por megafonía anunciaron la parada del barrio de Robledo, también conocida como la parada de los cuellos blancos, en alusión al color de las camisas de la gente que trabajaba allí. Ejecutivos, ejecutivas, esposas de ejecutivos, maridos de ejecutivas, hijos de unos y otros, amantes de unos y otros. El dinero casi podía olerse en el ambiente. Con el paso del tiempo, Carla había aprendido que solo hay un escollo insalvable en este mundo, y es el dinero. Aunque se disfrace, se camufle, y finja obviarse, siempre termina saliendo a la luz. Siempre.

Cuando el último de aquellos viajeros se hubo bajado al andén, el tren reanudó su marcha, y llegó al barrio de Hayedo, ese barrio acomodado lleno de oficinas donde ella trabajaba. Salió al andén casi empujada por el resto de pasajeros, haciendo acopio de todo su ánimo para la nueva jornada, y avanzó entre aquella turba de gente con prisas hasta que llegó a la acristalada puerta de su edificio, donde el logo '*Start moving*' saludaba desde la entrada. Cruzó la puerta, y la cantarina voz de Herminia cruzó el recibidor.

—Buenos días, Carla. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —respondió, llegando al mostrador de la pizpireta recepcionista—. ¿Qué tal tus hijos?

—Se van de viaje la próxima semana. ¡A Costa Rica, ni más ni menos!

—Bueno, dicen que es muy verde y frondosa.

—Verde, verde... —refunfuñó—. ¿Sabes qué color veré yo en todo esto?

Rojo. Rojo de cómo me van a dejar esos insensatos la cuenta corriente. Esos dos cabezas huecas me van a dejar en la ruina un día de éstos, ya verás. Aún tengo el susto metido en el cuerpo de cuando se fueron a Hawai y los tuvieron que sacar en helicóptero de allí.

—No fue culpa suya que el volcán entrara en erupción. Además, evacuaron a media isla, no solo a ellos.

—Yo sí que voy a entrar en erupción un día con esos dos inconscientes. ¡Bum! Explotaré y no va a haber nada en este planeta que pueda evacuarlos lejos de mí, ni helicópteros, ni barcos, ni el *Air Force One*. ¡Nada!

—Ay, Herminia —se rio Carla, asintiendo.

—Tiempo al tiempo, ya lo verás. Bueno, toma tu correo —dijo la mujer, tendiéndole varios abultados sobres—. Y por cierto, Luis Déniz, tu jefe, me dijo que la reunión de las diez se adelanta a las tres de la tarde.

—¿Qué? ¡Oh, no me lo puedo creer!

—Sí, ya lo sé, angelito —dijo la mujer, ante el gesto de la chica—. Lo único que te puedo recomendar es paciencia para soportar a esa panda de insufribles. Cada día los aguanto menos, te lo juro.

Carla asintió, con gesto de hartazgo, cuando algo la hizo saltar como un resorte al acordarse del mayor insufrible de todos.

—¿Ignacio Aranda también irá?

—No, tiene un almuerzo importante con los millonarios de sus padres. Cosas de la *jet set*, ya sabes.

—Mejor —dijo, enérgica—, así no tendré que soportarle.

La recepcionista rio, conocedora de la mala relación entre ellos, y le hizo un gesto de apoyo.

—Que pases un buen día, guapa.

—Tú también, Herminia.

Carla volvió a su despacho, pensando en Ignacio Aranda, el cretino que hasta hacía poco había sido su jefe. Sus padres manejaban casi toda la industria inmobiliaria de la provincia, y fue gracias a ellos que su hijo consiguió el puesto de jefe de equipo sin haber tenido que emplear varios años en ganárselo, como ella. Tenía veintiocho años y era atractivo, muy atractivo. Tenía profundos y oscuros ojos marrones, y un punto de arrogancia salvaje que provocaba que todas las mujeres de la empresa suspiraran por él. Todas, excepto ella, claro.

Era un gran comercial, no se podía dudar, y un auténtico lince en cuanto a la búsqueda de oportunidades de negocio. Los equipos que estaban bajo su

supervisión siempre lograban holgadamente sus objetivos. Era bueno en su trabajo, más que bueno, era excelente. Pero todo eso quedaba ensombrecido debido a su fama de depredador emocional. La situación con ella se fue tensando de tal manera, que más de una vez los habían reunido desde Dirección para intentar que limaran sus asperezas, sin éxito alguno, hasta que una mañana, Luis Déniz, uno de los jefes, la propuso precisamente a ella como nueva jefa de equipo. Carla aún recordaba el portazo que dio Ignacio al salir de aquella sala por lo que su ascenso suponía. Ahora eran iguales, y podía enfrentarse a él sin miedo.

Llegó a su despacho, alejando los pensamientos de Ignacio de su cabeza, y cerró la puerta, dejando escapar un suspiro ante las montañas de carpetas e informes pendientes que se acumulaban en su mesa. Se sentó en la butaca, tirando el bolso junto a ella, y se sumergió en la tarea de responder correos y llamadas hasta que dieron las siete de la tarde, y apagó el ordenador, exhausta. Estiró los brazos por encima de la cabeza, cuando una presencia en la puerta de su despacho la alertó. Miró hacia allí, reconociendo a la figura rubia y risueña que la observaba desde sus inmensos ojos claros, y sonrió.

—Hola, Paula.

—Hola, jefa, ¿Qué tal todo?

—Ya ves —sonrió, bajando los brazos—. Tengo un día de las tres 'A'. Atareada, agobiada y atacada de los nervios.

—Bueno, hoy al menos no tienes que sumar la cuarta 'A', por Aranda.

—Si eso llega a ocurrir, habría que sumar la quinta 'A' —estiró la comisura de la boca al ver la expresión interrogante de su amiga, y suspiró, con gesto maléfico—. Por asesinato, Pau.

La rubia soltó una carcajada, y Carla le guiñó el ojo. Paula y ella se habían conocido al poco de empezar en la empresa y habían cimentado su amistad a base de tardes de cafés, noches de alcohol, cotilleos y mucho, mucho, sarcasmo. Paula era su pilar fundamental para aguantar en la empresa, y viceversa. Eran más que compañeras. Eran confidentes.

—Por ese comentario podrían despedirte, ¿lo sabías?

—Cuento con tu silencio, Paula. Conozco todas tus artimañas para robar sándwiches de la máquina de descanso, y por eso también podrían echarte.

—Maldita.

—Ya ves —se rio. Se inclinó sobre la mesa, dispuesta a empezar una charla sobre lo malo que era el café de la cafetería, cuando vio la expresión de su amiga, y cerró la boca al instante. Conocía esa cara. Por supuesto que la

conocía—. Suéltalo, venga.

—¿Qué?

—Oh, vamos, Pau, te conozco, y conozco esa cara —se reclinó en la butaca—. Vienes a pedirme algo, ¿Verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Paula...

—Está bien, como me conoces, maldita. El caso es que las de marketing, ya sabes lo cotillas que son, me acaban de decir que han visto entrando a un chico guapísimo al departamento de recursos humanos para una primera entrevista para uno de los puestos de comercial.

—Ya —dijo Carla, con fingida indiferencia—. Y seguro que pretendes que use mis contactos para que ese chico misterioso termine formando parte de nuestro equipo, ¿A que sí?

—¿Puedes hacer algo así? Me refiero a...

—Puedo enterarme de quién es, pero de ahí a contratarle va un mundo, cariño.

—Por favor, no te lo pediría si no...

—Si no te hubieses enamorado de su estupendo cuerpazo, ¿no?

—Necesito ver ese trasero otra vez o moriré de pura lujuria insatisfecha, lo juro. Oh, vamos, Carla, por favor. Es cuestión de vida o muerte.

La rubia juntó las manos en un gesto de plegaria, y Carla arqueó una ceja. Era demasiado, incluso para una chiflada como Paula.

—Te estás comportando como una lunática, ¿lo sabías?

—Arderás en el infierno si le niegas a una moribunda de amor como yo su último deseo.

—Está bien —se rio—, tú ganas. Llamaré a recursos humanos y diré que necesito que me envíen a ese candidato porque mi amiga Paula está suspirando de amor por el trasero de un desconocido.

—Oh, gracias, cariño. No te arrepentirás, ya lo verás.

—Eso espero. No quiero tener que admitirte en mi selecto club de la abstinencia forzosa como tesorera.

—Oh, por Dios, no. Antes de eso, me lio con cualquiera de los contabilidad, y eso, viniendo de mí, ya es decir. Esos pequeños pandas ojerosos solo despiertan mi lado más maternal.

Carla asintió, riéndose, y despidió a su amiga con la mano. Encendió otra vez el ordenador para enviarle un correo al departamento de recursos humanos y desvelar así la identidad del atractivo desconocido. Lo cierto es que Paula

había conseguido despertar su curiosidad. Veinte minutos después, y tras pedir algunos favores, consiguió al fin desvelar la identidad del misterioso joven de cuerpo celestial, y ponerlo en la lista de candidatos para formar parte de su equipo. El joven respondía al nombre de Gael Fernández, tenía veintiocho años, y, casualmente, optaba a uno de los puestos de la división comercial empresarial, el área en el que ella trabajaba. Sonrió, satisfecha, y anotó ese nombre en su agenda para el día siguiente. Gael. Seguro que Paula se lo agradecería infinitamente, y rogaba con que lo hiciera con una tarde de compras.

Puso rumbo a la estación de tren, donde fue rápidamente engullida por una marea humana, y se metió casi a presión en el atestado convoy. Se puso los auriculares, activando la música de Haevn, y se aferró a la barra, mirando distraída al resto del pasaje. Todos parecían ansiosos por llegar a casa, con esa expresión cansada y triunfal de haber venido de una batalla y haber vencido. Solo que el premio era el sofá y una cerveza, con suerte.

El suave ruido de frenos anunció que habían llegado a otra parada. Se giró hacia el andén, reconociendo al instante las chaquetas, los exclusivos trajes, los negros maletines, y las expresiones vacías y frías. Estaban en el barrio de Robledo, la parada de los ricos. Estiró la espalda, mientras veía a través de la ventana el pequeño atasco que empezaba a formarse en las escaleras, y suspiró. ¿Por qué la gente tiene tanta prisa en las estaciones de tren? Estaba a punto de desviar la vista, cuando unos tatuajes orientales captaron toda, absolutamente toda, su atención. Miró hacia ese trozo de piel grabada a tinta, y entrecerró los ojos, estudiándolos con atención. Eran preciosos, ni muy grandes, ni muy pequeños. Eran perfectos. Iban desde la cara interna de las muñecas hasta los codos.

Y entonces lo miró a él. Tendría unos treinta años, y sus suaves facciones nórdicas componían un rostro atractivo y sereno. Sujetaba una chaqueta oscura sobre el hombro con apenas dos dedos, dejándola caer sobre su espalda, en actitud despreocupada, y la camisa blanca de botones que llevaba iluminaba una mirada que destilaba inteligencia. Los tatuajes daban un contrapunto rebelde al cuidado aspecto del joven, que parecía propio de un hombre de negocios. Le vio pasarse la mano por la fina y cuidada rubia barba que se deslizaba por su cuadrada mandíbula, y se giró hacia ella, posando sus oceánicos ojos en los suyos, y el más feroz y ardiente fuego recorrió su cuerpo por completo, incendiando hasta la última de sus células. ¿Qué era aquello? ¿Por qué quemaba?

Exhaló, sin darse cuenta de que lo había hecho, y se mordió el labio con fuerza, sintiendo cómo la electricidad bailaba dentro de su cuerpo un extraño compás. ¿Qué era ese vacío en su estómago? ¿Por qué el corazón le latía a toda velocidad? ¿Por qué tenía la boca seca? ¿Por qué...por qué temblaba de pies a cabeza? ¿Qué le estaba pasando?

En ese momento el tren arrancó y ella se apoyó otra vez contra el cristal, con una extraña sensación de zozobra azotando todas y cada una de sus terminaciones nerviosas, y una preciosa canción sonaba de fondo. Se giró otra vez hacia allí con disimulo, pero el joven había desaparecido. Su misterioso rubio de ojos azules acababa de esfumarse como un fantasma. Se colocó la larga melena oscura hacia un lado, y suspiró, nerviosa, con el recuerdo de esa mirada azul en aquel andén que la habían hechizado por completo y que le decía que la magia, y la luz, aún existían.

## 2

Los últimos coletazos de la fresca noche la despertaron al día siguiente. Se estiró en la cama, mirando el amanecer, y su mente voló, sin proponérselo, hacia el chico de los ojos azules de la tarde anterior, y se preguntó si en ese instante él estaría pensando en la joven morena de ojos oscuros que había visto en un andén y a la que se había quedado mirando como si fuese la única mujer de la tierra. Negó mentalmente con la cabeza, reprendiéndose por ser tan ingenua, y se levantó de la cama.

Tras un rápido desayuno, una ducha que no terminó de despejarla y un breve desayuno con sus padres, salió de su casa camino a la estación de tren, donde el olor a cerrado y prisas le dieron la bienvenida a un nuevo día. Se aferró a una de las barras, pensando en todo lo que tenía que hacer esa mañana, mientras seguía el ritmo de una canción de SYML que sonaba en sus auriculares y daba golpecitos con la uña en el apoyabrazos. Desde dirección habían decidido cambiar, a última hora del día anterior, una oferta que comprendía varios servicios y ella tendría que buscar, uno por uno, todos los contratos que ya se habían firmado con la oferta anterior, anularlos en el sistema, avisar a los clientes para anunciarles los nuevos servicios y rogar para que los aceptaran. Iba a ser agotador.

Resopló, mientras la suave y envolvente música la mecía, cuando el tren llegó a la parada de Robledo. Sus ojos observaron con detenimiento a todos los viajeros, buscando al misterioso hombre de los tatuajes del día anterior, pero no lo encontró por ninguna parte. ¿Dónde estaría? Quizás había perdido el tren y llegaría en el siguiente. Quizás. O quizás tenía el día libre. Frunció los labios, pensativa. Quizás si salía hoy a la misma hora que el día anterior, lo vería, y, quién sabe, hasta podría entablar una pequeña conversación con él. Eso, o volver a fundirse en un duelo de miradas hasta que uno de los dos ardiera por combustión espontánea, que también podría ser.

El tren se puso en marcha otra vez, y llegó al barrio de Hayedo. Su cuerpo y su mente activaron el modo automático en cuanto cruzó las puertas. Pasó el día revisando el trabajo de los nuevos empleados, concertando nuevas citas con

clientes, haciendo balances, respondiendo correos y llamadas...ni siquiera pudo tomarse el café que tenía pendiente con Paula, ni hacer una fugaz visita al despacho de los nuevos empleados para saludar a su nuevo equipo, ni apenas comer, ni apenas...nada, no pudo hacer nada porque su mesa, la bandeja de correos y su teléfono parecieron aliarse en su contra, y no le dieron un solo segundo de respiro, hasta que a las siete de la tarde, una llamada a su teléfono móvil la distrajo, y sonrió al ver el nombre de Paula en la pantalla.

—Hola, Paula.

—Hola, jefa, ¿Qué tal? Solo llamaba para interesarme por tu bienestar.

Carla se rio, negando con la cabeza.

—Sí, claro, menudo detalle. Qué buena amiga tengo, cielo santo.

—Oh, no, soy yo la afortunada por tenerte en mi vida. Iluminas mi existencia, jefa.

—Sí, claro —se carcajeó—. Está bien, hoy es tu día de suerte, Pau.

—¿Tienes noticias del macizo?

—Ya lo creo —un chillido de su amiga la hizo apartarse del teléfono—. Les dije a los de recursos humanos que mi amiga Paula necesitaba ver ese cuerpo serrano otra vez, o se tomaría una baja laboral por depresión, y no tuvieron más remedio que acceder a darme todos sus datos.

Paula lanzó un leve aplauso, y varios atropellados “Eres la mejor, jefa, la mejor”, que Carla tuvo que acallar con un sonoro carraspeo antes de informarle de sus avances.

—Bueno, a ver, no te emociones, que tiene que pasar la entrevista.

—No te arrepentirás si decides contratarlo, ya lo verás.

—Eso espero, Paula. Y ahora te dejo, que tengo que seguir trabajando.

—Gracias otra vez. ¡Ay, qué ilusión!

Carla colgó, riéndose, y apagó el ordenador, mirando la montaña de papeles que seguían acumulándose en su mesa. Mañana seguiría con todo lo que tenía pendiente. Echó la cabeza hacia atrás, estirando los brazos, cuando una silueta en la puerta la hizo detenerse de golpe. Ya sabía quién era, por supuesto que lo sabía. Ignacio Aranda, cómo no. Sus ojos se alzaron hasta la puerta, donde lo vio apoyado con gesto altanero en el umbral, dejando ver sus marcados bíceps a través de la ceñida camisa de botones blanca que llevaba. Inspiró, recogiendo sus cosas, y caminó hasta allí, con decisión.

—Hola, Álvarez.

—¿Qué demonios quieres, Aranda? —preguntó, altanera, alzando el mentón.

—Solo venía a ver la placa que te han puesto en la puerta. 'Carla Álvarez,



responsable comercial'. Parece que haces algo importante aquí dentro.

—Y lo hago, como puedes ver. En estos momentos estoy echando a un cretino de mi despacho.

Se levantó, casi de un salto, cogiendo todas sus cosas casi de un zarpazo, y pasó a su lado, casi empujándole, y cerró con contundencia. Enfiló por el pasillo, rumbo al ascensor, sintiendo a Ignacio detrás. ¿Ese petulante no tenía a nadie más a quien molestar? Al parecer, no.

—Y dime —empezó él, mientras ella dilatava las aletas de la nariz—, ¿ya has enviado los informes a contabilidad?

—Lo haré mañana, cuando los revise, cosa que tú nunca haces, por cierto.

—Prefiero invertir mi tiempo en otras cosas —se limitó a contestar, mirando con descaro su trasero.

—Vuelve a mirarme así, y te romperé todos los malditos dientes.

—Vaya, vaya. La solterita de oro de la empresa está de uñas. ¿Qué pasa? ¿Tu príncipe azul no aparece y empiezas a temer que nunca lo haga?

—Prefiero esperar a mi príncipe azul hasta convertirme en polvo a conformarme con el mejor cerdo del corral. Y ahora será mejor que te vayas a seguir rumiando tu frustración donde yo no tenga que verte. Fuera de mi camino.

—Vuelve a llamarme algo así y te pondré una queja formal en recursos humanos.

—Por mí como si la envías a la Santa Sede.

—Tendrás noticias mías, Álvarez. Cuenta con ello.

Carla le ignoró, y empezó a bajar las escaleras, mientras todo su cuerpo se estremecía de rabia. Ese tipo estaba acostumbrado a atemorizar a todo el mundo valiéndose de sus numerosos contactos. Había tenido que soportar sus impertinencias y descalificaciones durante todo el tiempo que le tuvo como jefe porque no le había quedado más remedio que hacerlo. Su familia dependía económicamente de ella, y no podía arriesgarse a perder su única fuente de ingresos. Pero ya no iba a soportarlo más. Ahora estaban al mismo nivel, y pensaba contestar todas y cada una de sus impertinencias.

Siguió caminando, poniendo un pie tras otro, mientras su cabeza se convertía en un campo de batalla, fundiéndose entre la multitud mientras paseaba por ese barrio de calles perfectamente limpias, árboles cuidados y papeleras prácticamente en cada esquina hasta la parada del tren, destino a casa. Apuró los últimos pasos, y se internó en la estación de tren, que, como siempre a hora punta, estaba abarrotada. Bien. Iba a ser pisoteada por un

montón de desconocidos. Genial para el maravilloso estado de ánimo en el que la había dejado el cretino de Aranda. Bajó las escaleras, mientras sentía cuerpos pasar a su lado casi rozándola, deprisa, y llegó al andén, donde apenas se veía una baldosa en aquella marea humana, y esperó, encajonada, a que el tren que la llevaría a casa hiciese aparición.

Se metió en el atestado convoy con el letrero del polígono Flor de Argoma, donde vivía, y luchó por hacerse un hueco. Se situó contra una de las paredes, y se puso los auriculares. La música de James TW llenó sus oídos, y se relajó un poco. Siguió el ritmo con el índice sobre la correa del bolso, pensando en el joven de los tatuajes orientales. Le había parecido atractivo, sí, pero como tantos otros con los que se cruzaba casi a diario. Recordó las llamas que la consumieron cuando su mirada de hielo se cruzó con la suya, y algo volvió a arder en su interior, abrasándola, quemándola, devastándolo todo en llamas. ¿Qué era esa sensación? ¿Por qué jamás había sentido algo así? Era como una sed, un fuego, un vacío...eran llamas y hielo a la vez. Inspiró, obligándose a desviar sus pensamientos, cuando el ruido de frenos característico marcó que habían llegado a la siguiente parada, la de Los Tilos.

Abrió los ojos de golpe cuando un grupo de jóvenes la arrinconaron más contra la esquina en la que estaba, y el tumulto en el vagón se duplicó. Empezaron a entrar más pasajeros de los que salían, y la masa de viajeros empezó a sepultarla. Retrocedió todo lo que pudo, pero no fue suficiente. Pronto el aire comenzó a escasear, y las primeras protestas se escucharon en el atestado convoy. No había sitio. Colocó sus brazos haciendo de barrera, pero era casi imposible. Había demasiada gente, la estaban aplastando.

Justo en ese momento, la cremallera de su bolso se abrió sin razón alguna, desparramando sobre el suelo todos sus papeles y pertenencias, y una cascada de palabras malsonantes salieron de su boca, casi al tiempo que la última libreta y el último bolígrafo rebotaban contra el sucio suelo. ¿Por qué le pasaban a ella estas cosas? ¿Es que el universo no tenía a nadie más a quién molestar? Al parecer, no. Era la bufona oficial de toda la galaxia conocida. Felicidades, señorita Álvarez, por favor, recoja su premio a la salida y no olvide hacerse la foto correspondiente.

Se agachó con gesto de fastidio, mientras su cabeza soltaba una retahíla de improperios por el maldito día de mala suerte que llevaba a rastras, cuando se hizo un claro frente a ella, y las voces cesaron. Mala señal, muy mala, en realidad. Miró hacia los zapatos de hombre que tenía enfrente, y maldijo al reconocerlos. Cómodos, feos y prácticos. Zapatos de trabajo. Levantó la vista

y se encontró a uno de los revisores del tren, un hombre de mediana edad que la miraba con la expresión severa de quien sigue peleándose con la vida.

—Se me ha roto el bolso, y... —empezó a explicarse.

—¡Recoge este desastre antes de que alguien tropiece! —rugió el hombre, y ella se envaró. ¿Pero qué bicho le había picado a ese tipo?

—Ha sido un accidente. ¿Es que no lo...?

—Accidente es que te hayas montado tú en el tren, *bonita*.

«¿Bonita? Ah, no. Por ahí, no.»

Colocó los brazos en jarras, y alzó el mentón. Su apenas metro sesenta de estatura no amedrentaba a nadie, ya lo sabía, pero al menos debía presentar batalla.

—¿Bonita? —preguntó, con retintín —¿Pues sabe que le dice esta *bonita*? Que si no va a ayudarme, al menos deje de incordiar.

—¿Qué? Mira, jovencita...

—¿Jovencita? Vaya, vaya, vaya. Qué poco me ha durado el título de *bonita*.

—Señorita, me está cabreando.

—Pues qué bien. Ya tenemos algo en común.

El revisor dio un paso hacia ella, amenazante, y ella retrocedió, intuyendo lo que iba a ocurrir, cuando una robusta espalda de hombre se interpuso entre ellos, y una grave voz llenó todo el espacio del vagón, provocando un denso silencio entre los pasajeros, que observaban atónitos la escena. Carla parpadeó, enfocando la vista, y vio a un atractivo joven de ojos verdes y pelo castaño que fruncía el ceño mientras se cruzaba de brazos frente al revisor.

—Esta chica ha tenido un accidente, ¿Es que no lo ve? Cálmese de una vez.

—Mire joven, no se entrometa, o...

—¿O qué?

—O tendrá problemas.

—¿Usted, o ella? —el joven se irguió, haciendo valer su metro noventa de estatura, dejándole claro al revisor que tendría todas las de perder si decidía enfrentarse a él.

El hombre pareció captarlo a la primera, e, intuyendo su derrota, se dio la vuelta, desapareciendo entre la turba de gente. Los primeros cuchicheos no tardaron en aparecer, así como las miradas disimuladas hacia ellos dos, que permanecían quietos uno frente al otro, sin que ninguno pudiese reaccionar. El chico se giró, y ella pudo verle en toda su...apogeo. Mandíbula cuadrada, nariz recta, ojos casi esmeraldas, grandes y misteriosos, y un cuerpo digno de esculpir en piedra. El joven inspiró, y se acercó hasta ella.

—¿Estás bien?

Pero ella no respondió. No podía. ¿Por qué no podía decir nada? ¿Por qué no podía respirar?

—Yo...

Nuevo silencio de ella. Nuevo silencio de él. ¿Qué estaba pasando allí? El joven suspiró, dándose por vencido, y salió al andén, apenas dos segundos antes de que las puertas se cerraran. Carla se quedó quieta, viendo a través de la ventanilla cómo se daba la vuelta, clavando sus ojos en los suyos, y una extraña sensación de familiaridad recorrió sus pensamientos. ¿Por qué tenía la sensación de que no era la primera vez que se veían?

Lo siguió con la mirada hasta que desapareció, y se dejó caer contra una de las paredes del convoy, con el recuerdo de esos ojos verdes en su cabeza, y su piel ardiendo en suaves llamaradas. Llegó al fin a su parada, y salió a la gris realidad del barrio donde vivía, y miró hacia el cielo, donde las primeras estrellas ya salpicaban el negro cielo con su brillante luz, y cerró los ojos, sintiendo la suave brisa del cambio llegando a su vida. ¿Era posible que el destino hubiese cruzado en su camino a dos hombres tan increíbles en tan poco tiempo? ¿O había sido el azar quien lo había hecho? ¿Qué significaba todo aquello?

Sonrió, abriendo los ojos, y miró hacia las titilantes estrellas, que, como luciérnagas, marcaban un luminoso sendero que empezaría a recorrer. Un precioso sendero, estaba segura.



La siguiente semana fue de las más agotadoras que recordaba de toda su carrera. Iban a lanzar un nuevo producto al mercado, con todo lo que ello conllevaba. Lunes, reunión con todos los equipos, martes, conferencia y evaluación del primer impacto, almuerzo de trabajo con el equipo de marketing el miércoles, el jueves con contabilidad, y el viernes con subdirección. Exhaló, engullida por la responsabilidad, y apoyó la frente en la mesa, maldiciendo todas aquellas tareas que se llevaban hasta la última mota de su energía, cuando su teléfono sonó, y se acordó de todas las estrellas del firmamento al ver nombre de su primo Mateo en la pantalla. Se había olvidado por completo de llamarle, y ahora iba a pagar las consecuencias. Deslizó el pulgar por la pantalla, preparando una excusa a conciencia, y suspiró al escuchar la voz de Mateo.

—Mat, lo siento, iba a llamarte, pero...

—¡Primaaaaa! ¡Me voy a casaaaar!

—Sí, lo sé, y por eso...

—¡Yooooo! ¿Te lo puedes creecer? ¡Ay, qué nervioooooos! ¡Es que no me lo creo aún! ¡Yo, un hombre casado! ¡Yo!

—Me alegro muchísimo por ti, cariño.

—Gracias, gracias, ay, Dios mío, estoy que ni duermo, ni como, ni foll...

—¡Mat!

—Está bien, está bien, santurrona, me callaré —inspiró—. Te he mandado miles de correos, pero como no me has respondido a ninguno, ya estaba pensando que algún pirata informático se había metido en tu ordenador para destrozarme la boda.

—¿Crees que un pirata informático entraría en mi correo para desbaratar tu boda? ¿No crees que se limitarían, no sé, a reventarme el correo y obtener el número de mi cuenta corriente y desplumarme?

—¿Crees que se conformarían con robar tu dinero, pudiendo destrozarme mi boda? ¡Oh, madre mía, qué cosas tienes!

—Esto...

—Basta ya de hablar de mí. Cuéntame, ¿Cómo estás?

Carla parpadeó apenas unos segundos, y se recompuso como pudo.

—Pues...sigo en la empresa de siempre y tan sola como la última croqueta en un plato de canapés, ya ves.

Mateo estalló en carcajadas, y ella también, hasta que fue consciente de sus propias palabras, y la sonrisa empezó a desvanecerse de su rostro.

—Sí, eso me dijo tu madre. En fin, eres una calamidad —empezó su primo, distrayéndola de sus tristes pensamientos—. Bueno, Carlita, yo, aparte de para proclamarte a los cuatro vientos que ya soy un hombre prácticamente casado, también te llamaba para pedirte algo. Sé que es todo muy precipitado, pero me preguntaba si podrías ser mi co-madrina en la boda.

—¿Co-madrina? ¿Qué es eso?

—Es un puesto que me he inventado y que tú, querida prima, vas a ser la primera en estrenar.

—Pues...suena genial, menudo honor —se carcajeó—. Está bien. Seré tu co-madrina en el día más importante de tu vida. Y bien, ¿Qué tendría que hacer?

—Acompañarme a dar el gran paso, junto a mis padres, y...ayudarnos a Samuel y a mí a organizar la boda.

—Está bien, te ayudaré, no te preocupes —respondió, lanzada, sin pensar—. En fin, no debe ser tan difícil organizar una boda, ¿no? Si no, nadie se

casaría, y... —su tono fue descendiendo, casi sin pretenderlo, mientras su garganta se cerraba, y su cerebro sacudía la cabeza, con gesto de escarnio.

El denso silencio que se hizo al otro lado de la línea le marcó que acababa de meter la pata hasta el fondo. ¿Pero por qué siempre se metía de cabeza en todo aquello que llevase el cartel de 'Problemas'? ¿Por qué?

—No, claro que no que no va a ser difícil, Carla —titubeó Mateo, y ella sintió que se moría allí mismo. Aquello iba a ser un infierno—. Va a ser divertidísimo, ya lo verás. En fin, ya te mandaré esta semana un correo con la lista de cosas que tenemos que preparar y el primer volumen del dossier del evento. ¡Uf! No sé ni por dónde empezar.

Carla palideció. ¿Había dicho primer...primer volumen del dossier? Cielos, no.

—Esto...Mat, creo que...

—Sí, lo sé. Estás tan emocionada que apenas te lo puedes creer, porque yo tampoco lo hago, ¡Es que nos lo vamos a pasar genial juntos, prima!

—No, si yo lo que quería decir es que...

—Sí, lo sé, no sabes cómo darme las gracias. Pero no tienes por qué, boba. Sabes que eres mi prima favorita —ella gimió bajito—. Y...¡Ah! Recuerda que es esencial que vengas acompañada, así que ya puedes ir amarrándote a la cintura a un macizo de escándalo para que te acompañe, y que, por supuesto, no debe ser más guapo que yo.

—Nadie es más guapo que tú.

—Claro que no. Soy un unicornio en un mundo de babosas.

Carla soltó una carcajada, y, tras despedirse, colgó el teléfono, asumiendo la metedura de pata que acababa de cometer. Primer premio, con mención especial del Jurado a la estupidez supina es para...Carla Álvarez. Sí, señor. Plas, plas, plas.

Pasó el resto del día entre correos, llamadas, reclamaciones de aquí y allá, informes de aquí, de allá...aquello parecía no acabarse nunca. A las siete de la tarde, recogió sus cosas, y puso rumbo a la estación de tren, con las palabras de su primo rebotando en su cabeza. Necesitaba un acompañante para la boda. Un acompañante. ¿Dónde podría encontrar a alguien dispuesto a acompañarla a un evento así? Quizás podría proponerle a Paula que le organizara alguna cita con algún amigo suyo. Al fin y al cabo, era algo que su compañera de trabajo le había propuesto hasta la saciedad. Con suerte, alguno accedería, y no tendría que ir sola.

Se anotó mentalmente llamar a Paula al día siguiente para solucionar ese

tema. Bajó las escaleras de la estación, y llegó al andén, casi atestado de viajeros. Estiró un poco el cuello, masajeándose el hombro a la vez, y se quedó mirando hacia unos operarios que cambiaban carteles publicitarios por otros, distraída, cuando el silbido que precede al frenazo del tren se hizo audible. Se colocó cerca de las vías, esperando pacientemente el convoy que la llevaría a casa.

Cerró los ojos unos segundos, mirando hacia el techo, y unos ojos esmeraldas volvieron a sus pensamientos. ¿Dónde estaría el misterioso chico de los ojos verdes en ese momento? ¿Qué estaría haciendo? ¿Se acordaría de ella? El silbido del tren llegando al andén taladró sus oídos, y más viajeros se colocaron a su lado cuando el tren se detuvo justo enfrente. Las puertas se abrieron, y esquivó, como pudo, a la turba de entusiastas estudiantes que salían en tropel del vagón en una frenética carrera.

Alcanzó la puerta con esfuerzo, cuando una chica salida de la nada tropezó con ella, haciéndola caer, y por un instante vio el hueco que separa el andén y el tren como una peligrosa sima de la que no saldría de una pieza. El universo la odiaba, ahora no tenía ninguna duda. Cerró los ojos, preparándose para el impacto, el sonido del hueso astillándose, haciéndose pedazos, y el dolor sordo que le seguiría, mientras su mente, generosa donde las hubiera, decidía hacer un rápido repaso de todas las noticias escabrosas de accidentes de tren que había leído los últimos años, incluyendo violentas amputaciones y desmembramientos varios. Sintió su cuerpo cortando el aire, el frío, la oscuridad, y...algo cálido que la detuvo, con firmeza.

Abrió los ojos, temblorosa, mirando hacia el agujero oscuro y profundo, y giró el rostro hacia los brazos que la tenían fuertemente asida, impidiendo que cayese, y exhaló al reconocer los tatuajes. ¿Qué posibilidades existían de que algo así ocurriera? Era casi imposible que fuera...no, no, no. Esto era producto de la conmoción cerebral, seguro. El joven la enderezó con firmeza, mirando hacia ella, con gesto preocupado, y su fuerte y masculina voz terminó de desarmarla. No era una conmoción cerebral, no. Simplemente se había muerto en el andén y estaba en el mismísimo cielo. Pero segundos después supo que, donde estaba realmente, era en el infierno, cuando escuchó su grave, fuerte y masculina voz, y el fuego devoró cada una de sus células.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Cielo santo, qué voz. Qué voz. Negó con la cabeza, despacio, y el joven de la mirada azul y los tatuajes se quedó mirándola, con expresión preocupada, esperando que ella respondiese, pero fue inútil. La garganta, los pulmones y

el corazón de la chica habían dejado de funcionar. El joven de los tatuajes volvió a repetir la pregunta varias veces, y, tras mirarla unos segundos con ojo clínico, se alejó despacio, yendo hacia una chica morena bellísima de piernas interminables que le esperaba en el otro extremo del andén, mientras Carla era incapaz de decir una sola palabra. Le vio alejarse hasta aquella bella joven que alzó la mano, y gritó un nombre extranjero, sencillo, musical.

—¡Hans!

Hans. Así es como se llamaba. Hans. Las estrellas tenían un camino trazado para ella, ahora no tenía ninguna duda, y estaba empezando a transitarlo. O tropezando con él, aún no estaba segura. Miró por última vez hacia allí, viéndolo desaparecer por las escaleras, y se metió en el tren. Ni siquiera sintió los codazos y los empujones. En ese momento estaba volando sobre la tierra.



### 3

El sueño empezó casi al chocar sus pestañas entre sí. Solo que apenas parecía un sueño. La sensación de humedad y frío la hizo tiritar incluso bajo su colcha de verano, y se arrebujó en las sábanas, intentando disipar la atmósfera lúgubre que las telarañas del sueño empezaban a extender en su cabeza. Se vio a sí misma con apenas ocho años, en el antiguo pantano que existía a apenas un kilómetro de su barrio. Llevaba puesto su vestido verde de florecitas, empapado en los bordes, y se hallaba en medio de unos juncos mientras una etérea neblina lo envolvía todo, y se extrañó. ¿Qué hacía allí sola, con las piernas sumergidas en el agua? Miró hacia el encapotado cielo, y unas tímidas gotas impactaron contra su rostro, empapándolo levemente, y se estremeció. Se abrazó los brazos, tiritando, con la sensación de que había alguien más allí, entre los juncos, junto a ella.

«¿Hola?»

Silencio. Silencio. Un crujido. Silencio. Otro crujido. Pasos. Silencio. Pasos que corrían veloces hacia ella. Más silencio. Pasos a su espalda. Negro, oscuridad. Gritos. Gritos desesperados pidiendo ayuda. Dolor. Una mano cerrándose en torno a su muñeca. Una voz.

«Corre, Carla, corre.»

Gritos de auxilio. Lágrimas, llanto, desesperación. Dolor, intenso y lacerante dolor. Una voz de niño, gritando a pleno pulmón, dolor, dolor y más dolor. Oscuridad, unos ojos verdes, y un golpe seco. Se despertó, apartando las sábanas y las mantas de golpe, y se precipitó al suelo, con las palmas de las manos abiertas sobre las frías baldosas, sintiendo aquel dolor traspasándola como mil agujas, con el sonido de sus desbocados latidos palpitando en sus tímpanos, y corrió hacia el baño. Se refrescó el rostro y la nuca, y se quedó mirando su reflejo, leyendo el miedo en sus ojos. ¿Qué había sido ese sueño? ¿Qué era asfixiante sensación que había estado a punto de ahogarla?

Volvió a su habitación y se quedó mirando hacia el final de la urbanización donde había estado años atrás el pantano. Hacía más de una década que se

había secado, y, desde entonces permanecía en estado de abandono absoluto. Ahora cientos de escombros llenaban la laguna, y los juncos habían dejado paso a pilas de neumáticos que se amontonaban sin control.

Se quedó mirando la laguna seca, mientras algo helado le trepaba por la espalda. ¿Y si no era un sueño, sino un recuerdo que su subconsciente hubiese escondido en el fondo de sus recuerdos?



Casi a las siete de la tarde del viernes siguiente, suspiró, poniendo en orden las carpetas que había sobre su mesa. Había citado a los dos últimos candidatos para formar parte de su equipo ese día, incluido el atractivo desconocido que había visto Paula y que ella se había comprometido a entrevistar. Estaba desesperada por pasar ese trámite para llegar a casa, acurrucarse en el sofá y engullir todas las series que la televisión quisiese emitir, y todos los dulces que su estómago le permitiera comer, hasta quedarse dormida. Estaba exhausta. La noche anterior la pesadilla del pantano le había impedido conciliar el sueño, y temía que esta noche fuera a ocurrir de nuevo. ¿Qué había sido aquello?

Miró su teléfono, que ya parpadeaba, y estiró el cuello mientras respondía. La voz de Herminia le informó que los dos candidatos para los puestos de comercial estaban esperando en el vestíbulo, y ella asintió. Una chica y el joven misterioso de Paula. Cinco minutos después, una chica sonriente estaba frente a ella, mientras Carla le preguntaba por sus logros laborales, sus puntos fuertes y sus debilidades. Mera rutina corporativa. El carácter extrovertido de la joven la convertía en la comercial perfecta, y Carla sonrió para sí. Ya tenía a su nuevo equipo casi formado. Casi. Le estrechó la mano, y le dio la bienvenida a la empresa. La chica sonrió, dándole las gracias, y salió de su despacho, dejando a Carla a solas, preparándose para el último candidato, el enigmático bombón.

Oyó cómo llamaban a la puerta, y se giró, esperando ver al típico guaperas de gimnasio, cuando unos hipnóticos ojos la hundieron varios centímetros en el suelo. ¿Pero qué...? No podía ser, aquello no podía estar sucediendo. ¿Era posible que el misterioso joven fuera...? El aire de su despacho se volatilizó, y su corazón dejó de latir.

—Buenas tardes, soy Gael Fernández —empezó el atractivo joven apostado frente a su puerta—. He venido por la entrevista para el puesto de comercial. ¿Eres Carla Álvarez?

Carla siguió sin responder, y el chico miró el letrero de la puerta, donde aparecía su nombre, y sacudió la cabeza, mirándola confundido.

—¿Es aquí donde hacen las entrevistas para comercial, o me he equivocado de despacho?

Misma pregunta, misma reacción. Silencio. Los segundos siguieron pasando, sin que ella reaccionara de ninguna forma, porque, Carla, simplemente, no podía hacerlo. No, cuando el hombre que tenía delante era...el chico del tren que la defendió del revisor. ¿Qué probabilidades existían de que algo así pudiese ocurrir? El joven empezó a darse a vuelta, dispuesto a marcharse, cuando la Carla racional, la jefa de departamento más joven de la compañía, la seriedad y la eficiencia personificada, o eso al menos es lo que se decía a sí misma cada día para convencerse de ello, volvió a hacer aparición. O al menos una parte de ella.

—¡Espera! Sí, es aquí. Lo siento, no... —dijo, casi a la carrera—. Discúlpame, por favor. Yo soy...yo soy Carla Álvarez. Soy la responsable de las entrevistas.

—Sí, ya lo sé —dijo él, mirándola con extrañeza.

—¿Sabes...sabes cómo me llamo?

—Esto...sí —hizo una mueca—. Lo...lo pone en la puerta —señaló el cartel—, y me lo han dicho en recepción.

—Cierto, claro —Carla se palmeó la frente, poniendo los ojos en blanco. Si estaba compitiendo en el concurso de la jefa más atolondrada de la historia, iba a llevarse el primer premio con honores, desde luego—. Perdona.

El chico sonrió, mientras ella temblaba de pies a cabeza. Le hizo un ademán para que tomara asiento frente a su mesa, y le miró con disimulo por encima de la montaña de carpetas. Era guapo, muy guapo, y esos intensos ojos verdes en los suyos tampoco es que la estuviesen ayudando a aplacar sus nervios. Tomó un bolígrafo del lapicero que tenía delante, y abrió su currículum con decisión. Entornó los ojos hacia él, y su intensa mirada la hizo estremecerse. Cielo santo, aquello iba cada vez peor. Se aclaró la voz, y apoyó los codos en la mesa, adoptando una pose seria. O lo que demonios fuera esa mueca que se había plantado en pleno rostro. Aquello no iba bien, no.

—Como ya sabrás, Gael —frunció el ceño—, estamos buscando comerciales para completar nuestro equipo, y requerimos un perfil muy concreto. ¿En qué trabajabas antes?

—Formaba parte del personal de administración en la Universidad de Pinar.

—Ajá. ¿Y qué te ha hecho cambiar de profesión?

—No he cambiado de profesión —dijo, con cautela—. Necesito un trabajo a media jornada para poder preparar el doctorado de biología que tengo entre manos en este momento, y este trabajo me permitiría compaginar ambas cosas.

—¿Un...doctorado en biología?

Carla esbozó una mueca sorprendida. ¿Además de guapo, protector, valiente y amable, era inteligente? ¿Es que podía ser más perfecto ese hombre?

—¿Eso es...eso es un problema? —preguntó, con cautela.

—¿Qué? No, claro que no, es solo que un doctorado, es...no sé, es...impresionante.

—Suenas mejor de lo que es en realidad —dijo, esbozando una leve sonrisa—. Básicamente hago experimentos con microalgas, y expongo los resultados comparándolos con datos de otros estudios, intentando establecer un patrón que relacione unas determinadas condiciones climatológicas a una mutación que estamos observando en algunas especies.

—Vaya, es fascinante.

—En realidad es todo muy aburrido, créeme.

—¿Aburrido? Vaya —se rio—. Entonces descartaremos las microalgas como futuro tema de conversación en el ascensor, ¿Te parece?

—De acuerdo. Entonces nos limitaremos a hablar de poesía medieval. Es un tema apasionante y muy ameno.

—En ese caso espero que nadie se quede encerrado en el ascensor con nosotros. El pobre infeliz terminaría muriendo de aburrimiento.

—O practicando el canibalismo más atroz con nosotros.

Se miraron apenas unos segundos antes de que una sonora carcajada al unísono rebotara en las paredes del despacho, rompiendo la tensión. Por fin. El resto de la entrevista se limitó a una serie de sencillas preguntas que él supo responder con ingenio, hasta que llegó al final. Era el candidato perfecto. El joven entornó sus ojos hacia ella, y ella tuvo que repetirse varias veces aquello que le decía su madre cuando veía un bicho en casa. “Tienes más miedo tú de él, que viceversa.” Ja. Si su madre tuviese a ese semi dios delante, estaba segura de que no pensaría algo así ni por asomo. Tendrían que recoger su mandíbula del suelo con una grúa. Inspiró hondo, y se infundió valor.

—Yo, además...quería darte las gracias por ayudarme en el tren aquel día, y por tu discreción.

—No hay de qué. Aunque lo cierto es que intervine por intervenir. Estabas a punto de lanzarte a morderle los tobillos de un momento a otro como un

*yorkshire*, y por eso me metí en medio.

—¿Qué?

—Como lo oyes. Temí que la situación llegase a la sangre, y decidí hacer de parachoques, para que ese tipo no saliese en ambulancia de allí. Eres bajita, pero matona, Álvarez.

Que la llamase por su apellido la hizo sonreír. Abrió el cajón de su mesa, y le tendió una carpeta donde se describía el puesto y la forma de trabajo, y se lo tendió, sonriéndole.

—Felicidades, Gael.

—¿Qué? ¿Tengo el puesto? —abrió mucho los ojos —¿De verdad?

—Sí, por supuesto. Encajas con el perfil que buscamos, y estoy segura de que podrás compatibilizarlo con la tesis que preparas.

—Vaya, gracias. No...no esperaba que me aceptaran, si te soy sincero. Es la primera vez que trabajo como comercial.

—No te preocupes, cogerás el ritmo enseguida.

El joven sonrió, emocionado, y ella le tendió más papeles, aproximándose hacia él, sintiendo la serena energía que desprendía otra vez, y ese aroma a madera, algodón y...sal. Gael olía a mar. Sonrió, sintiendo su vello erizarse, cuando le miró con disimulo y vio sus pupilas devorando sus iris con rapidez. Al parecer no era la única que reaccionaba a la presencia del otro. Se incorporó, haciéndose un tirabuzón con el cabello, y suspiró bajito.

—Pues...creo que eso es todo. Si tienes cualquier duda, sabes que mi despacho siempre está abierto, y que estaré encantada de resolver cualquier problema que te pueda surgir.

—Gracias. Gracias, de verdad.

—De nada. Pues...nada más. Nos veremos por aquí. Adiós...Gael.

—Hasta pronto, Carla —dijo, con voz cálida, y ella se estremeció al oír su nombre de sus labios.

Le despidió en el umbral de su despacho, y lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta del ascensor, sin que la sensación de familiaridad se disipase. Colocó las carpetas sobre la mesa, viendo su reflejo en el ordenador, mientras los ojos verdes de Gael daban vueltas en su cabeza. Recogió sus cosas, sintiendo que ese día todas las estrellas se habían alineado de la forma correcta, y salió del edificio rumbo a la estación de tren, aún sin poder creerse que su misterioso protector del tren se hubiese presentado en su despacho para formar parte de su equipo. Definitivamente, el mundo a veces iba en el sentido correcto.

Puso rumbo a la estación, sintiendo que flotaba. Demasiadas casualidades, demasiadas coincidencias. Aquello debía significar algo, tenía que hacerlo. Se metió en el vagón de tren recordando esos ojos verdes, y cabeceó hasta que los ocho imponentes edificios que componían el Polígono Flor de Argoma, donde vivía, se hicieron visibles a modo de muralla protectora de la ciudad, y el recuerdo saltó a su memoria como un resorte. Se incorporó de la butaca, aturrida, y exhaló contra su mano. ¿Cómo no lo había reconocido antes? Unos ojos verdes, casi esmeraldas, salieron de la intrincada selva de sus recuerdos arañando su presente y volviendo a su cabeza en toda su extensión. El recuerdo de un niño de ojos verdes del que se enamoró siendo una niña volvió a ella, arrasándolo todo. Era él, era Gael. El mismo Gael de su infancia.

Él tenía once años, y ella tan solo ocho. Aquel verano en el polígono estaba siendo especialmente cálido y aburrido, y ella, junto a otros niños estuvieron yendo al pantano cada día. Atrapaban pequeñas ranas y hacían carreras con ellas, apostando todos los caramelos que tenían y el poco dinero que les daban. Allí fue donde lo vio por primera vez, tomando una pequeña ranita entre sus manos, sonriendo orgulloso. Era el niño más guapo que había visto nunca. Decidió ir al pantano todos los días, solo para verle. Pero nunca intercambió ni una sola palabra con él. Simplemente se quedaba mirándole desde la distancia, sin cruzar una sola palabra. Hasta aquella lluviosa tarde de tormenta en la que no pudieron ir al pantano y todos los niños se refugiaron en los bajos de una nave abandonada.

Estuvieron toda la tarde uno junto a otro, mientras él estaba contemplaba absorto mirando la garrafa de agua con dos solitarios renacuajos que había podido capturar antes de que comenzase a llover, que estaba segura de que no había reparado en su presencia. Al final de la tarde todos los niños se fueron, excepto ellos dos. Gael se encaminó hasta el pantano, y ella le siguió unos pasos por detrás, llenándose de barro, empapándose con la lluvia, solo para ver cómo soltaba a los dos pequeños anfibios y estar con él unos minutos más.

Cuando terminaron, tomaron el camino de vuelta a casa mientras la lluvia les calaba hasta lo más profundo de sus pequeñas almas. Cuando llegaron al punto en el que debían separarse, Gael se giró hacia ella y susurró un leve “Adiós, Carla”, haciéndole un gesto con la mano, sin atreverse a mirarla, y se fue. Ella ni siquiera le contestó, mientras las gotas resbalaban por su rostro, empapando su vestido de florecitas, viéndole alejarse con paso trémulo por aquella desierta calle llena de socavones, hasta desaparecer. Fue la última vez que le vio. Hasta aquella tarde en el andén.

Llegó a casa con la sensación de estar en pleno cuento de hadas, y abrió la puerta, vio a su madre en el salón, leyendo un libro, y la saludó.

—¡Cariño, ya estás aquí!

—Sí, te dije que vendría a la hora de la cena.

—Sí, lo sé —se levantó del sofá y fue hacia su hija—. Bueno, la cena o lo que sea que esté preparando tu padre en la cocina, no estoy muy segura. Ven, acompáñame, y así veo lo que está haciendo, que me tiene intrigada.

—Deberías concederle el beneficio de la duda.

—Ya se lo concedí una vez, y estuve limpiando los restos de mis dudas durante una semana.

Carla se rio, y llegó hasta la cocina, donde su padre la miró sonriente.

—La hija más guapa del mundo ha hecho por fin aparición. Espero que tengas hambre, Carlita, porque he preparado todo un manjar. Lo he llamado Marimonte, porque tiene ingredientes de la tierra, como la remolacha y el pollo, y del mar, como los chipirones en su tinta y los langostinos al ajillo que le he puesto.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada significativa, y fingieron la mejor de sus sonrisas.

—Seguro que está delicioso, papá.

—Por supuesto. Y ahora ve a cambiarte, que esto en diez minutos estará listo.

Su madre se rio y ella asintió, encogiéndose de hombros, con una sonrisa de circunstancias. Miró la olla donde su padre mezclaba sin ningún tipo de criterio todo tipo de alimentos, y suspiró, mientras estrujaba sus meninges, intentando recordar dónde había puesto el bote de antiácidos.

El viernes de la siguiente semana, a las cinco en punto de la tarde, se preparaba para salir de la oficina, sumida en sus pensamientos. La siguiente semana iban a lanzar un nuevo producto al mercado, con todo lo que ello conllevaba. Lunes, reunión con todos los equipos, martes, conferencia y evaluación del primer impacto, almuerzo de trabajo con el equipo de marketing el miércoles, el jueves con contabilidad, y el viernes con subdirección. Exhaló, engullida por la responsabilidad, y apoyó la frente en la mesa, maldiciendo todas aquellas tareas que se llevaban hasta la última mota de su energía, y, no supo por qué, pensó en Gael.

No había vuelto a verle desde la entrevista que le había hecho. El trabajo se había acumulado de tal forma que no había podido hacer una pequeña escapada ni de cinco minutos para ir a verle, y se arrepentía enormemente. Tenía que preguntarle si se acordaba de ella, de esa niña que estuvo toda una tarde junto a él en un portal de un edificio, mientras en el exterior llovía a mares. Cerró los ojos unos segundos, con los recuerdos de esa tarde envolviéndola, cuando unos nudillos llamaron a su puerta, y se giró hacia allí. Paula lucía la mejor de sus sonrisas, y ella intuía por qué.

—Hola, jefa, ¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

—Pues...sí. La verdad es que estoy hambrienta. Estoy con el sándwich de atún del mediodía y el café de la mañana.

—Entonces estás como yo. Tengo tanta hambre que me comería un dinosaurio entero yo sola, me haría una sopa con los huesos, y me comería las pezuñas como si fuesen palomitas, fíjate.

—Eso es...asqueroso, Pau. Simplemente asqueroso.

—No te creas, peores cosas me he metido en la boca —Carla parpadeó, estallando en una estruendosa risa, y su amiga le guiñó el ojo—. Bueno, en fin, date prisa, porque Gael me acaba de mandar un mensaje diciéndome que nos espera en la zona de los Tilos.

«¿Ha dicho...Gael?»



—¿Qué?

—Que Gael y yo habíamos pensado ir a una zona de bares donde ponen unas tapas estupendas para despejarnos un poco después de esta semana de locos que hemos tenido, así que le he dicho que sí, que nos apuntábamos las dos. Venga, que hace una noche estupenda, y ya es viernes. Anímate.

Miró a Paula, y su boca respondió por ella con un “Claro, ¿Por qué no?”, antes de que su cerebro procesase la orden de abrir la boca siquiera. Recogió sus cosas, y se encaminó con su amiga por el pasillo hasta el ascensor, casi como una autómatas. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué su cuerpo se movía solo?

—No te he visto en toda la semana —escuchó decir a Paula, y se giró hacia ella.

—He estado liada, como siempre. ¿Y qué tal tu semana?

—Interesante —se rio—. Gracias por lo de Gael, te debo un favor descomunal.

—No tienes por qué hacerlo. Es...muy agradable, y puede ser un buen comercial.

—¿Agradable? ¿Un buen comercial? —se rio, girándose hacia ella —Ay, Carla, tú y tu legendaria miopía con los hombres.

Salieron del ascensor, entre risas, y siguieron caminando, envueltas en una animada charla, hasta la plaza donde Paula había quedado con el joven biólogo. Los ojos de Carla se posaron en la figura masculina que se hallaba en el centro, esperándolas, con unos vaqueros y una camiseta azul, mientras sentía otra vez las chispas, la electricidad, la tensión al verle.

—Vaya, por fin nos volvemos a ver —dijo él, sonriendo—. Creí que me estabas evitando porque te arrepentías de haberme contratado y no sabías cómo decírmelo.

—¿Evitarte? ¿Por qué iba a evitarte? Soy tu jefa, y...

—Tranquila —sonrió—, solo bromeaba.

—Ah.

Carla se ruborizó, desviando la vista hacia el suelo, y él sonrió al verla así. Esa chica le fascinaba. Segura e implacable en el trabajo y con los revisores groseros, e infinitamente tímida y vergonzosa en las distancias cortas.

—Pues ahora que nos hemos visto los tres —interrumpió Paula—, y ha quedado claro que nadie evita a nadie, salgamos de aquí antes de que aparezca alguien del trabajo y tengamos que tomar algo con ellos. Ya tengo bastante con aguantar sus horribles chistes en la sala del café.

El chico suspiró, entornando sus oscuras y espesas pestañas, y miró a Carla,

encogiéndose de hombros. La sinceridad de su amiga era algo que hacía que la adorases o la aborrecieses al instante, y, por fortuna, Gael era de los primeros. Como ella. Entraron en un local donde pidieron una ronda de vinos y tapas, a la que siguieron dos más, mientras charlaban sobre anécdotas del trabajo. En un momento en el que Gael se levantó, para ir hacia la barra, Paula se acercó hasta Carla, susurrando, mientras sus ojos se posaban con descaro sobre el biólogo.

—Y bien, ¿Qué me dices ahora? ¿Es o no es guapo?

—Bueno, es guapo, sí, pero...

—Ni pero ni nada. Este chico no tiene ni un pero, Carlita, tienes que admitirlo. Es todo lo que cualquier mujer desearía. Incluida tú. Porque —hizo un gesto acusatorio con el dedo —aunque intentes camuflarte del género masculino con esos vestidos de ejecutiva agresiva que te pones, lo cierto es que no engañas a nadie. Por Dios, si hasta a Aranda se le salen los ojos cuando te ve contoneándote por el vestíbulo cargada con tus carpetas.

Carla se mordió el labio. ¿A Aranda se le salían los ojos cuando la veía?

—El caso es —continuó su amiga —qué sientes tú por él.

—¿Por Aranda?

—¿Qué? ¡No, claro que no! ¡Por Gael! No engañas a nadie, Carlita. Te gusta ese chico, lo sé.

—No me agobies.

—Está bien, no te agobiaré. Pero... ¿Te gusta, verdad?

Carla se encogió de hombros, sin saber qué decir. ¿Le gustaba Gael? Sí, por supuesto que sí. Desde que eran pequeños, además. Pero... ¿Qué sentía por él? Sentía calidez, suavidad, ganas de pasar entre sus brazos toda la vida.

—No lo sé, Pau. Además, no creo que yo le interese en ese sentido.

—¿Qué no le interesas? Oh, vamos, Carla. No para de hablar de ti en el trabajo, y de preguntarme todo tipo de cosas. Tus gustos, tus aficiones, por qué no has tenido novio los últimos siete años... ¿Quieres que te lo anuncie con un cartel de neón? Ese chico está bebiendo los vientos por ti desde que le hiciste la entrevista, cariño. Solo hay que ver la cara de embobado que pone cuando pasas a su lado.

—No creo que...

—Claro que sí, ya lo creo que sí. Y si tú sientes algo, un solo empujoncito bastará para que él de el primer paso. Y créeme cuando te digo que es algo que ese chico está deseando con cada célula de su cuerpo. Así que, llegadas a este punto, solo tienes dos opciones.

—Decírselo o callar para siempre, ¿No?

—No. O se lo dices tú, o se lo digo yo.

—¡¿Qué?! —se carcajeó —¡No serás capaz!

—Uoooo....Carlita, qué poco me conoces, de verdad. Tanto, que me ofende.

En ese momento vieron a Gael llegando hasta ellas haciendo equilibristas con varios platos de tapas y tres copas de vino, y se quedaron en silencio.

—Ir a buscar cosas a la barra debería considerarse deporte de riesgo —dijo él, sonriendo—. Cielo santo, hay gente dispuesta a hacer lo que sea por una ración de patatas bravas, madre mía. En fin, ¿De qué hablabais?

—De películas —improvisó Paula sobre la marcha.

Gael se rio, y volvió a mirar a Carla, que olvidó en ese preciso instante que estaba en un bar lleno de gente, donde solo se escuchaban gritos, risas y platos chocando, y se concentró en su verde mirada. Tomó un largo sorbo de vino, mientras Gael y Paula se enfrascaban en una charla sobre cine, agradeciendo al destino, el azar o lo que fuese el haber colocado a ese chico en su vida. Las horas siguieron pasando, mientras los temas de conversación iban saltando de extremo a extremo, y, cuando Paula se ausentó para ir al aseo, Carla se giró hacia la ventana que estaba a su lado, y se quedó mirando la silueta de la cordillera que se divisaba a lo lejos.

—¿Has estado alguna vez en esa parte de la sierra, Carla? —escuchó su voz a sus espaldas, y se giró, encontrándose la verde mirada de Gael, clavándose en cada poro de su cuerpo, incendiándolo.

—¿Qué?

—Que si has estado alguna vez en la sierra.

—Solo fui una vez de pequeña con una excursión escolar, pero no, no he vuelto.

—Pues es una pena. Es un sitio precioso, con un montón de rincones inexplorados. Solía ir allí a hacer trabajos de campo durante la carrera. En aquella parte, por ejemplo —señaló un punto—, se forman unas lagunas enormes de un profundo color azul oscuro en época de lluvia. Deberías verlas. Mucha gente va hasta allí solo para darse un chapuzón, incluso de noche. Y a esos dos montes —dijo, casi en su oído —los llaman los amantes dormidos, porque, si ladeas un poco la cabeza, parecen un hombre y una mujer que yacen de lado.

Carla inclinó la cabeza, y su boca se abrió sola. Era cierto, los montes formaban la silueta perfecta de un hombre y una mujer.

—Cielo santo, es verdad.

—Sí, sí que lo es —sonrió—. Cuenta la leyenda que se trata de Gorgias, un pastor mortal y de Náyade, una diosa que estaba prometida al dios Jubeo, que decidió matar a la pareja al saber de su amor prohibido.

—Vaya.

—Sí, vaya —sonrió, y prosiguió el relato—. Pero lo que Jubeo no sabía al matar al pastor, es que Gorgias y Náyade compartían el mismo corazón, pues su amor era tan inmenso que latía como uno solo, por lo que ella murió también atravesada por el rayo —dijo, señalando las rocas esculpidas—. En el solsticio de verano, cuando el sol despunta, los rayos señalan un punto entre las dos cúspides de la montaña, y cuenta la leyenda que allí es donde reside el corazón de ambos, fundido en uno solo.

Carla inspiró ante el romanticismo de la historia, y se llevó la mano al pecho.

—Oh, Dios mío, Gael, es precioso.

Gael sonrió, satisfecho, y tomó un nuevo sorbo de su copa, mientras Carla le miraba, sintiendo que el viento de cambio empezaba a soplar a su favor. Siguieron charlando durante horas, hasta que la madrugada cayó sobre ellos, y se despidieron frente al bar donde habían dado por concluida la noche. Gael se colocó frente a ella, y se metió las manos en los bolsillos del marinero que llevaba, mientras ella clavaba los ojos en la punta de sus zapatos.

—Bueno, pues...es hora de irse.

—Eso parece —dijo él, provocando que todos sus músculos se derritiesen— Me ha encantado verte hoy, Carla. Espero que nos veamos más a menudo a partir de ahora, además de en reuniones de trabajo.

—Claro.

Gael se acercó hasta ella, y le dio un suave beso en la mejilla.

—Bueno, a ver —interrumpió Paula—, menos drama, por favor, que nos veremos el lunes, por Dios.

Los tres se rieron, al ver el gesto de la rubia, que sacudía las manos, azorada, y abrazó a su amiga.

—Te veo el lunes, Pau.

—Sí, qué remedio. Bueno, adiós, adiós.

Carla se subió en un taxi para llegar al polígono donde vivía, despidiendo a Gael y a Paula con la mano, y se arrebujó en el sientto, pensando en esa noche, y en cómo el azar y el destino condicionan nuestra vida, cuando un mensaje en su teléfono hizo que miles de burbujas bailasen en su estómago. Era Gael.

«Gracias por esta noche, Carla. Me lo he pasado muy bien, y me ha

encantado conocerte un poco más. Ojalá podamos repetirlo pronto.»

Sonrió, y se quedó mirando hacia la iluminada calle. Por supuesto que quería repetirlo. Cada célula de su cuerpo lo estaba gritando a pleno pulmón.



El sonido de un correo llegando a su teléfono móvil a las seis de la mañana la sacó de su magnífico sueño, y exhaló al ver el nombre de Mateo en el remitente. Lo abrió, sabiendo perfectamente lo que iba a encontrar dentro. Mateo le exponía, cuando no la amenazaba abiertamente, para que resolviera una larga lista de catástrofes que debían estar solventadas antes del enlace. Suspiró ante semejante avalancha de responsabilidades que se le venían encima, y le envió un mensaje, citándolo para esa tarde, y se encaminó a la cocina. Iba a necesitar un camión cisterna del preciado líquido oscuro para enfrentarse a lo que se le venía encima.

Dos cafés después, salió de su edificio, tomó el tren que la dejó en el barrio de Hayedo, y fue caminando hasta la cafetería donde había quedado con su primo. Un chillido agudo le marcó que estaba en el sitio correcto, y a la hora correcta, y suspiró, armándose de paciencia para la tarde que le esperaba.

—¡Carlitaaaaa!;Estooooooy aquíííí!

Mateo la estrujó con un abrazo de oso, mientras le tocaba las puntas del cabello con gesto hosco.

—¿Desde cuándo no vas a la pelu, monina?

—Desde...

—Oh, por Dios, ni te acuerdas. En fin, eres una calamidad.

Carla se encogió de hombros, dando por un caso perdido a su primo y su perspectiva del mundo, y se limitó a escucharle, mientras Mateo le desgranaba todos los nuevos problemas que habían surgido.

—¿Tan difícil es conseguir ciento cincuenta lirios blancos, eh?

—¿Ciento...cincuenta?

—Uno por cada invitado, Carla. Y hay que tallar en cada uno de los pétalos nuestros nombres y la fecha de la boda. Es el detalle con el que obsequiaremos a los invitados.

—¿Y si en vez de lirios les damos una cestita con jabones y velas perfumadas? —se aventuró Carla.

—Sí, claro —se palmeó la frente —¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ya puestos, podríamos darles papel higiénico perfumado. Ay, Carla...

—Bueno, de hecho, esa era mi siguiente opción —se rio viendo a Mateo refunfuñar, y sacudió la cabeza—. Me ocuparé de todo, tranquilo.

—Está bien, pero miedo me das —suspiró—. Y ahora vamos a lo importante, que es dónde sentar a los invitados, porque creí que sería sencillo, y aquí me tienes, maldiciendo el día que nací. ¿Por qué me pasarán estas cosas a mí, cielo santo, por qué?

—No seas melodramático, por favor, no será tan difícil.

Mateo bufó, abriendo un enorme plano ante ella y Carla tuvo que tragarse sus palabras al ver aquel gigantesco campo de batalla. Su primo había marcado con aspas rojas las grandes enemistades de la boda, y con dibujos de calaveras aquellos invitados que se odiaban casi a muerte, y gimió bajito. Aquello iba a ser una maldita pesadilla.

Fingió una sonrisa, reuniendo ánimos de donde no los tenía, y sacó un bolígrafo de su bolso. Se puso manos a la obra tras pedir un café y un *capuccino* para Mateo, y pasaron las siguientes horas elaborando un croquis de los invitados. Al fin, a las siete de la tarde, todo estaba preparado y listo para ser enviado al restaurante donde se celebraría la boda. Los primos que no se soportaban estaban a kilómetros unos de otros, y los amigos que no se hablaban estaban lejos, pero no lo suficiente por si querían volver a retomar el contacto. Carla miró la hoja satisfecha mientras su primo parpadeaba.

—Vaya —cogió la hoja entre las manos—. Pues sí que está bien. Deberías dedicarte a eso.

—Gracias, pero creo que no. Estoy bien donde estoy, que ya es suficiente locura.

Mateo la miró, entrecerrando los ojos, y colocó la hoja a un lado de la mesa, dedicándole esa mirada inquisitiva que ella conocía muy, pero que muy bien.

—Suéltalo de una vez.

—¿Qué suelte el qué?

—Los ojos te brillan, y tienes la misma sonrisa bobalicona que pones cuando ves a un cachorro de Labrador. ¡Desembucha! ¿Cómo se llama?

—¿Qué? ¿Pero qué dices? No hay...

—Carlita, que nos conocemos.

Carla resopló, mirándole, y claudicó, apartando el croquis de los invitados. A su primo no le podía engañar, llevaba pensando en Gael todo el día, y gran parte de la noche. Estiró la comisura de la boca, y le contó todo, desde aquel verano en el pantano del polígono, el incidente del tren, la entrevista...todo,

mientras Mateo la escuchaba y daba palmadas, emocionado.

—Oh, cielo santo, es como una película romántica. ¿Se lo has dicho?

—No, aún no. No sé si él me recuerda, y, sinceramente, no creo que pudiese oírle decir que no se acuerde de mí. Estuve todo el inicio de mi adolescencia pensando en él, preguntándome dónde estaría, si me habría olvidado, y...

—¿Estuviste toda tu adolescencia pensando en ese chico? Vaya, pues ya puede ser fuera de lo común para tenerte embobada de esa manera.

—Compruébalo tú mismo.

Carla sacó el móvil, sonriendo, y le mostró las fotos que se habían hecho la noche de las tapas, y Mateo se lo arrebató de las manos con decisión, lanzando un chillido.

—¡Madre míaaaaa! ¡Calor, fuego y llamas... Me abrasoooo, me quemoooo, me quemooo, prima, me quemooooo! ¡Bomberos a mí!

—Mat, por favor, baja la voz —dijo ella, abochornada por el espectáculo, mientras veía al resto de clientes girarse hacia ellos.

—¡No puedo, no puedo, es que...! ¿Biólogo dices que es?

—Sí, estudia las microalgas.

—¡Uf! Microalgas. Los micropeces, los micropulpos, y los microbarcos hundidos estudiaría yo con este sireno! ¡Los siete mares, con todas las profundidades abisales incluidas! Sobre todo las oscuridades abisales, donde nadie puede ver nada. Ahí es donde me iría yo con este biólogo de ojos verdes para que me insertara su probeta por donde...

—¡Mat! —chilló, escandalizada.

—Ay, Carlita, perdona —enarcó una ceja—. En fin, a veces olvido que eres una delicada damisela del medievo. En fin, vamos a lo importante. ¿Tiene novia?

—No, pero...

—Oh, cielo santo. Guapo, maravilloso, y sin novia. Carla —la miró con gesto serio—, tienes que amarrártelo a tu vera cuanto antes. Hay que trazar un plan de conquista hostil de acoso y derribo. No puedes dejar que este chico se vaya de tu vida, prima, ¿Es que no te das cuenta? Ese chico se ha cruzado en tu camino por algo.

Carla se quedó pensativa, meditando sus palabras, mientras su primo cogía su dispositivo, enviándose a sí mismo la foto de Gael, ante la cara de estupor de la chica, que apenas pudo hacer nada, más que mirar atónita el descaro de su primo. La lujuria jamás tuvo tantos adjetivos soeces.

Suspiró, y dio un sorbo a su café, recostándose en la butaca, pensando en

cómo las casualidades condicionan nuestras vidas. Le había encontrado, había encontrado a Gael, el amor de su infancia, en el sitio más improbable para hacerlo. Sus caminos habían vuelto a cruzarse, y eso debía significar algo. Tenía que significar algo.

Pagaron la cuenta, saliendo a la fresca tarde, y pasearon por el barrio de Robledo cogidos del brazo, charlando sobre infinidad de temas, como siempre habían hecho desde niños, mirando los carteles de todos los despachos que se hallaban en esa exclusiva zona, cuando la placa de un edificio la hizo detenerse de golpe. Notó el cuerpo de Mateo impactando contra su espalda, pero ni siquiera reaccionó. No escuchaba nada. Todo se había quedado en silencio dentro de su cabeza mientras observaba aquella superficie de acero con elegantes letras negras.

Apoyó la mano en la superficie plateada, donde podía leerse '*Hans Kleiman & Fernando Uma. Estudio de arquitectura*', y exhaló, poniéndose la mano en la boca. El mismo nombre, la misma parada. No podía ser casualidad. Era él, estaba segura. No había muchos Hans en Pinar, por no decir ninguno. El atractivo hombre de los ojos azules y los tatuajes del andén era...arquitecto.

Casi ajena a sí misma, entró en el edificio, y una puerta giratoria de cristal y acero la recibió como una especie de doble fortín. Se deslizó por ella y llegó al enorme e iluminado recibidor, donde lámparas de acero y cristal colgaban del techo, reflejando su luz en el oscuro mármol del suelo. Carla observó el *hall*, imaginándose a Hans caminando por allí cada día para ir a trabajar, tal y como lo había visto la primera vez en la parada de Robledo. Inspiró y se encaminó, fingiendo toda la seguridad que pudo reunir en ese momento, hacia el enorme mostrador donde una chica rubia perfectamente peinada y maquillada le daba la bienvenida al edificio.

—Buenas tardes. Bienvenida al edificio *Bosque de Sandara*, ¿En qué podría ayudarla? —dijo, con acento extranjero.

—Buenas tardes. Yo...

—Carla, ¿Qué pasa? —interrumpió Mateo, colocándose a su lado. Ella le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio, y se dirigió a la recepcionista de nuevo.

—Busco el despacho de Hans Kleiman.

—El despacho del señor Kleiman está en la quinta planta.

—¿Qué puerta?

—Toda la planta es su despacho —dijo, remarcando la palabra 'toda'—. Puede tomar el ascensor que está frente a la cristalera.



—¿Él...él está ahora aquí?

—Sí, claro que sí. ¿Quiere que le avise? —preguntó la chica, pulsando la tecla de llamada.

El oxígeno empezó a faltarle en los pulmones. Hans estaba allí, cinco plantas por encima. Miró rápidamente el teléfono que le tendía la recepcionista y se quedó paralizada, mientras escuchaba la voz de Hans hablando en alemán llenando el ambiente, y algo estalló en su cabeza. Se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida, ante los gestos de estupefacción de la recepcionista y de Mateo, que salió corriendo tras ella, y, antes de que llegase a la siguiente esquina, la agarró del brazo, y la hizo volverse, con gesto serio.

—¡Carla, para! ¿Pero qué demonios pasa? ¿Quién es ese hombre?

—Un...un conocido.

—Un conocido que hace que tiembles como una hoja —señaló las manos de la chica, que se batían frenéticas—. ¿Qué cuernos ocurre, prima?

Su primo la miró con gesto inquisitivo. Carla era un libro abierto para él, y adivinó lo que sucedía realmente.

—Ven —suspiró, tocándole el brazo—, vamos a tomarnos algo, porque intuyo que necesitas una copa casi tanto como respirar, y de paso me cuentas quién es ese arquitecto que ha hecho descarrilar tus nervios como un tren de mercancías.

Carla exhaló todo el aire, derrotada, y asintió. El destino volvía a echar sus cartas, y ella no podía estar más perdida.

Eran casi las diez de la noche de un extenuante viernes, cuando Carla metió la última carpeta en su cajón correspondiente, dando por concluida esa extraña, vibrante, e intensa semana. Miró a su reflejo en la oscura pantalla del ordenador, recordando las palabras de Mateo tras salir del edificio donde trabajaba Hans. Le había contado todo, desde el principio, ante la atónita cara de su primo, que apenas farfulló un “Uy, nena, tienes un problema de esos que no se van ni echándole aguarrás con agua caliente”, mientras ella gemía, bajito. Sí, tenía un problema. O más bien, no. A Hans no lo conocía, ni lo haría nunca. Solo habían sido dos encuentros fortuitos en un andén, solo eso. Dos miradas, dos impactos, dos minutos sin respiración. Dos latidos que se acompañan en el espacio-tiempo. Dos almas destinadas a encontrarse y olvidarse, solo eso. Solo...eso.

Sacudió la cabeza, cogiendo su bolso, y salió del edificio, enfilando a la estación de tren. Distinguió la acristalada puerta de la estación a apenas cien metros de ella, cuando una voz femenina cruzó el aire, y se giró hacia la figura pelirroja que la saludaba con el brazo en alto.

—¿Carla? ¿Carla Álvarez?

Se giró, mirando hacia el extremo de la adoquinada calle y distinguió a una chica pelirroja con chaqueta vaquera y un ceñido vestido negro, que la miraba desde la otra esquina sin pestañear, sin poder recordar quién era. La joven pareció darse cuenta cuando se puso frente a ella, y esbozó una amplia sonrisa.

—¿No te acuerdas? ¡Soy Verónica, tu compañera del colegio!

El recuerdo de una chica pelirroja con trenzas, vaqueros rotos y risa estridente se impuso desde el pasado. ¿Cómo era posible que se encontrasen justo allí tras todo este tiempo?

—¡Oh, cielo santo, Verol! ¡Madre mía, hace muchísimo tiempo que nos veíamos, no te había reconocido!

—Gracias a que yo a ti, sí. ¡Uf! No nos vemos desde hace una eternidad, ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿Y tú qué tal?

—Genial, la verdad es que estoy genial. Menuda casualidad haberte encontrado. ¿Tienes mucha prisa? He quedado con mi novio en un club dentro de una hora. Si quieres, puedes venir, y así hablamos con calma.

—No creo que...

—Oh, vamos, hace una eternidad que no te veo —hizo un puchero, y Carla asintió, resignada. Lo cierto es que sí le apetecía quedarse un ratito más con su amiga, y despejarse un poco.

—Está bien —la chica aplaudió—. Pero no me quedaré mucho tiempo.

Verónica la tomó del brazo, y juntas se dirigieron a aquel exclusivo club, sorteando decenas de jóvenes en la acera. El portero las dejó pasar sin cobrarles, tras guiñarle el ojo a Verónica, y Carla abrió los ojos de par en par apenas pusieron un pie dentro. Era el club más impresionante que había visto en su vida. Tenía cuatro plantas que se organizaban en torno a la pista central, con espectáculos en simultáneo, y diferentes ambientes. Valía el dineral que costaba la entrada. Hasta el último céntimo. Se acercaron a la barra, y una chica rubia con un pañuelo rojo en la cabeza, al más puro estilo *pin up*, saludó a Verónica con un beso en la mejilla.

—Hola, Sasha, esta es Carla. Fuimos compañeras en el colegio, y nos acabamos de encontrar por casualidad.

—¿Entonces tiene tu edad? —dijo la chica, mirando a Carla—. Cielo santo, Vero, qué mal te conservas.

—¡Sasha! ¿Cómo que...? Pero serás...

Carla lanzó una carcajada, y la rubia *pin up* le guiñó un ojo, divertida, y les sirvió unos cócteles. El ambiente era fantástico, y la música, excelente. ¿Por qué nunca había estado allí? Empezó a bailar en aquella selva de cuerpos bronceados moviéndose al compás de la música, anudándose unos a otros en un ritmo cadencioso y sensual, y cerró los ojos, relajada. Los abrió, segundos después, encontrándose a Verónica abrazada a un atractivo joven de pelo y ojos oscuros que la devoraba con la mirada. Ese debía ser su chico. Se encogió de hombros al saber que su amiga ya tenía acompañante, y decidió que ya era hora de volver a casa. Se acercó hasta ellos, y señaló la salida a su amiga.

—Vero, me voy a casa. Gracias por todo, te llamaré esta semana para tomar un café, ¿De acuerdo?

—¿Cómo que ya te vas? ¿Tan pronto? —Carla asintió, y la chica se mordió el labio, con expresión de culpabilidad —Espera, te llevamos nosotros.

—No hace falta, puedo...

—De eso nada. Fui yo la que te arrastró hasta aquí, y no voy a dejar que vuelvas a casa sola en un taxi —se giró hacia el chico que la sostenía por la cintura—. Ric, cariño, ¿Dónde has aparcado el coche? Dime por favor que no está lejos, no me apetece nada caminar.

—He venido en el coche de Hans. Esperad aquí, voy a avisarle.

La temperatura corporal de Carla bajó varios grados de golpe.

«¿Ha dicho...ha dicho Hans?»

En ese momento, y como si lo hubiesen conjurado, el joven de mirada azul se colocó a su izquierda, y ella sintió que el universo entero se tambaleaba. Aquello no podía estar pasando. ¿El misterioso joven de los tatuajes y el chico de Verónica, Ricardo eran...amigos? ¿Cómo era posible que...?

Apenas pudo pensar en nada más, porque sintió la fuerte mano de Hans presionando levemente su espalda, guiándola hasta la salida, y todo se tornó oscuro. Estaba tocándola, estaba haciéndolo y sentía hasta la última célula carbonizándose. Salieron a la calle, con los nervios de Carla clavándose en cada centímetro de su piel, mientras sentía la presencia de Hans a su espalda, en una suerte de escudo protector. Caminaron por aquella calle, atestada de gente, hasta que un sonoro chasquido y unas luces anaranjadas de un potente *Lexus Coupé* rojo les marcó que habían llegado a su destino. El coche de Hans. Un coche de ensueño para un hombre de ensueño.

Sí, se había muerto, y esto era el cielo.

El joven abrió la puerta del copiloto, e hizo pasar a Carla, mientras Ricardo y Verónica se sentaban atrás. Hans arrancó el *Lexus* con un ronroneo que hizo vibrar el habitáculo, y se deslizaron por las calles de la ciudad como si flotaran, esquivando el poco tráfico que había a esas horas, viendo cómo las luces de las farolas de la autopista pasaban como veloces luciérnagas artificiales que morían apenas rozaban sus retinas.

Le miró con disimulo, mientras sus uñas se clavaban en el asiento. Era aún más guapo de cerca, y la energía segura y tranquila que desprendía se multiplicaba por mil al estar a su lado. Era obvio que era consciente de su atractivo y lo que despertaba en las mujeres, pero había algo más, algo que le hacía diferente, algo que no supo identificar la primera vez que le vio y que ahora tampoco conseguía ver. ¿Qué era ese aura que lo rodeaba? Peligro, amenaza...Había algo oscuro rodeándole, pero la cuestión era el qué. Se giró hacia atrás, viendo a Verónica apoyada sobre Ricardo, mientras él le pasaba el brazo por los hombros, en actitud cariñosa, y sonrió, pensando en algo.

—Y, dime, Ricardo...Hans y tú, ¿De qué os conocéis? —preguntó, obviando

la mirada de soslayo que le dedicó el aludido.

—Pues...nos conocimos en una exhibición de artes marciales hace unos diez años, más o menos. Hicimos buenas migas, y seguimos quedando para hacer esquí, ir de vacaciones, salir por ahí, ese tipo de cosas.

—Suenas divertido.

—Lo es. Oye, Hans, estaba pensando en que, ¿Por qué no vamos todos a tu casa? Solo una copa, lo prometemos.

—No —tronó su voz, y Carla sintió que se hundía en el asiento.

—Oh, vamos, Hans —intervino Verónica—. Hace mucho que Carla y yo no nos vemos.

Hans miró hacia ella, apenas un par de segundos, y asintió, con gesto de hartazgo, tensando los nudillos sobre el volante. La encerrona no le había gustado en absoluto. A los diez minutos llegaron a una zona residencial de pequeños chalets idénticos unos a otros, y aparcaron en la entrada de una casa con un pequeño y cuidado jardín. La vivienda parecía sacada de una revista de decoración. El salón era, sencillamente, fabuloso. Era diáfano, con muebles de color blanco, mucho cristal y con dos de sus paredes recubiertas de una bonita piedra natural. Un enorme sofá de cuero negro presidía la habitación, y sobre él, mullidas mantas de punto de colores crudo descansaban en una esquina, perfectamente dobladas.

—Tienes una casa preciosa, Hans, jamás me cansaré de decírtelo —dijo Verónica, observando los lienzos en blanco y negro de paisajes de montaña que adornaban aquella estancia.

Hans sonrió levemente, y dejó su cartera y el teléfono móvil sobre el aparador de la entrada, mientras Carla le observaba detrás, rígida, incapaz de avanzar un solo paso en aquella sala de estar que parecía un decorado de televisión. ¿Quién con treinta años podía permitirse una casa así en uno de los barrios residenciales más exclusivos de Pinar? Recordó que su despacho estaba en plena Avenida de Platino, y exhaló. Cielo santo, o debía ser increíblemente bueno en su trabajo, o rico desde la cuna. Lo miró apenas unos segundos, y se inclinó por la primera opción. Las ojeras que lucía no eran fruto de noches de fiesta, estaba segura.

—¿Vives aquí...tú solo?

—Así es —intervino Ricardo—. Es arquitecto, y diseñó esta casa. Esta, y toda la urbanización. Llegó a un acuerdo con el constructor, y compró esta preciosidad casi a precio de saldo.

El arquitecto asintió, con gesto aburrido, y se dirigió hacia las escaleras que

subían a la planta de arriba, mientras la pareja se servía una copa y encendían el equipo de música. Ella suspiró, y se giró hacia todas partes.

—Vero, ¿Dónde...?

—La cocina está al fondo —respondió Verónica, pulsando botones de aquel carísimo equipo de música.

Pronto la música de PJ Harvey llenó la estancia, y Carla caminó por aquella lujosa vivienda de paredes blancas y baldosas negras hasta llegar a la amplia cocina. Sacó el móvil del bolso, y llamó a un taxi, que, le informaron, tardaría media hora en llegar. Media hora.

«Maldita sea.»

Guardó el dispositivo, pensando qué hacer mientras esperaba, y se sentó en uno de los taburetes, frente a la isla de mármol negro que abarcaba gran parte de la estancia, y se quedó mirando por el enorme ventanal que daba a una explanada de césped en la parte trasera de la casa. Se sirvió un vaso de agua del grifo, y fue bebiéndolo a tragos lentos, despacio, mientras miraba la oscura noche. Los contornos de la sierra eran más precisos desde allí, y la mole rocosa del macizo de Amurga parecía más imponente, más grande, más...real.

En ese momento oyó risas que provenían de la sala de estar, y suspiró. Aquello iba para largo. Se apoyó en la encimera, mientras miraba por el ventanal cómo el día se abría paso, y un prolongado, e inesperado bostezo se adueñaba de ella. Estaba cansada, muy cansada. Se giró hacia la moderna cafetera que descansaba en una esquina de la encimera, y suspiró. Se moría por un café, y sus neuronas estaban empezando a dormirse junto a ella. Miró la cafetera, mientras un plan empezaba a formarse en su cabeza. Sabía que era de muy mala educación lo que planeaba hacer, pero estaba a punto de caer rendida sobre el suelo de esa impoluta cocina de un momento a otro. Solo debía planear con cuidado sus pasos, y limpiarlo todo después. Rápido. Fácil. Simple.

Localizó una taza en un estante, la colocó bajo el aparato, puso una cápsula de aluminio verde dentro de una rejilla, y le dio al botón de encendido, mirando hacia la puerta de la entrada, pero no ocurrió nada. Ceñuda, pulsó otra vez el botón, por si acaso lo hubiese hecho mal, con idéntico resultado. Nada. Pulsó otra vez, y otra más, por si quedaba alguna duda. Pero no ocurrió nada. Nada. El maldito chisme no funcionaba. ¿Por qué no funcionaba?

Exasperada, presionó ola tecla para anular el café, pero el maldito chisme se alió con Satán y no solo no lo canceló, sino que todas las luces empezaron a parpadear como un árbol de navidad, y un intenso pitido empezó a resonar,

astillándole los tímpanos.

—No, no, no, por favor, no —farfulló.

Ese maldito trasto debía costar al menos la mitad de su sueldo de un mes, y lo iba a romper. Pero no se lo iba a romper a cualquiera, no. Le iba a destrozar la cafetera precisamente al chico de la mirada azul que ahora dormía plácidamente en el piso de arriba. Blasfemó como un camionero, cuando sintió pasos a su espalda, y maldijo una vez más su suerte. Se giró, enfrentándose a la expresión de Hans, en cuyo rostro no cabía una mota más de crispación, y vio cómo los ojos del arquitecto volaron hacia la cafetera.

—¿Pero qué narices has...? ¿Pero qué...?

—Perdón —empezó ella, de forma atropellada, mientras lo veía flechado hacia la cafetera—, solo...es que yo...lo siento, no pretendía ser maleducada, es que no sabía qué hacer hasta que ellos.... —se aclaró la voz —terminaran.

Hans empezó a pulsar botones, con el ceño fruncido.

—Pues ya no tienes de qué preocuparte, Ricardo y Verónica ya se fueron hace un rato. Les dejé mi otro coche, y ahora ya deben estar en la ciudad, divirtiéndose —dijo, pulsando una tecla varias veces, con expresión hosca.

Suspiró sonoramente, mirando hacia ella de forma hostil, y se quedó callada al instante. Si quería que él se acordara de ella, lo iba a conseguir finalmente. La voz de Mateo resonó en sus oídos en forma de regañina.

«Démosle un merecido aplauso a la señorita Álvarez, sí, señor. Carla, te has lucido una vez más.»

Resopló, hastiada de sí misma y de su torpeza supina, y farfulló una nueva disculpa mientras Hans resoplaba, intentando arreglar el maldito chisme. Al fin el aparato dejó de parpadear, y se hizo un pesado silencio entre los dos.

Hans se pasó la mano por el pelo, y apoyó las manos en las caderas, mirando hacia ella y la puerta de la entrada, en clara señal de que quería que se fuera de su casa. Y Carla se derrumbó. ¿Por qué había tenido que tocar ese maldito chisme? ¿Por qué no se había limitado a esperar en la cocina, tranquilamente, sin tocar nada? Había sido una grosera y ese era precisamente el recuerdo que Hans guardaría de ella. La maleducada amiga de Verónica.

—Bueno, pues creo que yo...en fin, creo que también debería irme. Siento lo de tu cafetera, no era mi intención estropearla, solo...en fin, lo siento.

Cogió su bolso de la encimera, y se dirigió a la salida, usando todas sus fuerzas para que él no viera su expresión dolida. El rechazo es siempre difícil de digerir, da igual a qué edad. Enfiló por aquel largo pasillo, cuando sintió pasos apresurados a su espalda, y la grave voz del arquitecto.

—Espera —llegó hasta ella, interponiéndose entre la puerta y su cuerpo—. Aquí no hay parada de taxis, y tampoco hay estación de tren. Estamos demasiado lejos de la ciudad.

—Lo sé, ya...ya he llamado a un taxi —explicó, sin atreverse a mirarle.

—Puedo llevarte a casa si quieres.

Carla alzó la vista hacia él, sorprendida.

—¿Qué?

—Que puedo llevarte. Es lo mínimo que puedo hacer después de que mi amigo te haya arrastrado hasta aquí y te haya dejado en la estacada.

—¿No...te importa?

—No, claro que no. Pero va a costarte algo.

—¿Qué?

—Sí —estiró la comisura de la boca, y una sonrisa cálida bañó su semblante—. Siento decirte que vas a tener que tomarte un café conmigo. Has estado a punto de romperme la cafetera, así que...me lo debes.

Carla sonrió. Su suerte había cambiado en cuestión de un segundo. Quizás no todo estaba perdido. Hans extendió el brazo, haciéndole un gesto para que le siguiese hasta la cocina, y ella asintió, al tiempo que sacaba el móvil de su bolso, anulando el servicio del taxi. Ya tenía chófer. El mejor, además. Se sentó en uno de los taburetes que rodeaban la isla de mármol negro, mientras veía a Hans aproximarse a la moderna cafetera y accionar dos botones diferentes, mirando hacia ella sin molestarse siquiera en disimular.

Se apoyó en la encimera, y se quedaron estudiándose el uno al otro. Ella se quedó prendida en sus azules ojos, y su expresión inteligente, y él en los oscuros suyos, que parecían estar llenos de secretos. Al fin el zumbido de la cafetera cesó, y el arquitecto sirvió las dos tazas, acercándole una. Se sentó frente a ella, y Carla le tendió el azucarero, en un gesto que pretendía ser amable.

—No, yo no tomo azúcar —negó con la cabeza—, ya Ricardo toma por los dos cuando viene a saquearme la nevera y la despensa.

—Bueno, también vendrá para verte.

—Eso sigo queriendo creer yo.

Sonrieron a la vez, y se quedaron contemplando la estrellada noche a través del ventanal, mientras sus manos rodeaban aquellas tazas de humeante café.

—¿Desde cuándo conoces a Verónica, Hans?

—Desde que mantiene una intermitente, exasperante, y agotadora relación con Ricardo desde hace dos años.



Su amigo y Verónica se habían conocido hacía dos años, y, desde entonces, y a pesar de que Ricardo jamás lo reconocería, lo que había empezado como un simple *affaire* se había ido consolidando con el tiempo, pese a que ninguno de los dos quería admitirlo. Ricardo esperaba que fuese Verónica la que diese el paso, y ella esperaba lo mismo de él. Se querían, se querían a rabiar, pero ambos eran demasiado orgullosos para admitir que no podían vivir el uno sin el otro, por lo que canalizaban toda esa frustración con peleas constantes. Los arranques de celos entre ellos eran frecuentes, y las discusiones, también. Pero también las apasionadas reconciliaciones.

—¿Discuten mucho? —dijo Carla, y él la miró. Había captado toda su atención.

—Demasiado.

—Bueno, quizás sea su forma de demostrar el afecto que sienten el uno por el otro. El amor es algo irracional, que escapa de todo control, y puede camuflarse de muchas maneras.

—¿Y si no es amor lo que sienten, y se trata solo de deseo?

—Es otra opción. Supongo que nunca estaremos por encima de nuestros instintos más primitivos. Siempre terminaremos cayendo en ellos de la forma más salvaje.

Carla se abofeteó mentalmente por lo que esa respuesta daba a entender. ¿Ahora se había reencarnado en Mata Hari? Miró al arquitecto, que la observaba con media sonrisa al otro lado de la mesa. Esa chica empezaba a fascinarle. Le hizo un gesto para que le acompañara hasta la sala de estar, y ella le siguió, intentando aplacar los nervios que parecían devorarla a cada minuto.

—Hablas muy bien nuestro idioma —empezó, para romper el hielo.

—Mi madre es de aquí, y siempre nos habló en español.

—¿De dónde eres?

—De Austria —suspiró, y adoptó la pose de quien repite la misma frase cientos de veces—. Nací y crecí en Salzburgo, cerca de la frontera con Alemania. Mis padres decidieron venir aquí por...trabajo cuando yo era un adolescente, y desde entonces he vivido en Pinar. Por suerte para mí, hace tres años se fueron a vivir a Suiza, así que sólo tengo que escuchar los sermones de mi madre los dos meses al año que viene a visitarme.

—Vaya. Dos meses...es mucho tiempo.

—Es una maldita tortura.

Se carcajearon, y él la miró con una sonrisa por la que ella daría hasta su

último aliento de vida. Elevó los pies sobre el sofá, y miró los cuadros que estaban colgados en las paredes. Eran fotografías en blanco y negro de cadenas montañosas, cascadas, glaciares...e incluso en uno de los cuadros aparecían varios rayos sobre un montaña nevada. Forzó la vista para leer el título, y frunció los labios. 'Tormenta en *Wildspitze*'. Parpadeó, y siguió estudiando aquellas láminas. Debían valer un auténtico dineral. Eran realmente impresionantes.

—¿Te gustan? —preguntó Hans.

—Sí, la verdad es sí. ¿Dónde los compraste?

—¿Comprarlos? —negó con la cabeza —Las fotos las hice yo.

—¿Todas?

—Todas.

Carla miró todas las fotografías en blanco y negro de paisajes que había por toda la casa, y de repente la fría decoración de su sala de estar no le pareció tal. Rezumaba vida, esa vivienda rezumaba vida, sólo que permanecía oculta, esperando a ser desvelada sólo por los ojos de quien se tomaba su tiempo y se atrevía a mirar por segunda vez.

—¿Y cuál es tu preferida?

El arquitecto sonrió, y depositó la taza vacía de café en la mesa de centro.

—La que tengo en mi dormitorio. Es un amanecer cerca de un pequeño pueblo llamado Sankt Gilgen, en Austria, donde mis abuelos tienen una casa. La hice el día que nos fuimos de Austria.

—¿Y por eso te gusta tanto?

—Supongo que sí. Cada vez que la miro recuerdo el comienzo de mi nueva vida aquí. Estábamos a diez grados bajo cero, y casi pillé una neumonía al hacerla, pero valió la pena.

Se quedaron en silencio, y Carla no pudo evitar imaginarse a un adolescente Hans dejando toda su vida atrás para empezar de cero en un país desconocido. No debió ser fácil dejar familia, amigos, hogar...por supuesto que no. Le miró, y frunció los labios.

—¿Has pensado en volver alguna vez? —susurró, con voz cálida.

—No, claro que no. Jamás me he arrepentido de haber venido aquí —dijo, con sequedad, y ella pudo leer de forma cristalina en sus ojos que, si bien no se arrepentía de haber venido, dejar su país seguía causándole dolor.

Se quedaron varios minutos en silencio, con esa extraña atmósfera envolviéndolo todo, y Hans suspiró, mirando hacia ella.

—Será mejor que te lleve a casa, ¿Te parece?

—Sí, yo... —apenas musitó—. De acuerdo.

Su oportunidad se había acabado. Carla le siguió hasta la puerta de la entrada, echando un último vistazo a la casa del arquitecto, consciente de que jamás volvería allí. Le siguió hasta la puerta de la entrada, y se metieron en el *Lexus*, rumbo a la ciudad, charlando como si se conociesen de siempre, con la música de Tyler Shaw como fondo, abarcando cada mota de oxígeno dentro del habitáculo, mientras ellos seguían en su particular paréntesis. Carla miró las calles, los árboles, las aceras, con la inexplicable impresión de que cada cosa, cada mínima cosa, desde el edificio más alto hasta el más pequeño mato de los parques brillaban más que antes, sintiendo que su pecho iba a empezar a latir al ritmo de dos corazones a partir de ahora. El mundo jamás fue tan perfecto, ni ella se sintió más hermosa.

## 6

El viernes, tras varias reuniones de análisis de resultados, volvió a su despacho, cansada. Y no solo por el trabajo. Paula la había acorralado en la hora del café para someterla a un intenso interrogatorio, por la tensa e intensa semana que llevaban Gael y ella auestas, y que, en boca de su amiga, hacía que siempre tuviese los ojos brillantes. Las miradas entre ellos se habían intensificado, así como los comentarios amables en las reuniones de equipo.

Había vuelto a encontrar al amor de su infancia, sí, pero lo que no sabía Paula es que no estaba así solo por Gael. Los mensajes entre Hans y ella eran una nueva rutina que se había instalado en su vida, y la mantenían en un estado de burbujeo constante. Sus noches se habían convertido en una batalla campal de burbujas y mariposas en su estómago que no firmaban el armisticio hasta que las luces del alba rompían en su habitación. Pero eso Paula no tenía por qué saberlo.

Estiró la comisura de la boca, y posó el bolígrafo entre sus dientes, recordando la reunión de esa mañana en la que el biólogo había participado. Las suaves colinas de sus trabajados pectorales bajo la camisa de botones blanca, sus fuertes brazos, su penetrante mirada verde...Gael era el pecado sobre la faz de la tierra, y ella se moría por consumirse en sus llamas. Había estado evitándole toda la semana, más por el miedo a no saber qué decir, ni qué hacer, ni cómo preguntarle lo que sus labios se morían por preguntar. ¿Podría soportarle oírle decir que no la recordaba en absoluto?

Los iris verdes del biólogo volvieron con fuerza a su cabeza, y se estremeció. Pero en ese instante, una intensa llamarada azul se abrió paso en sus pensamientos, y el rostro y la sonrisa del arquitecto llenaron todo el espacio de su cabeza, y se incorporó, al sentir las llamas barriendo su piel y su corazón. Iba a arder de un momento a otro. Tragó saliva, mientras la imagen del austríaco se hacía cada vez más grande en su cabeza, y se obligó a respirar despacio cuando su pulso se aceleró. ¿Pero qué demonios le ocurría?

Apagó el ordenador de su mesa cuando ya casi anocheía, y miró su oscuro reflejo. ¿Quién había escrito esa norma que impedía amar a dos hombres a la

vez con la misma intensidad? ¿Quién? Bajó en el ascensor, y se dirigió hacia la puerta, tapándose los brazos. Apenas llevaba puesta una fina rebeca por encima. Exhaló vaho, que salió helado de sus labios, y puso rumbo a la estación. Golpeó con fuerza los adoquines de la acera con sus tacones, deseando que el automático ruido la ayudara a despejarse, cuando una mancha azul se hizo visible por el extremo del ojo, y se giró hacia allí, sin poder evitarlo. El *Sedán* del biólogo apareció a su lado como un silencioso guardián, con su dueño en su interior. Gael la saludó desde la distancia, sin que su rostro dejase entrever qué sentía en esos momentos.

—¿Qué...qué haces aquí?

—He estado esperándote. Como no te he visto en toda la semana, estaba empezando a preocuparme.

—He estado ocupada con el trabajo y no he podido llamarte, pero...yo...

Él suspiró, abriéndole la puerta del copiloto.

—Ya. Me imaginaba que ibas a decir algo así. Ven, vamos a dar un paseo.

Carla asintió, sin saber qué decir, y se internó en el coche, en completo silencio. Pusieron rumbo a un parque cercano, y Gael aparcó cerca de la entrada. Empezaron a caminar juntos por aquella enorme masa verde, donde las primeras farolas empezaban a encenderse. Ella se frotó los brazos, para calentarse, y él la miró, resoplando sonoramente.

—¿Por qué demonios vas siempre tan desabrigada, Carla? Vas a terminar pillando una neumonía.

Le puso su chaqueta por encima, y ella aspiró el perfume que tanto le gustaba.

—Se me olvidó coger el abrigo esta mañana.

—Ya lo veo. Y tampoco te has maquillado, al parecer.

—¿Cómo que no me he maquillado? Sí, sí que... —dijo, tocándose la cara, y suspiró —Vaya, sí que tengo la cabeza en otra parte últimamente.

Gael estiró la comisura de la boca, en un amago de sonrisa.

—Te prefiero al natural, por cierto. Estás mucho más guapa así.

Ella sonrió tímidamente, y el biólogo le señaló un banco y una de las casetas de bebidas.

—Espérame aquí, te traeré un chocolate caliente para que entres en calor, o te congelarás.

—Gracias.

Gael se alejó, no sin antes dedicarle una mirada cálida y ella sentó en uno de los bancos, sorprendiéndose cuando las chispas, la electricidad, la

ansiedad que sentía siempre que le veía desaparecer en ese preciso instante, dando paso a una calma serena, al afecto, a la tranquilidad y a la seguridad de saber que la otra persona siente por ti lo mismo que tú, y resopló ante toda la absurda ansiedad que la había estado devorando. Gael también sentía algo por ella, de una forma completamente natural y serena. ¿Por qué había estado preocupándose tanto? Se levantó del banco para ir a su encuentro, cuando un pequeño caniche color crema con un collar azul y una correa se acercó hasta ella, apoyando sus patas delanteras en sus rodillas, y la miró con ojos lastimeros.

—¿Te has perdido, pequeñín?

El perro pareció entenderla, y gimió. Carla siguió acariciándole mientras alzaba la vista, intentando localizar a su dueño, que debía estar buscándolo desesperado. Se levantó del banco donde estaba sentada y le hizo señas a Gael, que volvía con un vaso humeante, con la vista clavada en el perro. Al llegar hasta ellos, le tendió el chocolate, señalando al pequeño peludo que en ese momento olisqueaba una planta, y se agachó a su altura. El perro lo miró con ojos tiernos, y le tendió una de sus patitas, haciendo al biólogo sonreír.

—Hola, pequeño, ¿Te has perdido?

—Eso parece, porque no he visto a sus dueños cerca.

—Si quieres —dijo él, sin dejar de rascar al perro tras las orejas—, podemos ir con él paseando por el parque, por si alguien lo reconoce. Y si no, pues supongo que podrás quedártelo hasta que encontremos a su dueño.

—Buena idea —respondió ella, entusiasmada, mirando al perro—. La verdad es que siempre he querido tener un perro, pero mis padres nunca me dejaron tener uno.

—Mis abuelos tienen dos. Son unas bolas peludas insoportables que no dejan de romper todo a su paso. Estoy seguro de que te regalarían uno encantados.

—Probablemente —rio—. Pero bueno, tampoco tendría sitio para tenerlo.

—Bueno, el jardín trasero de la casa de mis padres es bastante grande. Hay sitio para correr, aire puro, el ambiente es tranquilo, y podrías estar con él siempre que quisieras.

Carla sonrió ante la declaración velada del biólogo. Iban a verse, y mucho, a partir de ahora. Empezaron a caminar por los cuidados senderos del parque, donde cada pocos pasos unas tenues luces iluminaban la pista empedrada, mientras el perro se mantenía pegado a los pies de Carla, meneando el rabo, feliz. Apenas habían andado unos cien metros, cuando Gael le recogió un

mechón de cabello tras la oreja, y murmuró, en voz queda.

—¿Por qué me estás evitando, Carla? Creí que éramos amigos.

—No te estoy evitando.

—No responder a ninguno de mis mensajes durante una semana entera es bastante similar a evitar a una persona, y me pregunto por qué.

—Yo, es que...

En ese momento, la dueña del perro, una chica de apenas quince años, vestida con un chándal de un colegio de la zona y el cabello recogido en una cola de caballo, llegó hasta ellos, corriendo desesperada.

—¡Pompón! ¡Pompón! ¡Oh, Dios mío, menos mal que te he encontrado!

Pompón apoyó la cabecita en la pierna de Carla, ignorando a su dueña, y Carla sonrió.

—Perdonad, mi perro es un poco desobediente y se me ha escapado. Llevo buscándolo un rato por todo el parque. ¿Os ha molestado?

—No, tranquila, vino él solo hasta aquí. ¿Llevas mucho tiempo buscándolo?

—Media hora, más o menos. Siempre se escapa, es todo un explorador. Me da miedo que un día se escape y ya no vuelva.

—Si te quiere, volverá. El destino hará que vuelva contigo.

No hizo falta mirarle para adivinar la expresión de su rostro. Destino. Azar. Casualidad.

Carla le cedió la correa, acariciando la cabecita de Pompón, que la miraba con adoración. La niña le puso la correa al perro, pero el can se tumbó en el suelo, dispuesto a quedarse allí.

—Nada, ni se mueve —rio la niña—, ni se mueve. Creo que se ha enamorado de tu novia.

El corazón de Carla trazó una voltereta al oír la palabra 'novia', y Gael la miró con disimulo, con el pecho retumbando.

—Sí —dijo él, con tranquilidad—. Eso parece.

Carla apenas pudo reaccionar al escucharle decir algo así. ¿Era eso lo que serían a partir de ahora? Pensó en la palabra noviazgo, con todas las connotaciones que pudiese tener, y algo le comprimió el pecho, mientras Gael la miraba con expresión serena, hablando con la dueña de Pompón.

De repente, decenas de imágenes de cenas familiares, viajes en pareja, tardes de película y manta en su sofá, mañanas enteras invertidas en tiendas de decoración llenaron su cabeza mientras intentaba asimilar esa palabra. Novia. La novia de Gael.

—Bueno, diles adiós, pompón —dijo la chica, ante una atónita Carla, que

era incapaz de volver de sus pensamientos—. Gracias por cuidarle hasta que aparecí.

—Tranquila, no ha sido nada —respondió, sin apartar los ojos del perrete—. Hasta siempre, Pompón.

La vieron desaparecer por uno de los senderos, y Gael le hizo una señal para que retomaran el paseo, bajo la luz de las farolas. La insólita escena del perro había puesto sobre la mesa lo que tanto les preocupaba. No eran amigos, no eran amantes, tampoco pareja...no eran nada, y los dos navegaban en un océano de incógnitas. Cuando llevaban varios minutos caminando, Gael suspiró, y la miró.

—Carla, te había estado esperando fuera del edificio porque tenía una proposición que hacerte.

—¿Una proposición?

—Así es. ¿Te apetecería ir a cenar conmigo a un sitio muy especial esta noche?

—¿Vas a llevarme a cenar a la luna o algo parecido? —rió, intentando quitar tensión.

Los ojos de Gael chispearon, y sonrió.

—Pídemelo, y te llevaré, ya lo sabes. Pero, no —negó con la cabeza—. He pensado que podíamos cenar en mi casa, si te apetece.

Ella parpadeó por la sorpresa, y su boca respondió antes de que su cabeza procesara siquiera la información de lo que aquella invitación implicaba. Su piso, una cena romántica. Intimidad. Deseo. Placer. Sudor. Sus ojos se clavaron en los suyos, abrasándola, y supo que su corazón estaba respondiendo por ella cuando su voz se alzó.

—Por supuesto.

—Estupendo entonces —dijo él, parpadeando sorprendido—. Espérame en la entrada oeste del parque. Te recogeré allí. No tardaré, lo prometo.

—Tranquilo. Estoy acostumbrada a coger trenes. Sé esperar sin impacientarme.

«Y no sabes cuánto tiempo llevo esperando esto.»

Gael le sonrió y Carla sintió que nada podía ir mejor que en ese momento. Se quedó quieta, viendo al biólogo alejarse, y empezó a caminar hacia la entrada oeste, donde el tráfico habitual la recibió. Gente con prisas, gente haciendo deporte, y coches, coches, coches. Pinar se había convertido en un circuito de carreras, definitivamente. Suspiró, abrazándose, mientras esperaba a que el *Sedán* azul de Gael apareciese, y, en ese momento, no supo por qué, la



imagen de Hans llenó por completo sus pensamientos. A él también se lo había encontrado por casualidad. Tres veces, además. Tres. ¿Qué probabilidades existían de que también algo así sucediese? Escasas, también.

Miró hacia los coches que se detenían frente al semáforo, y la sonrisa y la suave mirada que el dedicó el austríaco en la sala de estar de su casa, mientras le explicaba los lienzos que había en las paredes, y le hablaba sobre su vida, llenó por completo sus pensamientos. Hans también había sido fruto del azar, como Gael. Tres encuentros fortuitos sobre los que podrían cimentar una preciosa amistad. Una amistad, solo eso. Porque su destino era ese biólogo de impresionantes ojos verdes al que estaba esperando, lo sabía. En ese momento el coche de Gael llegó frente a ella, y se subió, esbozando una enorme sonrisa.

—¿Preparada para la mejor velada de la historia?

—Por supuesto. Espero unicornios, purpurina y fuegos artificiales de esta cita.

—¿Sí, eh? Bueno, lo de los fuegos y la purpurina tiene fácil arreglo. Lo del unicornio, en fin...espero que le echés imaginación, y que el enorme perro de mi vecina con una diadema con un cuerno te valga, vamos.

Se miraron, estallando en una carcajada, y el biólogo arrancó. Llegaron en apenas media hora a su piso, un edificio de veinte plantas en la zona este de la ciudad. Gael la hizo pasar, sonriendo, y ella tuvo la sensación de que estudiaba su reacción. Era un estudio coqueto. Había varios lienzos de naturaleza en las paredes, y el color verde imperaba en aquellas paredes. Había paisajes de costa, de bosques...eso, sumado a varias plantas que tenía por la sala de estar, daban la sensación de estar en medio de la naturaleza. Gael adoraba su trabajo, no le cabía duda. Miró hacia el enorme ventanal, y silbó. Las vistas eran, como poco, espectaculares. Se veía la sierra, los enormes edificios de la zona de Robledo y Hayedo, el extrarradio de la ciudad e incluso uno de los extremos del polígono donde vivía.

—Tienes una vista preciosa desde tu casa, Gael.

—Si vas a empezar a admirarla con regularidad, te advierto que te cobraré la entrada.

—¿No me harías descuento por ser tu jefa?

—Creo que por eso hasta te cobraría el doble.

Se rieron, y Gael se dirigió a la cocina. Carla se levantó, yendo hacia el equipo de música, y escogió un álbum de Tyler Shaw. Se sentó en el sofá, mientras un delicioso olor salía de la cocina. Gael empezó a silbar la canción que sonaba mientras removía la sartén, y ella se acercó hasta allí, apoyándose

en el quicio de la puerta. El biólogo sirvió dos copas de vino blanco y le tendió una a Carla, que lo paladeó con gesto satisfecho. Era delicioso, suave y chispeante. Tomó dos sorbos más, y se sentó en una de las sillas para verle cocinar.

—¿Quieres que te haga de pinche?

—No hace falta. Además, no tengo dinero para pagarte un sueldo digno, ni hacerte un contrato en condiciones.

—Vaya, como en mi empresa, entonces. Menudo fastidio.

Se giró hacia ella, y se rieron a la vez. Carla le observó, y no pudo menos que sonreír. Era muy atractivo, siempre se lo había parecido, con un punto de locura divertida que le hacía diferente a los demás. ¿Sería por eso que le seguía atrayendo, o había algo más? Le miró, recordando cuando era un niño, pensando que en algún momento debía preguntarle si se acordaba de ella. Pero...¿Y si la había olvidado? Habían pasado muchos años, demasiados. Pero, ¿Y si no era así en absoluto? ¿Y si él tampoco había podido olvidarse de ella? En ese momento Gael le tendió un plato con una ensalada tibia, y ella perdió el hilo de sus pensamientos. ¿Qué más daba que la hubiese olvidado? Ella no lo había hecho, y eso era suficiente.

La cena transcurrió en una atmósfera divertida. Estuvieron charlando animadamente sobre una disparidad de temas, que iban desde un concurso de tartas al que el padre de Carla se presentó una vez y quedó en último lugar, tras provocar una salmonelosis al jurado, hasta la noche que Gael incendió la cocina de sus padres al intentar hacer un flambeado.

Cuando acabaron, Carla fue hasta el ventanal de la sala de estar, mirando la ciudad, mientras la suave música la envolvía. Sintió la presencia de Gael junto a ella, y su respiración se acompasó a la suya. La penumbra era perfecta. Realzaba sus ojos verdes y sus atractivas facciones no hacían más que acentuarse con los claroscuros. No tenía la perfección de rasgos de Hans, pero era más...interesante. Sus suaves rasgos combatían con una mirada a ratos feroz que le hacían tener un punto salvaje. Carla tomó otro sorbo de la copa, y le miró. La calidez que la envolvía cuando estaba a su lado era una razón más que suficiente para empezar a caer en él, porque sentía desde hacía tiempo que daría lo que fuera por perderse en su piel aunque solo fuera por unos minutos. Le vio estirar la comisura de la boca, y dejar la copa sobre la mesa central de la sala de estar.

—Cierra los ojos, Carla.

—¿Qué?

—Que cierres los ojos. Tengo una sorpresa para ti.

Ella los cerró, sintiendo sus pestañas unirse, y esperó. Y esperó. Y esperó un poco más, pero nada. Estaba a punto de abrir los ojos, cuando sintió algo suave y blandito en sus manos. Sus pestañas se separaron, desvelando una pequeña rana de peluche de color verde y amarillo que la miraba desde sus enormes ojos de plástico. No la había olvidado.

—Cuando te vi en el tren aquella vez, te reconocí al instante —empezó él—. Y después, cuando te volví a ver en el despacho, yo...no creí que pudiera tener tanta buena suerte.

Inspiró, clavando sus ojos en los suyos, leyendo la misma ilusión, el mismo anhelo. Sonrió, y, sin mediar palabra, y con ese punto de locura que las responsabilidades no habían conseguido aniquilar en ella, saltó a su regazo, y las manos de Gael la sostuvieron con fuerza, con firmeza, con todo el deseo que habían estado conteniendo tantos años. Se habían encontrado, y no iban a soltarse. Nunca. Gael enredó sus dedos en sus cabellos, y la besó, envolviéndola en la mullida suavidad de sus besos, sabiendo que ese era su destino y el camino trazado para ellos. Se pertenecían el uno al otro, desde el inicio de los tiempos.

Gael la cogió en brazos y la llevó al dormitorio, donde la tumbó en la cama. Hundió su boca en su piel, sin dejar un solo centímetro sin explorar del cuerpo de Carla, que, envuelto en sudor, se le ofrecía sin límites. Poco a poco, el baile del deseo fue subiendo de intensidad hasta hacerles gemir desesperados.

—No me devores tan rápido, o te atragantarás—jadeó él.

Los labios de Carla descendieron por las colinas de sus pectorales, su trabajado torso, y recorrieron ese estómago liso y duro que la hacía soñar despierta, y siguió descendiendo, sumergiéndose por completo en él, mientras su boca se hacía con el encendido deseo de Gael, y él enredaba sus dedos en su cabello, guiándola, meciéndose con ella, pidiéndole más.

—Atragántate, princesa.

Y el deseo más animal se desató por completo. La cama vibró, al igual que sus corazones, que, retumbando contra su pecho, se batían en un silencioso duelo. El ritmo fue subiendo de intensidad, ahogándolos, agotándolos, convirtiéndolos en ascuas, hasta que apenas pudieron respirar, con los latidos de sus corazones golpeando en sus venas, mientras en la espalda del biólogo diez profundos surcos rojos empezaban a sangrar, sin que ninguno de los dos se diese siquiera cuenta, y el mundo, el universo y todas las estrellas que contenía jadeaban, junto a ellos, en un compás desesperado. Ahogaron cada

grito, cada jadeo, cada gemido contra sus bocas hasta que ya no pudieron más y Gael la embistió por última vez, deshaciéndose entre gemidos, temblando, con el cuerpo perlado de sudor y deseo, y Carla supo que estaba en el lugar que le correspondía en el mundo, cuando estalló en un largo gemido y el sol empezaba a imponerse en el cielo.



Un mecánico pitido anunció que la parada del polígono Flor de Argoma, el fin de trayecto, se acercaba. Carla se giró en la butaca, y miró el paisaje urbano por la ventana, viendo el amanecer, mientras sentía sus músculos entumecidos y los labios hinchados. El niño guapo y dulce que siempre la cautivó se había convertido en el amante perfecto. Sonrió, casi sin querer hacerlo, al recordar cómo lo había dejado esa mañana, durmiendo boca abajo en su cama, exhausto, sin atreverse a despertarlo.

Suspiró, volviendo al presente, cuando el tren llegó al polígono de Argoma, y cruzó los brazos mientras el convoy atravesaba parte del pantano. Su mente voló hasta los extraños sueños, una vez más, y frunció el ceño al ver la seca hondonada que había dejado la antigua y extensa laguna. Se quedó mirando la abandonada ciénaga, mientras pensaba en que quizás podría preguntarle a sus padres si recordaban algo que hubiese ocurrido allí tiempo atrás. Los extraños sueños habían vuelto a llenar sus noches, y la sensación de que eran tan solo la punta de algo mas era demasiado intensa como para ignorarla.

El tren llegó a su destino, y salió, martilleando con sus tacones la desconchada acera hasta llegar a casa. Abrió la puerta, y no pudo evitar sonreír al ver a su padre sentado en el sofá, con una taza de café, peleándose con la televisión. Otra vez.

—Hola, papá.

—Hola, Carla. Vaya, que pronto has vuelto de...¿Dónde estabas?

—En casa de Paula —mintió—. ¿Dónde está mamá?

—En el baño desde hace media hora —contestó él, dedicándole apenas unos segundos de atención, y enfrascándose de nuevo en su lucha contra el aparato.

—Funcionaría mejor si usases ese mando, papá —le señaló uno blanco al borde de la mesa—. No creo que el mando de la calefacción pueda cambiar el canal de la tele.

Su padre la miró y resopló, riéndose. Al menos esta vez no lo había

intentado cambiar de canal con el teléfono. Salió de allí, riéndose, y fue hasta el fondo del pasillo. Tocó levemente la puerta del baño, y abrió. Su madre estaba frente al espejo, intentando domar su rizada cabellera a golpe de cepillo y secador, y se giró hacia ella.

—Hola cariño, no te oí llegar. ¿Qué tal?

—Bien, estoy bien. Estaba con Paula.

Quería hablarle de Gael, pero no sabía muy bien cómo afrontar esa conversación sin ser sometida a un tercer grado, y optó por dar un gran rodeo, como hacía con los clientes de su empresa.

—Estupendo, lo cierto es que esa chica es un encanto.

—Sí, sí que lo es. Esto...mamá, quería preguntarte si te acuerdas de los Fernández.

—¿Los Fernández?

—Sí, vivían al otro lado de la calle, y...

—Ah, sí, cariño, claro que me acuerdo de ellos. Eran muy buenos vecinos, muy tranquilos y trabajadores.

—Sí, me lo imagino. Su hijo trabaja conmigo.

—¿El de los ojazos verdes? ¿O el otro?

—¿El otro? —parpadeó. Eso no se lo esperaba —¿Tenían dos hijos?

—Así es. Fue una pena.

—¿Cómo que una pena? ¿Le ocurrió algo a su hermano?

—No, claro que no. Me refiero a lo que les pasó a todos. Se fueron casi de un día para otro, sin despedirse de nadie, dejando el piso amueblado casi por completo... —apagó el secador y la miró pensativa, mientras Carla sentía su sangre congelarse—. Fue extraño. Se esfumaron, como si estuviesen huyendo de algo.

Carla se separó del marco de la puerta como un resorte.

—¿Cómo que huir? ¿De quién querrían huir?

—No tengo ni idea. Tendrían problemas económicos, como el resto, supongo, y por eso se irían de forma tan precipitada —la joven se tensó, y un latigazo helado sacudió su espalda, y el recuerdo de los extraños sueños del pantano volvió con fuerza a su cabeza—. No sé lo que ocurrió —continuó su madre—, pero lo que sí sé es que, cuando se fueron, mi hija de ocho años se pasó dos semanas mirando por la ventana el pantano con cara de tristeza, abrazada a *Hubby*, tu osito, sin decir una sola palabra. Y sospecho por qué.

Algo afilado empezó a rasgar el pecho de Carla, y un terrible presentimiento hizo aparición. Recordó la última tarde que vio a Gael, y

recordó el sueño. En ambas situaciones llevaba el mismo vestido. Un vestido que jamás volvió a usar. Nunca. ¿Por qué? Eso, sumado a la fulminante y rápida huida del barrio de la familia de Gael y la existencia de ese hermano misterioso marcaban un sendero que no le estaba gustando en absoluto. Aquello no podía ser lo que su madre insinuaba. No, Gael...no, él no. Nunca. La mujer miró a su hija, con gesto interrogante, y dio unos golpecitos con el peine a la encimera de mármol del lavabo.

—¿Qué sospechabas, mamá?

—Tenía ojos en la cara, Carla —suspiró—. El niño mayor de los Fernández, el de los ojazos verdes, te gustaba, era evidente.

—¿Qué?

—Que te gustaba, Carla. Oh, vamos, todos lo sabíamos. Te pasabas todas las tardes en el pantano solo para estar con él. Por cierto, ¿Qué ha sido de él?

—¿Del hijo de los Fernández? Pues...pues lo curioso es que te estaba preguntando todo esto porque...

—No, del hijo de los Fernández, no, de *Hubby*. ¿Qué fue de *Hubby*?

Carla resopló, con los ojos en blanco, ante el inesperado giro de la conversación. El muñeco aún tenía un lugar de honor encima de su cama, junto a los almohadones, y eso era algo que jamás le confesaría a nadie.

—Se lo daría a algún primo pequeño o lo tiraría a la basura. Mamá, céntrate, por favor. ¿Qué pasó conmigo durante ese tiempo?

—Pues eso, estabas muy rara, muy triste, como si...no sé, te hubiese ocurrido algo. Te llevamos al médico, pero dijo que estabas bien, así que lo dejamos correr hasta que un día, de repente, volviste a ser tú.

—¿Volví a ser yo, sin más?

—Sí, fue algo extraño, pero como parecías estar bien, tu padre y yo decidimos dejarlo así.

Carla apoyó el índice en el labio, con una certeza en la mente. Algo le decía que la huida de la familia de Gael no había sido por problemas económicos. Debió ocurrir algo, pero la cuestión era el qué. ¿Qué podía ser tan terrible para hacer que una familia entera desapareciese de la noche a la mañana sin apenas dejar rastro?

—Y ahora, cariño, necesito que me dejes a solas. Estoy en plena guerra contra mi pelo, la batalla es muy desigual, y estoy perdiendo.

—Sí, claro. Perdona, mamá.

Carla se retiró y fue hacia su habitación, dejando su bolso y su abrigo encima de la cama, con la conversación de su madre en su cabeza,

repitiéndose como un disco rayado. Había pasado algo en el pantano, estaba segura. Entre aquellos juncos había pasado algo, y ella, no sabía por qué, no conseguía recordarlo.

Un escalofrío la recorrió desde la planta de los pies hasta la coronilla, diciéndole que esa tarde no sólo habían ido a tirar renacuajos a la laguna del pantano. Allí, entre las brumas que siempre había por la zona y los largos juncos, había ocurrido algo más, algo que les afectaba a ellos dos, y que su mente había decidido borrar de sus recuerdos. Pensó en los últimos sueños, y en la voz de niño que le susurraba al oído la misma frase, una y otra vez, y se estremeció.

«Silencio, Carla, silencio, no debemos hablar de esto.»

Fue hasta la ventana, apoyando la palma de la mano en el frío cristal, sintiendo que todas las preguntas que pugnaban por salir de sus labios lo iban a terminar haciendo por sí mismas.



Un chasquido. Otro. Pasos. Un sollozo. Pasos. Un golpe. Dos. Tres. Oscuridad. Gritos amortiguados contra algo. Dolor. Dolor. Sangrante dolor. ¿Por qué no paraba?

Abrió los ojos de golpe, y vio a Gael, su Gael, frente a ella, de niño, con expresión de culpabilidad. Miró alrededor, y se vio con el vestido remangado casi hasta la cintura, mientras su cuerpo entero temblaba, empapado, lleno de barro. Sus ojos se clavaron en los del niño, cuyas lágrimas corrían por su mejilla, reflejando que acababa de ocurrir algo terrible entre aquellos juncos. Sintió sus pequeños brazos rodeándola, ayudándola a levantarse, y su boca junto a su oído, repitiendo una sola frase. “No cuentes nada de esto, Carla, no debimos decir lo que ha pasado. Nunca, o el malo vendrá a por nosotros también.” Y se despertó.

Carla tomó un mechón de su pelo, cuando un nuevo mensaje en su móvil en plena reunión con el departamento de contabilidad iluminó el interior de su bolso. Lo abrió discretamente, cuidando no llamar la atención, y puso los ojos en blanco. Era Paula. Gracias a su primo, el hecho de que Gael y ella estuviesen juntos ya debía haber salido hasta en la prensa. Suspiró, recordando la larga conversación telefónica que había mantenido con Mateo esa mañana, y se recostó en la butaca. Había tenido que soportar los chillidos de su primo durante casi un minuto entero antes de que fuera capaz de estructurar una frase con sentido.

—¡Por Dios, Carlita, que te has amarrado al *sireno* a la cintura! ¡Al *sireno*!

—Mat...

—¡Tienes que contármelo todo! ¿Es de los de solo fachada, o sabe manejar las herramientas que la naturaleza le ha dado? ¿Debajo de esta ropa sigue habiendo un ser sobrenatural que sabe cómo hacerte caer inconsciente de pura lujuria entre sus brazos? Ya sabes que un gran barco hay que saber manejarlo...

—¡Mateo!

—No me niegues que tiene material de sobra para quitarte las penas para un par de años, por lo menos. Bueno, las penas, la ropa, y todos los gemidos que este *sireno* será capaz de arrancarte hasta debajo del agua mientras...

Ella había terminado colgando, escandalizada, y se había acabado el botellín de agua de un trago, pensando que su primo no había estado desencaminado con respecto a Gael. Vaya que sí sabía manejar un gran barco, cielos que sí. Parpadeó, volviendo al presente, y miró hacia el resto de sus compañeros, que parecían absortos en esa cascada de datos que su jefe enumeraba con gesto de agobio, y abrió su bolso, sacando el dispositivo con disimulo, poniéndolo bajo la mesa, mientras un ceñudo Ignacio Aranda la miraba desde el otro lado, achinando tanto los ojos para leer los mensajes de su móvil, que estaba a punto de rompérselos. Carla le mantuvo la mirada, y estiró la comisura de la boca, rogando para que siguiese escorándose tanto en su butaca que terminase cayendo. Sonrió con malicia, e Ignacio resopló,



mirando el móvil de la chica.

—¿Qué pasa, Álvarez? ¿Las del club de crochet no pueden vivir sin ti?

—Dímelo tú, no hacen más que bordarte calzoncillos de lana para ver si consigues rellenar alguno de una vez. Cosa que, por lo que veo, aún no ha ocurrido —chasqueó la lengua—. Tendré que recordarles que los hagan más pequeños. Quizás con tus queridas y nobles partes al rojo vivo, dejas de tocarnos las narices a los demás.

—Mira, Álvarez... —dijo amenazante.

—Mira, Aranda... —repetió, con sorna—. Ahora no tengo tiempo para tus tonterías, así que, si me lo permites, quiero terminar de escuchar la reunión.

—Me estás tocando algo más que la moral, te lo advierto.

—Uf, qué alivio. Estaba a punto de darme un síncope de pura ansiedad al pensar que no lo estaba haciendo.

Las aletas de la nariz de Ignacio se dilataron, y dio un puñetazo en la mesa, justo en el instante que Luis Déniz, su superior, daba por finalizada la reunión. Carla se levantó de la butaca, recogiendo las carpetas rápidamente para salir cuanto antes, cuando sintió la mano de Ignacio rodeando su brazo, y sus ojos volaron hacia los suyos, tensos.

—Suéltame, Aranda.

—¿Crees que puedes hablarme como quieras y salir indemne, Álvarez?

—Por supuesto que lo creo, y ahora, suéltame. No volveré a repetírtelo.

—Esto no ha acabado aquí.

—Sí, sí que lo ha hecho.

Se zafó de su mano, y se encaminó al ascensor, maldiciendo. Jamás entendería esa extraña obsesión que tenía ese hombre por ella. ¿De verdad que no tenía a nadie más a quien incordiar? Exhaló, cuando su teléfono se iluminó y la mejor sonrisa se abrió paso en sus labios al ver un solo nombre de cuatro letras en la pantalla.

—Hola, Hans.

—Hola, Carla, ¿Qué tal?

—Bien, acabo de salir de la reunión más aburrida de la historia. ¿Y tú?

—Estoy cerca de tu trabajo —dijo en tono jovial, mientras se escuchaban cláxones y ruido de motores de fondo—. Se me había ocurrido que podíamos quedar para almorzar juntos hoy, si te parece bien.

—¿Comer...juntos? ¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no? Es mediodía, y supongo que comerás, como el resto de los humanos.

—Eh...

—¿No pensarás alimentarte a base de bocadillos frente al ordenador, no?

—No, claro que...no... —se defendió, tímidamente. Ese era el plan, precisamente. Compraría algo en las máquinas expendedoras y lo engulliría con un refresco de cola en la terraza del edificio, sentada en uno de los bancos —. No, no, claro que...

—Carla...

—Está bien, me has pillado —se rindió—. Eso es lo que tenía pensado hacer.

Hans se rio, y ella pudo imaginárselo negando con la cabeza.

—Te paso a buscar ahora. Espérame en la entrada de tu edificio, ¿De acuerdo?

Carla guardó el teléfono, mordiéndose el labio con impaciencia. Hans venía a buscarla a su trabajo. Ahora. Enfiló hacia el ascensor, y manoteó dentro de su bolso en busca del neceser de maquillaje que, al parecer, había decidido irse de vacaciones al fondo. Cuando las puertas se abrieron, y una mancha rojiza se hizo visible a través de la cristalera, dejó de manotear en el bolso, gimiendo bajito. Ni una mísera pasada de máscara de pestañas iba a poder darse. Se encogió de hombros, al tiempo que veía al arquitecto salir de su coche y apoyarse en el capó, enfundado en unos pantalones de pinza color gris oscuro, y una sencilla camisa blanca de botones que marcaba su definido torso y sus fuertes brazos. Desde luego, el austríaco no podía ser más perfecto. Salió a la calle, y Hans fue hasta ella, componiendo una sonrisa por la que ella iría y volvería del infierno cien veces.

—Hola, Carla.

—Hola, Hans.

—¿Vamos ya? Me muero de hambre, y creo que solo tienes una hora para comer.

—Creí que íbamos a comer por aquí cerca.

—No, voy a llevarte a un sitio que te encantará. Está en la costa, y hacen un pescado con mojo verde que tienes que probar.

Minutos después, el *Lexus Coupé* de Hans devoraba kilómetros en la carretera de la costa. Carla bajó la ventanilla, dejándose acariciar por la brisa, y se giró hacia el arquitecto, que en ese momento se colocaba unas gafas de sol de aviador y miraba hacia ella, y exhaló. Si en algún momento pensó que las chispas que sentía cuando estaba con Hans se extinguirían, se equivocaba. Aquello quemaba con la fuerza de mil hogueras, y ella iba a arder

hasta los malditos huesos.

Aparcaron en la enorme explanada anexa al restaurante costero, desde donde los enormes acantilados parecían más imponentes que nunca, y entraron al local, donde una solícita camarera los guió hasta la mesa, sorteando con increíble agilidad al resto de camareros que parecían volar cargados de bandejas y platos, y les tendió la carta. Apenas se habían sentado, cuando otra camarera se acercó hasta ellos, y se colocó su rubia melena de forma coqueta antes de servir el vino al arquitecto, guiñándole un ojo, gesto al que Hans respondió con el mismo guiño, y la inmensa y perfecta burbuja de Carla estalló en ese preciso instante. ¿Estaba flirteando con una camarera con ella delante la primera vez que quedaban? ¿De verdad?

—¿Qué desean tomar? —preguntó la chica, mirando directamente a Hans.

El arquitecto hojeó la carta, mirándola por encima.

—Vamos a ver...¿Abade a la espalda con mojo verde y guarnición de verduras para los dos? —miró hacia Carla, que asintió—. Y para beber, agua mineral.

La chica lo apuntó todo en su dispositivo, y volvió a clavar la vista en Hans, mientras el vaso de la paciencia de la comercial amenazaba con derramarse.

—Te veo esta noche, ¿Verdad?

—Sí, claro —contestó él—. Pero trae el vino que me gusta, o no te dejaré entrar en casa, ya lo sabes.

—Lo haré, descuida. ¿Quieres que lleve una, o dos botellas?

—Solo una. Ya nos volvimos bastante locos la última vez.

—No vi que te quejaras.

—Lo sé, y ese fue el problema. Mis vecinos terminaron denunciándome por escándalo público, ¿lo sabías?

—Somos unos salvajes, qué le vamos a hacer —dijo ella, carcajeándose.

—Muy salvajes. Somos unos animales.

Algo se rompió en la cabeza de Carla al darse cuenta de la estrategia del arquitecto al llevarla a ese restaurante a comer. No había quedado con ella para compartir un almuerzo y conocerla, claro que no. Esa chica debía ser uno de sus ligues, y había ido a asegurarse el plan para esta noche.

«Se acabó.»

—Gracias, Marta —espetó Carla, con acritud, leyendo su chapa identificativa—. Puedes irte, seguro que tienes otros clientes a los que atender, sobar, o vete tú a saber qué. Adiós, *bonita*.

La camarera la miró, con gesto de desconcierto, girándose hacia Hans, que se había quedado pálido, y se retiró en silencio, con un bufido de fondo de la comercial, que se cruzó de brazos mirando al arquitecto, que, azorado, se inclinó hacia ella, con los ojos abiertos de par en par.

—Carla...

—No, tranquilo, está bien.

—No es...

—He dicho que está bien, ¿Vale?

Hans parpadeó, confuso. ¿Pero qué demonios le ocurría? Marta era la esposa de su socio en el despacho de arquitectura, y la conocía desde hacía años. Solían cenar los tres bastante a menudo, y la afición de su socio, Fernando, por el karaoke, le había valido una denuncia, eso era todo. ¿Por qué se molestaba de esa forma?

—Carla, Marta es...

—No te he pedido explicaciones sobre a quién metes o no en tu cama para hacer salvajadas que terminan en una denuncia en la policía, así que será mejor que no me des unas explicaciones que no te he pedido. Y ahora, disfrutemos del resto de la comida, ¿te parece?

El silencio más absoluto reinó varios minutos, y ni siquiera se rompió cuando trajeron sus platos, y Carla empezó a jugar con la guarnición, sin apetito. Hans suspiró, y descendió los ojos. Menuda primera cita que estaban teniendo.

«Solo que esto no es una cita.»

Miró hacia ella, y le sirvió agua en la copa, sin que ella alzara la vista de su plato. Tenía que intentar arreglar esa situación como fuera.

—He pensado que podríamos ir de excursión a la sierra un día de estos, si te apetece —tanteó.

—Ahora hay demasiada nieve, y podría ser peligroso —respondió ella, con sequedad

—Te recuerdo que soy austríaco.

—Y yo española. ¿Y qué?

Hans frunció los labios. No se lo iba a poner fácil, estaba claro.

—Lo digo porque la nieve de los Alpes corre por mis venas, así que estoy más que acostumbrado a la nieve. En realidad, eres tú la que me preocupa.

—¿Preocuparte por mí? —aquello la desconcertó —¿Por qué?

—Porque... bueno... —se quedó unos segundos en silencio, observándola — Nada, olvídalo. No tengo de qué preocuparme.

—¿Cómo que no tienes de qué preocuparte? ¿De qué no tienes que preocuparte?

—Es que, mirándote bien, lo cierto es que te das un cierto aire a una cabra montesa, por lo que no creo que tengamos problemas a la hora de...

—¿Cómo?!

La servilleta de la chica hizo blanco en la cara del austríaco, que se carcajeó. El ambiente tenso de la comida se disipó por completo, y la tranquila energía que fluía entre ellos volvió a asentarse hasta los postres. El café solo de Hans y el chocolate espeso con nata que Carla había pedido como postre llegaron, y ella dio un rápido sorbo, paladeándolo. Estaba delicioso. Hizo un gorgorito de placer, y el arquitecto la miró, divertido.

—Deduzco que el chocolate está bueno.

—Está mejor que bueno, es increíble. Normalmente cuando lo pido en una cafetería me dan un cacao muy oscuro, muy líquido y demasiado dulce. Pero así es exactamente como me gusta —rodeó la taza con las manos—. Contundente, dulce, que me haga capturar hasta la última gota con la lengua tras haberlo saboreado por completo, hasta el final, hasta el fondo.

Hans se atragantó con su café, y Carla le miró, sin comprender, hasta que recordó sus palabras, y se abofeteó mentalmente. ¿Pero cómo se le ocurría soltar semejante barbaridad? ¿Es que se había dado un golpe en la cabeza?

—No quería decir eso así, lo siento. Ha sonado como...

—¿Cómo lo más pornográfico que he oído en mi vida? —lanzó una carcajada.

—Hans, yo...yo...Oh, Dios mío, qué vergüenza.

Hans se rio a mandíbula abierta, casi sin poder respirar, mientras Carla sentía el calor abrasándola.

—Hasta el fondo, ¿eh?

—Dios...Dios...ha sido...

—Estremecedor y placentero hasta el final. Vamos, dilo otra vez.

Carla claudicó y se rio, doblándose sobre sí misma. Definitivamente, un sátiro se estaba riendo de ella. Hans la miró, estirando la comisura de la boca. Le gustaba esa chica. Tenía algo que la hacía diferente, indómita. Su belleza serena contrastaba con su explosiva personalidad, y poseía algo, un...magnetismo que hacía que no se la hubiese podido sacar de la cabeza desde la primera vez que la vio. Sonrió, sin querer hacerlo, pensando en lo que le diría Ricardo en ese momento. Cielo santo, su amigo se lo iba a pasar de vicio atormentándole.

Cuando terminaron de comer, y tras pagar una cuenta a la que el arquitecto se negó en redondo que contribuyera, volvieron a la ciudad mientras los limpiaparabrisas funcionaban a plena potencia por la intensa lluvia que se había presentado de improviso, rompiendo la tranquilidad de la soleada tarde.

La tormenta eléctrica parecía haber amedrentado al resto de conductores, y ellos ocupaban el carril del centro mientras charlaban tranquilamente sobre cine, libros, música y pintura, contemplando las lejanas montañas que conducían al Valle de Sandara, que, lejano, dejaba entrever sus arboladas cimas.

—Te juro que era así —explicó, dibujando líneas invisibles sobre la luna delantera del coche—. Una línea, dos puntos a los lados, y un manchurrón de pintura en el otro extremo del lienzo. ¿Y a que no sabes cómo se titulaba? Prepárate: *'La perversión en su estado más salvaje'*. Toma. Sin paños calientes.

—No puede ser.

—Te lo juro. Tuve que leerlo hasta tres veces para creérmelo.

Se carcajearon varios segundos, cuando un rayo cruzó el cielo. La tormenta se estaba tornando más violenta por momentos, e iba a atravesar la autopista en su camino hacia la costa. No era seguro estar en la carretera.

—Hans, será mejor que...

—¿Te asusta la velocidad?

—¿Qué?

—Esto no pinta nada bien —señaló el cielo—, y por esta zona no hay radares de velocidad, así que voy a correr un poco para llegar a la ciudad. ¿Te parece bien?

—Adelante —dijo ella, mirando con una pizca de temor el cielo, y él sonrió.

—Agárrate.

Hans apretó el acelerador, y el coche rugió como un león. Los árboles y las farolas se convirtieron en un borrón mientras ellos pasaban veloces, y Carla contuvo la respiración cuando la aguja marcó los ciento sesenta kilómetros por hora.

—¿Estás bien? —preguntó, girándose hacia ella.

—Sí, eso...creo.

—Mejor —sonrió—, porque ahora vamos a correr de verdad.

—¿Qué...? ¿Cómo que ahora vamos a...?

No pudo decir más. Hans apretó a fondo el acelerador, y la inercia la tiró hacia atrás mientras la adrenalina corría furiosa por sus venas. El coche casi despegó por la autopista, y ella entendió por qué el arquitecto había pagado hasta el último céntimo por el *Lexus*. Volaba. El coche prácticamente volaba sobre el asfalto. Una enorme sonrisa se plantó en su rostro mientras sentía esa sacudida de vida en estado puro. Un vacío empezó a llenar su pecho y un hormigueo la sacudió por completo al sentir la velocidad filtrándose por sus venas, y sintió que tenía ganas de gritar, gritar a pleno pulmón, hasta quedarse afónica. El vehículo siguió avanzando, devorando kilómetros, barriendo cualquier límite, mientras los rayos se aproximaban por la sierra. Miró hacia los bosques que pasaban veloces a su paso, la lluvia impactando contra el cristal, el sonido de los limpiaparabrisas a toda potencia. Y la velocidad. Esa sensación de volar que jamás volvería a sentir. Dejó que la adrenalina siguiese invadiéndola, y la electricidad recorriese todo su sistema, consciente de que nada volvería a sacudir su corazón como esa carrera contra los truenos.

Las piernas de Hans se elevaron por encima de los hombros de Ricardo, rodeando su cuello, como una tijera, mientras el abogado forcejeaba, y anclaba sus manos en el cuerpo del arquitecto, tarea completamente inútil a estas alturas. El austríaco era vencedor de ese asalto con holgura, y lo sabía. Se dejó caer con elegancia, y los dos cuerpos cayeron a la colchoneta con un sonido seco. Los cinturones negros que ambos lucían en la cintura no se los habían regalado. Hans se levantó, en posición defensiva, y lanzó una carcajada al ver a su amigo hecho un guiñapo en el tatami, enseñándole el dedo corazón. Era la séptima vez en lo que llevaban de tarde de sábado que lo derrotaba, mientras que el abogado sólo había conseguido tumbarle una vez.

—Esto no se ha acabado Kleiman, ni por asomo. Quiero la revancha.

—No sabes cómo me gustaría tumbarte otra vez para ver la cara de atontado que se te queda, pero no puedo.

—Venga, hombre, no me fastidies. ¿Desde cuándo te resistes a un buen combate?

—Otro día, Ric. Y, además, tú lo has dicho, buen combate. Y lo de esta tarde, sea lo que sea esto, está lejos de serlo —le picó.

—Te advierto que esta tarde no va a haber nadie más de kárate en esta área del gimnasio, así que nadie verá como te pateo el trasero.

—No puedo, ya te lo he dicho.

Ricardo le miró con expresión de ruego otra vez, y el arquitecto volvió a negar. Esa noche tenía planes, y no pensaba cambiarlos por nada. Ni siquiera para darle otra paliza a Ricardo, por mucho que disfrutara viendo cómo su amigo farfullaba y maldecía mientras caía al suelo una vez más.

—Hans, vamos. Solo una más, te derrotaré, tú ego quedará herido, y ambos podremos seguir con nuestras vidas. Venga, hombre...un poco más.

—Que no, no seas pesado. Tengo planes, ya te lo he dicho.

Hans levantó las dos manos, en señal de rendición, y se dio la vuelta, hacia la cristalera que había en uno de los extremos, donde un nutrido grupo de niños les miraba con los ojos abiertos de par en par, comentando la última



llave que le había hecho a Ricardo.

—¡Lo has noqueado, Hans! ¡Menuda cara de empanado que se le ha quedado a Ricardo! —gritó uno de los niños, con los bufidos de su amigo de fondo.

—¡A ver, niñatos, que le he dejado ganar!

—¡Y un pimiento! ¡Te ha dado un palizón! —chillaron los pequeños, mientras se carcajaban, y el enfado del abogado crecía por momentos.

—La última llave ha sido una pasada. ¡Bam, bam, bam, y Ricardo al suelo!

—¡Que le he dejado ganar, que os quede claro, mocosos!

—¡Sí, claro! —se mofaron, poniendo al límite la paciencia del abogado.

—¡A ver, enanos, ¿No os han enseñado a respetar a los mayores?!

—Sí, a los mayores, porque hasta mi abuelo aguantaría más tiempo que tú en pie sin besar el suelo.

—Bueno, se acabó el espectáculo por hoy —zanjó el arquitecto—. Otro día os dejaré patearle el trasero a Ricardo todo lo que queráis, pero hoy no.

Los niños empezaron a carcajearse, asintiendo, y levantaron los pulgares hacia él, en señal de despedida. Hans sacudió la cabeza, divertido, y estiró la espalda, quitándose la chaqueta del traje de kárate, dejando ver un torso definido, fruto de horas en el gimnasio, y salpicado de sudor. Ricardo se acercó a él con cautela, mirando una vez más hacia ese trozo de piel, y bajó el tono de voz.

—Me sigue impresionando la cicatriz de tu espalda.

Hans se detuvo en mitad de un movimiento, con el rostro empezando a cubrirse en sombras.

—Apenas es visible ya —murmuró.

No le gustaba hablar de aquello. Solo le había quedado esa cicatriz de aquella época, una larga línea nacarada que cruzaba de un costado a otro su espalda, que en su tiempo había necesitado incluso unos cuantos puntos de sutura. Apenas recordaba cuando se lo habían hecho. Él ya estaba inconsciente cuando aquella cinta de cuero descendió hasta él, abriéndole la piel en canal, dejando al descubierto sus arterias y sus músculos, inundándolo todo de sangre. Pero eso era otra historia, otro tiempo, otro lugar. Ya era pasado, y él se había jurado seguir adelante. Se giró hacia su amigo, dándole a entender que no quería hablar de ello, y Ricardo, buen conocedor del arquitecto, asintió. El tema quedaba zanjado, de momento. Se quitaron los pantalones, y se dirigieron hacia la zona de duchas. Los chorros de agua caliente cayeron sobre ellos, relajándoles los músculos, y Ricardo se giró hacia él.

—¿Te apetece que vayamos a tomar algo? Es sábado.

—Tengo planes, ya te lo he dicho.

—No me digas que vas a encerrarte en tu despacho otra vez hasta la madrugada, como haces siempre. Porque esos son tus planes, ¿Verdad? Sumergirte entre proyectos y luego pasarte por el club para llevarte una belleza para que te caliente la cama esta noche.

Hans le miró, sintiendo un enorme vacío al oírle decir eso, porque sabía que era verdad. Durante años, esa había sido su rutina de los sábados. Entrenar con Ricardo por la tardes, hacer pesas hasta que ya no podía más, encerrarse en el despacho para adelantar trabajo hasta la madrugada, e ir al club en busca de alguna bella compañía para esa noche. Pero, como había dicho, esa era su rutina. Ahora iba a cambiarla por otra que le gustaba más. Una rutina con profundos ojos oscuros y la sonrisa más bonita que había visto en toda su vida. La iba a llevar a un sitio increíble para compensar la desastrosa primera cita que habían tenido, y esperaba acertar esta vez. Lo había preparado todo a conciencia.

Llevaba toda la semana soñando con volver a verla, aunque fuera unos minutos, y percibir ese suave aroma a manzana que siempre desprendía, escuchar su suave voz, sus alocadas contestaciones y esos enormes ojazos negros enmarcados en esas preciosas y espesas pestañas que se asemejaban a mariposas.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Ricardo, sacándole de sus pensamientos.

—He quedado con una amiga.

—¿Con una amiga? ¿Desde cuándo quedas tú con una amiga un sábado por la noche?

—Desde que me apetece. ¿Quién eres, mi madre?

Ricardo frunció el ceño, sabiendo perfectamente a quién se refería.

—Por casualidad esa amiga no será Carla, ¿Verdad?

—Sí, es ella, ¿Qué pasa?

—Tiene novio, Hans. Me lo ha dicho Vero. Acaba de empezar con él.

Aquello fue una maldita bomba en su pecho. Y dolía. Como un maldito hierro candente sobre la piel. ¿Por qué no le había dicho que tenía pareja? ¿Por qué no se lo había mencionado antes? La había perdido, maldita sea, la había perdido sin ni siquiera haber empezado a luchar por ella.

—¿Acaso ha de encerrarse en casa para siempre porque tenga novio? —disimuló, lo mejor que pudo, que las llamas no estaban quemándole el corazón en ese instante.

—Sabes de sobra por qué lo digo.

Abrió el grifo con fuerza para no tener que seguir hablando. El agua caliente cayó sobre el cuerpo del arquitecto, impactando contra su nuca, y resbaló por su espalda, mientras su mente volaba a kilómetros de allí. ¿Por qué el destino no los había cruzado antes? ¿Por qué la había tenido que conocer justo después de que otro se la arrebatara? Los oscuros ojos de Carla llenaron su cabeza, y maldijo una vez más al maldito destino.

—Tierra llamando a Hans —el arquitecto se giró, sobresaltado, y vio en el extremo del vestuario a Ricardo, ya vestido, resoplando—. Vámonos de una vez, Kleiman, estás en las nubes, ¿Pero qué te ocurre?

—Nada, no me pasa nada.

Cerró el grifo con contundencia, y se anudó la toalla a la cintura. No estaba en las nubes, no. Porque cuando pensaba en ella, donde estaba era en el cielo. Y ahora en el maldito infierno. Terminaron de vestirse, y juntos se dirigieron al aparcamiento del gimnasio, donde una hilera de coches de alta gama indicaba que no era un gimnasio apto para todos los bolsillos. Recorrieron juntos los primeros metros, cuando el móvil de Ricardo empezó a vibrar con un aviso de mensaje, y el abogado chasqueó la lengua.

—Hans, ¿Sabes si hay un supermercado por aquí?

—¿Qué? ¿Cómo que un supermercado? ¿Para qué necesitas un supermercado ahora?

—Vero me acaba de mandar un mensaje para que compre detergente para la lavadora. Es que, como esta semana me toca hacer la colada a mí, y se ha acabado, y como mañana es domingo, estará todo cerrado.

El austríaco se detuvo en mitad de un paso, y lanzó una carcajada. El Ricardo seductor, antes casanova oficial de Pinar, y por el que suspiraban casi todas las chicas del club, había sido reducido a un simple gatito doméstico por esa temperamental camarera de piernas infinitas y melena cobriza.

—Vaya, vaya, vaya...así que la pelirroja te ha puesto firme, ¿eh?

—No digas tonterías, solo nos repartimos las tareas, eso es todo.

—Ya. Dile a Verónica que te afloje un poco la correa, anda, que vas a terminar asfixiándote. Por cierto —dijo el arquitecto, esbozando una sonrisa pícaro—. Todavía no sé a qué esperas para decírselo. Te lo digo por porque no es fácil comprarse un esmoquin de padrino y organizarte una despedida de soltero decente en poco tiempo, así que avisa cuando se lo pidas, para ir organizándolo todo, porque, a fin de cuentas, ¿Cuánto tiempo lleváis juntos, veinte años?

El abogado se giró hacia él, y Hans lo miró divertido.

—Déjame en paz, Kleiman.

—Perdona, tienes razón. Entiendo que te haya sentado mal el comentario, estaba fuera de lugar.

—Tranquilo, no me he ofendido, es que...

—Eran treinta años, menudo despiste tengo.

—Que te den —dijo Ricardo, furioso, mientras el arquitecto se carcajeaba—. Eres un imbécil. Un grandísimo imbécil.

Hans siguió riéndose, mientras caminaba hacia los dos potentes *Lexus Coupé*, uno rojo y otro blanco, que destacaban sobre aquellas paredes de hormigón.

—Deberías plantearte de una vez vivir con ella —empezó Hans—. Prácticamente pasas en casa de Vero seis de siete días de la semana.

—Estamos bien así, ¿Vale?

—Como quieras, pero es absurdo lo que haces.

—¿Absurdo lo mío? Mira, mira, mira... tengamos la fiesta en paz.

—Por Dios, si hasta tu vecina llamó un día a la policía cuando te vio entrar en tu piso porque no sabía ni quién eras.

—Esa mujer está loca, lo sabes tan bien como yo.

Hans se rio, y abrió la puerta de su coche, viendo cómo Ricardo se subía al coche, y bajaba la ventanilla para despedirse.

—Bueno, Kleiman, hasta el sábado que viene. Y saluda a Carla de mi parte.

—Lo haré. ¿Algo más?

—Parece una buena chica.

El arquitecto lo miró con extrañeza. ¿Desde cuándo su amigo usaba esos términos para referirse a una chica? Más bien solía usar las expresiones 'bombón', 'preciosidad', 'maciza', 'bellezón'...pero jamás usaba esa expresión. Buena chica. ¿Qué estaba pasando allí?

—Vale —contestó, mirándolo de soslayo, y arrancó el *Lexus*—. Adiós, Ric.

—Adiós, Hans.

Hans aceleró y salió del garaje, mientras Ricardo le observaba desde el interior de su vehículo. Su amigo empezaba a colarse por esa chica, y le hacía gracia la cara de atontado que ponía cuando la nombraba. Sabía que las ocasionales conquistas del austríaco no llenaban su alma, y que, tarde o temprano, el vacío que tenía en su interior terminaría saliendo a la luz. Alzó la vista, viendo cómo el *Lexus* rojo del arquitecto torcía a la derecha, incorporándose al tráfico, y apoyó el mentón en el volante.

—Espero que esa chica sea lo que hemos estado pidiendo para ti, amigo.

Ricardo arrancó, recordando por qué su amigo era incapaz de sentir nada por nadie. La sonrisa se borró de su rostro, y en su lugar, un leve ceño fruncido tomó forma. El nombre de Helga llenó su cabeza, y suspiró, jurándose a sí mismo que ninguna mujer volvería a hacer daño a Hans, nunca. Por encima de su cadáver. Tensó los nudillos sobre el volante, y el motor rugió.



A las nueve en punto de la noche, Carla esperaba en el portal de su casa ver llegar el flamante coche de Hans enfundada en unos ceñidos leotardos y un grueso polar gris oscuro, inquieta ante la cita que tenía por delante. La noche anterior había recibido un enigmático mensaje de Hans, y desde entonces se había estado preguntando a dónde la llevaría.

«Voy a llevarte a las estrellas.»

«Eso no es una pista, listillo. Es una frase de ligoteo de los ochenta, señor carcamal.»

«Hay que fastidiarse con la de los barrios bajos.»

Carla miró el móvil una vez más, sonriendo, cuando un mensaje a Gael apareció en su móvil, con una foto suya vestido con la bata del laboratorio. Lo abrió para verlo bien, y sonrió. Su chico había pedido unos cuantos días libres en el trabajo para irse a una plataforma científica a unos cuantos kilómetros de la costa para llevar a cabo unas pruebas y una recogida de muestras fundamentales para su tesis. Ella, como jefa, se los había concedido, y ahora veía los resultados. Un montón de datos, fotos y...lo que demonios fuera eso que flotaba en ese frasco que ella jamás podría comprender. Fue pasando las fotos hasta dar con una en la que salía Gael enseñando el interior de una probeta, mientras levantaba el pulgar hacia arriba.

«Esto promete, preciosa.»

Sonrió, mientras seguía leyendo el mensaje sin lograr entender una sola palabra de los experimentos y pruebas que le relataba su chico, y que, en sus propias palabras “Eran un pequeño paso para el premio Nobel, por lo que ya podía ir mirando un vestido para la ceremonia”. Desde luego, jamás se aburriría con él.

En ese instante vio el potente *Lexus Coupé* del arquitecto atravesar su calle, y sintió las chispas que siempre encendían su piel cuando le veía. El coche se detuvo frente a ella, y abrió la puerta, entrando al interior, empapándose del olor a madera, sal y...nieve, del arquitecto, y le dio un beso en la mejilla, mientras la suave música de Noah Kahan sonaba de fondo.

—Qué puntual, Hans.

—Mi padre es alemán, qué le vamos a hacer.

—Ya, bueno, y tú austríaco, ¿no? Sois como la versión avanzada de los alemanes, o algo así.

—¿Qué?

—Bueno, tenéis Los Alpes, eso debe contar para algo.

Hans se rio, negando con la cabeza, y arrancó, diciendo algo como que jamás le dijese algo así a un alemán. Cuando ya llevaban varios minutos en la carretera, se giró hacia ella, observando su mochila.

—¿Qué llevas ahí?

—Nuestros víveres —dijo, abriendo la cremallera y mostrándole el botín—. Creo que con esto creo podríamos sobrevivir en medio del bosque durante dos semanas.

—¿A base de *snacks* salados y chocolatinas?

—También he traído una barrita de muesli.

—Claro, eso equilibra la pirámide alimenticia —se rio—. Suerte que yo he traído bocadillos, fruta, y algo de caldo. Va a hacer frío.

—Bueno, puedo ponerme las chocolatinas debajo el trasero y hacer chocolate caliente. *Listillo*.

—Eres una niñaata repelente, ¿lo sabías?

Carla soltó una carcajada, y él arrancó, sin dejar de reírse. Condujeron por la autopista con la música de Rhys Lewis de fondo, hasta llegar a una carretera secundaria sin iluminación. Pronto se internaron en una zona boscosa, y el asfalto dio paso a una pista de tierra serpenteante, llena de socavones, con un sinfín de baches, y ella le miró preocupada cuando el intrincado ramaje de los árboles se convirtió en una suerte de arco siniestro formado por ramas esqueléticas. Accionó instintivamente el botón de bloqueo de puertas, y Hans suspiró, volviendo a pulsarlo.

—Ya estaban bloqueadas desde que salimos, Carla.

—Ah —se limitó a decir, mientras observaba con temor el exterior—. Oye, Hans, ¿Seguro que es por aquí?

—Es un atajo.

—¿Un atajo que nos lleva a la guarida del hombre lobo? Porque eso es lo que parece.

—Bueno, en ese caso, puedes estar tranquila. El hombre lobo me preferiría a mí, así que estás a salvo.

—Que midas más de treinta centímetros más que yo no te convierte en un

menú más succulento.

—Tengo más músculo que tú, y, por tanto, soy más nutritivo.

—Y yo soy mucho más dulce, lo que me convierte en todo un manjar.

—¿Un manjar, eh? —esbozó una mueca divertida.

—Por supuesto. Tengo carne en mis caderas como para alimentar a un pelotón entero, mi piel es suave y dulce, soy blandita y, además, adorable.

—Y humilde, señorita Álvarez. Eso, sobre todo. Baja Modesto, que sube Carla.

Ella se rio, palmeándole el brazo.

—Soy una tentación, admítelo.

El arquitecto se calló, obligándose a mirar hacia la carretera otra vez, mientras sus músculos se tensaban, y la boca de Carla se cerraba. ¿Se hizo un leve silencio, y ambos clavaron sus ojos en la carretera. ¿Por qué no se limitaban a hablar del tiempo, las noticias locales, el cambio climático, o, no sé, la subida de la luz, por ejemplo? ¿Por qué tenían que iniciar siempre esas extrañas conversaciones?

—Sí, sí que eres... —empezó Hans, con voz ronca—, me refiero a...

—Aunque bueno —respondió ella, azorada — tú también tienes tus...

—¿Mis...?

—Ya sabes, puntos fuertes.

Se abofeteó mentalmente. Por supuesto que Hans tenía sus puntos fuertes. Todo su cuerpo era su punto fuerte, en realidad. El cuerpo del arquitecto era el paraíso sobre la faz de la tierra, sin ninguna duda. Definido, sin ser musculoso en exceso, y armonioso. Su físico y su personalidad iban de la mano, mostrando toda la contundencia, potencia y seguridad que poseía. Hans no solo era guapo, era...abrumador. En todos los sentidos.

—Aunque...si nos encontramos al hombre lobo —empezó él, sacándola de su nube de ensoñación—, podemos ofrecerle toda esa comida súper nutritiva que has preparado con tanto esmero, y esperar que él acepte tus...

—Oh, cállate.

Hans esquivó el chocolate que ella le tiró con agilidad, carcajeándose, mientras Carla fingía enfadarse y miraba hacia delante, donde ya se veían las primeras luces de otros vehículos, y la silueta de varios telescopios, y ella no pudo evitar sonreír. Sí que la había llevado a las estrellas.

—Hans...

—Te había dicho que te iba a llevar a las estrellas, y lo he hecho. ¿Te gusta tu sorpresa?

—No...no tengo palabras.

Esto no era una cita de amigos. Esto era el universo entero plegándose sobre ellos. Hans aparcó junto a una furgoneta gris, de donde empezaron a salir niños enfundados con polares, y salieron del coche. El arquitecto abrió el maletero, y ella se sorprendió al ver semejante despliegue. Hans se había provisionado a conciencia. Además de mantas y comida, había traído un enorme telescopio, ropa de abrigo y un cortaviento.

Cogió una manta polar y se la puso por encima, aspirando el aroma de Hans, a nieve y madera, y cerró los ojos unos segundos, abrumada por la sensación, y se encontró al austríaco mirándola con gesto dulce. Cargó con todo el equipo hasta un extremo de aquella enorme campa, y, en apenas unos segundos, montó el campamento, ante una atónita Carla.

—Vaya, cuando voy a la playa creo que tardo el doble de tiempo solo en poner la toalla sobre la arena.

—Cuestión de práctica, ya sabes—le guiñó un ojo, y señaló la explanada, donde había un nutrido grupo de personas—. Voy a montar el telescopio por allí. Estaré cerca, por si necesitaras cualquier cosa. No tardaré nada, así que, en cuanto lo tenga listo, te avisaré, para que veas la lluvia de estrellas, ¿Te parece bien?

—No, tranquilo, prefiero verla desde aquí, al natural, sin artificios.

—Pero Carla, mi telescopio...

Ella fingió un bostezo, y estiró los brazos.

—Que sí, don fanfarrón, tu telescopio es la bomba, tú eres el mejor, bla, bla, bla.

Hans se rio, y tras farfullar un “Vuelvo enseguida, no tardaré”, se dirigió hacia el resto de aficionados a la astronomía. Carla se tumbó en la manta, y pudo ver las primeras estrellas cayendo veloces a simple vista. Así es cómo las miraron millones de personas antes que ella, cuando no había telescopios, y prefería respetar esa tradición. Admirar la naturaleza en estado puro, sin artificios. Miró alrededor, y sonrió, sintiendo que la magia llenaba el ambiente. Abrió su mochila y empezó a desplegar todos los víveres que había traído sobre la manta, cuando vio a un niño y a una niña mirándola de forma alternativa a ella, y después a las chokolatinas.

—¿Vuestros padres os dejan comer chokolatinas de noche?

—Claro que sí, ya somos *grandes*, y esta es una ocasión especial, como navidad.

—¿Una ocasión especial?



—Claro que sí—la niña tomó aire y empezó a hablar de carrerilla—. La lluvia de estrellas es un fenómeno que sólo tiene lugar cada cierto tiempo, y es como el apocalipsis. Los meteoritos caen a la tierra y la atmósfera...¡Pum, pum, pum! ¡Los destruye!

—¿Pum, pum, pum, eh?—preguntó Carla, fingiendo consternación.

Los niños asintieron, solemnes, y Carla dirigió una mirada a la madre, que se limitó a encogerse de hombros, sonriendo.

—¿Cuántos años tenéis?

—Yo siete, y mi hermano cinco.

—Vaya, sí que sois grandes. Está bien, os daré las chocolatinas, pero no os las comáis todas juntas u os dolerá la barriga. ¿Entendido?

Los niños compusieron una sonrisa ansiosa de pura felicidad, pronunciando un “sí, sí”, que no dejó a Carla muy convencida, y se alejaron, con el tesoro entre las manos. La joven se tumbó sobre la manta, mirando hacia el cielo. La falta de luz en la zona hacía brillar todas las estrellas que permanecían ocultas, y ella, simplemente, se quedó contemplándolas boquiabierta. ¿Cuántos millones de personas habrían contemplado lo que ella veía en esos momentos? ¿Cuántas historias, cuántas vidas, cuántos corazones se habrían emocionado con esa misma imagen?

Se incorporó, buscando al arquitecto, y lo encontró charlando con una pareja joven a apenas unos metros de ellos. Sintió la presencia del austríaco junto a ella, y a la pareja de antes, y se incorporó rápidamente para saludarlos.

—Eh...hola.

—Hola—dijo la pareja, al unísono

—Carla, quiero presentarte a Carlos y a Begoña. Carlos es amigo mío de la facultad, y Begoña es la guía del Museo astronómico, además de su flamante esposa.

Carla se levantó, y le estrechó la mano a ambos, esgrimiendo una sonrisa. Los dos eran morenos, con los ojos castaños, expresión dulce y una tez aceitunada que les daba aspecto de estar eternamente bronceados.

—¿Hans te ha contagiado ya del espíritu astronómico?—preguntó Carlos, sonriendo.

—Está en ello.

—Me alegro. Este cabezota me hizo aficionado a la astronomía mientras estudiábamos, y desde entonces apenas hemos faltado a ninguna cita.

—Bueno, di la verdad—intervino Begoña—. Al principio venías por la astronomía, y después, para verme a mí.

Carlos sonrió, y rodeó a su mujer con el brazo.

—Me has pillado. Estuve un año entero viniendo solo para verla a ella.

Carla abrió mucho los ojos.

—¿Estuviste viniendo todo un año para verla?

—Así es. Ahora tengo a una estrella entre mis brazos—la besó—. La más brillante del universo.

El hombre le dio un leve beso a su mujer, que sonrió, y miró al resto de visitantes, suspirando.

—Bueno, tomad asiento, esto va a empezar.

—Suerte, cariño—dijo su marido, besándola suave y brevemente, y ella sonrió.

Carla observó cómo Hans y Begoña se alejaban hasta su telescopio, y le hizo un gesto a Carlos para que se sentara junto a ella, mientras se hacía un silencio lleno de expectación. La suave voz de Begoña al micrófono llenó el ambiente, y Carla escuchó todas las explicaciones con atención. Era fascinante saber que a miles, millones de kilómetros de allí, existía algo tan misterioso, extenso y desconocido era hermosamente caótico. Miró las estrellas, siendo consciente de lo diminuta que era su vida, y sus problemas, ante algo tan inmenso como el universo. Begoña estuvo cerca de veinte minutos hablando, hasta que hizo una pausa para que su auditorio reflexionase sobre lo que acababa de escuchar. Carla se giró hacia Carlos, sonriendo, y susurró.

—Lo hace genial.

—Ya lo creo. Fue lo que me enamoró de ella —dijo, sonriendo, y se giró hacia ella—. Hans y yo solíamos venir cuando había alguna actividad programada. No fallamos nunca. Hasta que una noche él se puso enfermo, y no pudo venir.

—¿Y viniste tú solo?

—Eso es. Y gracias a eso, me atreví por fin a hablar con Begoña. Si hubiese venido con Hans, no lo hubiese hecho, estoy seguro. Es más, a día de hoy, aún sigo pensando que tu novio fingió la enfermedad para no venir y así animarme a hablar con ella.

Carla carraspeó, y negó con la cabeza.

—Hans y yo solo somos amigos. Yo...yo ya tengo pareja.

—Vaya, perdona. Creí que estabais juntos porque, en fin, a la única chica que trajo aquí, aparte de ti, fue a Nadia.

—¿Nadia?

—Sí. Nadia Hueber. Era nuestra profesora de arquitectura del paisaje, y

austríaca, como él. Se fijó en Hans apenas puso un pie en el aula, y él, bueno, supongo que se dejó querer, hasta que Nadia decidió dejarle, harta ya de infidelidades.

—¿Estuvo con otra?

—Con otras, más bien. En plural. Un amplio plural.

Carla se quedó callada, mirando al arquitecto. Su innegable atractivo y magnetismo eran un imán para el resto de las mujeres, y era obvio que lo utilizaba cuando le apetecía. Hans no era hombre de una sola mujer, saltaba a la legua.

—Supongo que sí —se limitó a decir.

—Hans apenas se fija en las mujeres si no es para pasar un rato, así que supongo que quiso probarse a sí mismo con Nadia, pero no funcionó.

—Algunas personas no están hechas para tener pareja —suspiró.

—En el caso de Hans no es así. Él sí está hecho para tener pareja, es más, creo que la necesita. Ese austríaco cabezota está clamando a gritos tener a una mujer a su lado que consiga hacerle recuperar esa parte de sí mismo que le arrebataron. Pero el caso es que no...no puede. La huella que dejó Helga en él le destrozó la vida, y temo que también el corazón, para siempre.

Carla se puso en alerta. ¿Helga? ¿Quién era Helga?

—¿Helga fue una novia de Hans?

El arquitecto se giró hacia ella, con expresión de alarma, y ella leyó en sus ojos que había nombrado algo que debía permanecer en secreto.

—No, claro que no, Helga...Olvídalo, por favor.

—Pero...

—Por favor, olvídale.

Carla miró hacia el austríaco, que en ese momento hablaba con una mujer con un telescopio similar al suyo, con la sensación de que ese austríaco de rostro y cuerpo perfecto parecía tener más capas bajo su superficie de las que aparentaba.

Suspiró, dejándose envolver por la suave voz de Begoña, mientras su cabeza fluía de ideas, hasta que el sonido cesó y el público aplaudió. Alzó la vista hacia Hans, que en ese momento se acercó con el telescopio agarrado a la cadera, y le sonrió levemente.

—¿Ya se ha terminado la lluvia de estrellas?

—¿Terminado? Sigue sucediendo sobre nuestras cabezas ahora mismo, Carla —rió, con suavidad.

—Vaya.

—Sí, vaya.

Begoña llegó junto a ellos, con una enorme carpeta donde guardaba toda la información de la charla, y besó a su marido, que se había levantado para ir a su encuentro.

—Uf, creí que no se acababa. ¿Os ha gustado?

—Ha sido genial, Begoña—dijo Hans—. Sigo pensando que eres la mejor guía astronómica de todo el universo conocido.

—Adulador—rio—. Bueno, es tarde y lamento deciros que me encantaría quedarme, pero estoy cansada. Me ha encantado veros aquí.

—Nosotros nos quedaremos un poco más. La noche es perfecta, y quiero que Carla la disfrute un poco más antes de irnos.

—Sí, sí que es perfecta—dijo Carlos, mirando hacia ella y hacia él, de forma alternativa, y Carla dejó de respirar, apartando la vista. ¿Se estaba refiriendo a ella?—. Bueno, hasta la próxima, Hans—le estrechó la mano, afectuosamente, y se giró hacia la chica—. Me ha encantado conocerte, Carla. Ojalá volvamos a verte pronto.

—Seguro que sí. Quiero que Carla disfrute de todo esto.

—Bueno, hasta la próxima, Hans—Carlos le estrechó la mano, afectuosamente, y se giró hacia la chica—. Me ha encantado conocerte, Carla. Ojalá volvamos a verte pronto.

—Seguro que sí. Me ha encantado conoceros, también.

La pareja la despidió con la mano, y Carla les observó alejarse, mientras la conversación con Carlos daba vueltas en su cabeza. Se sentó en la manta junto a Hans, y él se colocó tras ella, con las piernas extendidas. Se recostó contra su pecho, y dejó de pensar, mientras la magia seguía llenando todo el ambiente, y los minutos seguían pasando, en perfecta quietud, hasta que la voz del arquitecto, en un suave susurro, rompió la calma.

—¿En qué piensas cuando ves las estrellas, Carla?

—En...cientos de cosas, supongo. Cuánta gente habrá visto lo mismo que estamos viendo nosotros ahora mismo, qué sueños tendrían, cómo serían sus vidas, qué destino les deparó...

—¿El destino? No me digas que eres de esas personas que cree en el destino.

—Por supuesto que creo en el destino. ¿Tú no?

—Claro que no.

—Oh, vamos. Todos tenemos un camino trazado por las estrellas. Siempre existirá el azar, obviamente, pero creo que nuestro camino, nuestro destino,

está ya escrito desde que nacemos.

—¿Pero...y si una persona no tuviese un camino trazado, sino dos, y fuese ella misma la que tuviese que elegir qué camino seguir?

Se quedó callada, comprendiendo lo que Hans quería decirle, porque incluso ella se lo había empezado a plantear. Gael y ella apenas se habían detenido a conocerse antes de iniciar una relación. Se habían echado de menos todos estos años, sí, pero...¿Y si había sido azar el que había hecho que volviesen a encontrarse, sin otro plan que el saber que estaban ahí, y el amor se lo impusieron ellos mismos?¿Y si el encuentro con Hans en el club, tras haberse encontrado con Gael, era el propio destino enderezándose a sí mismo? ¿Cuál de esos dos encuentros fue fruto del azar y cuál del destino? Bajó la vista a la hierba, y acarició el suave manto verde, mientras se preguntaba qué habría pasado si nunca hubiese encontrado a Gael, pero sí a Hans. Sacudió la cabeza, convenciéndose a sí misma de lo contrario. Si habían vuelto a encontrarse, es porque estaba escrito que fuera así. Era destino.

Y así, con la lluvia de estrellas en sus retinas, el suave contacto del cuerpo de Hans junto al suyo, y las cientos de preguntas que empezaba a hacerse, se quedó profundamente dormida, mientras los meteoritos seguían desvaneciéndose en el cielo.

La luz del amanecer impactó de lleno en las dos figuras que yacían sobre la cama. Las pestañas de Carla se entreabrieron, mientras sus pupilas menguaban con cada mota de luz que las atravesaban. Se incorporó lentamente, con su larga melena acariciando sus desnudos hombros, y exhaló ante la vista que se veía desde los ventanales que ocupaban casi toda la pared del dormitorio de Hans. La sierra de Amurga, que rodeaba toda la provincia, jamás le pareció tan cercana, tan imponente. Los bosques parecían alzarse entre las rocas. Los riscos, los cañadones y las laderas, se distinguían con nitidez, permitiendo captar todos sus matices. Sus ojos fueron deslizándose por la habitación, hasta que localizó el cuadro del amanecer que él le había mencionado la primera vez que estuvo en su casa. Su preferido.

El sol se alzaba imponente entre dos montañas cubiertas de nieve, y una lengua helada ocupaba toda la parte baja de la imagen. Divisó varias ramas desnudas en primer término que daban un aire misterioso a la escena, dotándola de personalidad propia, y exhaló. La imagen desprendía fuerza. Mitad luz, mitad tinieblas. Como él. Se frotó los ojos y se giró, viéndole profundamente dormido a su lado, sin camiseta, y su cuerpo subió varios grados de golpe al ver las suaves colinas de sus músculos, sus definidos hombros, y los tatuajes, que, sin rastro de ropa, le daban un aspecto más indómito, más salvaje. Infinitamente sensual.

Se quedó mirándole, imaginándose cuántas chicas lo habrían visto así tras una apasionada noche de deseo, sudor, y desenfreno sin límites. Decenas, seguramente. Puede que hasta un centenar. Pero ninguna estaba viendo lo que ella estaba contemplando. Hans estaba roto por dentro, Carlos se lo había confirmado. Era incapaz de amar a nadie, y lo peor es que sus propios amigos tenían asumido que jamás lo haría. Le acarició levemente la mejilla, preguntándose qué le habría hecho para dejarle hecho pedazos de esa forma. Tenía que saberlo, tenía que averiguarlo para salvarle del abismo en el que iba a terminar cayendo, porque ese austríaco de ojos de color del mar merecía ser feliz. Cerró los ojos otra vez, y el sueño volvió a atraparla.

Se despertó horas después, con el sol cayendo a plomo en el dormitorio, y se giró hacia el otro lado de la cama, viendo las sábanas blancas vacías. Hans ya se había levantado. Se puso en pie casi de un salto, y se dirigió a la planta de abajo en busca de Hans. Conociéndole, estaría en la cocina preparando café y haciendo tortitas o crêpes, con alguna absurda frase o un chiste malo en la punta de la lengua para hacerla reír. Escuchó su voz a mitad de las escaleras, y siguió descendiendo hasta que algo la hizo detenerse, y la sonrisa se borró de su rostro de forma fulminante.

Hans estaba discutiendo por teléfono con alguien en alemán, y, a juzgar por el tono, aquello era grave. ¿Qué estaba pasando? Descendió los últimos peldaños sin hacer apenas ruido, y llegó al salón, encontrándose vestido con unos vaqueros oscuros y una sencilla camiseta blanca. Su mandíbula estaba tensa, al igual que todos los músculos de su cuerpo, que parecían erizarse con cada nueva palabra.

Se retiró a la cocina y preparó dos cafés y tostadas, mientras contemplaba la extensión de césped, sin que los gritos de fondo bajasen un solo decibelio. Se tomó el café, que empezaba a enfriarse, y engulló un par de tostadas mientras hacía tiempo. Esperó casi veinte minutos más, hasta que él apareció en la cocina, con la respiración agitada, la tensión alojada en su cuerpo, derrochando tanta rabia que ella se quedó callada, observándole, sin saber qué hacer. ¿Pero qué había pasado para que el simpático y amable Hans pareciese un volcán a punto de estallar? Le vio servirse el café, ya frío, de espaldas a ella, casi temblando de ira, y arrojar la taza al fregadero con tanta fuerza que la cerámica estalló en añicos, provocando que decenas de virutas de porcelana saltaran en todas direcciones, sembrando el suelo y la encimera de proyectiles blancos. Carla se echó hacia atrás, asustada, y la mirada de ambos se cruzó.

—Hans...

El austríaco se pasó la mano por el pelo, nervioso, y desvió su mirada de la suya.

—Lo siento, Carla, yo...dame dos minutos, por favor.

—Pero...

—Dos malditos minutos, por favor.

Asintió, y se alejó hasta la sala de estar, mientras un denso silencio se imponía en toda la casa. Llegó a la sala de estar, y miró hacia la puerta de la entrada. Quizás lo mejor sería volver en taxi a casa. Era obvio que Hans necesitaba estar solo, y ella se había convertido en una incómoda visita.

Caminó despacio hasta la puerta, localizando su pequeña mochila junto al aparador, y la abrió, buscando su teléfono para llamar a un taxi, cuando reparó en varias cartas abiertas en el aparador. Miró aquellas hojas de papel grisáceo, grueso, con un enorme matasello rojo, y un emblema en la esquina, y la curiosidad actuó por ella. Activó el traductor, y exhaló con la primera frase que apareció en su pantalla. Eran del tribunal de segunda instancia, el de apelación, de Austria. ¿Hans tenía problemas con la justicia? Frunció el ceño, recordando que le había mencionado que se había ido de su país siendo apenas un adolescente, y las dudas volaron en todas direcciones. Miró con disimulo hacia la cocina, encendiendo su móvil, y tecleó las primeras palabras.

Tradujo unas cuantas frases más sin sentido, hasta que las palabras 'Libertad condicional' aparecieron en la pantalla. Sus dedos dejaron de teclear, aturcidos, como ella. ¿A quién habían dejado en libertad condicional? ¿Era eso por lo que Hans estaba tan extraño? Miró hacia el pasillo, donde se oía el grifo del fregadero correr, y guardó las cartas con cuidado, con miles de interrogantes en su cabeza.

En ese instante Hans apareció por el pasillo, y, cogiendo las llaves con una mano, y la chaqueta con la otra, le hizo un gesto para que le acompañara hasta el coche. Ni siquiera se atrevió a cruzar palabra con él. El rostro del arquitecto hablaba por sí solo, gritándole al mundo que estaba a punto de explotar. Condujeron en silencio, sintiendo que el peso de las palabras no pronunciadas era el tercer pasajero de ese vehículo, mientras sus neuronas se movían a la velocidad de la luz, intentando atrapar y conectar datos. Cuando llegaron frente a su portal, le dio un suave beso en la mejilla, murmurando una breve despedida, y abrió la pesada puerta del coche cuando un brazo la detuvo.

—Carla, por favor, espera. Siento lo de esta mañana, no...—se pasó la mano por el pelo, nervioso—. No esperaba esa llamada, y...

—Tranquilo, no pasa nada.

—Lo siento. Yo...maldita sea, no tenías que haber escuchado nada de todo esto.

—Bueno... —titubeó ella—, afortunadamente para ti, no hablo alemán, así que intuyo que mis virginales oídos se han librado de una buena ración de palabrotas.

Hans la miró apenas unos segundos, desconcertado, y estalló en una breve carcajada. Su rostro se relajó con una de sus luminosas sonrisas, y algo hizo



una voltereta en la cabeza de Carla. Por fin.

—Está bien, brigadista contra el crimen malhablado—rio, mordiéndose el labio—. Haremos algo la semana que viene, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto.

Carla cerró la puerta y le despidió con la mano, mientras veía a Hans sacudir la cabeza, más relajado. Se quedó en el portal viendo cómo el vehículo desaparecía, y se adentró en el edificio, con una sensación extraña alojada en su estómago, y las mismas preguntas sin respuesta girando en su cabeza. Tenía otro misterio entre las manos que debía resolver.



A kilómetros de allí, Hans detenía el coche en el arcén, poniendo los cuatro intermitentes, intentando aplacar los nervios por la llamada de su abogado aquella misma mañana, confirmando que el infierno, su infierno, volvía a abrirse. Dos palabras. Solo dos palabras acababan de mover los cimientos de su tranquila vida. Libertad condicional. ¿Cómo podía haber ocurrido? ¿Cómo podían haberles dejado libres otra vez tras lo que pasó?

Giró el rostro, y se quedó mirando hacia el polígono donde vivía Carla. Quizás podría llamarla, proponerle un plan, el que fuera, para mantener alejados todos los fantasmas del pasado hasta que tuviese la suficiente fuerza para enfrentarse a ellos. Suspiró, mirando los lejanos edificios, y recordó la noche anterior, cuando la había tumbado en la cama, cuidando de no despertarla, y sus dedos habían volado, solos, hacia su mejilla, acariciándola. Era preciosa. Carla era la mujer más hermosa que jamás había visto. Se había quitado la camiseta por la cabeza, los pantalones, y se había tumbado junto a ella, abrazándola.

Se quedó mirándola dormir, pensando que la vida acababa de lanzarle un salvavidas justo cuando sus peores demonios amenazaban con llevarle a las profundidades otra vez, y la red del sueño lo atrapó por completo. Suspiró, mirando los lejanos edificios, y sacudió la cabeza. No podía contaminar a esa increíble chica con algo tan sórdido y atroz. No. Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y se metió de nuevo en el *Lexus*, marcando un número de teléfono que respondió al tercer tono.

—¿Hans?

—Hola, Maritte. ¿Estás en casa?

—Sí, acabo de llegar. ¿Por...qué?

—Necesito verte.

—Bi...en —titubeó la chica, nerviosa—. ¿Cuando ven...?

—Estaré en media hora allí. ¿Te viene bien?

—Por supuesto —ronroneó—. Pero trae el champán que me gusta.

Él asintió, y colgó, sin poder dejar de temblar de rabia. Al menos con Maritte podría olvidarse por unas horas. Suspiró, arrancando el *Lexus*, que voló sobre el asfalto, mientras el barrio de Carla empequeñecía en el espejo retrovisor, y el más oscuro abismo se magnificaba en su corazón. Necesitaba distraerse. Necesitaba olvidar.

Apretó el acelerador hasta que llegó a la ciudad. Se paró en una exclusiva tienda *gourmet* que había en una de las avenidas principales, y compró dos botellas del carísimo champán rosado que sabía que la volvía loca. Se metió en su coche y condujo a toda velocidad hasta la casa de la francesa, en aquella selecta urbanización. El *Lexus* se detuvo frente a un chalet con el techo de pizarra. Hans salió del coche en el momento en el que la modelo salía de casa, para darle un ardiente beso al que el arquitecto respondió con pasión, empotrándola contra el capó. Ella jadeó, conocedora de que ese era solo el prelude de lo que le esperaba.

—¿Hasta cuándo puedes quedarte?

—Hoy soy todo tuyo, preciosa. Hasta que se ponga el sol.

—Y hasta que salga el siguiente —concluyó ella, de forma seductora, y le besó otra vez. Ese austríaco era su perdición.

Dos horas después, el dormitorio de la modelo era testigo de cómo la francesa arqueaba su cuerpo, bañado en sudor, mientras él se hundía en ella una y otra vez, arrancándole gemidos que hacían vibrar las paredes. Maritte clavó las uñas en sus costados, tensando cada músculo de su cuerpo, hasta que ya no pudo aguantar más y estalló en un grito pronunciando el nombre de Hans, y él sonrió. Maritte le miró y se pasó la mano por la frente, limpiándose el sudor, con la respiración entrecortada, y las mejillas encendidas.

—Ha sido increíble.

Hans estiró la comisura de la boca, en un gesto que ella conocía bien, y le dio la vuelta, poniéndola a horcajadas sobre él.

—Esto no ha terminado.

—¿Cómo que no ha...?

Maritte gimió cuando él se hundió de forma profunda en ella, y clavó las uñas en su torso, mientras sentía las llamas y sus piernas temblar.

—Hans...

—Aguanta, preciosa, porque esto sí que va a ser increíble.

Y lo fue. Los gemidos de Maritte retumbaron por toda la casa, y una sonrisa de satisfacción se ancló en su rostro cuando alcanzaron el clímax. Hans era el mejor amante que había tenido en toda su vida. No había sido increíble, había sido lo siguiente.

La siguiente semana pasó de forma terrible. La tensión en el trabajo era palpable en cada palabra, en cada gesto, cada llamada, cada correo, y el misterio del pantano y la misteriosa Helga pasaron forzosamente a un segundo plano. Había una bomba de relojería entre esas cuatro paredes. La empresa había realizado una arriesgada apuesta financiera a principios de año que había causado pérdidas millonarias, y ya no sabían cómo camuflar los números en contabilidad sin que la situación desembocara en despidos. Muchos despidos. Carla se reunió con su equipo, mientras todos la miraban con gesto serio, sentados alrededor de la mesa circular de reuniones.

—No podemos más, Carla—dijo Paula, poniendo los codos en la mesa—. Nos quedamos dos horas más de las que nos corresponden, pero ni aún así, llegamos a los toques de ventas que nos han marcado.

—Necesitamos más flexibilidad a la hora de negociar con los clientes—intervino Teresa, una de las comerciales—. Los servicios y precios que estamos fijando, los ofrecía la competencia hace dos meses. Nos están robando a los clientes delante de nuestras narices porque se niegan a abrir más la mano.

—Lo sé, claro que lo sé—replicó Carla. Ya sabía de sobra que la empresa estaba ahogándose a sí misma a base de malas decisiones desde dirección—. La semana que viene nos reuniremos los jefes de equipo otra vez para presionar a los jefes de arriba y que sean más flexibles, pero, de momento, esto es todo lo que puedo hacer.

Pronto empezaron las diferentes conversaciones entre ellos casi a voz en grito contra la empresa, hasta que Carla decidió tomar las riendas de la situación antes de que empezara a descontrolarse.

—A ver, chicos, silencio, por favor—rogó, haciendo aspavientos con las manos—. No debemos ponernos en la peor de las situaciones. Debemos seguir trabajando en conjunto, como hasta ahora. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, sin convencimiento, y Carla salió de aquella sala agobiada, pensando en el futuro que le esperaba. Reuniones que acabarían a

gritos, videoconferencias que eran la antesala de reducciones de plantilla, despidos en masa. Así estaría la situación en breve. Recogió sus cosas, y volvió a su despacho, con el ánimo por el suelo, cuando una familiar silueta apoyada en el umbral de su puerta la hizo sonreír, y todo el agobio, el estrés, y el desánimo se volatilizaron al instante. Corrió hacia él, fundiéndose en sus labios, y Gael la abrazó, tomándola por la nuca, y respondió a su beso con ganas. Se separaron levemente, y Carla frotó la punta de su nariz con la de su chico, levemente, sin llegar a creerse del todo que estuviera allí.

—Gael, ¿Eres tú, de verdad?

—¿Qué si soy yo?—se carcajeó—Eh...Creo que sí. Eso, o el que te acaba de besar es un fantasma.

Carla le besó, sintiendo que no merecía a ese chico dulce y perfecto, y apoyó la palma de las manos sobre sus pectorales.

—¿Ya has terminado las pruebas que necesitabas para la tesis?

—Sí, ahora debemos esperar los resultados que determinen la biomasa y la cantidad de lípido por célula de la muestra, para poder empezar a trabajar en ellas.

—No sabes lo que me pone que hables como un médico —pestañeó, seductora.

—Sabes que los biólogos no somos médicos, ¿Verdad? —dijo, arqueando una ceja, divertido.

—¿Ah, no? Vaya, qué fastidio —contestó, fingiendo consternación, y cerró la puerta del despacho con pestillo, girándose hacia él—. Pues entonces, ¿qué, jugamos a los biólogos?

—Esto ya me gusta más... —dijo Gael, estirando la comisura de la boca, y se sacó la camiseta de un tirón, yendo hacia ella.

Carla se apoyó contra la puerta, mientras veía la mirada de feroz deseo de su chico. Gael fue hasta ella, con aplomo, y, tomándola por la nuca, tomó posesión de su boca con frenesí, mientras ella le besaba, le mordía, le arañaba la piel. La encaramó a sus caderas, apartando de un manotazo los bolígrafos, los informes y las carpetas de su mesa, y la tumbó sobre la superficie, deslizando sus labios por su cuello, su escote, recreándose en la cima de sus senos, mordiendo, besando, sin pausa, mientras sus dedos se movían ágiles arrancando gemidos de su chica. Maldita sea, había echado tanto de menos su piel que no iba a durar mucho más. Deslizó su ropa interior por sus muslos, y la miró con los ojos llenos de salvaje deseo.

—Sin preliminares, princesa.

Ella se mordió el labio, ansiosa, y jadeó.

—Sin preliminares.

Gael se bajó los vaqueros y el bóxer de una vez, y la embistió con dureza, con deseo, con fuerza, deleitándose en la vista de los erectos pezones de Carla moverse cada vez que lo hacía. Bombeó una y otra vez sobre su cuerpo, viéndola arquearse hasta casi romperse la espalda, hasta que la presión en su abdomen fue insoportable, y la embistió otra vez, en un solo movimiento, hasta el maldito fondo, y sus ojos volaron hacia la ventana del despacho, que actuó como un espejo. Tiró del cabello de Carla, para que viese su precioso reflejo, y ella jadeó. Era lo más sensual y erótico que había visto nunca.

El biólogo siguió invadiendo su cuerpo con contundencia, cada vez más rápido, más feroz, mientras la obligaba a mirarle a través del reflejo, y se liberó en un orgasmo devastador, apasionado, precipitado, sintiendo el cuerpo de Carla vibrar bajo el suyo. Esa mujer le volvía loco. Se desplomó sobre ella, temblando, sudando, y la besó, inundándose de su sabor.

—Te quiero, Carla.

—Y yo a ti, Gael. Y yo a ti.

Ya estaba dicho. De una forma animal, salvaje, y primitiva. Se querían.

Carla se despertó al amanecer, tras una intensa noche en la que Gael y ella habían recuperado todo el tiempo que el trabajo y la tesis les habían robado. Se deslizó con cuidado fuera de la cama, pisando toda la alfombra de ropa que habían dejado en su camino mientras se devoraban a besos, se puso la ropa interior y una camiseta de su chico, y fue hasta la cocina, donde encontró a Gael tan solo con el bóxer puesto, profundamente concentrado en intentar liberar una rebanada de pan de la tostadora. Le miró, y no pudo evitar pensar en lo que diría su primo Mateo al ver a su *sireno* de ojos verdes así, y sonrió ante el más que probable desmayo de su primo favorito.

—Vaya, por fin la más guapa del edificio hace acto de presencia —dijo él, acercándose hasta ella, y besándola—. Bueno, al menos te has despertado casi para la hora de comer.

—¿Cómo que la hora de comer?

—Se te han pegado las sábanas, dormilona. Es la una y media.

—¿Qué? Cielo santo, tu cama me hace perder completamente la cabeza.

La mirada elocuente de Gael fue suficiente para hacerla enmudecer al instante.

—Ya me di cuenta anoche, créeme—vocalizó él, despacio—, y no sabes de cuántas formas y maneras.

—Yo...esto...bueno...—farfulló, turbada.

—Me encanta cómo pierdes la cabeza, por cierto —susurró su chico, seductor, y ella enrojeció hasta las orejas.

—Eres muy gracioso, ¿lo sabías? —dijo, haciendo que el biólogo se riera. Gael continuó peleando con el aparato, mientras ella se sentaba en la silla, señalando la tostadora—. Creo que deberías llamar a la policía para que ese trasto libere a tu rehén.

—Es lo que estaba planteándome, de hecho.

Carla se rio, y cogió las tenazas que él tenía en la mano, liberando la tostada de su prisión, poniéndola sobre uno de los platitos, y se sentó junto a él en la mesa.

—¿Qué tal va la tesis?

—Bien, estamos avanzando muchos, y confío en que las muestras que hemos tomado sean las idóneas para llevar a cabo el estudio que tengo en mente. Hasta el momento he estado dándome contra un muro, pero creo que esta vez he dado con la muestra correcta.

—¿Qué tenía el resto de malo?

—Que las tomábamos demasiado cerca de la costa. He tenido que conseguir un permiso para que me dejen ir a bordo del próximo barco-laboratorio de la universidad para conseguir muestras en zonas más alejadas, y, por tanto, menos contaminadas.

—Vaya. Suena increíble.

—Lo es —sonrió—. Si consigo dar con el componente que hace que las microalgas muten, podría dar muchas respuestas a las actuales mareas rojas que azotan las costas, y que liberan una gran cantidad de toxinas que afectan a la fauna marina, especialmente a los arrecifes. Si conseguimos aislarlas, e identificarlas, podríamos combatir las, lo que supondría un gran avance.

Carla le miró, con ganas de abalanzarse sobre él y comérselo a besos. Gael era un súper héroe con bata de laboratorio y unos abdominales de infarto. Era un sueño hecho realidad. Sonrió, y mordisqueó su tostada, sin dejar de mirarle embelesada. El biólogo le guiñó un ojo, y dio un sorbo a su café.

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues...titubeó. Bien, bueno, dentro de lo bien que puede ir la empresa, y el resto...en fin, sigo con la boda de Mateo, que es un caos. Siempre hay problemas de última hora que se han de solucionar sobre la marcha, pero en fin, espero...espero tenerlo todo solucionado para entonces.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Carla asintió, poco convencida, pensando en la pregunta que tenía que hacerle. La invitación empezaba a quemarle en el bolsillo. Respiró hondo, y, armándose de valor, alzó sus oscuros ojos hacia él, viéndole untar una tostada, concentrado.

—Gael, no te lo había preguntado hasta ahora, y no tienes que decirme que sí, pero mi primo se casa en unas semanas, y me preguntaba si tú...

—Claro que iré contigo a la boda de tu primo.

—¿Qué? —aquello la pilló desprevenida. ¿Había aceptado a acompañarla, sin inventarse ni una excusa, ni dar un rodeo evitándolo? —¿Ven...drías conmigo a la boda? —parpadeó, atónita.

—Por supuesto. Sé lo importante que es Mateo para ti, y quiero estar contigo ese día. ¿Por qué lo dudabas?

—Es un paso importante, y...

—Un paso importante que quiero dar contigo, Carla. Y, sinceramente, después de todos los desastres que me has contado sobre el enlace, quiero ver con mis propios ojos cómo sale todo.

Carla saltó de su silla, y se arrojó a su regazo, besándole.

—Gracias, gracias, gracias.

Gael se separó levemente, acariciándole las mejillas, mientras ella se perdía en sus verdes iris, ahora casi negros.

—Si esa boda es tan importante para ti, también lo es para mí, cariño.

Su chico se levantó de la mesa, y la tomó de la cintura, imitando un vals nupcial, y ella sintió un pellizcón en el corazón en ese momento, y no pudo menos que imaginarse a ellos dos en una ceremonia así, y, en ese instante, no supo por qué, unos ojos azules ocuparon todo el espacio, quemando, abrasando su corazón. Y su corazón crujió.



Todo en la vida es equilibrio. Es el orden natural. Y eso es lo que ocurrió cuando, en medio de un maravilloso sueño de montañas nevadas y amaneceres de ensueño, el móvil de Carla empezó a sonar con insistencia, despertándola. Se desperezó, estirándose, y contestó, con voz adormilada, escuchando a una desconsolada Verónica que se deshacía en hipidos y sollozos.

—Carla, soy...soy yo, es que...es que Ric, Ric...

—Vero, Vero, más despacio, que no te entiendo. ¿Qué ha pasado? Me estás asustando.



—Me he peleado con Ricardo, y le he echado de casa.

—¿Qué?!

—Por favor, ¿Puedes...puedes venir?—hipó—Necesito hablar con alguien.

—Espérame en la cafetería que está en la esquina de tu casa, enseguida voy para allá. ¿De acuerdo? Y tranquila, lo solucionaremos.

Colgó, recordando la tensa relación que Hans le había dicho que mantenían el abogado y su amiga, y miró su teléfono, sin poder evitar sonreír. El arquitecto debía estar haciendo lo mismo con Ricardo en esos momentos. Se lo imaginó en el precioso jardín trasero de su casa, tomando una cerveza con su amigo, mientras Ricardo se desahogaba con él. La catastrófica relación de sus amigos era algo, que, intuía, siempre les uniría, y eso...eso la hizo sonreír.

Se vistió y enfiló hacia la cafetería donde se habían citado. Vio a su amiga apenas atravesó la puerta, con el rostro arrasado en lágrimas y el pelo sujeto de cualquier manera, y se alarmó. Verónica siempre, siempre, iba arreglada. Más que arreglada, en realidad. Era el tipo de chica que podría tener sus propios satélites y planetas orbitando alrededor de ella, tal era su magnetismo. Magnetismo que se había esfumado por completo, dejando a una chica con el rostro demacrado y con tanta tristeza en el rostro que parecía que un velo grisáceo se había posado sobre su marmólea piel. La abrazó, y la pelirroja comenzó a sollozar al segundo.

—Gracias por haber venido.

—Tranquila, estoy aquí. Dime qué ha pasado.

—Pasa que Ricardo es un imbécil.

Carla suspiró, y la cogió de la mano, yendo con ella hacia una de las mesas. Se sentó a su lado, y le recogió un mechón detrás de la oreja, mientras veía a la pelirroja camarera sollozar.

—¿Qué ha ocurrido, Vero?

—Es que Kylian, un camarero del club le dijo a Sasha...¿Te acuerdas de Sasha?

Carla asintió. La amiga de Verónica que parecía una muñeca *pin up*, con sus labios rojos, su peinado *rockabilly* y sus ropas ceñidas y ajustadas. Le había caído bien. Tenía una sonrisa sincera y una mirada de quién ha ganado y perdido mil batallas por el camino.

—Sí, claro que la recuerdo. ¿Qué le dijo?

—Pues que el otro día pilló a Ricardo en el club tonteando con Maritte, delante de todos.

—¿Maritte? ¿Quién es Maritte?

—Sí, Maritte—prosiguió Verónica—. Al parecer es la única hija de no sé qué empresario importante, y está farrada. Es una de las modelos más cotizadas de la agencia *Women Style*—dijo, mirando hacia Carla, esperando que hiciera algún comentario, pero la comercial no tenía ni idea de qué agencia era esa, y, en ese momento, la verdad, es que le importaba más bien poco.

—¿Y...qué pasó?

—Kilyan dijo que les vio bailar acaramelados, haciéndose confianzas, y...y...que al final incluso Maritte solicitó un reservado y una botella del mejor champán.

—¿Qué?

Aquello no podía ser. ¿Ricardo le había sido infiel a su amiga?

—Al parecer no llegaron a nada más, según Kilyan. Ric anuló el reservado, y el champán, y se fue a casa, pero...es que siento como si hubiese estado con ella, Carla.

—¿Qué te dijo cuando hablaste con él?

—Oh, eso fue lo peor —sollozó—. Ni siquiera lo negó, ni siquiera lo hizo. Así que me enfadé, y le dije que se largara de mi casa, porque no quería volver a verle en lo que me quedase de vida.

—Lo siento, Verónica.

—Gracias, sé que Ric es un...un...pero es que...—hipó—. Es que no entiendo por qué lo hizo. Él sabe que todos en el club me conocen, y que terminaría enterándome.

—¿Crees que lo hizo para darte celos?

—No lo sé, y tampoco entiendo por qué lo hizo Maritte. Todo el mundo sabe que lleva años detrás de Hans.

—¿Qué?—algo afilado empezó a trepar por su estómago, y se obligó a disimularlo como pudo, que en este caso, fue...mal—¿Cómo que lleva años detrás de Hans?

—Sí, está loca por él. Por eso se pasa la mitad de su vida en ese club, esperando a que él aparezca y le apetezca acostarse con ella, como llevan haciendo desde hace tres años.

*Croc.* Ese fue el sonido que hizo el corazón de Carla al romperse. Hans mantenía una relación con una chica. Pero no con cualquier chica, no. Con una modelo que debía ser la perfección personificada. Una modelo, como él, atractiva hasta el hastío, posiblemente del mismo estatus social que él, que se movía en sus mismos ambientes...Y sintió que se diluía en pequeñas motas.

—¿Son...pareja?

—¿Pareja?¿Hans y Maritte? —la pelirroja la miró con extrañeza, y sacudió la cabeza —No, claro que no. Solo se acuestan casi cada vez que se ven, pero nunca han llegado a nada más. Hans no quiere relaciones, y Maritte ha aceptado seguir el juego. Hans y ella solo fo...

—Ya lo he entendido, gracias. ¿Has hablado con Ricardo?

—No, no puedo. Ay, Carla, es que incluso dejé a mi novio por él, lo hice, le hice daño al chico más dulce del mundo por su culpa, y mírame ahora, que me paso la mitad de mi vida llorando por ese cretino.

Sollozó otra vez, mientras Carla la miraba, y descendió la vista al suelo, recordando cómo había conocido a Ricardo dos años atrás. Su amiga Sasha estudiaba en la facultad de derecho y la había invitado a una fiesta que habían organizado sus compañeros en el campus de Pinar. Había casetas con comida, bebidas, carpas para bailar, rifas, juegos, concursos, y lo más divertido, las subastas. Las chicas pujaban por una cita con uno de los chicos que se presentaban como voluntarios. Sasha la cogió del brazo, señalándole a los primeros chicos que empezaban a subir al escenario, envueltos por una nube de gritos, silbidos insinuantes y aplausos. Hasta que llegó Ricardo, y la locura entre el público femenino llegó para quedarse. Su más de metro noventa, sus profundos ojos oscuros, y su sonrisa canalla la dejaron sin habla. ¿De dónde había salido un hombre así?

—¿Quién es?

—Es Ricardo, profesor adjunto de derecho internacional —le dijo Sasha, sonriente.

—¿Es...profesor?¿Tan joven?

—Así es. Fue el primero de su promoción y enseguida accedió a una de las vacantes. Es el bombón oficial de la facultad.

—¿Y qué hace en una fiesta de estudiantes?

—Nunca se pierde una buena juerga, y toooodas las chicas estamos inmensamente agradecidas por ello. Y por cierto, monina, límpiate la baba, que ya está rozando el suelo.

—¿Qué...?¿Pero qué dices? Yo no...Roberto...

—Ya—Sasha arqueó una ceja, riéndose—. Un bombón es un bombón, Vero, y, hasta donde yo sé, mirar no está prohibido.

Verónica suspiró, y se giró justo en el momento que el joven profesor descendía la tarima, y ella escuchaba las cifras que las chicas estaban dispuestas a ofrecer para tener una cita con él. Se alejó de allí, y se bebió dos

copas más en tan sólo unos segundos, a punto de echarse a llorar. No iba a poder competir con ellas, no tenía ese dinero, y, tristemente, jamás lo tendría. Inspiró hondo, dispuesta a darse la vuelta, asumiendo que la única oportunidad de conocerle acababa de esfumarse ante sus ojos, cuando una idea cruzó su mente y se giró hacia la tarima. Si no tenía dinero para pujar por él, lo conseguiría como fuese.

Envalentonada por el alcohol, se subió a la tarima, se quitó la chaqueta, dejando al descubierto su escueto vestido, y cogió uno de los números de la rifa, ante el estupor de todos, y se lo pegó en el muslo. El auditorio enmudeció durante varios segundos mientras todos la miraban atónitos. Las chicas nunca se presentaban a las subastas, y ninguna había roto esa regla no escrita. Hasta ese día.

—Y bien—gritó a nadie en particular—, ¿Alguien va a pujar por mí?

El silencio continuó unos segundos más, hasta que decenas de chicos empezaron a proferir gritos con las primeras cifras. La chica que hacía de juez miró de forma alternativa al público, y a ella, y dio un martillazo, dando por iniciada la subasta, con ella como última e improvisada participante. Y aquello comenzó.

Las jóvenes empezaron a pujar por los chicos, uno tras otro, en un entorno festivo, mientras los voluntarios se dedicaban a caldear el ambiente haciendo morritos y enseñando sus músculos, para delirio de todas las asistentes. El ambiente fue subiendo de temperatura hasta que llegaron a Ricardo. La locura se desató y el precio fue subiendo a una velocidad de vértigo. Verónica cuadró la mandíbula cuando la juez cogió el mazo para adjudicar a Ricardo a una rubia de la primera fila, y ese fue el revulsivo que necesitó para atreverse a dar el paso. Inspiró con fuerza, y gritó, provocando el estupor general.

—¡Igualo la cifra, y estoy dispuesta a subir!

—¿Qué?

—Que igualo, y subo. ¿Puedo pujar, aunque esté en la tarima, verdad?

El silencio que siguió a esas palabras fue de los que permanecen en el ambiente, aunque sea roto con palabras.

—Eh, sí, claro que sí, pero...¿Estás segura?

—Sí —zanjó. Vendería hasta la última de sus células con tal de conseguirlo, si hacía falta—. Igualo y subo.

No tenía ese dinero, claro que no, pero ya lo conseguiría. O eso al menos, es lo que esperaba. Clavó los ojos en Ricardo, que le dedicó una sonrisa estirando la comisura de la boca. La juez les miró, y asintió.

—Y bien, Ricardo, ¿Aceptas una cita con la pelirroja?

Él asintió, dedicándole una mirada que la hizo estremecerse, y silbó.

—Acepto.

—¡Pues adjudicado a la pelirroja de las piernas largas!

Los jóvenes empezaron a aplaudir, y entonces le tocó su turno. Los chicos empezaron a gritar cifras completamente demenciales, mientras ella permanecía imperturbable, con los ojos clavados en Ricardo, que también los tenía fijos en ella. Siguieron con la vista clavada el uno en la otra mientras la subasta continuaba. Las ceros siguieron aumentando, hasta que un chico de pelo rizado con gafas dio la cifra que nadie pudo igualar. Vio por el extremo del ojo cómo la juez levantaba el mazo, y se giró hacia el ganador. Esa era su cita de esa noche. Se giró, para bajarse de la tarima, cuando la voz de Ricardo tronó por toda la explanada.

—Doblo la cantidad que han dado por ella, y subo.

El estupor fue generalizado. Los jóvenes estudiantes que se aglomeraban en la explanada enmudecieron al ver cómo el atractivo e inalcanzable profesor adjunto de derecho internacional, la joya de la corona de la facultad, el bombón oficial, acababa de pujar por una chica que ni siquiera estudiaba allí. El chico de pelo rizado resopló, y volvió a subir la cifra, mientras ella volvía a colocarse en la tarima. ¿Por qué estaba pujando por ella? Ya se había asegurado una cita con él, entonces, ¿Por qué...? No puedo seguir pensando. Los dos jóvenes se enzarzaron en una batalla de cifras. Un enorme silencio se impuso, solo roto por las voces de los dos hombres, alzándose la una sobre la otra, hasta que llegaron a la cifra final. El tope que permitía la subasta y que el chico de gafas ofreció, enmudeciendo al alumnado. Nadie, jamás, había pagado tanto dinero por una cita.

—Si nadie va a subir un céntimo más, así se queda la puja—dijo la chica que hacía de juez, atónita. Tanto, que tuvo que sujetar el mazo con las dos manos.

Verónica miró, sin querer hacerlo, hacia Ricardo, que se había quedado callado, mirando con gesto hosco hacia el chico de gafas. Los segundos fueron pasando, y el profesor descendió la cabeza. Su parte racional parecía estar volviendo a su sitio, y Verónica lo comprendió todo. Solo había sido una bravuconería, nada más. Solo eso. Descendió la vista cuando vio a la chica que hacía de juez encogerse de hombros, y alzar la voz.

—Está bien. La pelirroja queda adjudicada al chico de gafas. A la una, a las dos, y a las...

—¡No! —rugió Ricardo, enmudeciendo a todo el auditorio.

—Ricardo, ¿Qué...?

—¡Triplico la cifra que han dado por ella, y si alguien—señaló al público—quiere seguir pujando por ella, que se atreva, porque lo estaré esperando!

Verónica sintió que su temperatura se disparaba, y sus piernas temblaban.

—Pelirroja, ¿Aceptas, o no? —preguntó la juez, mirando hacia ella.

—Verónica—tragó saliva—. Me llamo Verónica.

Ricardo suavizó la expresión, sonriendo, y, en un ágil movimiento, fue hasta la tarima de ella, se subió de un salto, y, ante la sorpresa de todos, le plantó un profundo, húmedo y sensual beso en los labios, provocando las risas y los gritos del público, que empezó a aplaudir a rabiar ante el inesperado final de la subasta. La juez levantó las dos manos, en señal de rendición, y soltó una carcajada.

—Cupido ha hablado, señores. Subasta finalizada.

A partir de ahí, Ricardo y ella no pudieron dejar de verse ni un solo día. A las dos semanas de conocerse, Verónica cortó con Roberto, su novio desde hacía solo dos meses, y Ricardo ahogó las lágrimas de culpabilidad de la chica esa misma noche con un millón de besos por todo su cuerpo. Y eso fue el principio.

Tras dejar a Verónica en casa, Carla enfiló hacia la estación de tren, y se hundió en la butaca, mirando las luces de la ciudad, y sus pensamientos empezaron a fluir con lentitud, desembocando en Maritte. Esa chica llevaba años detrás de Hans. Años. Suspiró, y frunció los labios, pensativa. Nadie está durante años detrás de una persona porque le guste compartir un momento de intimidad con ella. Maritte no estaba obsesionada por acostarse con Hans porque le gustara hacerlo, o porque le divirtiese. Lo que sentía por él era amor, estaba convencida. Amaba a un hombre que le dosificaba ese amor en pequeñas píldoras de deseo, justo lo necesario para tenerla atrapada, solo eso. Como una adicción. ¿Por qué Maritte no había conseguido de Hans más que deseo desenfrenado envuelto en nubes de alcohol, si eran las personas más similares que había conocido?

Pero en ese instante un fogonazo de luz fue abriéndose paso en su mente, y pensó que quizás no era así en absoluto. ¿Y si Hans buscaba otra cosa en una chica además de sexo desenfrenado y diversión? levantó la mirada al cielo, mirando las primeras gotas de una fina llovizna caer, pensando en los amores imposibles que nos empeñamos en salvar. Cuánto amor desaprovechado,

cuánto dolor sin motivo.

El siguiente viernes, Carla recogía todas sus cosas de su despacho, dispuesta a olvidarse de todo por ese fin de semana. Sus padres pasarían dos días en Encinar, junto a sus tíos Amparo y Paco, y tenía la casa para ella sola. Por fin. Esta misma noche se daría un baño de espuma relajante, encendería unas velas, pondría música suave, abriría una botella de vino, y el mundo desaparecería. Se encaminó al ascensor y pulsó el botón, mientras estiraba el cuello. Gael pasaría el fin de semana cogiendo muestras para su investigación, y no se verían. Llegó a la estación de tren, y sacó su libro electrónico de bolsillo, dispuesta a seguir con la novela negra que había empezado la tarde anterior, y que la había abducido completamente. La historia presentaba tantos posibles finales que era imposible despegar los ojos de las líneas. La trama se situaba en el Londres de principios de siglo, donde un famoso archiduque había sido encontrado muerto en extrañas circunstancias, sin que se hallase causa de la muerte ni arma homicida. Un inspector de policía y su joven ayudante habían tomado las riendas del caso, descubriendo que existían no uno, sino varios asesinos, que, además, tenían un solo nexo en común, y era que todos formaban parte de una antigua sociedad secreta formada por una decena de sofisticados químicos, por lo que el asesinato abría un abanico de posibilidades que tendrían que estudiar una por una para descartar a sospechosos. Eso, si descubrían todas y cada una de sus identidades. Carla estaba absorta en el sospechoso número ocho, cuando un destello en su teléfono le marcó que le acababa de llegar un mensaje de Verónica, y sonrió.

«Hola, Carla. Mañana es mi cumpleaños, como ya sabrás, y damos una fiesta en casa de Hans. ¡Anímate! Y ni se te ocurra llevar nada. Ric dice que Hans lo tiene todo controlado.»

Carla sonrió, y respondió que sí. Por supuesto que sí. Una fiesta en casa de Hans. La idea no podía gustarle más. Sonrió, y le envió un mensaje.

«Hola Hans, ¿Qué tal estás?»

«Bien, estoy terminando con un proyecto. Si te apetece, podemos tomarnos un café.»



«No, gracias. Estoy llegando a casa. Además, te veré mañana en la fiesta de Vero.»

«¿Vero da una fiesta?»

Carla parpadeó, incrédula. ¿No era él el que la organizaba?

«Sí, claro. La ha organizado Ricardo por el cumpleaños de su chica en...tu casa.»

«¡¿Cómo que en mi casa?!»

«¿No lo sabías?»

«Claro que no lo sabía. Te dejo, que tengo que matar a ese liante de Ricardo, pero ya.»

Carla se detuvo, confusa, y estalló en una carcajada al imaginarse a Hans rodeado de papeles en su despacho, pasándose la mano por el pelo, como hacía cuando estaba nervioso, marcando el número de teléfono de su amigo, dispuesto a empezar la tercera guerra mundial, y se rio. Mañana iba a ser un día digno de enmarcar.

A las nueve en punto, esperaba frente al portal de su edificio con la bolsa de regalo para su amiga. Miró hacia la calle, esperando, y se colocó la melena hacia un lado, estirando su ajustado vestido negro sobre los muslos, cuando un lujoso *Lexus Coupé* gris marengo se paró frente a ella, con unos sonrientes Ricardo y Verónica en su interior, mientras ella parpadeaba. ¿Hans y Ricardo pertenecían a un club secreto donde los regalaban, o qué? Se subió en él, dándoles dos besos a cada uno, mientras veía como los chavales de su calle miraban el Lexus, un *rara avis* por aquel barrio obrero.

—Menudo coche, Ric, y...menudo vestido, Vero—señaló el conjunto metalizado de su amiga—. Es precioso.

—Gracias, es el regalo de Ricardo. El vestido, y...esto—la joven hizo tintinear una preciosa pulsera que llevaba en su muñeca.

—Vaya —parpadeó—, ¿Son...?

—Diamantes, sí—dijo su amiga, orgullosa.

Carla miró a Ricardo, que miraba hacia adelante, encajando la mandíbula, y algo en su interior sonrió. Había reconocido el engarce de la pulsera de su amiga. Era de una exclusiva joyería que no estaba en Pinar, sino en Madroñal, la capital del país. Era increíblemente exclusiva y...cara. Miró con disimulo al abogado, que le dedicó una fugaz mirada por el retrovisor, y asintió. La última discusión que habían tenido había debido hacer mella en él, y la posibilidad de perder a Verónica le había hecho enmendarse a base de bien. Esa no era una joya cualquiera, sino una declaración de intenciones. Su amiga no era un

capricho para Ricardo. Estaba enamorado de ella.

—El año pasado no le regalé nada y tenía que compensárselo —dijo el abogado, a nadie en particular.

—Y acertaste, cariño. Y, por cierto, Ric, ¿Has hablado con Hans?

—Pues...sí.

—¿Y...? —inquirió Carla.

—Pues...contento, lo que se dice contento, no está, pero ya está todo preparado.

Carla estalló en una carcajada al imaginarse al arquitecto organizando a regañadientes una fiesta que parecía más bien una emboscada, y lo visualizó preparando la brasa, cargando bolsas de provisiones desde el supermercado, y conectando los altavoces para la música.

—Suerte que Maritte lo está ayudando a organizarla—dijo Verónica, y la sonrisa de Carla se esfumó.

¿Había dicho Maritte? ¿La misma Maritte que había estado tonteando con Ricardo en el club semanas antes? ¿La que llevaba años detrás de Hans? ¿Esa Maritte?

Se hundió. Había buscado información en la red sobre la modelo, y había terminado apagando el portátil y yendo al congelador a darse un atracón de helado. Ojos azules y perfectos, pelo negro y perfecto, cuerpo perfecto, piel perfecta, familia perfecta, dos carreras, cinco idiomas, invitada de honor en todas las cenas de la *jet set* del país, primera línea en los desfiles...Era la diosa Afrodita sobre la Tierra. Una maldita diosa que había bajado del cielo para atormentar al resto de pequeñas calamidades como ella.

—Ya te digo yo lo que estarían organizando Hans y ella esta tarde —lanzó una carcajada Ricardo, y la sangre empezó a bullir—. Cielo santo, Vero, ¿Te acuerdas cuando los pillamos aquella vez en los aseos del club?

—Oh, Dios mío, cómo olvidarlo—se rio la pelirroja, girándose hacia Carla—. Una noche salimos los cuatro al club, y bebimos bastante. Demasiado, en realidad. Maritte se empezó a encontrar mal, muy mal, pálida, sudorosa, en fin...imagínate. Así que Hans se ofreció galantemente a acompañarla al aseo para que se refrescara un poco. Nosotros seguimos a lo nuestro, pero, como tardaban tanto, nos empezamos a preocupar y fuimos a buscarlos, pensando que estarían inconscientes en el suelo, o algo peor, y entonces... —soltó una carcajada —cuando abrimos la puerta, nos los encontramos contra la encimera del lavamanos en plena...—no pudo continuar, y estalló en carcajadas.

Carla se tragó la rabia, maldiciendo a Hans y a toda su estirpe, mientras Ricardo y Verónica seguían carcajeándose. Frunció levemente los labios y se mantuvo en silencio hasta que llegaron a la urbanización del arquitecto, donde la música y las voces de los jóvenes invitados eran audibles desde casi cien metros. Había acudido muchísima gente.

Aparcaron frente a la entrada de la casa, cuya pared frontal estaba adornada con cientos de lucecitas blancas, y el sonido de las risas y los chapoteos de los invitados en la terraza que el arquitecto tenía en la planta superior como fondo. Verónica salió del coche casi de un salto, y se giró hacia todas partes, saludando a los invitados, emocionada, mientras Ricardo la abrazaba por detrás.

—Te mereces esto, y mucho más, princesa.

—Gracias, muchísimas gracias, mi amor.

Carla sonrió al verlos de nuevo juntos y felices, y su cuerpo se giró solo al reconocer la figura de Hans en la puerta de la entrada, tan increíble como siempre, vestido con unos sencillos vaqueros oscuros y una ceñida camiseta negra que marcaban, aún más, su estupendo cuerpo. Se olvidó por completo de lo que había escuchado en el coche, y avanzó hacia él, decidida, con una enorme sonrisa. Daba igual cuántas mujeres hubiesen besado sus labios o acariciado su cuerpo, porque la mirada que le estaba dedicando el austríaco en esos momentos le decía que, para él, ella era la única mujer de la tierra. Apenas quedaban un par de pasos, cuando Maritte apareció al lado del arquitecto, con un precioso vestido semitransparente metalizado con apliques de cristales, y toda la rabia volvió a subir a su estómago, lanzando descargas.

—Por fin aparecéis—dijo Hans, abrazando y dándole un beso en la mejilla a la pelirroja—. Feliz cumpleaños, Vero.

—Tío, si además de montar fiestas como esta—dijo Ricardo—, fueses guapo, mi corazoncito sería tuyo.

—Eres un capullo integral, y esta te la guardo, Ric—dijo el arquitecto, riéndose, palmeando el hombro de su amigo.

—Seguro que sí—se giró hacia Maritte, y le sonrió levemente—. Gracias, Maritte.

—No hay que darlas...Ric—contestó, de forma sensual, y el abogado se recompuso rápidamente.

Carla frunció el ceño, reprimiendo las ganas de abofetearla allí mismo. ¿Pero cómo podía ser tan descarada? No solo estaba comiéndose al arquitecto con los ojos, sino también al abogado. La miró, conteniendo las ganas de

decirle un par de cosas, justo cuando Verónica dio un tirón a su chico y desapareció con él en el interior de la casa, que, por lo que parecía, también estaba brillantemente decorada.

Los tres se quedaron mirándose alejarse, y la mirada del austríaco se posó en la comercial, pensando en lo preciosa que estaba esa noche, y dio un paso hacia ella, sonriendo.

—Estás preci...

—Hola, Maritte—espetó la joven, apartándose del arquitecto bruscamente—. Creo que nunca nos han presentado. Soy Carla.

—Hola—contestó la modelo, desconcertada.

—Sí, yo también estoy encantada de conocerte—respondió, con sorna—. Bueno...lo cierto es que tengo que felicitarte, lo has dejado todo precioso.

—Maritte tiene bastante experiencia en...—empezó Hans.

—Sí, me hago una idea muy precisa de en qué tiene experiencia Maritte—dijo Carla, con malicia, señalándole entero—, y en qué lleva empleándose a fondo todo el día.

—Nosotros no...

—Oh, sí, cariño, ya lo creo que sí. Tranquila, de verdad—hizo un gesto con las manos, quitándole importancia—, no tienes que justificarte, todos somos adultos. Y, por cierto, ese vestido te queda genial. Porque...es un vestido, ¿no? ¿O es un conjunto de lencería?

—Carla...—recriminó el arquitecto, con voz grave.

—Oh, vamos, Hans. Solo digo que parece que se acabe de levantar desnuda de tu cama, se haya puesto el primer conjunto de lencería que haya visto y haya bajado para recibir a los invitados casi como su madre la trajo al mundo. Solo eso.

—¿Qué acabas de decir?—exclamó él, a punto de perder la paciencia.

—Lo que has oído—le miró, desafiándole—. Así que, nada, yo ya me voy, para que podáis seguir haciendo lo que estabais haciendo, en la postura que fuera, o la que más os excite a los dos.

Y, tras decir esto, Carla casi empujó a la modelo para meterse dentro de la casa, ignorando la mirada del austríaco, que podría convertir el hierro en agua. Arrojó su bolso a la pila que ya se acumulaba en el aparador de la entrada, y dejó la bolsa con el regalo de Verónica encima de la mesa, junto al resto de regalos. Exhaló, molesta, y tomó una decisión. Había venido por el cumpleaños de su amiga, y pensaba pasárselo bien, independientemente de con quién hubiese pasado la noche, la mañana y la tarde ese austríaco de mirada

azul y tatuajes a quien poco importaba que lo pillasen retozando como un animal en los aseos de cualquier club con una modelo con las piernas más perfectas, largas y tonificadas que ella había visto en toda su vida.

Enfiló hacia la improvisada barra, dispuesta a beberse todo lo que le pusieran por delante, y se sirvió una copa. Miró hacia la enorme y acogedora sala de estar, que en ese momento estaba tomada por una veintena de jóvenes que charlaban de pie, o sentados en alguno de los cojines que había en el suelo mientras tomaban una copa, y escuchaban música.

Llegó a la terraza, y fingió la mejor de sus sonrisas al ver a Ricardo y a Verónica saludar a los invitados. El tranquilo ambiente de la sala de estar contrastaba con lo que estaba ocurriendo en la terraza. Aquí la fiesta estaba en todo su apogeo. La decoración era espectacular, con guirnaldas de luces blancas imitando las estrellas. Un alegre caos reinaba en esta parte de la casa, y la música sonaba más estridente, al igual que las carcajadas y las conversaciones. Sin duda, ese era el epicentro de la fiesta.

La enorme bañera de hidromasaje que presidía la terraza estaba ocupada en ese momento por varias chicas embutidas en unos minúsculos bikinis. Miró alrededor, hacia aquellas almas con ganas de diversión y deseando que esa noche no acabara, y sonrió. Iba a divertirse esta noche, por supuesto que lo iba a hacer. Observó con atención a los invitados, y tan solo reconoció a Sasha, la amiga de Verónica, y fue a saludar a esa chica de peinado *rockabilly* y medias de topitos rojos.

—¡Carla! ¡Has venido! ¿Qué tal estás?

—Aún demasiado sobria.

Ambas se rieron, y Sasha le tendió una copa. Carla le dio un largo trago, y la chica sonrió.

—¿Lleváis mucho tiempo aquí?

—Desde que Hans se despertó. Bueno—se rio—, más bien desde que lo despertamos. El pobre apenas ha dormido dos horas. Llegó anoche del despacho a las ocho de la mañana y lo despertamos a las diez porque queríamos darnos un chapuzón en la bañera de hidromasaje. A eso de las doce empecé a ayudarlo yo, pero no dábamos abasto, así que Hans llamó a la empresa de eventos de Maritte para que se encargase de la fiesta, y ella accedió por un módico precio que pactó con él.

Carla exhaló, sintiéndose terriblemente mal. Maritte había ido allí como parte de su trabajo, que no era otro que organizar el cumpleaños de Verónica, y ella se había mostrado grosera y borde. Debía disculparse de inmediato,

pero no solo con Maritte. Tenía que pedirle perdón a Hans también. Se despidió de Sasha, y bajó hasta la primera planta. Distinguió al arquitecto hablando con otro chico con varias copas vacías en la mano. Parecía estar recogiendo más que disfrutando de la fiesta, y la culpabilidad la traspasó por completo. Inspiró hondo, y se encaminó hacia allí, mientras elaboraba una disculpa para su estúpido comportamiento. En ese instante él levantó la vista hacia ella, y frunció el ceño.

—¿Vienes a seguir con lo de antes? Porque no estoy de humor, te lo advierto.

—No, venía a disculparme. Lo siento, no pretendía...

—¿Insultar a Maritte, despreciarme a mí, o las dos cosas a la vez? Porque eso fue exactamente lo que hiciste.

El chico que estaba frente a ellos se colocó las gafas y se fue de forma silenciosa, al palpar la tensión que se avecinaba.

—Lo siento, Hans, yo...

—¿Que lo sientes? Tus disculpas, ahora mismo, me suenan a palabras huecas.

Carla dilató las aletas de la nariz.

—¿Pero se puede saber qué te ocurre? Te estoy pidiendo perdón.

Hans arrojó los vasos vacíos a la papelera, y se giró hacia ella.

—¿Qué qué me ocurre? Llevo todo el día yendo de un lado a otro organizando esta maldita fiesta. No he dormido, ni comido, ni bebido nada en todo el día, y estoy agotado. Agotado. Así que, como comprenderás, no estoy de humor para tonterías de ningún tipo, y mucho menos las tuyas.

—No es culpa mía que aceptaras organizar una fiesta en tu casa, ¿de acuerdo? Lamento cómo me comporté antes, pero eso no es excusa para que me eches la culpa por lo cansado y agobiado que estás con todo esto.

—¡Hans, falta hielo arriba!—gritó una chica rubia y sonriente que agitaba una copa vacía de forma enérgica desde la terraza.

—¡Ya voy!—gritó el arquitecto, y volvió a clavar sus ojos en ella—. Maldita sea, Carla, ¿Por qué crees que acepté que Verónica diese la fiesta aquí?

—Porque es la chica de tu mejor amigo, evidentemente —espetó, poniendo las manos en las caderas.

—No. Les habría dicho que lo celebrasen en el club, como el año pasado.

—¡Hans, las chuletas se están empezando a quemar!—chilló un joven al otro lado del jardín.

—¡Que ya voy! —gritó, y volvió a clavar sus ojos en ella, cruzándose de brazos—Te lo preguntaré otra vez. ¿Por qué crees que acepté?

—Porque Vero es tu am..

—No.

—Porque te apetecía estar con ellos, y...

—No.

Se miraron unos segundos fijamente, y Carla bajó la vista al suelo, con la respuesta rebotando en su cabeza, en un incómodo compás.

«Aceptó porque sabe lo importante que es Verónica para mí.»

—¡Hans, aquí!—tronó la voz de un chico—¡Tío, Hans, aquí arriba!

—¡Cielo santo!—bufó el austríaco—¡Esto es peor que una guardería!¿Qué pasa ahora?

—¡El agua de la piscina está fría!¿Cómo se enciende otra vez?¿Y por qué no hay trampolín?

—¡Que no es una piscina, es una bañera de hidromasaje, ya lo he dicho cientos de veces hoy!

Hans miró hacia ella otra vez, resoplando.

—Volveré en cuanto resuelva esto. Tenemos que hablar, Carla. Tú y yo no somos...tenemos límites, siento recordártelo.

Carla asintió, cohibida. Por supuesto que tenían límites, y ella los había sobrepasado. Le vio desaparecer por la puerta acristalada de la cocina, y se sintió como una niña pequeña que acaba de romper el jarrón de porcelana de la sala de estar de sus padres. Suspiró, mirando alrededor, cuando una chica pasó a su lado ofreciéndole una copa.

—¡Vamos, que no decaiga!

Carla se la tomó casi de un trago, y otras dos más que le preparó un chico con el pelo azul que hacía de improvisado camarero, y empezó a relajarse. Se acercó a un grupo de chicas que no paraban de contar chistes malos y obscenos mientras se contoneaban al ritmo de la música, y dejó que el anonimato y el alcohol hicieran el trabajo por ella de pasárselo bien. Y eso hizo.

Dos horas después, el alcohol corría a mares, y el ruido de risas y botellas haciéndose añicos era ensordecedor. Había demasiada gente, y el nombre de Hans se repetía sin cesar por toda la casa, pidiendo todo tipo de cosas,. En un momento de la noche, mientras las últimas gotas de la cuarta copa que se tomaba cruzaban sus labios, un denso olor a carne quemada empezó a invadir el jardín trasero. Sus ojos se dirigieron hacia un grupo de chicos que rodeaban

la moderna parrilla, donde cuatro chuletas completamente carbonizadas yacían sobre el enrejado. Fue con decisión hasta allí, y las apartó, cogiendo las pinzas y un plato.

Sirvió una primera tanda de chuletas, y, en cuestión de segundos, se vio rodeada por una decena de jóvenes con platos de plástico en la mano, reclamando más comida. Suspiró, haciéndose a la idea de que acababa de convertirse en la cocinera oficial de la fiesta sin pretenderlo, y se recogió el pelo, despidiéndose del aspecto fantástico que tenía.

«Hora de convertirse en un espantapájaros, y apestar a brasas, Álvarez.»

Durante las siguientes horas, se dedicó a sacar chuletas, pimientos y muslitos de pollo de la parrilla, reponer cervezas y refrescos en la nevera, abrir la puerta a todo aquel que tocase el timbre y dijese que venía al cumpleaños de Verónica, e incluso sujetarle el pelo a tres chicas que decidieron vomitar sobre los preciosos setos de la entrada. Al fin, cuando todo parecía estar más o menos controlado, miró el reloj, con el cansancio invadiendo todo su sistema, y decidió irse a casa. Había tenido suficiente por esa noche. La fiesta había empezado mal, había continuado peor, y, al menos, debía luchar para que no acabara así también. Subió hasta la terraza para despedirse de Ricardo y Verónica, cuando la figura de Sasha apareció ante ella.

—Carla, cariño, ¿Dónde estabas?

—Intentando poner orden en el piso de abajo.

—Qué mona.

—Mona, sí, claro. ¿Sabes dónde está Verónica, por casualidad?

—Creo que ya se han ido. Ricardo había reservado una suite en el hotel Imperial como sorpresa final de cumpleaños, y Vero y él van a pasar la noche allí.

Carla silbó, y Sasha asintió, con cara de circunstancias. El Imperial era el hotel más caro de Pinar, y de toda la provincia, accesible solo a los bolsillos más pudientes.

—Menuda sorpresa.

—Ya te digo—dijo Sasha—. Lo más romántico que ha hecho un chico por mí fue en primaria, cuando mi compañero de pupitre me pintó una flor con sus ceras y luego se comió el papel.

—El romanticismo ha muerto, definitivamente.

Sasha se rio, y asintió.

—Ya lo creo que sí.



—Por...cierto, ¿Has visto a Hans? Ya me iba y quería darle las gracias por la fiesta y despedirme.

—Creo que lo vi antes con Maritte. Iban a su dormitorio, así que supongo que seguirán allí toooda la noche, tú ya me entiendes.

Carla rechinó los dientes, fingiendo una enorme sonrisa, maldiciendo su estupidez. Mientras ella se desvivía por atender a los invitados, ese cretino se había dedicado a pasarlo en grande con la modelo. ¿Es que no aprendía nunca de sus errores? Se despidió de la joven que parecía una muñeca *pin up* con un leve abrazo y dos besos en las mejillas, y en ese instante la música subió de volumen y los gritos se volvieron ensordecedores. La fiesta estaba ya completamente descontrolada. Bajó las escaleras, deseando salir de allí cuanto antes, cuando escuchó la voz de Maritte y la de Hans a través de la puerta del dormitorio. Se detuvo, conteniendo las ganas de entrar de sopetón y gritarle a ese cretino hasta quedarse sin voz y subió los escasos peldaños que la separaban de aquel dormitorio, y puso la mano en el pomo, decidida. Si ese arquitecto creía que podía ningunearla, estaba muy equivocado. Empezó a girar el pomo, cuando escuchó lo que estaban diciendo, y retrocedió, incrédula.

Hans y Maritte no estaban divirtiéndose en la cama, como había supuesto. Estaban discutiendo. La modelo siguió gritando, completamente fuera de sí, mientras Hans subía la voz por momentos. Oyó pasos por la habitación, y la voz de Hans, otra vez, diciéndole algo en voz queda. Un nuevo grito de la modelo cortó el aire, y se hizo un inmenso silencio. Aplastante silencio. El silencio que sigue a un corazón rompiéndose en pedazos. Puso la palma de la mano en la puerta, como silenciosa despedida, y empezó a bajar la escalera para marcharse. Ya era suficiente, por esta noche ya era suficiente. Apenas había bajado unos pocos escalones, cuando sonó su teléfono empezó a sonar con el nombre de Gael. Sonrió, ante la inesperada llamada. Su caballero de brillante armadura llegaba justo en el momento adecuado para salvar su desastrosa velada, y contestó.

—Hola, Gael.

—Hola, cariño. ¿Dónde estás?

—En el cumpleaños de Verónica. Lo están celebrando en una casa cercana al campo de golf.

—¿Y qué tal?

—Pues no está nada mal. Hay buen ambiente, buena música, y la comida y la bebida parecen no acabarse nunca.

—Bueno, así son las buenas fiestas—se rio—. ¿Quieres que pase a recogerte?

—No, tranquilo, gracias a mi labor como chica para todo de esta noche, conozco a casi todos los invitados, y seguro que alguien me acerca hasta la estación de tren. Descansa, y mañana nos vemos.

—¿Vas a colgar ya? —dijo, con voz triste—Quería hablar un poco contigo.

Carla retrocedió, yendo hasta el despacho de Hans, y cerró la puerta, mientras escuchaba el inconfundible sonido de libros cerrándose al otro lado de la línea. Mientras ella sacaba chuletas de una parrilla humeante y reponía el hielo en las cubiteras para un montón de alegres borrachos, Gael había estado estudiando. Al menos uno de los dos parecía haber usado la cabeza esta noche para algo. Apenas se había sentado en la cómoda butaca de cuero, tocaron a la puerta.

—Espera, Gael—se aclaró la voz, y gritó a la puerta—¡No se puede entrar, está ocupado!

—Bueno, entonces esperaremos fuera a que terminéis—dijo un chico.

—Esto nos va a llevar tiempo.

Su chico se rio, y las voces de los chicos se fueron alzando, entre protestas.

—¿No podéis daros más prisa?

—¡Iros a un hotel!

—Venga, abre, y nos lo montamos los cuatro.

—¿Qué? ¿Cómo que...? ¡Fuera de aquí!

Oyó a Gael por el otro lado reírse a carcajadas.

—¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—Por desgracia, sí. Esto es...esto está a un paso de convertirse en Sodoma y Gomorra.

Gael se rio, y siguieron hablando mientras los golpes en la puerta se sucedían a intervalos de dos minutos, y la paciencia de Carla empezaba a resentirse. Esa noche era una maldita pesadilla, y estaba claro que no iba a acabar bien.

—¿Os queda mucho para acabar?—sonó la voz ebria de una chica.

—Sí.

—Va...le. Esto, ¿Sabes si el garaje está abierto? Hans tiene un *Lexus*, ¿Verdad? Siempre he querido hacerlo en...

—¡Ni se os ocurra hacerlo en el coche!—gritó Carla, recordando el impoluto interior del vehículo. ¿Pero es que esta gente no tenía ni una pizca de decencia?

Gael soltó una carcajada, y farfulló algo como “bacanal”. Estuvieron durante unos minutos más hablando por teléfono hasta que unos leves golpes en la puerta volvieron a interrumpir su conversación, y el biólogo suspiró.

—Carla, mejor...mejor hablamos mañana, ¿De acuerdo?

—No, por fav...

En ese momento volvieron a tocar la puerta y Carla perdió los nervios. ¿Pero cuántas veces tenía que decir que estaba ocupado el despacho?

—Gael, cariño, espera un momento.

—De acuerdo—suspiró, con tono cansado.

Fue hasta la puerta, con gesto decidido, cuando su mente trazó un plan en apenas dos segundos. Tenía que dar un golpe de efecto contundente, era la única forma de que la dejaran en paz.

—Carla, ¿Qué pas...?

—Chis, silencio, tengo un plan.

—¿Un plan? ¿De qué estás hablan...?

Se apoyó de espaldas contra la puerta, y tomó aire. Si su plan no funcionaba, nada más lo haría. Y empezó.

—¡Oh, sí, así, así, oh, cómo me gusta, así, oh, sí, sí!—jadeó, con contundencia, mientras al otro lado de la línea, el biólogo enmudecía, incapaz de respirar siquiera.

—Car...

—¡Oh, así, cariño, sí, sí, así es cómo me gusta, vamos, empótrame contra la pared, vamos, oh, sí, sí, más fuerte, maldita sea, hasta el maldito fondo! ¡Más fuerte, joder, vamos, vamos, oh, sí, joder, sí!

—¿Pero qué...?!—Gael estalló en carcajadas—¡Carla! ¿Pero qué haces? ¿Pero es que te has vuelto loca?

Volvió a golpear la puerta, con mucho más fuerza esta vez, para hacer bien creíble la escena que simulaba, alentada por las risas de su chico.

—¡No pares, vamos, no pares, oh, sí, sí...! ¡Oh, sí, así, fuerte, más fuerte, vamos, así, así, revientame, vamos, joder, revientame de una maldita vez! ¡Vamos, así, así, oh, Dios, así, qué bueno! ¡Vamos, cariño, fuerte, más fuerte, me gusta así, no pares! ¡Párteme en dos!

—Estás como una cabra, cariño.

—¡Sí, sí, oh, sí, maldita sea, vamos, sí, oh, Dios, Dios, sí, oh, sí!

Carla siguió con sus gemidos fingidos y sus golpes un par de minutos más, mientras escuchaba las carcajadas de Gael por la otra línea. Tras fingir un par de contundentes gemidos más, gritó el primer nombre de chico que se le vino a

la cabeza, en un largo jadeo, y dio un sonoro golpe a la puerta, mientras Gael se secaba las lágrimas, rodeado de sus libros y papeles. Su chica estaba para que la encerraran, sin duda. Carla se colocó el pelo, y fue de puntillas hasta la butaca, con cuidado, y susurró.

—Gael, cariño, ¿Sigues ahí?

—Sí, reina de la línea erótica, sigo aquí. Madre mía, ese tal Mario debe ser todo un portento. Deberías volver a quedar con él. Sementales así no se encuentran fácilmente.

—Sí, lo cierto es que ha sobrepasado mis expectativas ampliamente. Cuando empezamos no tenía muchas esperanzas en él, pero en fin, ya ves. Creo que ha cumplido de sobra.

—Estás completamente loca, cariño.

Gael se rio, y siguieron hablando, entre susurros, unos minutos más. Carla colgó, con una sonrisa en los labios, y fue hasta la puerta, con el pelo alborotado, y abrió al tiempo que se bajaba el vestido, cuando una voz la sobresaltó.

—¿Ya habéis acabado?

Las piernas de Carla temblaron, y se giró hacia allí, con la boca abierta, justo a tiempo de ver al austríaco junto a la puerta, apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Su rostro era una clara advertencia de que no estaba para bromas, y el crujido de su mandíbula no vino sino a confirmárselo. Maldita sea.

—Hans, yo...

—Responde a la maldita pregunta, Carla. ¿Mario y tú habéis acabado de montároslo en mi despacho, o pretendéis seguir un rato más?

—Yo no...

—Joder... —liberó los brazos y se separó de la pared en la que estaba apoyado, pasando a su lado, furibundo, casi haciendo crujir la mandíbula—. Largaros los dos de mi casa ahora mismo.

—Hans, no... —corrió hacia él, tirando de su brazo.

El arquitecto la apartó de un manotazo, y se encaró con ella, con todos los músculos de su cuerpo crispados.

—¿Pero cómo demonios se te ocurre acostarte con otro en mi propia casa? —bramó—¿Y en mi puñetero despacho, además!¿Es que la palabra respeto no significa nada para ti?

—Por favor, escúchame.

—¿Qué te escuche?¿Me lo dices en serio?—explotó, y dio un golpe a la pared con el dorso del puño—¡Acabo de escucharte, Carla!¡Acabo de escucharlo todo, maldita sea, todo!¡He tenido que oír cómo ese tipo te empotraba contra la maldita puerta una y otra vez hasta que gritaste su maldito nombre!

—¡No estaba con nadie en tu despacho!¡Por favor, tienes que creerme!

—¿Pretendes hacerme creer que lo que escuché era mentira?¡Lo que me faltaba!

El arquitecto empezó a subir las escaleras de la terraza, con el rostro y el cuerpo contraído por la tensión, y Carla consiguió alcanzarle antes de que siguiera subiendo, poniendo sus manos abiertas sobre su torso.

—¡No estaba con nadie! Por favor, tienes que creerme. Yo jamás...Hans, por favor, jamás podría hacer algo así, y menos en tu casa, ¿Por quién me tomas?

—Apártate de mi camino, y lárgate de mi casa de una puñetera vez—siseó.

—¡No estaba con nadie! ¡Lo juro! ¡La gente no hacía más que tocar la puerta para entrar, y no se me ocurrió otra cosa para que me dejaran hablar por teléfono con Gael tranquila!

Hans no la escuchó, y la apartó, pero ella volvió a ponerse frente a él, con agilidad, poniendo sus manos en sus mejillas, obligándole a mirarla. Hans clavó sus azules ojos en los suyos, e inspiró con fuerza, mirándola como jamás lo había hecho, y algo fuerte y devastador los arrasó por completo en tan solo un segundo. Algo que conectó lo que ambos habían creído que se había perdido esa noche, y ninguno pudo mover un solo músculo ante lo que sintieron retumbando en su pecho. Fuego. Las llamas crepitaron como ascuas sobre su piel, y exhalaban al mismo tiempo. El arquitecto se quedó anclado en sus ojos, y ella fijó sus pupilas en las suyas.

El rostro del arquitecto empezó a relajarse, y sus hombros descendieron. Carla jamás le mentiría, por supuesto que no lo haría. Se quedaron mirándose, en silencio, y Hans se separó levemente de ella y suspiró, posando su mirada sobre la suya.

—Lo siento Carla, creí lo que no era, y...

—No estaba con nadie, te lo prometo.

—Lo sé. Solo fue un...

—Malentendido.

—Un estúpido malentendido.

Más silencio, más miradas esquivas, dientes que atrapan labios para no dejar escapar la palabra que en ese instante está flotando entre ellos. Celos. Puros, y devastadores celos. Se quedaron en silencio, y Carla suspiró. Aquella noche era una maldita maldición.

—Es tarde —empezó ella, en apenas un susurro—. Me voy a casa.

—Quédate, por favor —rogó él, mirándola con timidez.

—¿Qué?

—No te he visto en toda la noche, y no...

Carla le miró, a punto de negarse, cuando leyó en los ojos de Hans la súplica. Quería estar con ella. Y ella, debía admitirlo, quería estar con él. Se lo debían tras toda esa catastrófica noche. Carla asintió, tendiéndole la mano, y Hans la guió hasta el jardín, escuchando las voces y los chapoteos del piso de arriba.

—Gracias por ayudarme con todo este desastre, por cierto. No tenías por qué haberlo hecho. Supongo que no te has divertido mucho esta noche.

—Lo cierto es que no. Pero, bueno, me lo pasé muy bien antes en tu despacho yo sola —se carcajeó.

—Cielo santo, no me lo recuerdes.

Se rieron unos segundos, volviendo al silencio, y ella se mordió el labio, mientras una lucecita empezaba a iluminar sus pensamientos.

—Hans, ¿Por qué...por qué te quedaste esperando fuera?

—¿Qué?—el arquitecto se atragantó.

—Te pregunto que por qué te quedaste fuera. Podías haberme dicho que eras tú desde el principio, te hubiese abierto la puerta y me habrías ahorrado el espectáculo.

—Por...por...solo quería saber si estabas bien, ya te lo he dicho —dijo, y bebió un trago muy largo de su cerveza, recordando aquel momento.

Había salido de su dormitorio, tras la discusión con Maritte, cuando la voz de Carla había llegado a sus oídos, y el primer gemido barrió el aire, y el mundo tembló bajo sus pies. Y entonces llegó el segundo gemido, y él, simplemente, explotó.

Había tenido que cerrar los puños y hacer uso de todo su autocontrol para no destrozar la puerta a puñetazos cuando la oyó gemir por tercera vez, y, a partir de ahí, todo se volvió de color negro con cada nuevo golpe y grito contra la puerta. Iba a matar a ese desgraciado de una soberana paliza. Se quedó fuera, esperando, mientras la rabia tomaba el control de su cuerpo, y todo empeoró cuando la vio salir con el pelo revuelto, bajándose el vestido, con una sonrisa y las mejillas encendidas. Ese tipo acababa de firmar su sentencia de muerte. Ni siquiera prestó atención a lo que le dijo, solo estaba centrado en que ella saliese de su casa de una vez para ir a por ese indeseable y partirle todos los malditos huesos del cuerpo por haber tocado lo que para él estaba vetado.

Hasta que ella se paró frente a él, y le obligó a mirarle, y, simplemente, lo supo. Carla jamás le mentiría. No había estado con nadie. Y el universo volvió a colocarse en su lugar. Miró hacia ella, y resopló, acordándose de algo.

—¿Puedo preguntarte algo yo a ti, Carla?

—Sí, claro.

—Antes, en mi despacho, mencionaste el nombre de...Mario, y no puedo evitar preguntarme si es alguien que has conocido esta noche, un antiguo novio...

—Oh...Mario —se rio—. Él es, bueno, digamos que fue el primer hombre con el que pasé muchas horas encerrada en mi habitación —dijo, enigmática, mientras el rostro de Hans se endurecía por momentos, y ella estallaba en una carcajada—. A ver, no pretenderías que gritara el nombre de su hermano Luigi. Sería demasiado evidente—Hans se apartó de ella, parpadeando—. No me lo puedo creer. ¿En serio, Mario?

—No se me ocurrió otro nombre —lanzó una carcajada—. De pequeña jugaba mucho a ese videojuego.

—Así que te van los italianos bajitos con bigote...

—¿Qué? ¡Pero qué dices!

Hans lanzó una carcajada, mientras esquivaba la tapa de la cerveza que Carla le había tirado, cuando varios gritos los hicieron girarse hacia un extremo del jardín, un grupo de jóvenes iniciaba un extraño juego sobre un barril de cerveza. Aquella bacanal ya estaba completamente descontrolada. Un grito les hizo girarse hacia la terraza, donde un chico con una camiseta desteñida le hacía señas al arquitecto.

—¡Hans, tío, tenemos problemas! ¡Se ha vuelto loca!

El arquitecto resopló.

—¿Quién se ha vuelto loca, Marc?

—¡Tu piscina, joder, tu piscina!

—¡Que no es una piscina!—resopló, harto ya de repetir lo mismo.

—Como nadie más se iba a bañar, la llenamos de ginebra, tónica y especias, y entonces dejó de funcionar. A lo mejor fue por el hielo picado que metimos al final...

—¿¿Qué?! ¿¿Cómo que el hielo pic...?!

Hans se levantó como un resorte, bufando, enfadadísimo, mientras Carla sofocaba una carcajada. Esa panda de trogloditas acababan de estropear el carísimo *jacuzzi* del arquitecto. Hans maldijo, y se giró hacia ella.

—Espérame aquí, por favor. Voy a intentar arreglar este desastre, matar a alguien, o las dos cosas a la vez, no estoy muy seguro todavía.

—Estaré aquí, tranquilo —dijo ella, riéndose, y él le dedicó una sonrisa tan cálida que hubiese derretido un glaciar en segundos.

—Volveré enseguida.

Se quedaron varios segundos mirándose, y el austríaco desapareció por la acristalada puerta que conectaba el jardín y la cocina, mientras ella le miraba, y daba el último sorbo a su cerveza. Había sido una noche completamente alocada que, sin embargo, había terminado de la mejor de las maneras, y se



alegró por no haberse ido. Se recostó en el sofá de ratán, mirando a unos chicos en mitad de la explanada de césped haciendo un extraño juego sobre un barril de cerveza, y aplaudió cuando una chica consiguió hacer el pino sobre él.

Hans volvió casi veinte minutos después, pasándose la mano por el pelo, y le tendió la mano para ayudarla a levantarse, con gesto de hartazgo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué tenía esa cara?

—Hans, ¿Qué...?

—Han roto el *jacuzzi*. Ha entrado algo en el motor, y tendré que llamar al técnico para que lo arregle —resopló, resignado.

—Pero entonces...

—He tramado mi particular venganza, no te preocupes. He desconectado la electricidad de la terraza, y le he dicho a Rebeca y a Luis, una pareja de amigos, que se asegurasen de cerrar la puerta cuando todos de vayan. La casa tiene un sistema independiente de electricidad de emergencia de una hora. Cuando pase ese tiempo, todo quedará a oscuras y no tendrán más remedio que irse todos—dijo, triunfal, y sonrió.

Estaba claro que estas alturas de la noche, ya le importaba bien poco ser el anfitrión perfecto.

—De acuerdo, pues...creo que seré la primera en irme.

—Te llevo.

—No hace falta, puedo...

—Lo sé. Pero quiero hacerlo yo.

Carla soltó todo el aire de una sola vez, y asintió. La noche iba a acabar bien, por supuesto que iba a hacerlo. Se internaron en la casa juntos, sorteando invitados, hasta llegar a la puerta que daba al garaje. La abrieron, despertando al *Lexus* y al otro turismo blanco del arquitecto, con un castor de peluche en la bandeja, que permanecían a salvo de toda esa horda de alegres borrachos.

La pesada puerta de metal del garaje se cerró tras ellos, y se subieron al *Lexus*, que la recibió con el perfume de Hans llenando todos sus sentidos. Era como volver a casa. El arquitecto entró, cerrando la puerta, y se quedó mirando hacia ella, con las llaves en la mano. Era la primera vez que estaban completamente a solas en toda la noche, con el sonido de la música sonando de fondo amortiguada por las gruesas paredes. El silencio se hizo dentro del habitáculo, y las respiraciones de ambos empezaron a acelerarse. Estaban solos, completamente solos.

La penumbra del garaje permitía adivinar tan solo los contornos del rostro

del otro, mientras la música, los gritos y los vasos haciéndose añicos resonaban lejanos, y el aire empezaba a llenarse con algo más que oxígeno. Los ojos de Carla volaron hacia los suyos, y Hans se recostó en el sillón, mirando hacia ella. La sensación de intimidad fue inmensa, que la respiración de ambos se acompasó sin que ninguno se diese cuenta de ello. La mano de Hans se elevó hasta su rostro, apartándole un mechón de pelo que se le había desordenado, y los labios de Carla se entreabrieron solos, mientras veía las pupilas de Hans dilatarse.

La penumbra del garaje apenas insinuaba las formas, creando un sensual ambiente que empezaba a cargarse dentro de ese coche de ensueño. Si algo ocurría en ese momento entre los dos, se quedaría allí para siempre. El secreto jamás sería revelado. Más miradas contenidas, más deseo atrapado entre los labios. Miradas, respiraciones densas...todo se estaba cargando de apremiante deseo no satisfecho que luchaba por ser liberado.

El pulgar del arquitecto se posó en el labio inferior de Carla, y todas sus terminaciones nerviosas se erizaron, ansiando, deseando que sus labios siguiesen su recorrido, tocando cada centímetro de piel. Se moría por saber cómo sería. Estaban perdiendo el control de la situación, lo estaban perdiendo por completo. El dedo del austríaco se deslizó hasta su barbilla, y ella abrió la boca, sintiendo cómo él se aproximaba, cerca, más cerca, casi rozándola. Cerró los ojos, sintiendo las llamas crepitando bajo su piel, y esperó ese beso que su cuerpo estaba pidiendo a gritos. Le escuchó inspirar con fuerza, y el vacío que marcaba que se había separado de su lado. Abrió los ojos justo a tiempo de ver cómo Hans desviaba su mirada de la suya. No podían. No debían.

—Será mejor que nos vayamos—dijo, con voz ronca, y ella no pudo responder, consciente de que ambos bordeaban la línea.

Hans arrancó el coche, y condujeron por la autopista a menor velocidad que de costumbre, mientras escuchaban una suave música pop que llegaba desde los altavoces del coche. La mano de Hans voló, sin él quererlo, hacia la mano de Carla, que entrelazó sus dedos con los suyos. Estos pequeños momentos de intimidad eran lo único que tenían, y ninguno quería desaprovecharlos cuestionándose nada más allá que el presente que se desplegaba ante ellos. Tomaron el desvío para el polígono, y pronto las siluetas de los ocho edificios colosales que componían 'Flor de Argoma', hicieron aparición. Se detuvieron frente al portal de su edificio, y Hans apagó el coche, girándose hacia ella.

—Siento que las cosas no hayan salido como estaban planeadas.

—No te preocupes. Me lo he pasado muy bien.

—Lo dudo mucho, la verdad, pero gracias por intentar que me sintiera mejor —sonrió, y ella se encogió de hombros—. Gracias por quedarte en la fiesta, por ayudarme, por...todo, Carla. Gracias por todo.

Carla le miró, sabiendo a qué se refería, y sonrió débilmente. Abrió la puerta del coche, y se despidió de él con la mano, y, por unos segundos, sintió que, quizás, solo quizás, los cuentos de hadas con finales felices sí existían. Arrancó el coche, alejándose de allí, con un millar de pensamientos bullendo. Recordó la discusión que había mantenido con Maritte esa misma noche. La modelo se había puesto furiosa cuando él se había negado a pasar la noche con ella. Pero es que no podía estar con la modelo, ni con ninguna otra mujer cuando era Carla la que estaba invadiendo su corazón sin detenerse. Y, tras esta noche, sabía, con total certeza, que Carla también sentía algo, algo que se estaba haciendo fuerte. Las cartas empezaban a destaparse.

Era viernes por la tarde cuando Carla apagó el ordenador de su despacho, agotada. Se pellizcó el puente de la nariz, y se quedó mirando el techo de su despacho. Estiró el cuello y los brazos, lentamente, desentumeciéndose, cuando su móvil vibró. Deslizó el dedo por la pantalla, donde había un mensaje de Paula. Su fiel compañera de trabajo había vuelto a perder unos informes, y necesitaba acceder en remoto a su ordenador.

«Ay, Carla, perdona por molestarte, pero es que esto es un desastre. He tecleado tu clave cuatro veces, pero no funciona. Era *Hubby*, ¿Verdad?»

«No, ahora es Gael.»

La respuesta tardó unos cuantos segundos.

«De acuerdo, gracias.»

Carla guardó el dispositivo, pensando en Paula. Desde que había entrado Gael en la empresa, Paula estaba mucho más esquiva con ella, y los cafés diarios se habían convertido en semanales, y casi por obligación. Intuía que le ocurría algo, pero Paula no soltaba ni una palabra, y ella empezaba a preocuparse. ¿Qué le ocurría a la chispeante Paula? ¿Por qué estaba tan distante con ella? Recordó las reuniones, las consultas que le hacía, y no halló nada extraño a nivel laboral. Seguía siendo su pequeña calamidad sí, pero como siempre. Entonces, ¿Qué le ocurría? ¿Por qué ahora ponía esa distancia? Se encogió de hombros, dando golpecitos con su móvil en sus labios, pensativa. Era cierto que, desde que la habían ascendido, ya no quedaban con la frecuencia de antes, pero ella seguía estando ahí para lo que Paula necesitase, porque eran compañeras. Siempre lo habían sido. O eso creía hasta ahora.

—Veo que estás muy ocupada trabajando—tronó una voz. Esa voz.

La atractiva y bronceada figura de Ignacio Aranda apareció ante ella, derrochando prepotencia, como siempre, vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa de botones celeste hecha a medida para realzar los músculos de su torso.

—¿Qué quieres, Aranda?

—Ver cómo trabajas. Y, por lo que veo, parece que duramente.

—No sé qué demonios haces aquí, ni me interesa, así que fuera de mi despacho—espetó, recogiendo sus cosas, y salió de su despacho, casi empujándolo.

Caminó por el pasillo, martilleando el suelo con sus tacones, sintiendo a Ignacio ir detrás. ¿Es que ese cretino no tenía a nadie más a quien incordiar? Llegaron al ascensor, e Ignacio pulsó el botón, mientras la miraba de arriba a abajo con lentitud.

—¿Te vas a casa ya? Vaya, vaya. En fin. Según he oído, vives en un polígono en las afueras, junto a una ciénaga abandonada.

—Eres un cretino, Aranda.

—Me tomaré eso como un sí. Estoy seguro que más de uno ha muerto allí, sin que se descubra su cadáver entre tanta podredumbre —Carla se tensó, mientras el recuerdo del sueño del pantano volvía a hacer aparición por su cabeza—. Allí es donde van a parar los despojos de la sociedad, ¿no? Todo el mundo lo sabe. “No vayas al polígono Flor de Argoma, o te robarán del pelo hasta las gomas.”

—¿Pero qué demonios...? —se giró hacia él, conteniendo las ganas de abofetearle.

El ascensor llegó en ese momento y, por fortuna, iba casi lleno. Carla se colocó hábilmente en una de las esquinas, dejando a Ignacio en la otra, y se apoyó en una de las paredes de metal, parapetada entre dos voluminosos hombres del departamento legal de la empresa. Al fin iba a tener unos segundos de paz. Metió la mano en su bolso, sacando el teléfono, y deslizó el dedo por la pantalla, para distraerse, cuando un millar de burbujas se instalaron en su estómago al ver un mensaje de Hans.

«Hola Carla, he salido antes del despacho y me preguntaba si te apetecería tomar un café conmigo.»

Miró la hora a la que lo había enviado, y resopló. Las siete y media de la tarde. Y ya eran las ocho y media. Maldijo su despiste. ¿Por qué no había revisado antes su teléfono? Intentó marcar su número por si aún estaba a tiempo de tomarse un café con él, pero no había cobertura. Miró de reojo a Ignacio, que no apartaba sus ojos de ella, y se acurrucó aún más contra la pared. El ascensor al fin llegó al vestíbulo, y salió con la última tanda de empleados de la empresa hacia la calle, sin apartar sus ojos de su teléfono, buscando cobertura.

—¿A quién llamas?—Ignacio se colocó a su lado, persistente.

—Al pato Donald. Somos muy amigos desde hace años.

—¿El biólogo te ha puesto hora de llegada a casa, o qué?

—¿Como hace tu madre contigo?

Sonrió al escucharle farfullar una palabrota, y caminó más deprisa. ¿Por qué ese presuntuoso no se dedicaba a fundirse la tarjeta de crédito del millonario de su padre, como el resto de niños consentidos de su pandilla, y la dejaba en paz de una vez?

—Gael y tú no os veis mucho, ¿A qué no? —volvió a la carga —¿De qué habláis cuando estáis juntos, por cierto? No, no me contestes, porque puedo imaginármelo. Él hablando de un artículo que ha leído en *Scientific magazine*, y tú hablando de las infidelidades de la tonadillera de turno. Ay, Carlita, ¿Pero es que no ves que Gael solo te quiere para que le calientes la cama hasta que termine la tesis? ¿De verdad eres tan tonta que no te has dado cuenta de eso?

Carla se giró hacia él, colérica, dispuesta a contestarle, cuando una voz se alzó entre el ruido del tráfico.

—¡Carla!

La comercial se giró y distinguió a Hans, que caminaba hacia ella, con el brazo extendido. Ignacio se giró hacia el arquitecto y se detuvo, con el rostro contraído y los ojos abiertos como platos, pero no dijo...ni una sola palabra. Ni una sola. Ignacio, ese ser petulante y mordaz, se había quedado sin habla. El arquitecto y él se mantuvieron la mirada varios segundos, tantos, que Carla empezó a inquietarse. ¿Se...conocían?

—Hola, Hans —saludó, separándose de Ignacio, yendo hacia él—. ¿Cuánto tiempo llevas espe...?

—Mucho—contestó, sin apartar los ojos de Ignacio—. Vamos.

Hans puso la mano en la parte baja de su espalda, acompañándola hasta el coche, mirando hacia Ignacio, que seguía petrificado en la acera. Hans arrancó en cuestión de un segundo, y abandonaron aquella calle a toda velocidad, mientras una extraña sensación invadía su mente. ¿Por qué se había quedado del color del papel al ver a Ignacio? ¿Se conocían de antes? Miró hacia el arquitecto, que aceleraba por las calles de la ciudad, sin detenerse apenas en los semáforos, y torció el gesto, mientras miraba por la ventanilla los bosques, las campas, las rocas pasar y el coche se deslizaba velozmente por la carretera.

—¿De qué conoces a ese chico, Carla? —preguntó Hans, tenso, rompiendo el silencio.

—Trabaja conmigo.

El *Lexus* hizo un vaivén en la carretera, y Carla tuvo que sujetarse al asiento, mientras el austríaco palidecía por momentos.

—¿Cómo que trabajáis juntos?

—Sí, de hecho fue él el que me hizo la entrevista y me reclutó para la empresa. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—Aléjate de ese chico todo lo que puedas, Carla. No es una buena persona.

—¿Cómo que...?

—Por favor —miró hacia ella—, hazme caso. Ese chico es...ese chico no es bueno. Nada bueno.

Se quedaron en silencio mientras el *Lexus* avanzaba y ella desvió la vista hacia los primeros acantilados que ya se veían en la carretera de la costa, por la que circulaban, con una bola en su estómago, y una vocecita que le decía que pronto descubriría las consecuencias de lo que acababa de ocurrir.



Ignacio depositó la copa vacía de whisky sobre la barra de granito negra de aquel exclusivo club nocturno junto a las demás. Y ya iban ocho. Apoyó la frente en la fría superficie, con sensación de derrota, y cruzó los brazos, dejándolos caer junto a su cabeza. Suspiró, y cerró los ojos, centrándose en sus oscuros pensamientos sobre una temperamental morena de ojos oscuros como la noche y piel de alabastro que había robado hasta la última esencia de su alma. Carla Álvarez.

Su mente voló al reino de los recuerdos, rememorando cómo empezó todo. Él era uno de los encargados de reclutar al nuevo personal que entraría a formar parte de la empresa, y ella formaba parte del grupo que sería entrevistado esa mañana. Él detestaba profundamente esos procesos de selección. La misma entrevista repetida una y otra vez hasta el hastío, y las mismas respuestas falsas por parte de todos. Era extenuante. Tan solo había apuntado el teléfono de una de las chicas para llevársela a su terreno con la excusa de meter baza en su elección como candidata. Era lo único bueno que tenía ese puesto en el que le habían colocado. Hasta que la vio a ella.

Carla había entrado como un vendaval en aquella sala, con su enorme y preciosa sonrisa, sus curvas, y su melena oscura peinada en un romántico recogido. Cuando se acercó hasta él para estrecharle la mano, él, simplemente, dejó de respirar. ¿De dónde había salido esa mujer, y dónde había estado toda

su vida? Le había hecho varias preguntas de tanteo, clavando la vista al suelo, fingiendo tomar notas, mientras ella hablaba. Su voz dulce y fuerte terminó de desarmarlo por completo. ¿Qué le estaba pasando? levantó la mirada hacia ella, y allí estaba. Su segunda sonrisa, más amable que la anterior, y él creyó que se iba a volatilizar en ese preciso instante. Era preciosa. Esa chica, de nombre Carla Álvarez, era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida, y quería trabajar en esa empresa.

Mientras ella exponía, con entusiasmo, las ventajas que tendría la empresa si la contrataba, él se había limitado a mirarla, sin apenas escuchar lo que decía. Le daba igual que no tuviese experiencia, que fuera demasiado joven, y que jamás hubiese trabajado como comercial. La necesitaba cerca. Ya se las ingeniaría con sus superiores para apoyar su candidatura. Esa preciosidad tenía que trabajar con él, tenía que ver esos oscuros ojos cada día, o se moriría. Cuando finalizó la entrevista, se acercó hasta ella, dándole un apretón de manos más largo de lo profesionalmente correcto, y la felicitó. El puesto era suyo. Ella había sonreído, emocionada, dándole las gracias, y se había ido de la habitación meciendo sus maravillosas caderas, mientras él sentía el fuego abrasando todas sus células. Acababa de enamorarse por primera vez en su vida.

Una semana después de la entrevista, Carla entró a trabajar bajo su mando. La colmó de atenciones, y ni siquiera flirteó con otras, con la esperanza de que Carla cayese en su red. Pero los meses fueron pasando, y ella jamás hizo amago alguno de acercarse a él más allá de lo profesionalmente correcto. Y estalló. Inició una batalla sin cuartel contra ella, humillándola, despreciándola, haciéndole sentir toda la rabia que le consumía al saber que ella jamás sería suya.

Hasta que llegó ese biólogo de los ojos verdes, y empezaron los rumores. Primero fueron simples comentarios frente a la máquina de café, después durante los almuerzos, charlas en el ascensor...no le dio crédito alguno, ignorándolos por completo...hasta aquella maldita tarde, días atrás. Había ido hasta el despacho de la chica para discutir con ella una vez más, cuando vio a Gael apoyado en el umbral de la puerta hablando con ella, invitándola a una cita, y oyó las tiernas palabras de Carla. Subió a su despacho otra vez, intentando localizar a alguien de recursos humanos para poner una queja por comportamiento inapropiado, cuando vio por el ventanal como Carla se subía en el *Sedán* del biólogo. Sus dedos se movieron solos, y arrancó el teléfono, estampándolo contra la pared.



El lunes siguiente, esperó en el vestíbulo de la entrada a que ella llegase para seguir haciéndole la vida imposible, y se apoyó en el mostrador, escuchando el intenso parloteo de Herminia, la recepcionista, de fondo, hasta que la vio llegar con Gael a su lado, abrazándola por la cintura. Sus ojos volaron hacia los del biólogo, casi ardiendo en llamas, pero lo que encontró lo petrificó. La suave mirada de corderito que ese maldito estudiante de doctorado esgrimía constantemente se había esfumado por completo. Gael tenía tanta oscuridad como él, ahora lo veía, y estaba usándola para lanzarle una severa advertencia.

«Ni se te ocurra molestar a mi chica, Aranda, o acabaré contigo.»

Y ese día había jurado venganza.

El tren llegó al polígono Flor de Argoma con el chirrido de los frenos barriendo el ambiente, mientras Carla apenas era consciente de nada de lo que ocurría alrededor. Se había quedado mirando la ciénaga donde había estado el pantano tiempo atrás. Los extraños sueños habían vuelto, y cada vez eran más vívidos, más intensos. Incluso dos noches atrás se había despertado, con una sensación de ahogo tan real que había tenido que inspirar varias veces para no terminar vomitando. Aquello iba cada vez peor. Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya. Había interrogado sutilmente a sus padres, a sus vecinos, sin hallar nada. Y lo peor es que la única persona que podría decirle algo sobre aquello era la misma persona de la que ella estaba enamorada.

Se quedó absorta en sus lúgubres pensamientos, hasta que el tren llegó al polígono. Salió, y caminó hasta el pantano, observando la zona de los juncos. Necesitaba respuestas, las necesitaba ya. Se giró, dando la vuelta para volver a casa, cuando distinguió la figura de un hombre, observándola. Era Juan, un vecino de toda la vida. El hombre apenas podía andar ya, y pasaba las horas dando cortos paseos por el polígono apoyado en su bastón, charlando con todos los vecinos que se iba encontrando. Se acercó hasta él, y le saludó.

—Hola, Juan.

—Hola, Carla. Hacía tiempo que no te veía por aquí.

—El trabajo, ya sabe. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor, gracias, pero bueno, es lo que tiene hacerse mayor.

Se quedaron en silencio, y los ojos del hombre volaron a la laguna, y después a ella.

—Qué pena que dejaran secar el pantano.

—Dejar secar ese maldito pantano fue lo mejor que pudieron hacer.

El hombre la miró, y sus rasgos se endurecieron. Y eso fue todo lo que ella necesitó para que una pequeña luz se abriera paso.

—¿Por qué dice eso, Juan? A mí me encantaba nadar en verano allí.

—. a mí también, Carla. Esta parte del pantano era la mejor, la más tranquila. Los problemas vinieron por la otra parte, donde estaban los juncos.

Se envaró. Los juncos. La parte que aparecía en el sueño. Su cuerpo empezó a enfriarse, y miró al anciano.

—¿Qué pasaba en los juncos, Juan?

—Mala gente, Carla. Allí se escondía la mala gente.

Y algo helado, frío y punzante llegó a su estómago para instalarse. No eran sueños. Eran recuerdos, recuerdos que la involucraban a ella. Había visto algo, o le había pasado algo aquella tarde. Ya no tenía ninguna duda.

Se despidió del hombre, y entró en su edificio, disimulando, como podía, lo que estaba torturando sus pensamientos. El olor a cena recién hecha inundó sus sentidos en cuanto abrió la puerta de su casa, y su bolso cayó al suelo con estrépito mientras una enorme sonrisa se abría paso en su rostro. Gael estaba esperándola allí, sentado junto a sus padres.

—Madre mía, qué sorpresa. ¿Qué haces aquí, cariño?

—Darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido. Me has dado la mejor sorpresa de todas.

El biólogo rodeó la cintura de la chica, mientras sus padres los miraban, sonriendo cómplices. Carla se puso de puntillas, para darle otro beso en los labios, cuando su padre se aclaró la garganta sonoramente.

—Bueno, bueno, hija, deja al chaval ya, que estamos en medio de una explicación muy importante.

Carla se separó de Gael, y miró la mesa de la cocina, suspirando. Su padre había colocado el salero y varias piezas de fruta sobre la mesa en forma de alineación para explicar una jugada.

—Pero si tú no sabes nada de fútbol —le dijo, en voz tan baja que nadie más que él lo escuchó.

El chico se encogió de hombros, sonriendo, y Carla se rio. Era adorable, sencillamente adorable. Le dio un leve beso en los labios, mientras veía cómo su padre añadía al hipotético campo de juego verduras, botes de mermelada y diferentes frutas que empezó a mover haciendo aspavientos, y un aguacate salió triunfal de entre un tumulto de tomates hacia el filo, y golpeó el diente de ajo que hacía de balón, y golpeó la mesa, sobresaltándolos.

—Y así es cómo marcó el gol Iniesta. ¿Lo has comprendido, hijo?

—Sí, claro, claro. Una jugada maestra.

—Exacto, eso es. Maestra —sonrió orgulloso—. Y ahora te enseñaré el gol que Torres...

—Papá, tenemos que irnos —improvisó Carla, consciente de que Gael no aguantaría el tipo mucho tiempo—. Tenemos una reserva y si no llegamos a la

hora prevista, la perderemos.

El hombre se levantó, y le estrechó la mano al biólogo, con gesto de satisfacción. Su madre se acercó y le dio un afectuoso abrazo.

—Nos ha encantado conocerte, Gael. Vuelve cuando quieras, esta es tu casa.

—Que os divirtáis, pareja —dijo su padre, y se colocó al lado de su esposa—. Avisa la próxima vez que vengas, y prepararé mi especialidad, 'Marimonte'.

—¿Marimonte?

Carla y su madre intercambiaron una mirada, recordando aquel experimento culinario que había culminado con una tableta entera de antiácidos, y una noche entera de sudores fríos y arcadas.

—Sí, hijo, 'Marimonte' es mi especialidad. Una delicia.

—Eh...esto...

Carla inspiró, y tomó a Gael de la mano.

—Bueno, lo siento, pero tenemos que irnos, o perderemos la reserva en el restaurante.

—¿Restaurante? —cuchicheó Gael —Pues como no te refieras al puesto de perritos calientes de la esquina...

—¡Shh! Adiós, papá, adiós, mamá.

Se acercó a sus padres, dándoles dos suaves besos en las mejillas, y salieron del piso, con las voces de sus padres en una leve discusión sobre los estragos que 'Marimonte' hizo la última vez. Cerraron la puerta, entre risas, metiéndose en el ascensor, y Gael la miró, divertido, pulsando el botón de la planta baja.

—Cielo santo, ya estaba sudando solo de pensar en qué haría tu padre cuando descubriera que no sabía nada de fútbol.

—Es que mientes fatal, Fernández —se carcajeó —Me debes una, y me la pienso cobrar, que lo sepas —se rio—. ¿Te apetece ir a cenar a algún sitio?

—De hecho, para eso venía, princesa. El caso es que mi hermano ha venido a la ciudad, y me gustaría que os conociereis esta noche. He reservado mesa en un restaurante italiano. ¿Qué me dices? ¿Te apetece?

—Vale, está bien —dijo ella, consciente de que aquello suponía un paso más en su relación. Quería presentarle a su familia, y había empezado por su hermano.

Si su hermano era tan dulce como él, sería una noche estupenda, seguro. El ascensor llegó a la planta baja, y salieron del edificio, rumbo al *Sedán* azul.

Apenas quedaban unos metros, cuando el biólogo chasqueó la lengua, y miró hacia el edificio.

—¡Ostras! Me he olvidado la chaqueta en tu casa.

—No pasa nada, te la traigo yo.

—No, tranquila, ya voy yo —sacó las llaves del coche, y se las tendió—. Ve entrando al coche, enseguida vuelvo.

Carla asintió, mientras lo veía desaparecer por su portal, y abrió el coche, subiéndose a él. Oía como su dueño. Algodón y sal. El olor más maravilloso del mundo. Miró el montón de carpetas que estaban desperdigadas por el sillón trasero, y se inclinó para colocarlas. Gael era de las personas más ordenadas que conocía, pero entre tanto trasiego del trabajo, la facultad y ese horrible sitio donde hacía los experimentos, su coche era un caos. Suspiró, poniendo en orden las hojas, pensando en el poco tiempo que pasaban juntos.

Era cierto que se habían conocido en un momento algo estresante de sus vidas, y era de esperar que cuando él acabara la tesis, y ella cambiara de trabajo, tendrían más tiempo para estar juntos, pero eso sucedería en el plazo de un año. Un año, o el tiempo que tardara Gael en acabar la tesis. En ese instante dejó de ordenar los papeles, pensativa. Un año. ¿Durarían tanto tiempo juntos? Chasqueó la lengua, y se obligó a centrarse. Claro que durarían tanto tiempo. Gael era el amor de su infancia, de su vida, y el destino le había colocado otra vez en su camino por algo. Estaban destinados a pasar juntos toda la vida, así que, ¿Qué más daba que pasaran unos malos meses?

Empezó a amontonar las hojas, alejando esos pensamientos, cuando vio varios recortes de periódico del '*Diario de Encinar*', el periódico local de la otra gran ciudad de la provincia. Los tomó entre las manos, y los leyó por encima, hasta que encontró algo, algo que hizo que su pulso se pusiese a doscientas pulsaciones por minuto. Los recortes hablaban de una desaparición ocurrida en las inmediaciones del pantano de Argoma. El mismo pantano que era protagonista de sus pesadillas. Miró hacia la puerta, por si aparecía Gael, y leyó deprisa los titulares.

*«Sin rastro de J.L.M. desde el día de ayer»*

*«La policía amplía el área de búsqueda, ante la falta de resultados»*

*«Halladas marcas de neumáticos alrededor del pantano de Argoma que coinciden con el vehículo del hombre desaparecido»*

Una desaparición sin resolver, el pantano de Pinar...No estaba equivocada. Había ocurrido algo, algo que Gael también estaba investigando. Pero, ¿Por qué lo hacía? ¿Implicaba que él tampoco se acordaba? Eso parecía, pero aún

así... ¿Por qué no le había preguntado a ella directamente? Un temblor la sacudió, y se obligó a inspirar despacio, viendo las luciérnagas artificiales que las luces de la ciudad, e inspiró, agobiada. Había pasado algo aquella tarde, algo que empezaba a desvelarse entre las neblinas de sus recuerdos, y que amenazaba con salir a la superficie.

Terminó de recoger los papeles, apresurada, y volvió a su asiento, mientras su cabeza era una olla a presión de dudas, ideas y cientos de teorías. En ese momento apareció Gael en el portal, y se metió rápidamente en el coche, farfullando algo sobre su padre y un pimiento rojo, y ella asintió, fingiendo escucharle. Arrancaron, y condujeron por la ciudad sumidos en una conversación a la que Carla apenas prestó atención. En ese momento no podía pensar en otra cosa más que en el pantano. Debía seguir investigando lo que había ocurrido, porque, ahora sabía, con total certeza, que no eran sueños. Eran recuerdos, recuerdos que Gael tampoco había podido retener en su memoria. ¿Por qué?

Recordó un artículo que había leído en torno a eso, y en cómo reacciona el cerebro ante los recuerdos traumáticos. ¿Sería eso lo que ocurría con lo que pasó aquella tarde? Si fuera así, ¿Qué pasó para que ambos lo hubiesen olvidado? Miró a su chico, con la sensación de que la caja de Pandora estaba empezando a abrirse, y se obligó a desviar los lúgubres pensamientos que empezaban a formarse en su cabeza.

El frenazo del *Sedán* le marcó que habían llegado a su destino, un bonito restaurante donde habían quedado con Rubén, y, apenas atravesaron las puertas, un camarero les condujo a una enorme mesa circular que ocupaba el centro de la estancia donde había unos diez jóvenes, con jarras de bebidas y varios vasos vacíos a su alrededor que charlaban animadamente.

En el centro, un chico casi idéntico a Gael, levantó la mano, en señal de saludo. El biólogo cuadró la mandíbula, ante el desconcierto de Carla. Había dado por hecho que solo estarían los tres. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí? ¿Por qué Gael había puesto esa expresión al ver a los amigos de su hermano? Eran un grupo de cinco chicos, que, a primera vista, parecían inofensivos. Sin ánimo de mostrarse antipática, se acercó a Rubén para presentarse. Era un par de años más joven que Gael, castaño y de ojos verdes, como él, pero, si la mirada de su novio era clara y cristalina como el agua, la de su hermano escondía algo turbio detrás que la hizo estremecerse por completo.

—¿Así que tú eres Carla? —dijo él, observándola con atención,

acariciando la mano que ella le tendía.

—Sí —dijo, separándose unos centímetros de Gael—. Encantada de conocerte, Rubén.

—El placer es mío. Gael no para de hablar de ti. Es tan pesado que a veces tengo la sensación de que soy yo el que está saliendo contigo —dijo, deslizando sus ojos por su cuerpo—. Pero es obvio que es él el que disfruta de todas las ventajas.

El grupo de chicos la miró esbozando una sonrisa que no terminó de calmar los ánimos, y Carla empezó a sentirse incómoda.

—Vaya, vaya. ¿Con que esta es la famosa Carla? —preguntó uno de ellos, mirándola.

—Bueno, no hace falta que la interroguéis —cortó Gael, mientras les fulminaba con la mirada—. Ya está bien.

Los chicos la miraron esbozando una sonrisa socarrona y Carla empezó a sentirse incómoda. Cuando llegó el camarero, Carla pidió una copa de vino y Gael rectificó.

—No, nada de alcohol hoy.

—Gael, ya soy mayorcita para decidir...

—He dicho que no.

Ella le miró indignada, e iba a contestarle, cuando se dio cuenta que los chicos les miraban, con media sonrisa, esperando una escena entre los dos, que ella, por supuesto, no les iba a conceder. Los chicos mantuvieron unos segundos de silencio y después volvieron a sus conversaciones, dejando a Carla con la intriga de saber qué estaba ocurriendo exactamente allí. A la tensa primera ronda siguieron tres más, mientras Gael controlaba cada líquido que tomaba su chica, hasta que ella se hartó. ¿Pero qué estaba haciendo? Era una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones.

—Gael, quiero una copa de vino, y punto.

—Otra noche. Hoy, no.

—¿Pero quién te crees que...?

—Basta, Carla, basta —dijo, encarándose con ella, que resopló.

Los jóvenes mantuvieron unos segundos de silencio y después volvieron a sus conversaciones. A la tensa primera ronda de tapas siguieron tres más, mientras la noche se volvía más y más extraña, y la sensación de que se le estaba escapando algo la agujoneaba con insistencia. El resto de la velada transcurrió en un incómodo ambiente de miradas esquivas, conversaciones en las que ella apenas podía intervenir, y la férrea mano de Gael sobre su muslo,

casi clavándose en su piel. Ella aguantó estoicamente todo lo que pudo, hasta que decidió que ya había cumplido de sobra con todo lo que la cortesía exigía, y más, y miró a su chico, levantándose de la mesa.

—Quiero irme a casa, estoy cansada.

Gael asintió y la ayudó a levantarse de la mesa, mientras todos se quedaban en silencio, observándoles.

—¿Ya os vais? —preguntó Rubén —Qué pena. En fin, ha sido un placer conocerte, Carla.

—Igualmente —espetó, y se alejó, sin despedirse de nadie más.

Gael la tomó de la mano con fuerza, y salieron de aquel local a la fría noche, caminando hacia el coche en completo silencio, con un manto de incomodidad envolviéndoles. Condujeron en medio de un espeso silencio, mientras los árboles y las farolas pasaban veloces a ambos lados de la carretera. Carla se giró hacia Gael, que clavaba sus dedos al volante, y miró su tensa mano, con los nudillos blancos, en cuanto entraron en el polígono.

—Lo siento, creí que íbamos a estar solo los tres, pero al final mi hermano decidió jugármela, como de costumbre, y trajo a sus amigos, que son una panda de idiotas, como has podido ver. Es que...están tan acostumbrados a que todas las chicas con las que están sean demasiado...en fin, que cuando ven a una nueva en el grupo, se creen que ella también es así.

Carla se echó levemente hacia atrás, y torció el gesto. ¿De dónde había salido ese juez moral de impactantes ojos verdes?

—Cuando dices “chicas así”, ¿A qué te refieres? —preguntó, con gesto serio. Esa conversación ya la había tenido cientos de veces, y no le gustaba por donde iba — ¿Del tipo de chicas que hacen lo mismo que los amigos de tu hermano? ¿Es eso?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, no lo sé, y por eso te lo pregunto. ¿Es que una mujer tiene que guardar celibato hasta el matrimonio?

—No, claro que no. Solo digo que cuando alguien está acostumbrado a acostarse con gente sin apenas conocerla, cuando tenga una pareja estable terminará haciendo lo mismo, porque tiene tan arraigada la costumbre de saciar su deseo con quien sea, y cuando le apetezca, que reservarse para una sola persona irá en contra de su naturaleza.

—¿Y si no es deseo lo que quieren saciar, sino afecto?

—Oh, venga ya.

—No, en serio. Fíjate en nosotros.



—¿Nosotros? —se tensó —¿Qué pasa con nosotros?

Gael detuvo el coche frente al portal, y apagó el motor, quitándose el cinturón. La conversación empezaba a tomar una peligrosa vereda de la que había que salir de inmediato, o ambos iban a terminar diciendo cosas de la que se arrepentirían más tarde.

—Solo digo...solo digo que apenas estamos juntos, y a veces siento que me falta algo de afecto por tu parte, Gael.

—Ya lo sé, y hago todo lo que puedo, cariño, pero me faltan horas en el día. Entre el trabajo y la tesis no tengo tiempo para nada más.

—No te lo estoy reprochando, solo digo que podríamos hacer un esfuerzo entre los dos para...

—¿Un esfuerzo?¿Crees que no me esfuerzo lo suficiente para estar contigo, para arañar horas como sea para que estemos juntos?

—No me refiero a eso, sino...

—Me levanto a las seis de la mañana y me acuesto a las dos cada maldito día, Carla —la interrumpió, enfadado—, y siempre saco tiempo para ti, siempre, aunque sea un maldito café en la sala de descanso, o un almuerzo juntos en la cafetería, y siento mucho si no te parece suficiente, pero es lo único que puedo darte en este maldito momento de mi vida.

—Lo sé, pero...

—¿Lo sabes, de verdad? Yo creo que no. ¿Crees que no querría estar contigo todas las horas del día? Pues claro que me encantaría, pero el caso es que no puedo. No puedo aparcar la tesis, ni robarle más tiempo del que ya le quito, ¿vale?

—Lo sé, y no te lo estoy echando en cara, solo digo que te has puesto un tiempo límite para acabarla que está haciendo que tú y yo apenas estemos juntos.

—Ya sé que apenas nos vemos porque estoy con la investigación, por supuesto que lo sé, pero es el precio que tengo que pagar por aspirar a algo más que a ese puesto de comercial en esa maldita empresa llena de alimañas y muertos de hambre que se han tenido que conformar con trabajar allí porque no tienen...

Gael se calló al instante, maldiciéndose por su torpeza.

—¿Alimaña? —dijo ella, con la voz quebrada —¿Muerta de hambre? ¿Eso...eso es lo que piensas de mí, Gael?

—No, claro que no me refería a ti.

—¿Entonces, a quién?¿A Paula, a Herminia, a Luis Déniz...?

—¿Qué? No, claro que no me refería a ellos.

—Entonces solo te referías a mí.

—Maldita sea, no. Yo...

—Será mejor que me vaya —dijo, en voz baja, y abrió la puerta del coche.

—Carla, espera, por favor. Lo siento.

Ella le ignoró, y abrió la puerta, caminando hacia su portal, mientras oía a Gael bajarse del coche y correr hacia ella, llamándola. Cerró la acristalada puerta de su edificio y apenas pulsó el botón del ascensor, su teléfono comenzó a sonar, furioso, con el nombre del biólogo en la pantalla. Las puertas del habitáculo se abrieron, y ella se metió en el interior, con las palabras del biólogo rebotando en su cabeza, y contuvo esa fractura en su corazón con un dique. Su chico acababa de desvelar una profunda brecha entre ellos que iba a terminar separándoles en el futuro.

El ascensor llegó a su planta, sin que el teléfono dejase de sonar, y salió, avanzando a trompicones hasta su casa, secándose las lágrimas, y se internó en su dormitorio, viendo a través de la ventana la modesta iluminación de su barrio lleno de edificios grises y ropa tendida. Ese era su sitio, ese era su mundo. Se envolvió en las mantas de su cama, mientras aquellas palabras daban vueltas en su cabeza. Gael no quería conformarse con trabajar en esa empresa llena de alimañas y muertos de hambre, como él los había llamado. Una empresa que fue la única que la admitió cuando buscaba desesperadamente un trabajo con el que mantener a su familia.

Se abrazó, recordándose a sí misma que valía mucho, y que daba igual lo que pensasen los demás, mientras las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. El teléfono siguió sonando durante horas, con el nombre de Gael en la pantalla, hasta que los rayos de sol se elevaron en el cielo, y se quedó dormida.

La siguiente semana transcurrió entre el trabajo y evitar a Gael. Su chico la había llamado a su despacho varias veces para intentar arreglar la situación, pero ella había fingido estar demasiado ocupada para atenderle. Ignoró las miradas que le dedicó Paula, conocedora de la delicada situación, y se concentró en fingir que estaba bien, mientras su corazón seguía sangrando cada maldito minuto. Y todo empeoró el jueves por la mañana, cuando, tras estar toda la semana evitándole, Gael se presentó en su despacho, de improviso, y cerró la puerta tras de sí.

—Soy un imbécil, lo sé, soy un grandísimo imbécil, y entiendo que no quieras saber nada de mí, pero necesito hablar contigo, cariño.

—Lo siento, pero ahora no puedo atenderte.

El dolor restalló en los ojos de su chico, que la miró como si su alma estuviese quebrándose en finos trozos en ese preciso instante. Gael tragó saliva, y dio un paso más hacia ella.

—Por favor... —sonó desesperado—, sabes que jamás quise ofenderte. Carla, por favor...

—Lo siento, pero no es un buen momento. Estoy demasiado ocupada ahora, así que te agradecería que me dejases terminar todo lo que tengo que hacer para que pueda seguir siendo la alimaña y muerta de hambre que siempre he sido, y que todos conocen.

—Sabes de sobra que yo jamás quise decir eso.

—Pero lo hiciste, me dijiste todo lo que no te atreviste a decirme antes, y gracias a eso ya sé lo que piensas de mí. Que odias este momento de tu vida, y a todos los que formamos parte de ella, y eso me incluye a mí.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Carla, lo sabes —musitó, con la voz rota.

—Lo siento, Gael, pero ya no puedo creerte. Ya no.

—Carla, por favor...

—Y ahora, te rogaría que te fueras de mi despacho, porque no puedo seguir manteniendo esta conversación en este momento.

Él la miró, dolido, y se fue lentamente de allí, mientras ella le miraba con un dolor inmenso en mitad del pecho. Lo conocía lo suficiente para haberse percatado de sus ojeras y su expresión. Gael estaba sufriendo por lo que había ocurrido, como ella. Pero debía ser fuerte. Amaba a ese biólogo de impresionantes ojos verdes con todo su corazón, y por eso, justamente, debía alejarse de él. La discusión había desvelado una verdad que siempre estuvo ahí, y que ahora ella debía afrontar.

Gael nunca sería feliz con ella, por mucho amor que hubiese entre los dos. Él se merecía una chica que encajase con su ideal de mujer y ella, por desgracia, no encajaba, ni encajaría nunca, en el perfil. El destino le había colocado delante al hombre de su vida, y ella iba a perderlo porque no llegaba al nivel que se exigía para estar a su lado. Había fracasado. Una vez más. Apartó las manos del teclado, y se tapó el rostro, estallando en llanto.

A las doce de la mañana, Herminia la llamó a su despacho porque había una nueva reunión a la que, además, acudiría Aranda. Si el día había empezado mal, iba a seguir por el mismo camino, sin duda. Se secó las lágrimas, se puso un poco de colirio, y terminó de sonarse la nariz camino a la sala de reuniones, intentando que nadie notase que tenía el corazón hecho pedazos. Entró en la sala, saludando a los otros jefes de equipo, y lanzó una mirada hacia la silla en la que estaba Ignacio, que la miró con desdén, como siempre hacía, y abrió la boca para soltar alguna de sus pullas, cuando, inexplicablemente, torció el gesto, frunciendo el ceño, y se calló.

La reunión comenzó, sin que ninguno de los dos protagonizara ninguna de sus sonadas broncas, hecho que todos agradecieron. En uno de los momentos en los que los jefes de varios equipos se enzarzaron en una discusión, ella levantó la mirada, encontrándose con los preocupados ojos de Ignacio, que la miraban fijamente, y suspiró, enfrascándose en los papeles otra vez. Cuando el encuentro acabó, se levantó de su silla, recogió las carpetas, y se encaminó a la puerta, deseando volver a encerrarse en su despacho para seguir rumiando su tristeza, cuando sintió una mano cerrándose en torno a su brazo, y la oscura mirada de Aranda frente a ella.

«Hoy, no. Por favor, no.»

—¿Qué quieres, Aranda?

—¿Estás bien?

Su mandíbula se desencajó sola. ¿Ignacio acababa de preguntarle cómo estaba? Estaba tan acostumbrada a sus desplantes, que un Ignacio afectuoso la dejaba sin capacidad de reacción.

—¿Qué...? —acertó a decir.

—Me he enterado de lo tuyo con Gael, y...ya sé que no somos íntimos, pero si necesitas hablar sobre algo que te ocurra, ya sabes que puedes contar conmigo.

Iba a responderle, cuando la cantarina voz de Paula irrumpió en mitad del pasillo.

—Carlita, menos mal que te encuentro. Me preguntaba si...

Su compañera llegó hasta ellos, con expresión de desconcierto. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Por qué no estaban gritándose y tirándose los trastos a la cabeza, como de costumbre? Ignacio suspiró, mirando hacia Carla, y se retiró de forma silenciosa. Paula se giró hacia ella, con la boca completamente abierta.

—¿A santo de qué ha venido eso? —casi chilló —¿Ha pasado algo que quieras contarme? Vamos, porque que tu archienemigo te haya hablado de la forma que acabo de presenciar es muy, muy raro. Este se trae algo entre manos, te lo digo yo.

Carla miró a su amiga, y se guardó lo que pensaba decirle. Ella no había visto que Ignacio se trajese nada entre manos, sino todo lo contrario. Un destello. Había visto un destello de sincera preocupación en sus ojos, y eso, más que ninguna otra cosa, la desconcertaba.

—No, claro que no —se cruzó de brazos—. ¿Para qué me estabas buscando?

Paula la miró con desconfianza, e hizo una mueca con la nariz.

—Está bien. Pero que sepas que esto no se queda aquí, pienso interrogarte sobre esto. Y ya sabes para qué te estaba buscando.

Carla suspiró. Gael. Cómo no.

—¿Te ha dicho él que hables conmigo, verdad?

—Sí —admitió—. Pero entiéndelo, está desesperado, y ya no sabe cómo acercarse a ti. Siente muchísimo lo que pasó, y se arrepiente de lo que dijo. Te echa muchísimo de menos.

—Lo sé, pero es que...de todo con lo que podía haberme atacado, eligió precisamente eso, y no puedo perdonarle algo así. No cuando tengo esas palabras grabadas a fuego en la cabeza.

—Creo, de verdad, que todo fue un malentendido.

—Oh, vamos, Paula, ¿Crees que cuando sea profesor universitario va a seguir queriendo estar conmigo? Querrá estar con alguien que tenga su mismo estatus. Solo soy la chica con la que está mientras se saca la tesis,

admitámoslo.

Su amiga descendió los hombros, y ella hizo lo mismo, deseando estar equivocada y que Gael realmente la quisiese por cómo era, aunque sabía que eso empezaba a ser una utopía que terminaría cayendo por sí misma. No iban a durar mucho más así, y la palabra 'ruptura' empezaba a sonar fuerte en las mentes y los corazones de ambos. La pregunta era quién de los dos pronunciaría la palabra que acabaría con el alma de los dos partida en pedazos.



Una llamada informándola de que un nuevo problema sacudía el evento del año la hizo despertarse de golpe el domingo por la mañana. Esta vez, el pinchadiscos se había roto un brazo esquiando en la sierra, y ya no podían contar con él para la boda. Le envió un mensaje, tranquilizándole, y le prometió que encontrarían otro para que se ocupara de animar el evento, y le citó dentro de una hora en la parada de Castañar.

Tras una apresurada ducha, y un apurado café, fue hasta la parada del tren tecleando un mensaje a Verónica mientras caminaba. Ella conocía a todos los pinchadiscos que trabajaban en el club, así que era más que probable que conociese a alguno que estuviese dispuesto a trabajar en una boda. Su amiga le envió minutos después el teléfono de al menos tres, y suspiró aliviada cuando uno de ellos accedió a trabajar en la boda de Mateo. Salvada.

Colgó justo cuando el convoy llegaba a su parada, donde la esperaba Mateo, y ya no pudo pensar en nada más. Su primo la saludó con dos efusivos besos y un abrazo, y la llevó casi en volandas hacia un moderno bar que había cerca de la estación, sin parar de hablar sobre las últimas desgracias en torno a su boda.

—Ay, Carla, es que no sé por dónde empezar.

—A ver, cuént...

—Está bien, está bien, no tienes por qué ponerte así de impertinente—exclamó, exasperado.

—¿Ponerme así? Pero si...

—Cállate y escúchame.

Carla suspiró, encogiéndose de hombros, y asintió, armándose de paciencia.

—Te escucho, Mat.

—Para empezar, la niña que tiene que llevar las flores es un diablillo de

Tasmania, y en uno de los ensayos terminó por tirar las monedas al aire gritando la peor palabrota que he escuchado a mi vida. Su madre empezó a chillar, la niña a llorar, y...Dios mío...¿Por qué me pasarán a mí estas cosas?

—Bueno, seguro que estarían cansadas.

—Me importa un pimiento de Padrón que estuviesen cansadas. ¡Yo estoy histérico, y me contengo a cada minuto!

—Piensa que no todo el mundo es capaz de disimular tan bien sus emociones como tú —dijo, intentando que su primo no percibiera el sarcasmo.

—Tienes razón, no todo el mundo tiene mi autocontrol, pero es que...ay, en fin, necesito relajarme. Déjame tu teléfono para mirar una cosa.

—Ya —se rio—. Una cosa llamada Gael, ¿no?

—Me has pillado —soltó una carcajada, arrebatándole el móvil.

Su primo empezó a mirar las fotos del biólogo, mandándose a sí mismo sin ningún reparo todas en las que aparecía Gael con la camiseta mojada mientras hacía las pruebas para la tesis en el mar, hasta que encontró una foto de Hans de la noche de la lluvia de estrellas. El arquitecto aparecía sonriendo junto al telescopio, llenando todo el espacio con esa sonrisa tan bonita, y le dio la vuelta, mostrándosela.

—¿Quién es...quién es este semi dios, Carla? —preguntó, girando la pantalla hacia ella, con los ojos completamente abiertos.

—Él es...Hans.

—¿Este es el arquitecto? —abrió mucho los ojos —¿Por qué no me encuentro yo a este tipo de hombres cuando voy en tren? Madre mía, qué ojos, qué músculos, qué cara...Con razón parecías una hoja de gelatina aquella vez. ¡Puf!

—Sí, es guapo—dijo, quitándole importancia—. Y es muy simpático.

—Simpático, sí, claro. Me he quedado prendado de esta foto porque parece simpático. Anda, venga ya—miró la foto otra vez—. Y es que encima es arquitecto, cielo santo, que mal repartido está el mundo. Lo que daría yo porque me tocara la simpatía este *hombretón* que parece un dios nórdico. Puf, me lo como, me lo como enterito y ni lo mastico.

—Necesitas ayuda, en serio.

—Sí, ayuda para encontrarme a mí mismo después de perderme por estos músculos durante una noche entera, tras clavarle mi bandera de conquistador en...

—¡Mat, por Dios!¿Te quieres callar? Estás hablando de mi amigo.

Porque eso es lo que eran Hans y ella. Solo amigos, solo eso. No había

nada más. Solo un encuentro fortuito en un andén que la hizo arder en llamas, un segundo encuentro que la dejó sin respiración y con miles de burbujas en el corazón y un tercer encuentro donde hubo...magia, electricidad y cientos de chispas, chispas que volvían a surgir cada vez que le veía.

—Está bien, me callo —dijo su primo, apartando el teléfono y la miró, casi escrutándola—. Y ahora, dime. ¿Ha pasado algo entre vosotros que no me hayas contado? Porque reconozco esa cara de bobalicona que tienes. Es la misma que pones cuando ves una tarta de chocolate, así que habla antes de que saque conclusiones precipitadas que no te van a gustar un pelo, primita.

Carla rezongó, y la palabra 'chantaje' fue murmurada varias veces antes de empezar a hablar, y le relató cómo lo había conocido, y todo lo que había pasado entre ellos, desde aquel encuentro en el andén, hasta la lluvia de estrellas, mientras Mateo esbozaba una sonrisa. Su prima se estaba enamorando, no tenía ninguna duda.

—Estoy loca, ¿Verdad?

—De remate, ya lo sabes, pero...

—¿Pero qué, Mat?

—Que siento decirte, primita, que estás metida en un gran problema. Te sientes atraída por ese hombre, solo hay que verte. Pero, y sin ánimo de interpretar a la santa inquisición, el caso es que tienes pareja, y deberías empezar a valorar tus opciones.

—¿Mis...opciones?

—Sí, tus opciones. Vale, estás con Gael, y estáis fenomenal —ella fingió una mueca casi al límite—, pero solo digo que los caminos que no se transitan terminan cubiertos por la hierba, y son pronto olvidados. Y algo me dice que si dejas este camino cubrirse de hierba, te va a pesar toda la vida, hazme caso.

La chica le miró, asintiendo. Sin duda, su primo era el mejor dando consejos.

—Gracias, Mat.

—De nada. Y ahora, cariño, ya me puedes ir contando cómo va a ir vestido mi *sireno* favorito a mi boda, porque algo me dice que ni el Polo Norte va a bajarme el calentón que me está entrando.

Ella suspiró, y le hizo una señal al camarero. De repente necesitaba un combinado y una ración de tapas contundente ante lo que se avecinaba, decidiendo que guardaría el secreto un poco más. Mateo no tenía por qué saber que Gael habían prácticamente roto a una sola semana de su boda.



El sábado por la mañana, se despertó en medio de un silencio atronador. Sus padres habían ido a Encinar a pasar el fin de semana a casa de sus tíos Amparo y Paco, y tenía el piso para ella sola. Se levantó, presionándose las sienes, y gimió. Le dolía muchísimo la cabeza. La noche anterior Gael la había llamado por teléfono y habían terminado discutiendo a gritos, sin que ninguno de los dos pudiese, o supiese, cómo parar esa situación que estaba ya completamente descontrolada.

Fue hasta la cocina y se preparó un café, mientras miraba su móvil. Tenía una llamada perdida de Hans y otra de Verónica. Marcó la tecla de llamada, intentando que su voz sonara tranquila, algo muy improbable a esas horas, mientras al otro lado de la línea los tonos sonaban incesantemente, golpeando sus sienes, hasta que la voz masculina y suave del austríaco llenó la línea, con el siseo característico de hojas de fondo. Estaba en su despacho. Suspiró. ¿Es que ese hombre nunca descansaba?

—Hola, Carla.

—Hola, Hans.

—¿Qué tal estás? ¿Te pillo en buen momento?

—Sí, claro, estaba...haciendo cosas —dijo, con la voz tocada por el llanto nocturno.

Se hizo un leve silencio, y el ruido de hojas moviéndose cesó.

—¿Todo va bien, Carla? —preguntó el arquitecto, dejando traslucir cierta preocupación.

—Sí, yo... —inspiró —estoy bien, tranquilo.

Hans se quedó en silencio al otro lado, y ella no quiso imaginarse las conclusiones que estaría sacando en ese momento.

—¿Quieres que me acerque hasta tu casa, nos tomamos un café y charlamos un rato?

—No, no te preocupes, estoy bien, y...tengo muchas cosas que hacer hoy.

—¿Estás segura? Estoy en mi despacho de Robledo y puedo acercarme hasta tu casa, si quieres.

—No te preocupes, de verdad. Además, tengo mucho trabajo atrasado y tengo que poner orden en esta leonera —mintió, mirando la impoluta sala de estar de su casa—. Estaré...estará bien. En fin, ¿Para qué me llamabas?

—Ricardo y Verónica van a ir hoy al club, y me preguntaba si te apetecería venir con nosotros. Te llevaré a casa cuando quieras, no te preocupes por eso. Hemos quedado a las once. Yo iré...

—Directamente desde tu despacho, ¿Verdad?

Le oyó reírse al otro lado, y le imitó, sintiendo que esa invitación no podía llegar en mejor momento. Colgó el teléfono, y sonrió. Le apetecía dejar de sentirse culpable, miserable, e insignificante. Necesitaba olvidarse de ella misma por unas horas, sin preocuparse de nada más.

A las once en punto esperaba frente al exclusivo club enfundada en su ajustado vestido con apliques que asemejaban diminutos trozos de espejo, y su melena peinada con cuidado. Perfecta para un estado de ánimo como el que tenía ese día, cuando vio a Verónica y a Ricardo caminar por la acera, yendo hacia ella.

—¡Carla! ¡Qué alegría, creí que no ibas a venir!

—Sí, al final me animé. ¿Y Hans?

—Vendrá ahora —dijo Ricardo—. Su madre lo llamó desde Suiza por no sé qué cosa, y por eso se ha retrasado. En fin, ¿Entramos ya? Me muero por una copa.

Carla asintió, y los tres entraron al interior de ese exclusivo club, mientras Verónica narraba varias peripecias surrealistas que habían ocurrido en su cafetería, que incluían a una amante despechada, una declaración de amor, y un duelo de bastones por parte de dos nonagenarios, provocando las carcajadas de los demás. Carla fue a la pista a bailar, para hacer tiempo, y empezó a mecerse al compás de la música, sintiendo cómo las tensiones y las preocupaciones se volatilizaban, y su cerebro apartaba la discusión con Gael a un sitio donde ella no pudiera encontrarla esa noche. Cerró los ojos, dejándose mecer suavemente por la música, cuando unas manos la detuvieron posándose en su cintura con firmeza. El perfume de Hans invadió todo el ambiente, y se giró, alzando su vista hacia él, sintiendo que se derretía. Estaba increíblemente atractivo esa noche. Tenía las puntas del cabello mojado, y su camiseta negra ceñida resaltaba todo su torso. Su cuidada y leve barba realzaba su mandíbula y esos ojos oceánicos que la hacían suspirar con solo mirarlos. ¿Por qué demonios tenía que ser tan perfecto? Hans rodeó su cintura con el brazo, abriéndose paso con ella entre la gente, sin soltarla, y la guió

hasta donde estaban Ricardo y Verónica.

—Por fin apareces, Hans —dijo Verónica, levantándose de la butaca para saludarle.

—Tío, menos mal que has llegado —empezó Ricardo—. Ya pensábamos que estabas poniéndote rulos en el pelo, pestañas postizas, o algo así.

—Y aún así, seguiría siendo el más guapo de los dos. Vamos, Ric, suplícame una cita.

—Que te den, Kleiman.

Carla se rio, y miró a Verónica, que en ese momento ponía los ojos en blanco.

—Oh, chicos, dejadlo ya. Qué pesaditos os ponéis a veces, qué barbaridad.

—Empezó él —se mofó Ricardo.

—Pues lo terminaré yo. Deja de comportarte como un crío, Ric, o te daré un azote en el trasero para que espables.

Se rieron al mismo tiempo, y la noche empezó. Durante las siguientes horas, rieron, bailaron, y, como nunca, disfrutaron de la noche, exprimiéndola al máximo. Cuando empezó la nueva tanda de canciones, esta vez electrónicas, Verónica se posicionó a su lado, empezando a bailar, y ella la imitó. Sabía que a su amiga esa música la entusiasmaba, y se meció con ella al compás de ese hipnótico ritmo, mientras en el otro extremo de la pista, Hans y Ricardo mantenían una tensa conversación. Parecían estar discutiendo. ¿Qué demonios ocurría? Se giró, sin comprender nada, y siguió bailando con su amiga, ajena a todo. Esta noche no quería preocuparse por nada.

Al otro lado de la pista, los ojos del arquitecto se clavaban en los del abogado, que, desde la distancia, miraba a las dos chicas.

—No vuelvas a mirarla así —espetó Hans, con gesto grave —¿Me has entendido?

—Así, ¿Cómo?

—Desnudándola con la mirada.

—¿Qué? Pero si no estaba...

—Oh, sí que lo estabas. Por desgracia, te conozco lo suficiente para saber ese tipo de cosas, así que, como te vuelva a pillar mirando a Carla de esa forma, te romperé la cara, ¿Entendido? Por muy amigo mío que seas.

—De acuerdo, lo pillo —rezongó Ricardo—. Solo tú puedes mirarla así, y después lamentarte porque jamás será tuya, ¿Es eso?

Hans crispó los hombros y encajó la mandíbula. Sabía de sobra cómo miraban todos los hombres a Carla. Incluso él mismo había tenido que desviar

la vista antes cuando la vio moviendo su sensual silueta en medio de la pista como si no hubiese nadie más en todo el local. Carla emanaba fuego por cada poro de su piel, y ni siquiera era consciente de eso.

—Cierra la boca, o lo haré yo.

—¿Qué? —le picó —¿Te molesta que diga en voz alta lo que está ocurriendo? ¿O te has puesto así porque simplemente me he recreado más de la cuenta en imaginarme lo que lleva bajo ese vestido, que, admitámoslo, no hace más que realzarle sus preciosas te...?

—¡Ric! —bramó el arquitecto, haciendo que unas chicas se giraran hacia ellos.

—¡Ni Ric ni nada! Ve a bailar con ella de una santa vez, porque esa chica está pidiendo a gritos que estés con ella esta noche, así que espabila, deja de darme la tabarra, y actúa. ¿Quieres que te escoja a ti? Pues ve con ella, y demuéstrole que eres mejor opción que ese biólogo, maldita sea.

Hans asintió, y volvió con ella, con los nervios y la rabia consumiéndole. Por supuesto que era mejor que ese biólogo, claro que lo era. Pero... ¿Era eso lo que quería Carla realmente? Gael y ella se conocían desde niños, y el encuentro que habían tenido había sido digno de una novela romántica, pero su encuentro también había sido digno de una novela romántica. Y por eso iba a presentar batalla por esa chica.

La vio bailando en el otro extremo de la pista, meciéndose suavemente, y resopló. ¿Por qué demonios tenía que ser tan sensual, por qué? Se pasó la mano por el pelo, asfixiándose por la ansiedad. La necesitaba a su lado, necesitaba sentir su piel junto a la suya de una forma casi demencial. La deseaba. Deseaba tanto a esa mujer que estaba a punto de volverse loco. Se alejó de su amigo, que dio un nuevo trago a su copa, asintiendo, y levantando el pulgar disimuladamente hacia Verónica, que pareció captar el gesto, y sonrió. Su plan para acercar a sus amigos empezaba a ejecutarse. Al fin. Esos cabezotas estaban hechos para estar juntos. Ambos lo habían visto desde la primera vez que los presentaron, y les costaba creer que ninguno de los dos se diese aún cuenta de ello. Ricardo miró a su chica, vocalizando un “Vete comprándote el vestido para la boda, porque esto promete, preciosa”, al que ella respondió apartándose levemente de Carla en cuanto vio a Hans cerca de ella.

El arquitecto llegó hasta la comercial, y rodeó su cintura con un brazo, pegando su torso a la espalda de la chica.

—Tu vestido es terriblemente corto, ceñido, e inapropiado, ¿Lo sabías? —

susurró en su oído.

—Oh, venga ya —rio ella.

—Es verdad. Todos te están mirando, ¿No te das cuenta?

—¿Ah, sí? —dijo, riéndose —Pues...no entiendo por qué. Tampoco es que baile tan mal.

—Carla, me...desarma la forma en que ignoras lo que despiertas en los hombres. Tu forma de moverte, tus gestos... —resopló—. Eres...Dios, ¿Pero de verdad no te das cuenta cómo te miran todos?

Giró el rostro hacia él, y arrugó la nariz de forma coqueta, encontrándose la mirada azul del austríaco, llena de deseo, como la suya, y enlazó sus manos tras su nuca.

—Está bien, ya sé de lo que hablas. ¿Y sabes qué? A partir de hoy, solo me contonearé en entornos seguros, donde esté a salvo de miradas indiscretas.

—¿Lo prometes? —dijo, mirándola divertido.

—Lo prometo.

La música empezó a calentar sus cuerpos, haciendo que se olvidaran de todas las tensiones, todos los problemas, todas las dudas. Todo se evaporó en espirales, sin importar nada más que el ritmo de la música y las vibraciones que sentía en los pies y que le subían en oleadas. Todo siguió fluyendo por su sistema, y se concentró en el presente, porque eso era lo único que existía. Sintió unas manos en la cintura y el cuerpo de Hans pegado a su espalda. Siguieron moviéndose al ritmo de la música, mientras sentía cada centímetro de su cuerpo amoldándose al del arquitecto, sin separarse, sin dejar de tocarse ni acariciarse de forma tan sutil que nadie, aparte de ellos dos, se diese cuenta. El calor fue subiendo de forma gradual mientras se movían en una sincronía perfecta, haciendo que sus alientos y sus movimientos se acompasasen en una danza sensual cuyos pasos estaban grabados a fuego en su piel. Ella pasó un brazo alrededor de su cuello, y empezó a mecerse al compás de la música, acoplándose al arquitecto. Los movimientos fueron poco a poco volviéndose más íntimos, hasta que él hundió el rostro en el hueco de su hombro, incapaz ya de no pasar al siguiente nivel con ella. Necesitaba sentir la piel de Carla. La chica volvió a mecer sus caderas al ritmo de la canción, y él clavó sus dedos en su cintura, severo, deteniéndola.

—¿Te estás contoneando, Carla?

—Solo junto a ti, Hans. Solo...junto a ti —jadeó.

El arquitecto posó los labios en su cuello, y la agarró con fuerza por la cintura. La música, el alcohol, la respiración de Hans en su oído, sus manos,

sus músculos, su cuerpo pegado a ella era...era demasiado. Las manos del arquitecto descendieron desde su cintura hasta sus caderas, y la encajó contra las suyas. Ella ahogó un suave gemido contra su oído, al sentir su excitación palpitar furiosa a través de la fina tela de su vestido, y se pegó aún más a él, provocando un sonido bronco contra su cuello, mientras la respiración de ambos se desbocaba. La mano de Carla voló a la nuca de Hans, y sus uñas arañaron levemente su piel, mientras los movimientos eran cada vez más intensos, más sensuales, más salvajes.

—Hans...

—Carla...

Hans rodeó otra vez su cintura con un brazo, con fuerza, haciéndola seguir un ritmo más frenético y profundo, y Carla jadeó, echando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, sintiendo que se moría por perderse en ese cuerpo durante horas y dejar que todo se diluyera a su alrededor. Quería eso, lo necesitaba, y sabía que él también. La piel de Hans nunca le pareció tan deseable como en ese momento, y ambos sabían, que un solo paso más, solo uno, les conduciría hasta el más absoluto delirio.

Separó sus pestañas, lentamente, para encontrarse con la mirada azul que tanto deseaba, y dejó de moverse, siendo consciente de la situación. ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué demonios estaba jugando? Había estado a punto de besarle, a él, a Hans, su amigo, solo porque estaba dolida con Gael. Porque...era por eso, estaba segura. Había estado a punto de besarle por la discusión con su novio...¿o no? Se dio la vuelta, dispuesta a irse de allí, cuando el brazo de Hans la retuvo, y la obligó a pegarse a su cuerpo. Los ojos del austríaco barrieron los suyos, con determinación, y suspiró, asiéndola por la cintura.

—¿Qué te ocurre, Carla?

—Nada.

—No te creo.

—Hans...

—Maldita sea, Carla, ¿Qué demonios te ocurre?

—Gael va a dejarme —dijo, casi sin voz—. Va a dejarme en cuanto acabe la tesis.

—¿Por eso estás así hoy?

—Quizás. Por él, por ti...

—¿Por...mí?

—Sí, por ti, Hans. ¿Por qué no quieres estar con Maritte esta noche?

El austríaco la miró, sacudiendo la cabeza. Lo que menos le apetecía en ese momento era nombrar, precisamente, a Maritte, la chica a quien recurría cuando los recuerdos de su pasado le acosaban especialmente, y necesitaba perderse en la piel de una mujer. Por qué lo hacía, ni él mismo lo entendía. Con Maritte nunca había preguntas, ni implicación emocional, ni reproches, ni expectativas a largo plazo. Solo deseo en estado puro.

—No estoy con ella esta noche porque quiero estar contigo.

—Verónica me dijo que lleváis acostándoos tres años.

Hans la miró, y cerró los ojos con fuerza unos segundos. Esa información era lo último que quería que Carla supiese de él. La última maldita cosa, y ahí estaba.

—Maritte y yo nos conocimos durante una cena en casa de unos amigos comunes hace casi tres años, y la química surgió enseguida. Estuvimos viéndonos varios meses, hasta que decidí que no era lo que buscaba.

—Pero te seguiste acostando con ella —recriminó.

—Sí, seguimos acostándonos. ¿A qué viene eso?

—Es que me sorprende que, teniendo a todas las chicas que quieras a tus pies, decidas repetir con la misma una y otra vez. ¿Qué tiene Maritte que no tengan las demás?

—Pues...no sé. A ver, la atracción siempre estuvo ahí, es innegable. Maritte es una de las chicas más guapas que he visto en mi vida, es preciosa, en realidad. Sólo hay que verla unos segundos para darse cuenta de su belleza, y además, es absolutamente perfecta en la cama.

Aquello sentó como un puñetazo en el estómago. Saber que a esa diosa del Olimpo incluso el sexo se le daba de fábula, la acababa de dejar arrastrándose por el fango.

—Pues no lo entiendo. ¿Por qué te niegas a mantener una relación con la mujer más hermosa que has visto en tu vida, y que, además, posee el título de doña perfecta en la cama? —preguntó, sarcástica.

—No es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Solo he dicho que es guapa, solo eso.

—Está bien, no es la mujer más guapa que has visto, entendido —resopló, impaciente—. Entonces, ¿Qué significa ella para ti, Hans?

—Es una amiga, ya te lo he dicho.

—¿Estás enamorado de ella?

—No, no estoy enamorado de ella.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—Pregunto que por qué no estás enamorado de ella —expuso, al borde de su paciencia—. Esa chica es perfecta para ti, y me cuesta creer que no te hayas dado cuenta aún.

Hans alzó la vista hacia Carla y en ese instante vio un destello tan evidente de furiosos celos en sus ojos que sintió que algo en su interior daba un vertiginoso salto. Carla estaba celosa, y eso solo podía significar que sentía algo. Y si lo hacía, si sentía algo, es que no todo estaba perdido.

—Porque no es lo que busco en una mujer —se limitó a decir, con tranquilidad.

—¿Y qué buscas en una mujer?

—No lo sé.

—¿No lo sabes, o no me lo quieres decir?

—No quiero hablar de eso ahora —dijo, con paciencia, y ella desvió la vista.

—¿Maritte te llegó a plantear alguna vez tener algo más?

—Sí, me lo propuso una vez, y le dije...le dije que no.

—¿Por qué le dijiste algo así?

—Carla...

—¿Por qué, Hans?

Él suspiró sonoramente, y la miró, encajando la mandíbula.

—Le dije que no porque te conocí a ti, ¿Cómo es posible que no lo sepas ya?

Carla se separó levemente de él, sintiendo que el mundo, su mundo, acababa de explotar bajo sus pies.

—Creo que será mejor que me vaya a casa —dijo, con suavidad, apartándose.

Se quedaron en silencio, y ella suspiró. La situación estaba a un paso de descontrolarse, y debían resolver todos esos espacios en blanco que conformaban su relación y que la estaban llevando al límite de lo que era normal en una amistad, y lo que no, y para eso necesitaban hablar, necesitaban hacerlo, porque, al fin y al cabo, lo suyo con el arquitecto siempre sería una relación inconclusa, algo que no llegó siquiera a empezarse, pero que siempre estuvo ahí. Pero no podía hacerlo esta noche, no cuando la sombra de Gael planeaba entre ellos. Quería hacer las cosas bien con Hans. Porque él no se merecía otra cosa.

Hans la rodeó con el brazo, asintiendo, y empezó a caminar junto a ella



hasta la salida, con la cabeza baja. Ninguno fue capaz de decir una sola palabra durante el trayecto. Hans llamó a un taxi, y la despidió en la puerta, sintiendo que no quedaba mucho para que explotase como un maldito volcán. Carla apenas pudo farfullar una palabra de despedida cuando el taxi arrancó, y él se quedaba mirando cómo el taxi se alejaba, con un solo pensamiento dando vueltas en su cabeza.

«No quiero que soluciones nada con Gael, no quiero que lo hagas porque necesito tenerte en mi vida, Carla, te necesito en ella, porque algo me dice que tú eres lo que he estado buscando, y que por fin lo he encontrado.»

El despertador sonó sin que ella hiciese amago alguno por apagarlo. La boda de Mateo había llegado. Llevaba meses imaginándose ese día, y el último escenario que imaginó nunca era el que tenía justo delante, con el corazón roto y los ojos hinchados tras encadenar otra noche más de llanto. Se levantó de la cama lentamente, y abrió el armario, tocando el precioso color gris perla que había comprado para el evento, de un suavidad tan intensa que adormecía los dedos. Suspiró, pensando en Gael, y bajó la vista al suelo, asumiendo que iba a estar sola uno de los días más importantes de su vida.

Se colocó una sonrisa en el rostro, cincelándola a conciencia, para que nadie pudiese si quiera adivinar que bajo ella yacía un corazón roto. Tras una ducha y hacerse un sencillo y romántico recogido frente al espejo, volvió a su dormitorio y se enfundó aquella preciosidad de vestido...como pudo.

—Menudas curvas te han salido, Carla —oyó la voz de su madre a sus espaldas—. Ahora sí que tienes un tipo de rompe y rasga.

—Hola, mamá, no te había visto —sonrió—. Sí, bueno, mientras lo que no se rompa y se rasgue sea este vestido, todo irá bien.

—A Gael se le va a caer la baba cuando te vea, hija. Estás guapísima.

—Sí, claro —musitó—. Seguro que sí.

Su madre la miró, frunciendo el ceño. Conocía a su hija a la perfección, y algo le decía que algo había pasado entre el biólogo y ella.

—¿Va todo bien, Carla?

—Sí, claro —mintió—, no te preocupes. Y ahora, dame un beso, anda que tengo que salir ya, o Mateo me servirá en canapés adornados con cebollino.

Su madre se rio, consciente de la seriedad de las amenazas de su sobrino, y le dio un beso. Carla salió de su casa, y en apenas media hora, llegó al juzgado, encontrándose a casi todos los invitados ya sentados y expectantes, vestidos con sus mejores galas. Tras saludar a varios familiares casi a la velocidad de la luz, se acercó a los bancos de delante, justo en el momento en el que los novios llegaban a la puerta, hechos un manojo de nervios, repartiendo una sonrisa tensa a todos los asistentes, mientras sudaban a mares,

y Carla se esforzaba por no reírse. Estaban hechos un flan.

Estaban impecables, en sus chaqués gris antracita y la corbata a juego, y Carla sintió cosquillas en el corazón. Su primo, su mejor amigo de la infancia, su compañero en incontables noches de fiesta de su adolescencia, acababa de transformarse en todo un hombre y, algún día, en un futuro orgulloso padre de familia. La vida se abría paso.

Tras una breve y emotiva ceremonia, en la que su primo y su ya marido juraron respetarse y permanecer juntos para toda la eternidad, los asistentes les cubrieron de una lluvia de arroz y pétalos de rosa a la salida del juzgado, y lloró, emocionada, cuando el grupo de cuerda que ella había contratado como sorpresa para los novios interpretó su canción favorita. Tras el beso y los aplausos, se retiraron a la preciosa finca donde celebrarían el convite, en un entorno festivo, casi carnavalesco.

La música comenzó y los camareros empezaron a pasear con bandejas cargadas de canapés y *delicatessen* que hizo suspirar los paladares de los invitados. Por todas partes había gente de pie, charlando y riendo, llenando el ambiente de buenas vibraciones, y Carla comenzó con sus tareas de chica-para-todo. Se mostró amable y cordial con todos los invitados, pasando por las mesas para comprobar que todo estuviese en orden, repartiendo chucherías a los niños, portavelas con el nombre de la pareja a los invitados, controlando el área de juegos, la música, la tarta...todo. No quería que nada estropease el día más feliz a su primo preferido, pero también porque necesitaba mantenerse ocupada. Aquella atmósfera feliz, rebotante de amor, la hería como mil de golpes a la vez. Las ausencias pesaban como losas.

Cuando la comida acabó, dando paso al café, los dulces, y los pasatiempos tras el convite, se sentó en uno de los bancos que estaban cerca de la zona infantil, con un plato rebotante de canapés. Estaba hambrienta. Apenas masticó un par de ellos, y los desechó. Hoy tenía el estómago cerrado a cal y canto. Cogió su teléfono para enviarle a sus padres las fotos que había hecho de Mateo y Samuel entrando al juzgado, cuando leyó un mensaje de Hans.

«Hola, Carla, ¿Te apetece un café? En veinte minutos puedo estar en el polígono Flor de Argoma.»

«Estoy en la boda de mi primo, y acabará casi de madrugada.»

La respuesta tardó unos minutos en llegar, y ella descendió los hombros al leerla.

«Espero que Gael y tú lo estéis pasando bien.»

Ella inspiró, cerrando los ojos, y respondió lo que nunca hubiese querido

escribir.

«He venido sola.»

En ese instante se formó un pequeño tumulto en el castillo hinchable infantil, y una avalancha de bracitos y diminutos pies amenazó con poner en peligro la integridad de la propia monitora, que empezó a chillar ante el ataque indiscriminado de los mini vándalos de sus primos pequeños. Carla suspiró, guardó su dispositivo, y corrió presta a seguir con sus funciones de co-madrina, chica para todo, o lo que fuese, hasta que los rayos del sol empezaron a ocultarse, marcando la hora de la tarta y el esperado vals nupcial.

Se hizo un silencio expectante y cientos de pequeñas bombillas iluminaron la carpa en la que se celebraba el baile. Los novios se adentraron en la pista, y se formó un corro alrededor, justo cuando los acordes del vals empezaron a sonar, a la par que los aplausos, las lágrimas y los suspiros, mientras Samuel y Mateo se miraban con tanto amor como si ellos solos se bastasen para formar su propia galaxia. Miró a la pareja de recién casados, y algo quemó cada célula de su corazón al comprender que así debía ser el amor, mirar en los ojos del otro y descubrir hasta el último secreto del universo en ellos. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, emocionada. Hasta que el *karma* decidió jugársela una vez más.

—Y ahora, tras el vals nupcial —tronó la voz del pinchadiscos—, la co-madrina y su pareja abrirán el baile al resto de invitados.

Horror, terror absoluto. Miró hacia el pinchadiscos, negando con la cabeza, y el chico se encogió de hombros, en clara actitud de “Me limito a leer el guión, y lo demás me da igual”.

—¡Démosle un fuerte aplauso a la co-madrina y a su pareja!

Todos empezaron a aplaudir, animándola y el maldito chico del micrófono volvió a gritar, apremiándola para que saliese a la pista. ¿Por qué la humillaban de esa forma? La música cambió, y una preciosa y edulcorada canción romántica que todos conocían empezó a sonar con fuerza. Todos, menos ella, por supuesto. Suspiró, dándose por vencida.

Los segundos fueron pasando y pudo oír los primeros cuchicheos de confusión al ser evidente que nadie la había acompañado. Inspiró, resignada, y dio un paso al frente. Fingió una sonrisa, infundiéndose ánimos, e inició una lenta marcha hacia la pista, mientras una oleada de murmullos se alzaba tras ella. Sí, nadie la había acompañado, y sí, estaba sola, y sí, tenía el corazón hecho pedazos, pero... ¿Quién no lo ha tenido alguna vez?

Alzó el mentón, valiente, y puso un pie en la pista, cuando unas manos se

posaron en su cintura, haciéndola trazar un bello giro, y dio un par de vueltas, viendo nada más que un ancho torso en un esmoquin gris perla, cuando el giro se detuvo, y sus ojos volaron hacia esos fascinantes iris azules que parecían decirle que todo iba a salir bien, y que los cuentos de hadas existían.

—¿Hans, qué...?

—Siento haber tardado tanto —dijo él, posando su mano en su cintura, y continuó moviéndose con ella por la pista—. Pero no es tan fácil comprarse un esmoquin como yo pensaba.

—¿Te has comprado un esmoquin solo para acompañarme? —preguntó, boquiabierta.

El arquitecto estiró la comisura de la boca, y se acercó a su oído, susurrando, mientras sus manos la sostenían por la cintura, con fuerza.

—Me habría comprado cientos solo para bailar contigo esta noche.

Hans siguió dando vueltas con ella por la pista de forma armoniosa, sin dejar de mirarla un solo instante, mientras Carla sentía toda la magia, todas las chispas. Se dejó caer por completo en él, en el roce de su piel contra la suya, su cálido aliento en su cuello, y sus manos. Esas manos que se posaban en su cuerpo, guiándola, y supo que su camino, su verdadero sendero, pasaba por Hans. Estaba escrito. El vals siguió sonando, mientras la magia, las chispas, esa envolvente sensación de irrealidad lo envolvía todo. Dieron un par de vueltas más por la pista, que ya empezaba a llenarse, mientras ellos creaban su propia burbuja, alejados de las risas, la música, y se perdían en los ojos del otro. Carla anudó sus dedos con los suyos, en perfecta quietud, y sintió que jamás había sido tan feliz como lo era en ese momento.

Y ahora sabía perfectamente que esa felicidad tenía nombre extranjero, tatuajes orientales y unos inmensos ojos azules.

Cuando el vals cesó, y empezó a sonar una canción rock de lo más pegadiza, Hans y ella se alejaron de allí, acercándose a los novios para felicitarles, con sus manos aún enlazadas. Su primo clavó los ojos en Hans, y luego en Carla, de forma tan escandalosa que la comercial tuvo que aclararse varias veces la voz para que recuperar la compostura. Aunque no podía culparle. Su semi dios venido de los Alpes había ido a su boda, para su deleite. Hans se acercó, estrechándole la mano a él y a Samuel, que también parecía entusiasmado con la presencia del austríaco. Tras un par de frases de felicitaciones, Samuel y él se enfrascaron en una breve conversación, mientras Mateo se acercaba a Carla casi atragantándose.

—Pues...entre la fabulosa fuente de plata que me has regalado y ese

hombretón que parece un dios nórdico, no sé con qué regalo quedarme, ¡Ay, por favor, que ha venido a mi boda! —se abanicó —¡Si es que le arrancaba ese esmoquin y me lo comía enterito, desde el dedo gordo del pie hasta...!

—¡Mat!

—Sí, sí, ya me callo, que ahora estoy casado y estoy empezando a arrepentirme al ver a semejante *especimen* humano en mi propia boda. Ay, que calor me está entrando, por Dios...

Carla se giró hacia Hans, que charlaba con Samuel, y vio que el arquitecto se había desprendido de la chaqueta, dejando ver cómo la camisa de botones blanca que llevaba le ceñía los bíceps de forma abrumadoramente provocativa.

—Me quemo, prima, me quemo. Menuda cara, menuda sonrisa, menudos músculos...ay, lo que daría yo por perderme en las montañas más heladas de los Alpes con él y que salga el sol por donde tenga que salir. Me lo como, y me abraso la lengua, seguro.

—Pues enfríate, anda, que ese *especimen* humano, como tú lo has llamado, está vetado para ti —dijo, señalándole su alianza.

—Maldita.

Carla se rio, viendo cómo Hans se acercaba hasta ellos, intercambiando apenas un par de frases con un estupefacto Mateo, que apenas pudo decir dos palabras seguidas, mientras el austriaco intentaba, sin éxito, iniciar una conversación amable. Tras varios minutos, Carla le cogió de la mano, y se despidieron de ellos con palabras de cortesía ya manidas de tanto usarlas. Conocía a su primo, y podía apostar lo que fuera a que faltaba poco para que empezase a hiperventilar y a sudar como un pollito.

—Adiós, pareja, nosotros nos vamos.

—Sí, sí...Hans —balbuceó Mateo, haciendo que la chica pusiera los ojos en blanco—, digo sí, adiós. Y...gracias por venir.

—El placer ha sido mío. Es una boda preciosa, bueno —miró hacia Carla —, como quien la ha organizado.

Carla bajó la vista, sonrojándose, y levantó la mirada hacia Mateo, justo a tiempo de escucharle farfullar un “Mis calzoncillos acaban de desplomarse y ahora van camino al núcleo terrestre”, que la hizo resoplar, abochornada, mientras escuchaba las carcajadas de Hans.

Les hicieron un gesto con la mano, y se alejaron de allí, entre risas, mientras Mateo y Samuel los observaban alejarse. El recién casado miró a su prima, sonriendo. Era evidente que Carla se sentía atraída por ese hombre. Lo

delataban sus gestos, el brillo de su mirada, su sonrisa. La luz que desprendía. Gael no era el chico destinado para su prima, por mucho amor de infancia que fuese. Era él. Era Hans.

«Estás enamorada del arquitecto desde la primera vez que lo viste, Carla. ¿Cómo es posible que no lo sepas aún?»

A varios metros de allí, en el otro extremo del jardín, Carla guiaba a Hans por todo el convite, charlando con los invitados, bailando, e incluso probando la tarta, que el austríaco describió como “Una orgía de azúcar y nata con un punto obscuro de chocolate” mientras ella se carcajeaba, y lo llevaba hasta una de las mesas más alejadas de la fiesta.

—Es una boda preciosa, Carla —dijo él, sentándose en una de las sillas decoradas con una lazada—. Podrías dedicarte a organizar eventos así.

—No, gracias. Prefiero hacerme ermitaña que volver a pasar por algo así.

—Pues siento decirte que cuando te cases, vas a tener que volver a hacerlo.

Carla se quedó en silencio, pensativa. El chico destinado para ella, Gael, le había dejado claro que necesitaba a su lado a otro tipo de mujer. Tomó un largo trago de la copa que tenía entre las manos, mirando la tarima del karaoke, donde en esos momentos su tío Humberto, totalmente desatado, desinhibido y entregado, se arrancaba con una copla ante los aplausos de su público.

—¿Ya has encontrado a la persona con la que te gustaría casarte, Hans? —preguntó, de forma tímida, temiendo la respuesta.

El nombre de Maritte flotó en el aire, y miró al arquitecto, con una verdad traspasándola. Hans terminaría con la modelo, y ella sumergida en el pozo de los recuerdos. Quizás ya habían firmado el final sin saberlo, y estos momentos eran sólo el epílogo de una historia que no cuajó.

—Sí —suspiró el arquitecto—. Pero la situación con ella es...complicada.

—Entiendo. Pero no deberías agobiarte por ello, estoy segura de que conseguirás arreglar las cosas, y, quién sabe, algún día hasta pedirle matrimonio.

—¿Pedirle matrimonio?

—Sí, claro, ¿Por qué no? Ella te responderá que sí, estoy convencida.

Hans se giró completamente hacia ella, con expresión de desconcierto. ¿Carla había dicho que...? No, debía tratarse de un malentendido.

—¿Me dirá que sí? —preguntó él, y ella creyó morir en ese instante.

—Sí, ¿Por qué no? —Cielo santo, iba a llorar de un momento a otro —Está enamorada de ti desde que te vio por primera vez.

Se hizo un silencio, mientras la expresión de Hans mutaba por segundos, y Carla sentía que iba a caerse al suelo. No podía seguir manteniendo esta conversación. Primero la ausencia de Gael, y ahora la boda imaginaria entre Hans y Maritte. Tenía que irse de allí cuanto antes. Agobiada, se levantó, señalándole la barra.

—Enseguida vuelvo, espérame...espérame aquí, yo...necesito...ahora vuelvo —dijo, cogiendo los vasos de ambos entre las manos, y salió de allí con premura, ante el gesto de estupefacción del austríaco, que apenas pudo parpadear, asintiendo.

Hans la contempló alejarse, intentando disimular el temblor que en ese instante le recorría de pies a cabeza, mientras una sola frase se repetía sin cesar en su corazón.

Le quería.

En el otro extremo del jardín, Carla apoyaba su mano sobre la barra, con una sensación inmensa de tristeza y pérdida. Algún día Hans hincaría la rodilla ante Maritte, y ella quedaría sumergida en el pozo de los recuerdos. Jamás estarían juntos, jamás lo estarían, y tenía que aceptarlo. Debía empezar a alejarse de él, empezar a poner distancia, porque no sería capaz de decirle adiós para siempre cuando llegase el momento. Porque ese día estaba cada vez más cerca, y ella no iba a poder soportarlo, no cuando lo que sentía por él no hacía más que aumentar, haciéndose fuerte en su corazón. Suspiró, conteniendo las lágrimas, cuando notó una presencia a su lado, y se giró, encontrándose a su tía Amparo, que la miraba sonriente. Eran prácticamente iguales, y muchos las tomaban por madre e hija.

—Amparo, qué alegría, creía que ya os habríais ido.

—No, cariño, aún estamos por aquí.

La mujer señaló un punto, y Carla vio a su tío Paco haciendo cola con un plato en las manos donde estaban ensartados todo tipo de frutos rojos esperando su turno para ser envueltos por una ligera capa de chocolate. Llevaba puesto un elegante esmoquin, que resaltaba su tez bronceada.

—Nada puede competir con el chocolate, supongo.

—No, hija, no —suspiró—. Es lo que tienen los hombres. Solo piensan con un órgano, y es con el estómago, que no te engañen.

—Lo tendré en cuenta —rio.

—Haces bien. Por cierto, lamento el mal rato que te hizo pasar el pinchadiscos antes. Tuve que sujetar a tu tío para que no te terminase sacando a bailar él cuando la gente empezó a murmurar.



—¿De verdad me iba a sacar a bailar?

—Sí, pero se detuvo cuando vimos que un hombre rubio y alto que avanzaba hacia ti con decisión, mientras todos se iban apartando a su paso. Agarré a tu tío, y le dije que nuestra pequeña estaba en buenas manos. Y no me equivocaba.

Carla se estremeció, recordando las manos de Hans posadas en su cintura, y cómo se mecieron los dos al compás por la pista.

—La verdad es que me dio una sorpresa, no esperaba que viniese.

—Por la cara que pusiste, te creo. La verdad es que no me imaginaba a Gael así.

—No, él no es Gael —bajó la vista—. Él es Hans, es...es un buen amigo mío. Gael no...no ha podido venir.

—Vaya, pues suerte que Hans sí —le guiñó el ojo.

Carla miró hacia él, y sus ojos se cruzaron.

—Bueno, cariño —empezó su tía—, pásalo bien y espero que nos veamos pronto.

Amparo le dio un beso en la mejilla, sonriendo, y se alejó de forma tan discreta como llegó, dejando a la joven sola con las dos copas llenas. En ese momento apagaron todas las luces para emitir un vídeo homenaje a los novios, y los invitados se posicionaron frente a una enorme pantalla que habían colocado en el césped. Caminó hacia él, y, sin apenas darse cuenta, sus dedos se entrelazaron. ¿Por qué sus cuerpos actuaban solos cuando estaban cerca el uno del otro?

El vídeo comenzó, y los asistentes empezaron a llorar, aplaudir y reír a la vez, al ver el largo periplo que habían atravesado Mateo y Samuel para llegar a estar juntos. Porque de eso se trataba el amor. De ser felices, pese a la adversidad, pese a todas las diferencias. Las imágenes continuaron y la sala irrumpió en carcajadas cuando incluyeron fotos de ellos de pequeños en excursiones familiares, y Carla se tapó la boca varias veces, mientras miraba hacia Hans, suplicándole, entre risas, que cerrara los ojos y no la viese así, en chándal, coletas y aparato dental, a lo que el austríaco respondió con una sonora carcajada.

Cuando todo pareció ir calmándose, y las risas empezaron a descender entre los asistentes, se alejaron de aquel jolgorio, dirigiéndose a la otra parte del jardín, a la fría noche. Se sentaron en un banco de piedra bajo uno de los coquetos sauces que rodeaban un pequeño lago artificial. Hans se quitó la chaqueta, y se la puso por encima. El olor del arquitecto la envolvió, sintiendo

el calor de su cuerpo en la prenda.

—Hans...yo... —inspiró —quería darte las gracias por venir hoy. No tenías por qué haberlo hecho.

—No hay qué darlas. A mí también me apetecía venir.

—Sí, lo sé. Pero...quería darte las gracias no solo por venir hoy. Quiero darte las gracias por todo lo que, con tu simple presencia, has traído a mi vida. Y agradezco al destino, al azar o lo que sea que ha hecho que tú y yo nos encontremos, porque te has convertido en una de las personas más importantes de mi vida.

Hans se quedó completamente quieto, incapaz de reaccionar. La comercial vio cómo los azules ojos del austríaco se humedecían mientras apartaba suavemente sus manos de las suyas, y se regañó mentalmente por lo que había dicho. ¿Por qué le había soltado todo eso, así, de sopetón, sin pararse a pensarlo siquiera?

—Hans, lo siento, yo...

—Te llevo a casa, ¿de acuerdo? —susurró él, y ella asintió.

Estaban a punto de dejar que sus sentimientos se desbocasen, y aún tenían que resolver demasiados espacios en blanco. Cruzaron toda la sala, sorteando a los invitados, con sus manos entrelazadas, y sus corazones saltando desbocados.

El *Lexus* rugió en cuanto Hans aceleró por la autopista, con la suave música de Tom Leeb de fondo, mientras los dedos de ambos se acariciaban, se tocaban, y sus miradas decían lo que sus labios eran incapaces de pronunciar. Hans no era un capricho pasajero, ni un parche emocional con el que suplir las ausencias de Gael. Sentía algo por el arquitecto, algo que estaba haciéndose cada vez más fuerte, y debía afrontarlo. Se estaba enamorando de él, lo estaba haciendo. Llevaba haciéndolo desde que lo vio por primera vez.

Siguieron corriendo por la autopista hasta convertirse en una mancha roja por la carretera. Al llegar a la calle de Carla, Hans detuvo el coche, y apagó el motor. A esas horas el silencio más absoluto reinaba en ese bullicioso barrio. Se quedaron mirándose, ahogándose en las pupilas del otro, y sus cuerpos se aproximaron solos. En ese momento distinguió una mancha azul por el extremo del ojo, y su cabeza estalló al reconocer el coche de Gael aparcado a apenas veinte metros de donde estaban ellos. Su chico tenía el teléfono en la mano, y lo miraba cabizbajo, sin percatarse siquiera de su presencia. Pasaron varios segundos en los que ninguno de los dos dijo nada, hasta que al fin el arquitecto habló, con voz ronca.

—No le esperabas aquí, ¿Me equivoco? —ella negó con la cabeza, y se quedaron en silencio, con el corazón a punto de reventar—. Es un *Sedán*, ¿Verdad?

—Eh...sí.

Hans suspiró, y puso una mano en la palanca de cambios, cabizbajo, mientras la garganta de Carla se cerraba en banda.

—Es el mismo modelo y el mismo color que el que tenía yo antes. Me dio mucha pena desprenderme de él cuando se estropeó definitivamente.

Los ojos de Carla se humedecieron solos, y se quedó mirando hacia él.

—Hans...

—Las despedidas son siempre difíciles —suspiró—. Decirle adiós a algo que sabes que no va a volver es de las cosas más duras que hay en esta vida.

Volvieron a quedarse en silencio, mientras las lágrimas tomaban posiciones al borde de sus pestañas, y el ambiente empezaba a llenarse de esa melancolía que precede a las despedidas. Carla inspiró, posando su mano sobre la de Hans, y el pulgar de él se deslizó por el dorso de su mano, acariciándola, y sintió que se estaba rompiendo en pedazos dentro de ese coche.

—Hans, yo...

—Gael te espera, Carla.

Hans la besó en la mejilla, tomándola por la nuca, y ella le abrazó, acariciando los tatuajes suavemente. El austríaco se estremeció, luchando con la enorme tristeza que iba a aniquilarle por completo en cuanto la mirase por última vez, y salió del coche, notando los ojos del arquitecto posados en ella, sintiendo que su corazón se estaba rompiendo en ese instante.

Cerró la puerta del *Lexus* con suavidad, y fue hasta el coche de su chico, caminando despacio. Gael levantó la vista, y sus ojos se encontraron, expectantes ante lo que iba a suceder, y pudo ver cómo su mirada se rompía al reconocer el traje de la boda. Le vio cerrar los ojos con fuerza, maldiciéndose, por haberle fallado una vez más.

Solo que ya era tarde. Carla alzó la barbilla, buscando el valor para enfrentarse al final de su relación. Gael merecía ser libre para buscar su propia felicidad, una felicidad que ella jamás podría darle, por más que lo intentase. El biólogo salió del coche al verla llegar, y se quedaron uno frente al otro en medio de un inmenso silencio.

—Gael, yo...

—No, por favor. No —la cortó—. No sigas porque ya sé lo que vas a decir, y no...no puedo oírlo, cariño. No puedo, así que por favor, te pido que me

dejes hablar a mí primero. Por favor.

Inspiró, y asintió, sabiendo que nada, absolutamente nada de lo que dijese, la iba a hacer cambiar de opinión.

—Perdóname, Carla —empezó—. Perdóname por no darme cuenta de que me necesitabas, por anteponer mis necesidades por encima de las tuyas, perdóname por...todo, cariño, perdóname por todo lo que he hecho mal, pero, sobre todo, por lo que no he hecho. Sobre todo por eso, por lo que no he hecho, por todo lo que te he quitado, por todo lo que te arrebaté. Nos arrebaté.

—Gael...

—Por favor, déjame acabar, por favor. Yo... —se mordió el labio con fuerza, intentando buscar las palabras adecuadas—, sé perfectamente que ahora mismo no puedes perdonarme, y por eso te ruego, te suplico que, si aún sientes algo por mí, por pequeño que sea, te aferres a eso para decidir si le das otra oportunidad a lo que tenemos.

—Lo sé, sé que lo sientes, y yo también lamento lo que ocurrió, pero eso me ha hecho pensar en nosotros, y en el futuro que nos espera.

—¿El futuro? Quiero estar contigo el resto de mi vida, Carla, y quiero hacerlo porque te quiero, por supuesto que te quiero.

—Sí —inspiró—, lo sé, Gael, y yo también te quiero, por supuesto que lo hago, pero, gracias a lo que ocurrió, sé que no estoy a la altura de las expectativas que tienes respecto a esta relación.

—¿Qué...qué estás diciendo?

—El afecto no lo es todo. Yo nunca...yo nunca llegaré a ser la chica que necesitas a tu lado, Gael, jamás llegaré a serlo, y por eso creo que mereces algo que yo no te puedo ofrecer, ni podré ofrecerte nunca.

—Eres inmensamente perfecta, Carla. Te quiero por cómo eres, y no por quién querría que fueses. No podría ser tan egoísta como para eso. Te quiero, más que a nada, y he tenido que estar a punto de perderte para darme cuenta de que no puedo estar sin ti. Solo quiero tu corazón, solo eso.

—Y lo tienes, lo tienes por completo, pero...

Aquello dolía, maldita sea, dolía muchísimo.

—Por favor, dame...dame otra oportunidad. Te lo suplico.

—Gael...no...

—Por favor, Carla, te lo ruego. Dame otra oportunidad, y te demostraré que la historia de amor más hermosa que jamás se haya escrito es la nuestra.

Y eso fue todo lo que ella necesitó para comprender, al fin, lo que era Gael en su vida. Era tierra firme tras un naufragio, el paracaídas que se abre en

pleno salto al vacío, la cuerda que nos ancla a la vida cuando creemos que todo está perdido. Era todo lo que ella necesitaba para vivir, era su destino. Era su presente, su pasado y su futuro. El primer niño del que se enamoró. El único hombre con el que ella querría pasar el resto de su vida.

—Gael...

—Me estoy volviendo loco sin ti, Carla. Completamente loco.

Gael se aferró a ella con fuerza, y la rodeó con sus brazos, y la besó, diciéndole en ese beso todo lo que no podía decir en voz alta. “Perdóname, te he echado de menos, no quiero alejarme de ti, lo siento, lo siento tanto...” Se anudaron en un beso cargado de tanto afecto que ambos creyeron que se les iba a romper el corazón, y ella se sintió como una princesa de cuento entre los brazos de un príncipe encantador, mientras escuchaba el *Lexus* arrancar y tomar velocidad, haciendo vibrar la carretera. Volando, casi despegando.



La imagen de Carla y Gael abrazados torturaba al arquitecto como jamás creyó que nada lo haría. Carla siempre volvería con Gael, siempre, y él siempre se quedaría mirando cómo ella volvía a sus brazos mientras su corazón se hacía añicos. Ya era tarde para ellos. Con el tiempo, él pasaría a ser sólo un doloroso recuerdo de algo que pudo ser y nunca fue. Cerró los ojos, imaginando cómo sería su vida sin esa española de ojos oscuros como la noche, y sintió que se ahogaba. Llegó a la ciudad, y aparcó el *Lexus* frente a una preciosa casa con un cuidado jardín en la entrada. Sacó el teléfono, y marcó un número que contestó al segundo tono.

—¿Diga?

—Hola, Sabine.

—¿Hans, eres tú?

—Sí, preciosa, soy yo. Estoy frente a tu casa.

Se oyó un sensual ronroneo al otro lado, y la chica susurró.

—Enseguida bajo.

—Te espero —dijo él, y colgó.

Hans cruzó sus manos sobre el volante, y apoyó el mentón en la tapicería de cuero, mirando la puerta de la casa de Sabine, esa belleza noruega que siempre conseguía que se olvidara de todo. Se habían conocido meses atrás en el club. Era azafata, y sus intempestivos horarios casaban a la perfección con los suyos, así que solían quedar para un asalto en los reservados del club, o en

su casa, cuando él salía del despacho de madrugada.

Ella nunca le pidió nada más, y él tampoco a ella. Solo deseo desenfrenado saciado en un par de horas, y ya está. Solo eso. Ella le llamaba cuando se peleaba con su novio, un piloto de una aerolínea comercial, y él cuando necesitaba despejarse. Y ahora necesitaba olvidarse de esos ojos negros que le dejaban sin respiración cada vez que le miraban. En ese instante una chica de melena dorada salió a recibirle con un vestido transparente de color negro que apenas tapaba nada de su estupenda anatomía. Hans salió del coche, y la chica se anudó a su cuello, susurrando.

—Mi vuelo sale a Toronto en tres horas.

—Pues entonces habrá que darse prisa —dijo, devorando sus labios sin darle un solo segundo de tregua.

Hans la alzó por los muslos, encajándola contra sus caderas, y entró en la casa, yendo hacia el dormitorio de la azafata. La tumbó en la cama, besando, acariciando, mordiendo su cuerpo, mientras ella se arqueaba y gemía. Le arrancó el fino vestido y la ropa interior, haciendo lo mismo con su ropa. Hans posó su pulgar sobre sus labios, e introdujo su dedo en su boca. Sabine lo lamió con fruición, mirándole de forma provocativa, y Hans sonrió, tomándola del pelo, con suavidad, haciéndola descender por su cuerpo, y se dejó llevar por completo, cuando los labios de la azafata rodearon su deseo con la fuerza de un ciclón.

Cerró los ojos, dejando que la noruega borrara todos sus recuerdos. La boca de Sabine siguió torturándole dulcemente mientras él arañaba las sábanas, y guiaba sus movimientos con la mano enredada en sus cabellos, imaginándose que era otra joven de pelo oscuro la que estaba con él en ese momento. Pero no lo consiguió. Tumbó a la noruega sobre la cama, y la embistió con dureza.

Sus dedos corrieron hábiles hacia su centro, y se deslizaron en su interior, acariciando, excitando, mientras seguía embistiéndola, y la joven gimió su nombre una y otra vez, hasta que empezó a temblar, con los músculos tensos, expectantes, ante la explosión final, mientras Hans seguía llevándola al límite hasta que la piel de ambos estuvo completamente cubierta de sudor, y sus labios, y todo su cuerpo, ardiendo.

—Haz que me olvide de todo, Sabine.

—Pues piérdete en mí, Hans. Piérdete por completo.

Y Hans se perdió en el cuerpo de la azafata de la forma más salvaje.

Las siguientes cuatro semanas transcurrieron en una vorágine de reuniones de última hora, carpetas, gráficos e informes con números en rojo. Y sin noticias de Hans. El austríaco no volvió a contestar ninguno de sus mensajes, ni sus llamadas. Carla seguía levantándose para contemplar cada amanecer, y le enviaba un mensaje acompañado de una fotografía, como hacían antes de que todo ocurriera, confiando en que él le respondiera.

«Que descanses, Hans. Buenas noches. Besos, Carla.»

Todos los días el mismo mensaje. Todos los días la misma respuesta. Silencio. Guardó el móvil, mirando el cielo, empezando a asumir que se había despedido de ella para siempre aquel día mientras estaban en su coche. Su historia tenía escrito el final sin haber escrito una sola letra del primer capítulo. Ya eran pasado. Pasado que debía ser enterrado y olvidado. Hans había puesto distancia, y ella debía respetar su decisión, por dolorosa que fuera. Pero ella no podía decirle adiós, aún no. No, cuando aún su perfume estaba aún anclado en su memoria. Apoyó la mano en el frío cristal de la ventana de su dormitorio, mirando la oscura noche, buscando frases que consiguieran consolarla lo suficiente. Pero no lo consiguió.



Ricardo abrió una nueva cerveza y tiró la tapa sobre la mesa de jardín de Hans, haciendo que el pequeño proyectil de aluminio rebotara y cayera al suelo, para desesperación del arquitecto.

—No das una, macho. Y con esta ya van cinco.

—Bueno, la última casi cae dentro, así que eso me da puntos por intentarlo.

—Pues deberías dejar de intentarlo, al menos en mi jardín.

—No seas así, hombre —sonrió—. Si Vero me ve haciendo esto en casa, soy hombre muerto, ya lo sabes.

Hans miró alrededor, viendo las botellas vacías de cerveza por el suelo, y los paquetes de todos los *snacks* salados que Ricardo había devorado y que ya formaban una pequeña alfombra a los pies.

—Pues como sigas por este camino, el que te va a matar soy yo.

—¿De verdad matarías a tu amigo del alma por ensuciarte tu maravilloso jardín?

Se empezaron a reír mientras daban otro trago a sus cervezas. La visita del abogado en casa de su amigo tenía poco de relajada. Verónica le había insistido hasta la extenuación para que intercediera entre Carla y el arquitecto y solucionasen la situación tan tensa que había entre ellos. Él había accedido, además de por el poder persuasivo de su chica, por su amigo. Era consciente de que Carla no era un capricho pasajero para Hans, sino algo más, algo por lo que él llevaba años rogando. Pero con lo que no contaba es que la chica por la que la que él había estado rogando llegara con un novio bajo el brazo. Ironías de la vida.

—Imagino... —empezó el austríaco —que, aparte de para saquearme la nevera, beberte todas mis cervezas, y ensuciar mi jardín, has venido para hablar de Carla, ¿Verdad? —dijo un nuevo trago—. E imagino, también, que tu pelirroja preferida está detrás de esta pequeña encerrona. ¿O no?

—Te vuelves a equivocar. Sasha le dijo a Vero que llevas el último mes acostándote con todas las bellezas del club, y, como amigo tuyo que soy, eso me preocupa.

—¿Desde cuándo te preocupa que me acueste con todas las chicas que se me antoje, eh?

—Porque sé de sobra que cuando metes en tu cama a una chica tras otra, es porque te pasa algo. Soy tu amigo, Hans, maldita sea.

—Pues yo, como amigo tuyo que también soy, te recuerdo que tú, precisamente, no eres quién para darme consejos sobre ese tema. ¿Quieres que te refresque la memoria y te diga a cuántas has metido en tu cama antes de conocer a Verónica? ¿De verdad quieres que te lo diga?

—No hay que ponerse así —dijo, incómodo—, no saques las cosas de quicio.

—Pues no me toques las narices.

—No te estoy tocando las narices —empezó el abogado, para alejar la pequeña nube gris que se había formado en el ambiente—, he venido porque estoy preocupado por ti. Estás raro, más de lo que sueles estar, y me pregunto si cierta morena de ojos negros y apetecible trasero respingón tiene algo que ver.

—Olvidando lo que acabas de decir de su trasero, que ya me gustaría saber qué narices haces mirándole el trasero a Carla —espetó, con dureza, y



Ricardo sonrió. Por fin su amigo reaccionaba—, solo te diré que te metas en tus asuntos.

Ricardo sonrió mentalmente. Iba a picar a Hans a base de bien hasta hacerlo reaccionar.

—Es que Carla y su trasero respingón son asunto mío desde que mi mejor amigo decidió hacerla dueña de su corazoncito —le miró con fanfarronería—. Estás enganchadísimo a esa chica desde que la viste por primera vez, y todo ha ido empeorando desde entonces.

Hans miró a su amigo, con gesto hosco. Sí que estaba enganchado a Carla, y como nunca lo había estado a ninguna mujer en su vida. Y la echaba de menos cada maldito día. Y los mensajes que recibía cada mañana de ella no hacían sino agrandar ese dolor, al darse cuenta de que jamás iban a estar juntos. Carla era de otro, y él había llegado tarde.

—Vaya, vaya, así que hasta los huesos, ¿eh?

—Déjame en paz.

—No, no voy a hacerlo. Maldita sea, Hans, reacciona, reacciona de una vez. ¿Por qué no habláis de lo que sentís el uno por el otro y lo arregláis en la cama, como hace todo el mundo?

—¿Qué lo arreglemos en la cama? ¿Pero te estás oyendo? ¡Tiene novio, Ric!

—Vale, lo pillo, duerme con otro.

—Sí, ¿Y qué?

—Otro, que no eres tú —continuó el abogado, disfrutando del momento—, que la desnuda cada noche, que conoce el sabor de su piel, de sus labios...

—Cállate.

—Y sabe cómo excitarla hasta hacerla gem...

—¡Basta ya! —rugió.

El abogado lo miró, y dejó la cerveza sobre la mesa. La reacción y la expresión atormentada de su amigo acababan de desconcertarle por completo. Hans no solo se sentía atraído por Carla. Estaba enamorado de ella, y de una forma tan profunda que ya no había vuelta atrás.

—Hans, lo siento, tío, no quería...

—Ya sé que está con otro —resopló, con gesto de rabia—. ¿Vale? Ya lo sé.

—Sé que no soy nadie para entrometerme, pero que dilates los plazos en el tiempo solo va a provocar más dolor, así que hablad claro de una santa vez antes de que esto termine mal, porque así es justamente como va a terminar.

—No puedo hablar con ella, Ric. Ese es el maldito problema. Cuando he

intentado hacerlo, la...idea de que me rechace es...no puedo, no puedo hacerlo.

Su amigo lo miró, en silencio, y le dio un breve apretón en el brazo.

—No creo que ella te rechace.

—¿Qué?

—Carla y Vero están cada noche como veinte minutos intercambiando mensajes por el móvil hablando de ti. ¿Eso no te dice nada? —Hans se quedó sin saber qué decir, haciendo que Ricardo empezase a hacer aspavientos en dirección a él —¡Ella también te echa de menos, austríaco cabezón! ¡Oh, por Dios!

—Está bien, lo capto. ¿Y qué quieres que haga?

—Menos mal, ya entras en razón —tomó aire—. Vero ha planeado una salida al club esta noche. Llamará a Carla con un plan solo para chicas, y después apareceremos nosotros.

—¿Una encerrona? —preguntó, frunciendo el ceño —¿Le habéis preparado una encerrona?

—Algo así.

Hans torció el gesto. Aquello le parecía muy mala idea. Más que mala, en realidad. Pero, por otra parte, quería estar con ella, esa noche, más que ninguna otra cosa. Quería volver a contemplar esos oscuros ojos y esa preciosa sonrisa llena de calidez. Chocaron sus cervezas, y sonrieron, mientras el rostro de Carla volvía a llenar cada milímetro de la cabeza del arquitecto.



Del resto de la semana Carla apenas recordó nada. La situación se estaba complicando en la empresa. Paula apenas conseguía llegar a los mínimos de ventas pactados, bastante altos, y tuvo que quedarse con ella varias tardes para captar clientes para que su puesto no se viese comprometido. Lo único que le faltaba a esa desastrosa etapa es que su compañera más fiel se quedase sin empleo por culpa de una mala racha.

Paula estaba distraída, distante...era obvio que le ocurría algo, pero, por más que le había intentado sonsacar qué le ocurría, la rubia comercial se había cerrado en banda, aduciendo que estaba durmiendo mal, excusa que Carla no se creyó. La Paula jovial, alegre y divertida se había convertido en una chica taciturna, ausente...que la evitaba. A ella, y a Gael. Su chico ya había dejado de invitarla a ir al cine con ellos, a tomar tapas, o, simplemente, dar un paseo

por la zona antigua con ellos. Paula había puesto distancia también, como Hans, y eso le rompía el corazón, aumentando la sensación de soledad. ¿Por qué las cosas no podían ser como antes?

El miércoles a mediodía, tras haber respondido más de cincuenta correos, se levantó de su silla y fue hasta la máquina de café, intentando despejarse. Las frases 'rescisión de contrato', 'ajustes de plantilla', y 'reestructuración', empezaban a sonar con fuerza, y se hundió cuando una discreta llamada de Luis Déniz, su jefe directo, la hizo darse cuenta de lo que ocurría realmente. Iban a cerrar, iban a hacerlo, e iban a arrastrar a todos al fango, ya lo había visto otras veces en otras empresas. Estaban perdidos.

Apoyó el rostro entre las manos, intentando elaborar un plan, cuando su teléfono empezó a sonar. Había otra reunión. Se encaminó hacia la sala, arrastrando sus tacones por la moqueta, y entró en la sala, donde vio a otros jefes de zona con los rostros desencajados, y allí, en uno de los extremos, Ignacio Aranda, que la miraba con el rostro severo y sus labios contraídos. Se sentó lejos de él, para no aguantar sus comentarios, y se propuso obviar todos los dardos envenenados que pudiera lanzarle. Empezó hablando el jefe directo de ellos, y Carla palideció. Aquello era peor de lo que se había imaginado. Las cuentas no cuadraban, y habría despidos en breve. Ni siquiera Ignacio emitió una sola palabra, porque su puesto también peligraba.

—¿No hay otra alternativa? —preguntó —¿No se puede pedir otro crédito, u otra subvención?

—Ya las hemos agotado todas.

—¿Y no podemos cambiar los contratos a unos de prácticas, como becarios, para que al menos muchos trabajadores conserven sus empleos?

—A estas alturas eso no es posible.

—¿Y si reducimos los equipos comerciales? —intervino Gonzalo, otro jefe de equipo —Que cada jefe de equipo elija a sus tres mejores comerciales, y se quede con ellos, y que, los otros dos se vayan a la calle.

—No creo que sea buena idea, Gonzalo —dijo ella—. A más comerciales, más clientes, y...

—El dinero no crece en los árboles, florecilla —la cortó Ignacio, petulante.

—Solo digo que podríamos hablar con uno de los directores financieros y decirle que...

—Sí, claro. Por favor, señor director, mi amiguita y mi amorcito no pueden quedarse sin trabajo.

Carla se giró hacia él, enfurecida. Esa semana habían tenido varios

altercados en la reunión semanal de los equipos, y ella había tenido que reprimir con fuerza las ganas de darle un bofetón o tirarle uno de sus tacones a la cabeza. Y ahora parecía que había llegado el momento de poner en práctica alguna de esas dos opciones.

—¿Qué acabas de decir?

—Que no todos vivimos en un mundo de unicornios rosas como tú, Álvarez.

—Eso dice mucho de tu profesionalidad, Aranda.

—Solo digo que no creo que sea ético utilizar tu posición en la empresa para aprovecharte de tus subordinados.

—¿Qué estás diciendo?

—Gael Fernández es tu pareja, y trabaja para ti. No me parece bien.

—Lo que hago con mi vida privada fuera de aquí no es asunto tuyo, y siento decirte que tú no eres precisamente el más indicado para dar consejos sobre lo que es ético, o no, en el ámbito laboral.

—Al menos yo no intimo con mi pareja dentro del trabajo.

—¿Qué?

—¿No os estabais besando el otro día en la sala de café? Lo estabas haciendo, Álvarez, te vi perfectamente.

—¿Qué? ¿Te dedicas ahora a espiarme? ¿En serio?

—No te espío, solo planteo que es fácil imaginarse qué más habréis hecho en tu despacho a puerta cerrada en vez de estar trabajando.

—¿Pero cómo te atreves?!

El superior directo de ellos dos, Luis Déniz, frunció el ceño, mirando a ambos de forma alternativa. Ese no era el momento ni el lugar para otra de sus discusiones, y menos con la situación que estaban viviendo. El enfrentamiento fue yendo a mayores, hasta que se cansó, y tiró la carpeta con contundencia sobre la mesa.

—¡Basta Álvarez, basta Aranda! ¡Como uno de los dos vuelva a abrir la boca, os abriré expediente a ambos! ¿Entendido?

Los dos se miraron, midiéndose, y se quedaron en silencio. Esto no había acabado aquí. Tras dar por concluida la reunión, salieron todos de la sala de reuniones, cabizbajos y enfadados. La situación estaba a punto de estallar en cualquier momento, y muy pocos sobrevivirían a la próxima criba. Ignacio se encerró en su despacho, y levantó el teléfono, haciendo una llamada.

—López, soy Aranda. Acabamos de hablar con Déniz...sí, ya lo sé...Necesito que blindes el contrato de una chica...sí, lo sé...venga hombre, no me fastidies. Vale...Carla Álvarez...sí, ella misma...sí, ella es de las que deben

quedarse...Sí, estoy seguro...Blíndala, por favor, López. Gracias.

Colgó, resoplando. Cuando todo estallara, Carla debía quedarse en la empresa, daba igual a qué precio. Jamás podría tenerla, ya lo sabía, pero la necesitaba a su lado, necesitaba verla cada día, hacerla enfurecer, observarla desde la distancia, necesitaba eso. Necesitaba a Carla cerca de él, y de su oscuro y maltrecho corazón.

A las once en punto, Carla esperaba en el andén a Verónica. Su amiga había estado especialmente insistente para que salieran juntas esa noche, y ella había terminado accediendo. Verónica era realmente irritante e insistente cuando se lo proponía. Al fin su amiga llegó, saludándola de forma atropellada, y empezaron la noche recorriendo bares, hasta que Verónica se encaminó al club otra vez, fingiendo no saber a dónde se dirigían.

—Vero...por favor, no.

—Sólo quiero ver si está Ricardo, hablar con Sasha un rato, y después nos iremos, lo prometo.

Carla bajó la vista al suelo, refunfuñando. Lo último que necesitaba para acabar esa desastrosa semana sería cruzarse con Hans en el club y tener que ver cómo Maritte, u otra belleza de cuerpo perfecto y bolsillo repleto, se enroscaba en el cuerpo y los labios del arquitecto mientras ella miraba, sin poder hacer, o decir, nada. No podría soportar tener que ver algo así. Esa noche, no. Entraron al local, y su amiga la obligó a bailar lo que le pareció una eternidad, hasta que se alejó hasta la barra para reponer fuerzas.

—No te muevas de aquí, enseguida vuelvo. ¿Un Gimlet?

Carla asintió, poco convencida, y siguió bailando, mientras veía a la pelirroja alejarse. Cerró los ojos, meciéndose al ritmo de la música, pensando fingir un ataque repentino de gastroenteritis para salir de allí antes de que apareciese el arquitecto. Se moría por verlo, era verdad, pero el silencio de sus mensajes, y la negativa a responder sus llamadas dejaban bastante claro que no quería hablar con ella, y, estaba segura, que verla allí tampoco iba a ayudar a limar asperezas. Es más, lo terminaría de estropear.

Exhaló, cesando un movimiento a la mitad, y se giró, intentando localizar a Verónica en aquel mar de cabezas, cuando notó unas manos posadas en su cintura que la mantenían sujeta con fuerza. Se dio la vuelta, encontrándose a un chico musculoso que le clavaba las uñas cada vez más en la piel. Estaba completamente ebrio, y sus dilatadas pupilas indicaban que había tomado y mezclado varias sustancias más.

—Quítame las manos de encima.

El chico la ignoró por completo, y respondió empotrándola contra la pared y estampando sus labios contra los suyos, con violencia. Ella se revolvió, dándole una patada, y salió corriendo. Apenas pudo dar un par de pasos, cuando él la volvió a agarrar con fuerza, tirando de ella. Volvió a gritar, mirando hacia todos los que la rodeaban, que estaban demasiado borrachos para darse cuenta de que ella intentaba zafarse de las manos de aquel tipo.

—¡Suéltame de una maldita vez! ¡Que me suel...!

No pudo decir nada más. Sintió un golpe fortísimo, y la sangre llenó su boca. Se tocó los labios, y vio la palma de su mano completamente manchada de rojo.

«¿Me ha puesto la mano encima, de verdad?»

Gritó “Bastardo” segundos antes de empezar a correr otra vez, lejos de él, hasta que el chico la alcanzó otra vez y le retorció el brazo, estampando su cabeza contra la pared, y su cabeza estalló de dolor, mientras sentía un hilo de sangre saliendo de su nariz, que se mezclaba con el pequeño torrente que ya salía de su boca. La agarró por los brazos, y se encaminó a los aseos con ella a rastras. Su cabeza golpeó con fuerza contra las baldosas y todo empezó a dar vueltas. Se giró hacia él, viendo cómo colocaba una de las butacas contra la puerta, para que nadie pudiese entrar, y algo helado sacudió las venas de la chica. Aquello no podía estar pasando, no podía estar sucediendo de verdad. Se intentó incorporar para salir huyendo, cuando él la detuvo, tirándola al suelo otra vez, y volvió a golpearla contra el suelo, dejándola aturdida, y se tumbó encima de ella, subiéndole el vestido, mientras le inmovilizaba las manos.

—Maldito bastar...

El tipo le dio otra bofetada en la mejilla, y ella volvió a sentir la sangre inundando su boca y un fuerte pitido en los oídos, haciendo que todos los sonidos se escuchasen lejanos, y su cuerpo dejó de responder y de defenderse. El chico desgarró la parte superior de su vestido, rompiéndole una tira del sujetador, y ancló su boca en su escote. Colocó sus rodillas entre sus piernas, para que no pudiese juntarlas, y le rompió la ropa interior, mientras ella se revolvió.

—Esto no te va a gustar, zorra, te lo aseguro.

Ahí empezó el infierno en la tierra para Carla. Nunca recordó muy bien toda la secuencia de lo que ocurrió allí dentro, tan solo escenas, flashes. Sollozó, luchó, se revolvió. Peleó como nunca había peleado en su vida. Sintió el frío

de las baldosas, la respiración de él sobre su oído, como intentaba abrirse paso entre sus piernas mientras ella le golpeaba y se lo impedía, haciéndose daño. La piel de sus rodillas levantándose por los golpes, la música de fondo, la vibración del suelo que provocaba toda la gente bailando a la vez...pensó en todos los que estaban ahí fuera, sin saber que en ese instante, a apenas unos metros de donde estaban ellos, intentaban agredirla.

Le mordió el brazo con toda la fuerza que pudo, notando cómo su piel se desgarraba y la sangre de ese malnacido llenaba su boca. Él gritó, apartándose, y ella aprovechó ese escaso segundo que marcó un antes y un después en aquella caótica situación, y salió corriendo de allí con un reguero de sangre deslizándose por su rostro y su cuello.

Abrió la puerta, corriendo hacia la salida, perdiendo los tacones, pero ni siquiera así se detuvo. Siguió devorando metros hasta que sintió unos brazos atrapándola con fuerza, sujetándola, y empezó a gritar, aterrorizada, pero nadie se giró hacia ella para ver qué le ocurría. Nadie. Eso lo recordaría toda la vida. La pasmosa indiferencia de cuantos la rodeaban. De nada valieron las últimas súplicas, los últimos lamentos. Él no la soltó. Bajó la vista al suelo, mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas, mirando hacia los brazos que la tenían apresada, y estalló en llanto al ver las graffias japonesas de amor, valor y serenidad tatuadas sobre una piel que conocía bien.

Hans cruzó una mirada con ella, y las conexiones surgieron pronto en su cabeza. Se giró hacia Ricardo, que estaba a apenas unos metros de ellos, y al tipo, que se había detenido en mitad del pasillo, y su amigo asintió. Verónica apareció detrás, y el austríaco le lanzó las llaves de su coche, que la pelirroja cogió al vuelo, llevándose a Carla apresuradamente del club. Fueron sorteando a toda la gente que se apartaba a su paso sin dejar de mecerse al compás de la música, casi en trance. Encontraron el *Lexus* de Hans al otro lado de la calle, y se subieron a él casi a la carrera. Su amiga se sentó junto a ella, abrazándola, y susurró, nerviosa.

—¿Estás bien, pequeña?

—Creí que era...que era...y empecé a gritar, y...y...

—Lo sé —dijo, sacando un pañuelo de papel del bolso, y empezó a limpiar la sangre del rostro de Carla —.Te perdí de vista en un segundo, y desapareciste. Enseguida aparecieron Ric y Hans, y les dije que no te veía por ningún sitio, y ellos también empezaron a buscarte, hasta...que Hans te encontró.

—¿Quién...quién era ese tipo, Vero?



—No sé cómo se llama, pero no es la primera vez que ese miserable intenta sobrepasarse con alguna chica en el club. Nunca ha llegado a agredir a ninguna, pero tú ibas a ser la primera, estoy segura.

—¿Dónde están...dónde están ellos?

—Ocupándose del problema —murmuró con gesto sombrío, mirando hacia el frente.

—¿Qué van a hacerle?

Su amiga no respondió, y se limitó a besarla en la mejilla y a apretarla contra ella. Un agujero empezó a abrirse en el pecho de Carla, al recordar la mirada de depredador con la que Hans había mirado a aquel tipo. Una intensa zozobra se ancló en su mente, temiendo que le pudiese ocurrir algo al austríaco. Verónica siguió limpiándole el rostro, con cuidado, mientras ella sollozaba y miraba continuamente por la ventanilla.

A los pocos minutos los vieron aparecer por la acera, caminando con aplomo. Carla buscó la mirada del arquitecto, y él la esquivó moviendo el retrovisor. Tenía una magulladura en la mandíbula y los nudillos ensangrentados, con la piel levantada. Había manchas de sangre fresca en la camiseta y en los pantalones del arquitecto, y no era suya, estaba segura. Algo tembló en el interior de la chica, y cerró los ojos. Salieron de allí a toda velocidad en silencio. Se desviaron por la autopista y llegaron a un barrio en las afueras, donde estaba el piso de Verónica, que miró con gesto preocupado a Carla.

—Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Carla asintió y la abrazó otra vez.

Ricardo le dio un leve apretón en el hombro a su amigo, como despedida, y abrió la puerta trasera para abrazar a Carla con fuerza.

—Ya estás a salvo. Lo siento mucho, pequeña.

Carla empezó a sollozar otra vez, y Hans suspiró, mirando hacia su amigo, y se despidió de él con un movimiento de cabeza. Arrancó de nuevo, e hicieron el trayecto en silencio, con los sollozos de Carla de fondo. Llegaron al chalet del arquitecto, y él abrió la puerta de atrás, cogiéndola en brazos. Carla rodeó su cuello mientras sollozaba, y Hans entró en la casa, dejándola con suavidad en el sofá de cuero negro de la sala de estar, envolviéndola con sus brazos, casi acunándola, y ella se perdió en ese abrazo, sintiéndose inmensamente protegida. Permanecieron mucho tiempo así, mientras el austríaco la envolvía con su cuerpo de forma protectora.

—Carla —inspiró profundamente—, yo...lo siento, pero tengo que

preguntártelo, necesito saberlo por si tenemos que ir al hospital. ¿Ese miserable llegó a...?

—No, pero estaba a punto de...

El asintió, y cerró los ojos, pensando en que la historia podía haber sido muy diferente a estas alturas.

—¿Qué...qué le hiciste, Hans?

—Ese malnacido no volverá a acercarse a ti, ni a ninguna chica, tenlo por seguro —Carla tembló imperceptiblemente, y Hans suspiró—. Voy a buscarte algo para la hinchazón. Volveré enseguida.

—No hace falta, solo...¿Puedo usar tu baño? Necesito... —dijo, señalando las costras de sangre, y su ropa desgarrada —quitarme todo esto, y...

—Claro, ven, te llevaré hasta allí.

Hans se levantó y la acompañó hasta el baño de la planta de arriba. El suelo de pizarra negra y las piezas de color blanco roto creaban un fuerte contraste bajo las tenues luces del techo. Carla se sentó en una butaca, mientras veía cómo Hans abría el grifo, y sacaba de una estantería de cristal un albornoz y objetos de aseo. Cuando terminó de colocarlo todo, se agachó frente a ella, poniendo un dedo bajo su barbilla, y empezó a hablar con voz suave.

—Estaré aquí, ¿De acuerdo? No voy a dejarte sola jamás, Carla. Nunca.

Ella asintió, con las lágrimas a punto de salir de la frontera de sus pestañas, y clavó la vista en el suelo.

—Hans, no quiero que pienses que yo...ni yo misma soy capaz de entender lo que pasó, pero yo no...ese tipo y yo no...

—No tuviste la culpa de nada —secó las lágrimas de la chica con la mano, y la miró—. No puedes culparte por lo que ese indeseable intentó hacerte, no puedes permitirte jamás, ¿De acuerdo?

—Lo sé, pero...

—No. Tú eres la víctima, no él. Tú. ¿Entendido?

Ella asintió, y le abrazó con fuerza. El arquitecto le devolvió el abrazo, y la besó en la mejilla mientras Carla sentía que estaba completamente a salvo del mundo entre sus brazos. El austríaco le apretó el brazo levemente, y se retiró del cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí. Cuando Carla se quedó a solas otra vez, se despojó del vestido, dejándolo sobre la encimera, y se quedó mirándolo. Desgarrado, roto, casi hecho jirones. Temerosa, se acercó al espejo, y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos sin control al ver todas las magulladuras que tenía en el cuerpo. Ese indeseable la había golpeado con saña.

Avanzó a trompicones hacia la ducha, sentándose en la fría piedra del suelo y dejó que el agua corriera, con la esperanza de que se llevase todos los malos recuerdos de esa noche, pero no lo hizo. No se llevó el miedo, ni la rabia, ni la impotencia que sintió. Esas finas y líquidas agujas heladas no se llevaron nada, todo permaneció anclado en su memoria. Pronto el suelo se tiñó de rosa, y se enjabonó casi sin hacerlo, permaneciendo bajo el agua hasta que salió helada, recordando todo el pavor que sintió. Salió de la ducha, y se puso el albornoz, recordando todo el pavor y la rabia que había sentido en aquel baño, tirada en el suelo, incapaz de defenderse más de lo que había hecho.

Todos los recuerdos la rodearon como una serpiente, asfixiándola, y empezó a llorar otra vez, abrazándose para no romperse en pedazos, mientras escuchaba unas rápidas pisadas en el pasillo, una puerta abrirse, y unos brazos rodeándola. Jamás creyó que sentiría todo el torrente de emociones que la envolvieron en ese momento. Abrió los ojos, encontrándose con los azules ojos de Hans frente a ella, humedecidos por las lágrimas que estaban brotando también de sus ojos. Fue una sensación de cercanía y de conexión tan intensa la que sintió en ese momento que tuvo la sensación de que eran una sola persona. Hans la cogió en brazos, y la llevó hasta el dormitorio, donde la abrazó con fuerza hasta que ella se quedó dormida.

Dos horas después, y cuando se aseguró de que Carla dormía profundamente, Hans se levantó con cuidado de no despertarla, y bajó hasta la cocina. Se apoyó en la encimera, viendo a través del ventanal cómo el día se abría paso, y por primera vez esa imagen no tuvo un efecto renovador en él. Miró las heridas de sus nudillos, y cogió una bolsa de hielo para intentar mitigar el dolor, que ya era insoportable. Tenía varios nudillos fracturados, estaba seguro. Presionó el hielo sobre sus manos varios minutos, mientras recordaba todo lo que había ocurrido esa noche.

Apenas habían puesto un pie en el club, Verónica se había acercado a ellos, alarmada, porque no encontraba a Carla por ninguna parte. Él había ido inmediatamente hasta uno de los aseos, pensando que estaría allí, cuando la vio corriendo hacia la salida. Ni siquiera reparó en que estaba herida. La agarró y ella le clavó las uñas gritando, desesperada. Y fue entonces cuando vio la sangre, su vestido destrozado, los moratones. Y a ese tipo corriendo tras ella. Ni siquiera lo pensó. Dejó a Carla con Verónica, y salió tras él. La ira le hizo descargar toda su furia sobre el cuerpo de ese miserable, sin pausa, hasta que el abogado consiguió apartarle para que no le siguiese golpeando.

“ —Hans, déjalo ya, vas a matarlo!; Hans, maldita sea, Hans, vas a matarlo,

déjalo, ya! ¡Hans, joder!”

Había soltado a aquel tipejo, que cayó inconsciente al suelo, y la sangre le salpicó los pantalones. Se pasó las manos por el pelo, frenético, enlazándolas en la nuca, soltando un profundo alarido de rabia. Ese tipo podía haber violado a Carla esa misma noche, y él no hubiese podido hacer nada para evitarlo. Nada.

Hizo crujir la mandíbula, volviendo al presente, y arrojó los cubos de hielo al fregadero, mientras gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas, sintiendo la impotencia, el asco y el miedo que Carla debió sentir como propios. Se quedó en el jardín, mientras el pasado volvía a él de forma imparable. Sabía de lo que hablaba.

Él tan solo tenía trece años cuando ocurrió, pero los recuerdos seguían tan vivos como entonces. Era viernes por la tarde, y él estaba en el despacho de su padre, un famoso psiquiatra austriaco, haciendo unas fotocopias para un trabajo de clase. En ese instante sonó el timbre de la puerta, y él se acercó al portero automático. Vio por la pequeña pantalla azul a una de las pacientes de su padre, Helga Schneider, y estiró la comisura de la boca.

“ —Hola Helga, mi padre no está.”

“ —Hola, Hans, sí, lo sé. Acabo de hablar con él por teléfono porque he olvidado mi bufanda en la consulta, y me dijo que estarías aquí usando el ordenador para un trabajo de clase, y que podrías abrirme.”

Él le había abierto la puerta confiado. Conocía a esa mujer desde hacía años, prácticamente desde que era un niño. Tenía unos cuarenta años y era una de las pacientes más antiguas de su padre, y siempre se portaba bien con él y con su hermana. La había dejado pasar al despacho, tras saludarla brevemente, y había vuelto a la fotocopidora otra vez, a sumergirse entre apuntes. Helga se acercó hasta él, con la bufanda en la mano, y le había sonreído.

“ —Vaya, Hans, qué disciplinado eres. Otros chavales de tu edad estarían ahora besuqueándose con sus novias.”

“ —Pues suerte que yo no tengo, o no habrías recuperado tu pashmina.”

La mujer se rio, asintiendo.

“ —Pero tendrás a muchas chicas locas por ti. Eres guapo, bastante alto para tu edad, inteligente, atractivo...Eres el sueño de cualquier chica.”

“ —Eso lo dices porque gracias a mi falta de novia has podido recuperar tu pañuelo.”

Se había reído, una leve carcajada, y se interrumpió al notar cómo Helga se acercaba por detrás y empezaba a tocarle.

Se quedó en *shock*, incapaz de reaccionar, hasta que la mujer le hizo girarse y, poniendo un dedo sobre los labios en actitud amenazadora, se acercó a centímetros de su rostro.

“ —Como abras la boca, le haré la vida imposible a tu familia. Así que sé buen chico y ahórrales problemas.”

Hans quiso morir en ese momento. Su marido era un importante político, y sus contactos se extendían por toda Europa. Helga le desvistió despacio, y empezó a acariciarle, pegando su cuerpo al suyo. Cerró los ojos durante todo el tiempo que duró aquello, incapaz de enfrentarse a esa situación, sintiendo como esa mujer le tumbaba en el diván de su padre, y sintió sus labios recorriendo su cuerpo y su lengua por su abdomen, mientras él miraba el techo y solo pensaba en que aquello no estaba sucediendo, que nada de eso estaba pasando, que era una pesadilla.

La sintió subirse a horcajadas sobre él y encajó, de un certero movimiento, sus caderas contra las suyas, y el olor de su perfume impregnó su piel. Apenas pudo contener las lágrimas cuando supo que aquella mujer le obligaría a mantener relaciones completas con ella. Se había imaginado aquella escena cientos de veces con alguna chica de la que estuviese enamorado, y esa mujer acababa de robarle uno de los momentos más memorables de su vida. Helga siguió meciéndose contra él durante lo que le pareció una eternidad, hasta que todo terminó, y ella se levantó, con gesto satisfecho. Le acarició la mejilla, y le besó, metiendo su lengua en su boca.

“ —Además de guapo, eres un amante magnífico. ¿Con cuántas chicas habías estado ya?”

Él negó con la cabeza, avergonzado, incapaz de aguantar ya las lágrimas, y un gesto de sádica satisfacción llenó el rostro de Helga.

“ —Vaya, así que he tenido el honor de ser la primera. Bueno, al menos ahora sé que jamás te olvidarás de mí. Te llamaré pronto, Hans. Y ya sabes — puso un dedo en sus labios—. Ni se te ocurra decir una palabra sobre esto.”

Él se incorporó, con el rostro entre las manos, y estalló en llanto. Aquello no había acabado. Helga salió del despacho, y él fue corriendo al baño y vomitó todos los nervios que se habían quedado atascados en su estómago. Pronto el despacho de su padre fue sustituido por su casa, y allí empezó el infierno de verdad.

La primera vez que le citó, él llegó temblando, con náuseas, y la siguió hasta el dormitorio, en la segunda planta de aquella enorme mansión. Cruzó el umbral de aquella lujosa estancia donde una gigantesca cama con doseles y

cortinas rojas presidía la habitación. Hans cerró los ojos mientras ella le desnudaba y dejó que le condujese hasta la cama. Ya sabía lo que le esperaba, y no quería ver nada. Se tumbó, intentando desconectar su mente, cuando oyó una voz masculina.

Abrió los ojos de golpe y vio al marido de Helga, Edmund Schneider, un importante gestor público con influencias, sentado en una esquina de la cama con una cámara de vídeo, observando aquella depravada escena vestido solo con un batín de raso rojo. Sus azules ojos se estiraron acompañando una sonrisa de hiena, y se peinó sus oscuros cabellos con los dedos. Ese hombre salía prácticamente cada día en los informativos de la televisión por su brillante gestión y su reputación de honrado político. Pero ahora estaba frente a él, casi desnudo, con una mirada de lascivia salvaje tan evidente que Hans comenzó a temblar. El hombre accionó la tecla roja que iniciaba la grabación, y cogió una de sus manos, poniéndola sobre su torso, y se acercó a su oído, susurrando.

“ —Vas a ser nuestro pequeño juguete por unas horas, así que empieza a relajarte, o lo vas a pasar muy mal, te lo aseguro.”

En ese momento, vio cómo la puerta se abría y entraban dos guardaespaldas del marido de Helga, que se quedaron de pie frente a la única salida de la habitación, impidiendo la única escapatoria que le hubiese quedado.

—Klaus y Tom se encargarán de que no se te ocurra hacer ninguna tontería, como escaparte, o hacernos daño. Y, por supuesto, como se te ocurra decir algo, este vídeo lo verá todo el mundo. Y no quieres eso, ¿Verdad que no?”

Sintió un fuerte golpe en la cabeza, y todo se tornó negro, y el dolor llenó todo el espacio de su cabeza. Los guardaespaldas le obligaron a ponerse de rodillas en el suelo, y lo inclinaron sobre la cama. Hans siguió gritando y revolviéndose cuando sintió las duras manos del hombre sobre sus caderas y sus rodillas separándole las piernas con brusquedad. Gritó cuando lo sintió internarse en él, y notó la fuerte mano de uno de los guardaespaldas en su cabeza, hundiendo su rostro sobre el colchón, para amortiguar sus gritos. Hans siguió gritando, sollozando, pero nadie acudió en su ayuda. Cerró los ojos, dejando que su mundo se tornase a oscuro, mientras mordía aquellas sábanas empapadas de sus lágrimas, y sentía la sangre deslizarse por sus muslos.

Cuando llegó a casa, se metió en la ducha, temblando, durante una hora entera, mientras el agua se teñía de rojo. A partir de ahí, su vida se convirtió en un descenso a los infiernos del sadismo más inhumano. Estuvo casi dos años sufriendo los abusos de esa pareja mientras grababan todo lo que le

obligaban a hacer, y todo empeoró cuando su marido ascendió a un importante puesto en la administración pública, en la que, además, trabajaba su madre. Las amenazas a su familia se sucedieron en cada encuentro. Se sentía culpable, asustado y desconectado de sí mismo hasta el punto que a veces creía que su vida era en realidad una pesadilla. Una pesadilla de la que no conseguía despertar. Dejó de salir con sus amigos, sus notas escolares cayeron en picado, no podía dormir, no quería salir, ni apenas comer. Estaba aterrorizado.

Hasta que una tarde decidió acabar con todo, y rasgó las venas de sus brazos, incapaz de seguir soportando aquella situación. No podía más, no podía con el miedo y la vergüenza con la que tenía que convivir cada día. Rememoró cada uno de los recuerdos felices de su vida, en un intento de morir en paz, mientras veía la sangre fluir en la bañera, y perdió el conocimiento.

Se despertó en el hospital horas más tarde, completamente desorientado, sin saber cómo había llegado hasta allí, ni por qué seguía con vida, hasta que vio a su padre frente a él, y la mano de su madre aferrada a la suya. Levantó la mirada hacia sus padres, que le miraban con los ojos enrojecidos, y empezaron a llorar, sin poder parar, y decidió confesárselo todo. Necesitaba que supiesen que las heridas, golpes y moratones con los que llegaba a casa día tras día no eran producto del entrenamiento con el equipo de fútbol, sino de algo más oscuro y perverso. Les contó cada detalle del infierno en el que llevaba sumergido más de dos años sin poder levantar la vista de sus manos, viendo cómo sus lágrimas se estrellaban contra la sábana de hospital, y escuchaba los sollozos de su madre de fondo.

Después todo fue a peor. La investigación, la policía, el terrible juicio. Ese fue el verdadero motivo por el que se fueron de su país. Cuando llegaron a España, tuvo que acudir varios años a terapia para intentar superarlo, pero jamás lo logró. Hasta que, poco a poco, aprendió a vivir con ello. Años más tarde, cuando estudiaba la carrera, decidió tatuarse en el lugar dónde estaban las cicatrices de los cortes las palabras 'amor, valor, serenidad', que eran las mismas palabras que se repetía como un *mantra* cuando los recuerdos de lo que ocurrió volvían a asaltarlo. Jamás pudo olvidar, ni perdonar, porque jamás quiso hacerlo. Recordaba todo con detalle, cada olor, cada respiración, el sabor a sangre en sus labios. Nada se había borrado de su mente. Nada.

Suspiró, viendo cómo la luz se imponía ya en el cielo, y se dio la vuelta. Subió las escaleras, casi movido por la fuerza de un imán, y fue hasta el dormitorio, donde Carla dormía hecha un ovillo. Se tumbó junto a ella, y la apretó contra él, casi incrustando su corazón contra el suyo, y la escuchó

exhalar un suave gemido contra su oído. La miró, pensando que esa chica de inmensos ojos oscuros y pelo azabache estaba haciendo lo que ni su mente, ni los cientos de horas de terapia, habían conseguido. Pasar página. Carla era el bote salvavidas que la vida había decidido lanzarle. Era el pilar al que aferrarse cuando la tormenta lo azotaba todo. Era su razón para vivir. Su amor.



El lunes a primera hora, Carla llamó a su empresa para decirles que se encontraba enferma y que se tomaba unos días de descanso. Su médico de cabecera le prescribió unos tranquilizantes, y tuvo la delicadeza de rellenar el parte de baja laboral con un simple diagnóstico de gastroenteritis.

No había reunido el valor necesario para confesárselo a Gael cuando la había llamado para cenar con ella ese fin de semana, porque no sabía cómo iba a hacerlo sin recordar todo aquello. No quería ensuciar su perfecta relación con él con algo tan siniestro y violento como lo que había ocurrido, solo quería olvidar y pasar página. Hans ya lo sabía, y, de momento, a ella le bastaba con eso. Hasta que reuniese las fuerzas necesarias, ese episodio seguiría encerrado en sus recuerdos.

Permaneció entre las mantas de su cama hasta el miércoles, cuando los golpes por su cuerpo se habían difuminado un poco y era fácil cubrirlos con maquillaje. Se levantó, y decidió que debía volver a enfrentarse al mundo. Tomó el tren de cercanías que la dejaría en su trabajo, y aprovechó la espera para leer algunas noticias en su dispositivo.

En la sección de sucesos, aparecía la noticia de que habían encontrado a un hombre en un almacén de un club nocturno de la ciudad en estado grave. La policía barajaba la posibilidad de que fuera por un turbio asunto de drogas, ya que tenía antecedentes por ese tipo de delitos, pero el interrogatorio se postergaría, al hallarse la víctima en la sección de cuidados intensivos, recuperándose de las graves fracturas y contusiones que mostraba. Carla guardó el dispositivo y dejó de leer, sintiendo que le habían dado un puñetazo fortísimo en el estómago.



La navidad llegó, y los vagones de los trenes se llenaron de personas cargadas con infinidad de regalos, comida, bebida, adornos navideños, y un sinfín de parafernalia para pasar las fiestas. Todo volvía a ser como los años anteriores, gente entregada al consumismo más atroz que cuantificaban su afecto por el número de regalos o la calidad de las viandas que tomaban en cenas pantagruélicas que, más de una vez, terminaban en una visita a urgencias.

Se apoyó en el cristal, sintiendo el suave vaivén del convoy, pensando en Hans. Llevaba casi dos semanas sin verle. El arquitecto estaba inmerso en varios proyectos que tenía que entregar antes de ir a Suiza a pasar las fiestas con su familia, y apenas habían podido tomarse un café desde aquella fatídica noche. Suspiró, pensando en lo que le hubiese gustado pasar las navidades con él en la ciudad. Le iba a echar muchísimo de menos.

Se dirigió a la estación de tren, cruzándose el abrigo contra el cuerpo, cuando su móvil vibró, y vio un mensaje de Hans, junto a una foto. En ella se veía el interior de la acogedora sala de estar, presidida por un enorme abeto adornado con bolas multicolores y guirnaldas, y de fondo, una enorme ventana desde la que se veía una cadena de montañas nevadas. Era preciosa. Amplió la foto y sonrió al descubrir que el reflejo del cristal mostraba a Hans haciendo la foto. Llevaba un jersey oscuro y ceñido que acentuaba su definido cuerpo, y esa luminosa sonrisa que a ella le pellizcaba el corazón cada vez que la veía. Dio a la tecla de responder, enviándole la foto que se había hecho frente a una pequeña aldea de Laponia de tamaño infantil en un centro comercial la tarde anterior, y guardó el dispositivo.

Llegó a casa sin apenas darse cuenta, y saludó a su padre, que se afanaba con la decoración del árbol navideño familiar con una taza de café en la mano. Saludó a su hija con un movimiento, y señaló la cocina.

—Hola, papá. ¿Qué haces?

—Quería darle una sorpresa a tu madre, para que cuando llegue de casa vea el árbol decorado.

—Qué romántico.

—Qué le vamos a hacer. Esa mujer me sigue volviendo loco —la chica esbozó un gesto tierno, y él cambió el gesto—. En todos los sentidos, hija, también los malos.

Carla lanzó una carcajada, asintiendo. El ruido de llaves en la puerta les avisó de que la mujer entraba en el piso, y se giraron hacia ella a la vez.

—Hola a todos, ya he...Cielo santo, Tomás, es...es...precioso.

—Tú sí que eres preciosa.

—No seas adulator, que ya me tienes en el bote —rio, aproximándose hasta ellos, y le dio un tierno beso a su marido, mientras Carla les miraba.

Pese a que llevaban casados veintisiete años, sus padres aún mantenían esos pequeños detalles románticos que cimentaban su relación día a día. Carla les vio perdiéndose en un dulce beso varios minutos, hasta que decidió que ya era suficiente, y empezó a dar palmadas, divertida.

—A ver, un poco de control, que no quiero tener pesadillas por la noche.

Ellos se rieron, justo en el momento que el móvil de la joven volvía a sonar con un mensaje. Sus dedos se movieron solos, y sacó de nuevo el teléfono, donde un nuevo mensaje de Hans la dejó sin respiración. Era una imagen de un anochecer espectacular en mitad de los Alpes. La composición de la foto era perfecta, con toda la energía contenida en el contraste de colores. Pudo imaginarse a Hans empuñando su cámara, estudiando el mejor ángulo, la mejor luz y el mejor filtro para capturar el momento. Leyó el texto que acompañaba la imagen, y el aire que había en sus pulmones se esfumó en una décima de segundo.

«Faltas tú para que la foto sea perfecta.»



A miles de kilómetros de allí, la familia de Hans se reunía para la cena, mientras el arquitecto tecleaba frenético en su móvil, y su madre lo miraba con curiosidad, enarcando una ceja. Conocía a su hijo a la perfección, y lo notaba cambiado, muy cambiado, desde la última vez que lo vio. Por primera vez desde hacía muchos años, parecía completamente feliz y en armonía con el mundo.

—¿A quién le escribes, cariño? —preguntó, fingiendo indiferencia.

—A una amiga de Pinar.

—¿De Pinar? Allí deben ser las tres de la mañana.

—Acaba de llegar de una cena familiar con sus tíos en Encinar, y quería darme las buenas noches —contestó, sin apartar la vista del teléfono.

—Vaya. Menuda amiga debe ser. ¿Es...simpática?

—Sí, claro que lo es. Y divertida, inteligente, cariñosa, guapa...Carla es increíble —levantó la vista del dispositivo y clavó sus ojos en su madre, que le miraba con expresión cariñosa desde unos ojos del mismo color azul oceánico que los suyos—. Y, respondiendo a la pregunta que tu alocada cabecita está a punto de hacerme, la respuesta es no, mamá. Carla y yo solo somos amigos.

—Lo sé, cariño, solo es una amiga, y tu madre una entrometida.

—Exacto —sonrió.

En ese instante, un nuevo mensaje de Carla acompañado de una foto de una calle iluminada de forma recargada en Pinar llegó a su buzón, y deslizó el dedo por la pantalla, sonriendo.

«Como puedes ver, la Avenida de platino, donde está tu despacho, se ha convertido en toda una oda al mal gusto.»

«Muy graciosa. Al menos nosotros ponemos bombillas en las calles. ¿Qué ilumina tu barrio? ¿Los mecheros de los chavales fumando en las esquinas? Ja, ja, ja.»

La respuesta tardó un par de minutos en llegar y él sonrió, imaginándose a la ofuscada comercial buscando alguna foto en su teléfono. La respuesta llegó en forma de foto, y él sonrió.

«Este es el aspecto de mi barrio, listillo. Como puedes ver, está iluminado, limpio y reluciente.»

«¿Sabes que al fondo de la calle se ve el cartel de 'Feliz Navidad de 1978', verdad?»

«¿Qué? Oh, mierda.»

«No ha colado, listilla.»

«Eres un cretino.»

Hans lanzó una carcajada, imaginando la expresión de Carla en ese instante, frunciendo los labios y arrugando la nariz, como siempre hacía cuando se enfadaba, y empezó a teclear una respuesta, mientras su madre lo miraba con atención.

—¿Y dónde conociste a esa chica, Hans?

—Nos encontramos dos veces en un andén de tren, por casualidad, pero no entablamos ningún contacto. Hasta que una noche nos volvimos a encontrar en un club. La novia de Ricardo y ella son amigas de la infancia.

Su madre alzó las cejas por la sorpresa.

—¿Coincidiste con ella tres veces?

—Sí, ¿Por...qué?

—Porque, bueno, ya sabes lo que dicen, hijo.

—¿Qué dicen?

—Una vez azar, dos casualidad, y tres...

—¿Tres...qué?

—Destino, Hans. Destino.

El arquitecto sacudió la cabeza, girándose otra vez hacia el teléfono.

—Es probabilidad, solo eso.

—Como tú digas.

Hans esbozó un gesto de escarnio, y la mujer se levantó de su lado. Antes de desaparecer por la puerta de la cocina, se giró hacia él, y sonrió.

—Hans...

—¿Qué?

—El día treinta y uno hay un vuelo directo a Pinar. Si lo tomas, estarías allí antes de las doce de la noche. Lo digo por si decides hacer honor al apellido Kleiman y ser el tercero en perder la cabeza por una española.

No se quedó para ver la cara que ponía su hijo. Siguió avanzando, sin poder disimular una enorme sonrisa, pensando que esa desconocida chica, de nombre Carla, le había hecho el mejor regalo de navidad que podían haberle hecho. Su pequeño, el que tanto había sufrido y que a punto había estado de morir, volvía, por fin, a la vida, y era gracias a ella.



La noche del treinta y uno de Diciembre, Carla terminó de enfundarse su vestido largo de pedrería y tirantes, y recogerse el pelo en un elaborado peinado para ir a la fiesta de su empresa, situada en una inmensa carpa en los jardines de uno de los hoteles de la zona de Rosal. Tan solo los jefes de equipo, como ella, estaban invitados al acto, así como todos los peces gordos de la multinacional. Los directivos creían que ese tipo de actos fomentaban el compañerismo y fortalecían los lazos entre los mandos directivos, pero para ella eran un trámite insufrible.

Miró el paquete con el regalo que le había comprado a Hans, y sonrió, imaginándose la cara que pondría al ver la elegante estilográfica de plata. La había comprado por un impulso en una tienda cercana a donde trabajaba, y había mandado grabar una frase en ella. Tomó el pequeño paquete rojo entre

las manos, y se lo acercó a los labios, dándole un breve, rápido y sentido beso. Le hubiese gustado estar con él esa noche. Salir a pasear, tomar algo, y contemplar, desde la costa, los fuegos artificiales sobre el mar. Hubiese sido un final maravilloso para ese año.

—Espero que te guste —musitó.

Cerró la puerta de su casa, y paró al primer taxi que encontró, dando la dirección del arquitecto. Su casa quedaba a mitad de camino entre la fiesta, y Flor de Argoma, así que le dejaría el paquete en el aparador de la entrada, para cuando volviese de Suiza se lo encontrase. Veinte minutos después, llegaron al barrio de Cipreses, donde vivía él, y que estaba atestada de gente celebrando la fiesta de año nuevo en los pequeños jardines de sus casas. Se bajó del taxi, aún en marcha, y tecleó la clave de acceso, una clave que él había modificado para ella. C4RL4. La clave de su casa no era otra cosa que su nombre.

La puerta se abrió, desvelando la ordenada sala de estar del arquitecto, y metió la mano en su bolso, sacando el regalo de Hans. Lo dejó sobre el aparador de la entrada, casi acariciándolo, y escribió una escueta nota al lado del paquete.

*'Espero que te guste, y lo disfrutes cada día.'*

Miró el paquete una vez más, suspirando, y se volvió hacia las estanterías de la pared, donde se apilaban libros de arquitectura en tres idiomas diferentes, y varias fotos. Sus ojos fueron posándose en cada una de esas imágenes. Vio una foto de su familia en un marco de plata, otra con varios amigos en una estación de esquí, otra con Carlos y Begoña el día de su boda, con Ricardo practicando artes marciales, y casi al final, en un marco nacarado blanco, una imagen de ella en la noche de las estrellas. Estaba dormida entre sus brazos, y él salía tras ella, envolviéndola, y sonriendo a la cámara. Esa foto destilaba ternura, magia y emoción. Justo lo que había sentido esa noche junto a él. Se acercó a la imagen, y acarició el cristal. Sus ojos se detuvieron en los suyos, que, incluso, a través de la foto, revelaban una verdad que estaba haciéndose fuerte en su corazón.

La quería. Hans la quería.

Una solitaria y emocionada lágrima cayó de sus ojos y ella la capturó con los dedos, preguntándose, una vez más, qué habría ocurrido si hubiese conocido a Hans antes que a Gael, cuando el sonido de su móvil la sobresaltó. Hurgó en su bolso, tropezando con sus propios dedos, y contestó, sin mirar siquiera quién llamaba.

—¿Diga?

—¿Carla?

—¿Hans? —trastabilló hacia atrás. ¿Cómo era posible que la llamase justo en ese momento?

—Sí, Carla, soy yo. ¿Dónde estás?

—En...casa, estoy en casa —dijo, sin especificar, para no tener que dar engorrosas explicaciones.

Escuchó ruido de música ensordecedora tras él, y alejó el teléfono de su oído unos segundos. Estaba en una fiesta bastante alocada y escandalosa, sin duda. Los gritos y las risas apenas hacían audibles sus palabras, y tuvo que subir el volumen para escucharle.

—Vaya, menuda fiesta. ¿Qué tal en Suiza? —preguntó, intentando que su voz sonara normal.

—¿En Suiza? No, yo no...no estoy en Suiza —suspiró—. Estoy en Pinar, acabo de llegar del aeropuerto en un taxi.

Carla brincó.

—¿Cómo que estás en Pinar?

—Sí, estoy aquí, en mi casa. En cuanto deje la maleta, me acercaré a saludarte, si quieres, y aún estás despierta. Yo...necesito decirte algo, algo que ya no puedo seguir guardando —tomó aire—. Sé que estás con otra persona, y que no soy nadie para interponerme entre vosotros, y, cielo santo, no puedo creer lo que voy a decirte, pero necesito pedirte algo, algo que... —se quedó en silencio unos segundos—, Carla, tengo que pedirte que...¿Carla?¿Me estás escuchando? Carla...¿Carla!

Pero ella ya no le escuchaba. No escuchó nada, en realidad. Había tirado el móvil dentro de su bolso, apenas escuchó 'Sí, estoy aquí', y se precipitó hacia la entrada, cuando se abrió la puerta de la casa. Hans alzó la vista hacia ella con expresión de sorpresa, y apenas pudo reaccionar cuando Carla impactó contra su cuerpo, y la electricidad saltó entre ellos. Ni siquiera le preguntó qué hacía allí, en su casa, la noche de año nuevo. Se quedaron anclados el uno en la otra, y, contra toda orden que dictara la razón, el buen juicio, la moral, y todos los férreos principios que rigen los cimientos sociales, fundieron sus labios en un intenso beso, dejando que el deseo, el amor, y todo lo que habían estado conteniendo les arrastrara hasta el fondo. Todo se fundió a negro, y lo único que existía era el roce de sus labios y el retumbar de sus corazones, con la inmensa sensación de que esos labios eran los únicos que querían besar a partir de ahora, y durante toda la eternidad. Esos labios, esos besos, para

siempre.

Todo desapareció, en una nube de motas, mientras sus manos se exploraban, con avidez, y las respiraciones de ambos se aceleraban. Hans la cogió por los muslos, encajándola contra sus caderas, y entraron en casa, ante los aplausos de los vecinos, que miraban divertidos la escena. El arquitecto la apoyó contra la puerta, que se cerró de un contundente golpe, y siguieron besándose con desenfreno. La tentación empezó a pesarles demasiado, embotando todos sus pensamientos, y su piel empezó a gritarles a pleno pulmón lo que su deseo llevaba suplicándoles desde hacía tiempo.

Volvieron a besarse, a tocarse, a rozarse, y se precipitaron al suelo, incapaces de frenar lo inevitable. Los azulados iris del austríaco se cruzaron con los marrones de ella, y algo estalló en sus corazones. ¿Era amor lo que destilaban sus pupilas? ¿Era eso? El arquitecto se quitó la camisa de botones de un tirón, y los senos de Carla impactaron de lleno contra su torso a través de la fina tela de su vestido. Las manos de ambos rodaron por el cuerpo del otro, trazando bellas siluetas que culminaban en un gemido provocador. Se deseaban. Se deseaban tanto que les dolía el corazón.

Entrelazaron sus dedos, y sus cuerpos reclamaron un contacto que les pertenecía por derecho, sin barreras de tela que aprisionaran lo que tanto ansiaban, con el retumbar de sus latidos como única banda sonora de aquel mágico momento. Volvieron a unir sus labios mientras sentían sus cuerpos aproximándose, el calor, la humedad, sus alientos chocando, la sangre latiendo en frenéticas sacudidas...Estaban excitados, muy excitados, y a punto de perder el control por completo. El vestido de Carla se deslizó hasta su cintura, y la boca del austríaco tomó posesión de sus senos, mientras ella se arqueaba, y jadeó, perdiendo por completo la respiración, y sus piernas rodeaban la cintura del arquitecto, ávidas. Sus manos deslizaron los pantalones y el bóxer, y él le subió el vestido hasta la cintura, rompiendo su ropa interior de un desesperado tirón. Apoyó los codos contra el suelo, sin dejar de besarla, cuando varios potentes fuegos artificiales sonaron, y ellos se separaron, sobresaltados. Carla le miró, con la respiración desbocada, cuando el arquitecto se detuvo abruptamente, con una expresión de arrepentimiento tan fuerte que ella sintió que le arrancaban el corazón.

—No puedo —dijo él, y ella sintió que la guillotina acababa de caer sobre su corazón—. No puedo darte lo que quieres —dijo, con la respiración entrecortada.

—No sabes lo que quiero.

—Sí, claro que lo sé. Quieres un cuento de hadas porque eres el tipo de chica que se merece un cuento de hadas, pero yo...yo no puedo darte eso.

Se quedó en silencio, y cruzó los brazos en los costados, incapaz de pronunciar las palabras que ella quería oír. No sin antes confesarle algo que cambiaría lo que había entre ellos de forma irrevocable. Miró a la chica, mientras su cabeza y su corazón libraban una encarnizada batalla en ese preciso momento. Bajó la vista, en silencio, y eso fue el detonante para que ella sintiese cómo su poco autocontrol se volatilizaba en espirales de humo.

—Yo sólo era el juguete nuevo, ¿verdad? La nueva Maritte.

—¿Cómo que la nueva Maritte? ¿Pero qué estás diciendo?

—Sí, Maritte. La que se conforma con las migajas de amor que le das mientras tú sigues en tu torre de marfil, sin arriesgarte, sin exponerte, sin sentir nada más que el vacío que te queda después de acostarte con ella.

—No tienes ningún derecho a entrometerte en mi vida, así que deja de pedirme explicaciones por lo que hago cuando eres tú la que tiene pareja. Porque, sí, Carla, siento recordártelo, pero estás con Gael, y yo jamás seré como él. Nunca.

—Por supuesto que no lo eres, ni lo serás nunca. Jamás.

—Pues bien, todo aclarado entonces. Ahora ya puedes volver con Gael, acostarte con él y casarte con él si te apetece.

—¡Pues sí, Hans, algún día me casaré con él! ¡Dejaré que me ponga un anillo en el dedo y le juraré amor eterno delante de un montón de gente!

Hans crispó los puños. Oírle decir lo que envenenaba sus sueños desde hacía meses fue demasiado para el arquitecto, y explotó, con la rabia corriendo por cada poro de su piel.

—¡Pues hazlo, no sé a qué esperas!

—¡Lo haré, claro que lo haré! ¡Y lo haré porque has decidido que no me quieres, que nunca lo harás, y que salvar esto, lo nuestro, no merece la pena! ¡Porque te has rendido, Hans, por eso!

El austríaco no pudo decir nada. Sus cuerdas vocales se negaron a responder, mientras sentía toda la angustia arrasando su corazón. ¿Por qué era incapaz de pronunciar una sola palabra? Los segundos fueron pasando, y el corazón de Carla, simplemente, dejó de latir. Se dio la vuelta para que él no viese su rostro arrasado por las lágrimas y su corazón quebrándose en pedazos, y se incorporó, corriendo hacia la entrada. Abrió de un tirón, y corrió hacia el taxi que llevaba casi veinte minutos esperándola, y se subió a la carrera, haciendo que el taxista silbase. Espetó la dirección de su casa, ante el



gesto de contrariedad del hombre, que cerró la boca en el instante en el que ella estalló en un sollozo.

Era tanta la humillación, la vergüenza, la tristeza y la rabia que sentía que parecía que su cuerpo iba a estallar de un momento a otro. Se inclinó sobre sí misma, apoyando su rostro y sus brazos en sus piernas, luchando contra el grito desgarrador que su corazón estaba a punto de soltar. Le había perdido, le había perdido para siempre. El hombre que había llenado su corazón, su cabeza y su alma la había dejado marchar sin pelear por ella. Jamás podrían estar juntos. Nunca.

El taxi se internó en la autopista, donde las farolas iluminaban la carretera, y vio el cartel que marcaba la salida hacia el Polígono de Argoma como una mancha borrosa. El taxista empezó una maniobra de adelantamiento a un turismo de color verde, colocándose en el carril del centro, cuando otro coche que venía por el carril de la izquierda a toda velocidad derrapó con violencia frente a ellos, y el ruido del frenazo del taxi sobre el asfalto le taladró los oídos. Chocó contra el cristal de una de las puertas de los pasajeros empujada por la inercia mientras escuchaba los gritos y los cláxones procedentes de otros coches, y gritó. No podía tener un accidente ahora, no podía. No era el momento, ni el lugar, no...no podía ser.

El coche se detuvo con una fuerte sacudida, y miró hacia el taxista, con la extraña sensación de estar en mitad de un sueño. Un espeso y denso olor a goma quemada inundó todo el aire, mezclándose con el atronador silencio que se hizo en la carretera. La oscuridad, y las luces provenientes de los faros de los otros coches aumentaban la sensación de irrealidad.

Vio la primera fila de vehículos que habían detenido la marcha girados en el asfalto por el repentino frenazo. Cogió su bolso y salió del vehículo, sin dejar de estremecerse, viendo las marcas oscuras del otro coche en la carretera, el olor a goma quemada y alquitrán. Se dirigió hacia el grupo de personas que miraban la zona del frenazo, erigidos en una especie de muro humano, e inspiró con fuerza, recordando el curso de primeros auxilios que le habían dado en el trabajo, rezando, rogando para no tener que utilizarlo allí.

Levantó la mirada hacia el coche que estaba atravesado en mitad de los tres carriles, y su corazón explotó al ver las volutas de humo saliendo de los neumáticos del *Lexus Coupé* en violentas espirales. Hans había hecho una barricada en plena autopista para cortarles el paso. Apenas pudo dar un paso, cuando le vio salir, con todos sus músculos en tensión, y se acercó hasta ella, con los dedos enlazados en la nuca, con una rabia tan inmensa en el rostro que

ella creyó que aquello era una maldita pesadilla.

—Hans, ¿Qué...?

—¡No tienes ningún derecho a decirme que me he rendido! —explotó —¡Lo intenté, lo intenté mil veces, Carla! ¡Lo hice lo mejor que pude, pero siempre volvías con Gael! ¡Siempre! ¡No sabes lo que era dejarte en tu casa al amanecer sabiendo que esa noche dormirías en su cama, y no en la mía! ¡No sabes lo que era eso, no te puedes hacer una maldita idea!

—¿Y qué querías que hiciera, si tú nunca...?!

—¡Que me eligieras a mí! —rugió —¡Eso es lo que quería desde el principio! ¡Que me eligieras a mí en vez de a él! ¡Pero jamás lo hiciste, nunca!

Ella se quebró. Hans la quería, lo hacía, y eso lo estaba matando.

—Hans...

—Eres la mujer de mi vida, Carla, lo sé, lo siento aquí —se señaló el corazón—, y por eso te pido...te suplico, que me escojas a mí en vez de a él —suspiró, abatido—. Elígeme, Carla, elígeme a mí, y acaba con todo esto de una vez, porque te juro que estoy a punto de morirme en este momento.

La atmósfera se cargó con el peso de todas las palabras nunca pronunciadas saliendo en tropel, mientras el silencio más absoluto se imponía en el ambiente y en el grupo de conductores que, atónitos, contemplaban la escena. Carla le miró con todas las lágrimas contenidas en su pecho saliendo en cascada, y sollozó. Todo lo que siempre quiso escucharle decir ya estaba dicho, y solo debía responder a la pregunta que llevaba meses haciéndose, y cuya respuesta ya sabía desde que le vio aquella tarde en el andén. Era el momento. Era el destino. Era el universo entero estallando en llamas.

—Siempre has sido tú, Hans. Siempre.

Hans exhaló, y se fundió en sus labios, dejando que el deseo que sentía por ella le consumiera por completo. Se enlazaron poniendo todo su corazón al descubierto, sin dejarse nada, como si el mundo se terminase en ese preciso instante, y el final les encontrara juntos, con sus labios encajados como parte de un mismo todo.

Condujeron hasta la casa de Hans mientras el ambiente dentro del coche se volvía denso, con un aroma a deseo contenido tan grande que parecía que el habitáculo iba a estallar de un momento a otro. Aparcaron frente al jardín de la entrada, y subieron al dormitorio, sin separar sus labios un solo instante. Hans la tumbó sobre aquella enorme cama, recorriendo su cuerpo con los labios mientras todo el universo vibraba en espirales. Su corazón entero se deshizo sintiendo su suave piel junto a la suya, y el baile empezó.

Los labios de Carla recorrieron cada centímetro de la piel de Hans deliberadamente despacio, hasta que la electricidad llegó a cada una de sus terminaciones nerviosas, y se acompasó con él en una erótica danza, donde sus labios, sus manos y sus bocas fueron los protagonistas, y los límites no tuvieron cabida entre aquellas sábanas.

El sudor ya perlaba los cuerpos de ambos en gruesas gotas cuando lo sintió adentrarse en ella, y jadeó, ante la contundencia del cuerpo de Hans dentro del suyo, y la cama entera empezó a vibrar, a punto de partirse en dos, al igual que ella. Era intenso, demasiado intenso, pero no pudo detenerle. Lo deseaba con cada célula de su cuerpo. Su cuerpo entero se arqueó, mientras sentía cómo él invadía su interior una y otra vez tocando, rozando el cielo cada vez que lo hacía. Le miró, intentando frenar esa poderosa oleada que la iba a mecer en la más poderosa tormenta de placer, y enredó sus dedos tras su nuca. No iba a durar mucho más, iba a estallar de un momento a otro.

—Hans... —jadeó.

—Aguenta un poco más, espérame.

—Maldita sea...no puedo.

—Sí puedes. Espérame, mi amor.

Amor. Esa sencilla palabra hizo que Carla se empezara a derretir al instante. Cerró los ojos con fuerza, soltando un gemido frustrado, sabiendo que haría todo lo que él le pidiese, absolutamente todo, porque jamás había estado tan expuesta como lo estaba en ese momento. Hans se hundió profundamente en ella en un solo movimiento, y echó la cabeza hacia atrás, dejándose llevar por completo.

Clavaron los ojos el uno en la otra cuando una enorme tormenta los sacudió, anulando todos sus sentidos, y Carla exhaló un intenso gemido pronunciando el nombre de Hans, y él se deshizo en un bronco jadeo gritando el nombre de Carla, con el corazón al galope. Se fundieron en los labios del otro, destilando el amor más profundo que habían sentido jamás, y su piel respondió de nuevo, mientras la claridad se abría paso por el ventanal del dormitorio.

El olor a café recién hecho despertó a Carla de su dulce noche. Se sentía...feliz, completamente feliz, sin un solo resquicio por donde la oscuridad pudiese entrar. Miró a través del ventanal y el sol parecía brillar más que nunca, bañándolo todo de una calidez que, imaginó, era la misma que debía envolver a los ángeles en el cielo. Sonrió al pensar lo diferente que era ahora todo su mundo, y solo porque ese austríaco de mirada azul y tatuajes orientales era suyo, por completo. Se vistió y bajó hasta la primera planta, donde estaba la cocina, sintiendo que caminaba sobre una esponjosa nube. Llegó hasta la cocina, y se lo encontró preparando el desayuno solo con unos vaqueros, dejando su tonificado torso al descubierto. Al verla le sonrió y su rostro se iluminó con una expresión de felicidad más allá de todo lo conocido. Hans parecía feliz, inmensamente feliz, con la mirada más dulce y cálida que ella le había visto a alguien.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal has dormido?

—Pues la verdad es que no he podido pegar ojo —respondió, sin poder evitar sonreír, mientras se sentaba en el taburete y capturaba una tostada.

—¿Y eso?

—Siento decirte que tienes unos vecinos son muy escandalosos, y las paredes son casi de papel. Se escucha todo —fingió consternación, moviendo las manos—. Creo que tendré una charla con el arquitecto que diseñó estas casas para quejarme de eso.

Hans se rio, y apoyó los codos en el negro mármol, con la taza de café entre las manos.

—¿No has pensado que quizás el arquitecto que diseñó estas casas lo hizo así para que todos sus vecinos pudiesen oír cómo hacía gritar a la chica más

guapa del mundo en su cama?

—Pues la chica más guapa del mundo quiere volver a dormir un ratito más con el arquitecto perverso que diseñó esta casa de papel para volver a probar la acústica de su dormitorio.

—Está bien —sonrió, incorporándose—. Pero te prometo que esta vez te vas a quedar afónica.

—Estoy deseando verlo.

—Y yo deseando oírte.

No hizo falta más. Hans fue hasta ella, y enredó sus dedos en sus cabellos. Los labios de Carla se abrieron, y respiró a Hans en todas las células de su cuerpo cuando sus labios volvieron a fundirse en los del otro, prolongando la magia que llenaba cada mota de aire. Se apartó de ella, con una sonrisa pícaro, dispuesto a volver a fundir sus labios con los suyos, cuando ella recordó algo, y saltó del taburete, alzando el índice y una sonrisa pícaro.

—¿A dónde...?

—Ahora vengo, espérame.

Corrió por el pasillo, y capturó el paquete rojo del aparador, donde un enorme lazo y una tarjeta donde se leía 'Hans' estaban coquetamente preparados. Lo tomó entre las manos y, volviendo con él a la cocina, se lo tendió.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y lo sabrás. Es una tontería, solo un detalle.

Hans lo desenvolvió, y se quedó en silencio al abrir la caja de terciopelo azul, con la elegante pluma de plata en su interior. La tomó entre los dedos, leyendo la inscripción, donde las palabras '*Liebe, Mut, Gelassenheit*', estaban grabadas en una preciosa caligrafía de arabescos. Eran las mismas palabras que él tenía tatuadas en los antebrazos, solo que en su propio idioma. Amor, valor, serenidad.

Pasaron varios segundos, demasiados en realidad, sin que él dijera nada. Su rostro no mostró ni una pequeña mueca mientras la ausencia de sonido empezaba a ser aplastante. Carla se mordisqueó el labio inferior, nerviosa, y algo pesado y frío se deslizó por su estómago. Quizás se había excedido. Quizás el tatuaje era algo demasiado personal, y verlo escrito en la pluma era una grosería. Había cometido un terrible error. Tenía que haberle preguntado primero por qué se había hecho ese tatuaje antes de grabárselo sobre una pluma y regalárselo. Cómo podía haber sido tan poco delicada. Hans se quedó mirando la pluma absorto, haciéndola rodar entre los dedos, mientras un denso

silencio se adueñaba del ambiente.

—Hans, lo lamento, no debí...

Él apenas la miró dos segundos, y fue hasta ella, rodeándola con los brazos, y la besó. Y el deseo, el placer y el amor volvieron para quedarse.

Ya eran las doce de la mañana cuando Carla notó que la zarandeaban. Protestó débilmente, sin que los movimientos cesaran, y gruñó con suavidad. Despegó las pestañas entre sí, y miró hacia Hans, que la miraba sonriente, agachado frente a ella, con las puntas del cabello mojadas.

—Levántate, o llegaremos tarde.

—¿Qué? —se incorporó, haciendo que la suave sábana cayera hasta su cintura —¿A dónde llegaremos tarde?

—Te encantará, con eso debería bastarte.

—Pues no lo hace —le desafió, sin dejar de sonreír.

Hans resopló, mirándola pensativa, con una chispa en la mirada que ella no pudo identificar, y estiró la comisura de la boca.

—Levántate, por favor, vamos a llegar tarde.

—No hasta que me digas a dónde vamos.

—Está bien, tú te lo has buscado.

—¿Qué me he buscado? ¿De qué hablas?

La agarró por la cintura, y se la cargó a los hombros, así, como estaba, desnuda y envuelta en una sábana. La sentó en el asiento del copiloto, quedándose a apenas un par de centímetros de su rostro, y la miró, con gesto burlón, mientras ella, avergonzada, clavaba sus ojos en él.

—¿Pero cómo se te ocurre...?! ¡Eres un...un...!

—¿Voy a tener que lavarle la boca con jabón, señorita Álvarez?

Carla farfulló una palabrota, y se cruzó de brazos, abochornada, mientras el austríaco cargaba dos pequeñas maletas que metió en el maletero, y el vestido de Carla de la noche anterior. Entró en el coche, tendiéndoselo, y le guiñó el ojo.

—Ni una pregunta más o la volveré a cargar como un saco de arroz, señora Álvarez.

—¡No eres un neanderthal! ¡No, eres un australopithecus, eso es lo que eres!

—Prefiero pensar en que soy el eslabón perdido.

Se rio, dándose por vencida, y salieron de la ciudad rumbo a la autopista, mientras ella se vestía en el asiento trasero, ante las carcajadas del austríaco. Cuando terminó, volvió al asiento delantero, y se quedó mirando la carretera, y los carteles, intentando adivinar a dónde la podría llevar. Por esa carretera

no se iba a la costa, ni a la montaña. ¿A dónde iban?

—Por aquí no se va a ninguna parte.

—Te equivocas, Carlita. De hecho, desde esta carretera puedes ir a todas partes.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ya lo verás.

La respuesta a su pregunta llegó quince minutos después, cuando el *Lexus* entró en el recinto aeroportuario, y él se dirigió al aparcamiento para estancias de más de un día. Se iban de viaje. Hans estacionó el coche y salió, abriendo el maletero, y sacó una maleta, ante el gesto de estupor de la chica. Parpadeó, mirando hacia él, y apenas pudo hacer un gesto con la boca, cuando él la silenció con un beso rápido.

—Vamos, ya deben estar embarcando.

—¿Qué? ¿Cómo que embarcando? ¿A dónde vamos?

—Por favor, acompáñame.

—No —dijo, cruzándose de brazos—. No pienso moverme de aquí hasta que me digas a dónde vamos.

Hans la miró, con una sonrisa llenando de luz su rostro.

—Vamos a mi país, Carla.

—¿Qué?!

—A Sankt Gilgen, concretamente, cerca de Salzburgo. El avión nos dejará en el aeropuerto de Munich y alquilaremos un coche allí, para ahorrarnos el tren.

Carla se quedó completamente quieta, incapaz de reaccionar, y él la cogió de la mano, avanzando hacia la terminal con ella con una sonrisa. Había conseguido dejarla sin habla. Llegaron al moderno edificio de cristal y aluminio, y facturaron el equipaje a la carrera, corriendo hacia la puerta de embarque. Llegaron los últimos al avión, y una azafata los guió hasta sus asientos. Hans colocó el bolso y el abrigo de Carla en el compartimento superior, y la ayudó a abrocharse el cinturón, al ver que ella apenas podía dejar de temblar.

—Carla, ¿Estás bien?

—Sí, es que...es que nunca me había subido a un avión.

—¿Me lo dices en serio? —Hans alzó las cejas, mirándola con sorpresa.

La cara de circunstancias que debió poner en ese instante fue suficiente para que él se riera, divertido, y ató su cinturón, con fuerza. Miró por la ventanilla la pista de aterrizaje con una sensación de irrealidad. Estaba en un avión, con

Hans, rumbo a Austria. De locos. En ese momento el avión empezó a moverse por la pista y posicionarse para despegar, y un vacío llenó sus pulmones. Agarró la mano del arquitecto, y se inclinó hacia la ventanilla para ver cómo el aparato tomaba velocidad, hasta que abandonó tierra, y se giró hacia él, con la presión martirizándole los oídos.

—Cielo santo, ¿Qué es esto?

—Es la presión. Bosteza, y se te pasará.

Ella lo hizo, algo nerviosa, y volvió a mirar por la ventanilla. Estaba volando. Apenas podía creérselo. Pronto alcanzaron bastante altura, y se sumergieron en las nubes.

—¿Te gusta tu sorpresa, Carla?

—No...no tengo palabras.

Él asintió, y puso su mano entre las suyas. Charlaron durante el vuelo hasta que Carla cabeceó, por la modorra del avión, y se recostó en el hombro del arquitecto, que miraba el paisaje que se veía por la ventanilla, hasta que se durmió. Hans le acarició la mejilla, y siguió mirando por la ventanilla.

No había vuelto a Austria desde los quince años, y echaba de menos el sitio donde nació. Sus montañas, sus amigos, su familia...todo quedó truncado por culpa de aquel matrimonio. Incluso su vida estuvo a punto de hacerlo. Pero ahora estaba volviendo al lugar donde creció, su hogar, y lo estaba haciendo con Carla. Jamás podría haber vuelto a su país con otra persona. Solo con ella.

Cuando aterrizaron en Munich, él enlazó sus dedos con los suyos mientras transitaban por la terminal. Era un aeropuerto inmenso, y Carla se quedó mirando los carteles, con la esperanza de poder entender algo, pero fue inútil. No entendía absolutamente nada de alemán. Recogieron sus maletas en la cinta transportadora, y fueron directos al aparcamiento, donde un todoterreno respondió con un parpadeo de luces a su presencia, y pusieron rumbo a Salzburgo, la ciudad natal del arquitecto.

Hans la guió por la parte antigua, mostrándole la casa natal de Mozart y las tiendas y bares antiquísimos de esa zona, y le señaló la fortaleza en lo alto de la montaña, y el teleférico que llevaba hasta allí.

—La próxima vez iremos a verla. Es enorme, y así te enseñaré las catacumbas.

—¿Las catacumbas? ¿De verdad me quieres llevar a ver unas catacumbas?

—Pues sí, pero no solo las catacumbas, que están abajo, sino...

—No me lo puedo creer. ¿Me traes a un país extranjero casi por la fuerza y



pretendes llevarme a unas oscuras y lúgubres catacumbas? —torció el gesto, mirándole divertida —Empiezo a pensar, señor Kleiman, que sus planes conmigo son un poco oscuros.

—Oh, no, nada de eso, señorita Álvarez —rio—. En realidad mis planes con usted son muy, pero que muy, oscuros.

Empezaron a reírse a la vez, mientras entraban en uno de los restaurantes a reponer fuerzas. Tras tomar un pequeño almuerzo y degustar una cerveza artesanal, Hans la llevó de compras por la ciudad, para aprovisionarse para ese fin de semana. Compró ropa para la nieve, camisetas térmicas, calcetines gruesos, botas...Sonrió, mirando hacia Hans, que en ese instante hablaba con uno de los dependientes, y siguió revolviendo entre las estanterías, hasta dar con la zona de lencería.

Palideció al encontrarse dos conjuntos de ropa interior de encaje que eran la quintaesencia del erotismo. Se imaginó las manos del austríaco sobre su piel, su torso desnudo, su suave piel junto a la suya, sus labios rodando por su piel...y una oleada de fuego le subió por el estómago, haciendo que su temperatura corporal subiese varios grados de golpe, cuando los recuerdos de Hans y ella la noche anterior volvieron a llenar su cabeza, y suspiró. Pagaría hasta el último céntimo por cada uno de esos conjuntos, y lo haría sabiendo que no se arrepentiría de ello. Tomó toda la ropa, y la puso sobre el mostrador, sacando su tarjeta de crédito, ante la sonrisa de la dependienta, que miró al arquitecto, y le guiñó el ojo, diciéndole algo en alemán que ella no entendió.

—Ya está todo pagado, Carla. Eres mi invitada este fin de semana, así que déjalo estar. El próximo viaje corre de tu cuenta.

La chica suspiró, pensando en sus posibilidades económicas, y le hizo una mueca.

—Pues espero que ir a la otra punta de la ciudad y comerte un bocadillo de tortilla sea tu idea de viajar, porque, vamos...

Hans soltó una carcajada, y cargó las bolsas hasta el coche. Volvieron a ponerse en camino, con la música de Lea sonando en el equipo de música del coche, mientras el arquitecto aceleraba por la autopista. La nieve cubría la carretera, creando una bella estampa. Las altas montañas a lo lejos, los bellos pueblos por donde pasaban...Todo parecía sacado de un cuento. Al fin llegaron a Sankt Gilgen, un pueblecito encantador entre las montañas con un enorme lago. Carla se pegó al cristal del coche, soltando un gritito de emoción, y se giró hacia él.

—¡Es precioso, Hans!

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? ¡Es lo más hermoso que he visto nunca!

El arquitecto sintió que su corazón le pinchaba con fuerza al oír aquello, y sonrió, mirando el pueblo donde había pasado parte de su infancia. El coche se detuvo frente a una coqueta y enorme casa de piedra, y Hans accionó un mando. La puerta del garaje se abrió, revelando un garaje de piedra también, perfectamente ordenado, y salieron del vehículo en cuanto la portezuela se cerró.

Bajaron las maletas del coche, y se adentraron en la acogedora casa, con un enorme salón-comedor que ocupaba casi toda la planta, y una enorme chimenea. Fue abriendo todas las puertas, una a una. Había un baño, un aseo y tres dormitorios, el de matrimonio y dos con camas individuales. Carla sonrió, frotándose las manos, mientras Hans la miraba, embelesado.

—*Herzlich willkommen, Schätze*. Bienvenida de todo corazón, tesoro.

—Gracias, Hans. Gracias. Esto es...es...increíble.

—Sí, sí que es increíble —dijo, sin dejar de mirarla.

Carla le miró, sintiendo que volvían a hablar sin palabras, y se estremeció al entender el doble sentido de la frase. Había días en los que la tierra giraba en el sentido correcto. Ella sonrió, y se ancló a sus labios. Una hora y media después, y tras un asalto desenfrenado frente a la chimenea, salieron de la casa y caminaron por aquel hermoso pueblo de montaña.

Hans sacó su cámara y le hizo varias fotos en las calles más bonitas, con las montañas y el lago de fondo, mientras Hans la observaba en silencio, con una enorme sonrisa en el rostro. Todo era increíblemente perfecto. Encontraron un restaurante de donde salía un olor delicioso, y entraron, sentándose en una de las mesas más apartadas. Carla pidió una típica ensalada de pollo, y Hans dio rienda suelta a su estómago y escogió para cenar un guiso de carne con ensalada de patata y una tarta de manzana como postre. Pidieron un vino tinto de la zona de Wachau, y estiraron la velada mientras charlaban animadamente sobre un montón de temas.

Carla abrió su bolso, sacó su teléfono y empezó a sacar fotos de todo aquello que quería recordar, mientras él la miraba extasiado. O eso creía ella, al ver los ojos del austríaco detenerse en su móvil.

—Creí que ese modelo no salía hasta el próximo año.

—Tengo contactos —dijo, guiñándole el ojo.

—Ya veo. Y no sabes la rabia que me da.

Se rieron, e iniciaron un diálogo sobre las últimas novedades de telefonía. El arquitecto parecía entusiasmado con algunos nuevos modelos que estaban llegando, mientras Carla respondía a las preguntas de forma mecánica, fingiendo una sonrisa amable, como hacía en el trabajo. Cuando llegaron al postre, él la miró, pensativo, y una idea empezó a tomar forma en su cabeza. A fin de cuentas, Fernando, su socio, y él, llevaban algún tiempo valorando la posibilidad de contratar a alguien para organizar el trabajo del despacho, que cada vez era más numeroso. Quizás Carla estuviese interesada en un puesto así, de menos horas, bien pagado, y en el que podrían verse a diario.

—No hay nada de malo en arriesgarse.

—¿Qué?

—Digo que no hay nada malo en arriesgarse. Es obvio que no te gusta tu trabajo, Carla, o, al menos, ya no tanto. ¿Por qué sigues ahí?

—Porque...bueno, hay que pagar facturas.

—Sí, claro, pero también puedes hacerlo con un trabajo que te guste y que no te exija tantas horas encerrada en un despacho y con un equipo a tu cargo, además.

Ella se quedó en silencio, pensando en sus palabras. Sí, hacía tiempo que valoraba la idea de cambiar de trabajo. Pero necesitaba más tiempo. Solo un año más, y después dejaría la empresa. No podía irse aún. La situación era todo lo contrario a estable, y temía dejar a su equipo en manos de Ignacio Aranda, como sabía que sucedería si ella se iba.

Siguieron comiendo y charlando en una atmósfera tranquila, mientras la botella de vino se iba vaciando con rapidez. Cuando pasaron a los postres, ella se quedó mirándole, con una pregunta en los labios. Una pregunta que había postergado hacerle demasiado tiempo. Respiró hondo, y, clavando su mirada en la suya, se armó de valor.

—Hans, ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras, ya lo sabes.

—¿Recuerdas...recuerdas cuando nos vimos por primera vez?

Él se quedó callado, con la copa a medio camino, y la dejó sobre la mesa, entrecerrando los ojos.

—¿En el andén de Robledo? ¿Nos vimos allí?

—Sí, ¿No lo recuerdas?

—Pues...la verdad es que no. ¿Llegamos a hablar?

—No, solo nos vimos.

—Pues...si no hablamos, me temo que no, no me acuerdo. ¿Cuándo fue?

—A finales de verano. Después nos volvimos a ver en el andén. Tropecé y me agarraste, evitando que cayera. ¿De verdad que no...de verdad que no te acuerdas?

—Pues no, lo siento. La primera vez que te vi fue en el club, cuando fuiste con Verónica. Me pareciste...mona, eso sí, y por eso accedí a que fuéramos todos a mi casa después.

Carla sintió los puñales entrando y saliendo su cuerpo a velocidad de vértigo. Se bebió el resto de vino de su copa de un trago, asumiendo todo ese torrente de sinceridad, y tomó el tenedor con fuerza, pinchando un trozo de tomate, aplacando su decepción. La historia entre Hans y ella no tenía nada de especial. No había sido un fogonazo en la oscuridad de dos miradas que se cruzan. La primera vez, él la había mirado distraído, como quien observa una columna de un edificio, y la segunda vez solo fue amable, evitando que cayese. Hans no se acordaba en absoluto de ella. Era una ilusa, sin ninguna duda.

—¿Por qué lo decías? —preguntó él.

—Por nada, déjalo, es una tontería. Venga, terminemos de cenar.

Hans la miró, ladeando levemente la cabeza, viendo cómo Carla fingía mirar distraída por la ventana, y suspiró.

—Lo siento, Carla.

—Tranquilo, no pasa nada.

—No, de verdad que lamento...

—No pasa nada, de verdad, no tienes que disculparte.

Pagaron la cuenta, en mitad de un silencio incómodo, y se retiraron a casa, dando un paseo por ese hermoso lugar, donde el viento golpeaba contra las montañas, transportando su aire helado a las calles. Carla abrazó al arquitecto, para entrar en calor, y él respondió automáticamente, apretándola contra él. Atravesaron la puerta de la casa, y ella se quitó el grueso abrigo, con gesto distraído, y él se acercó por detrás. Sus brazos rodearon su cintura, y ella respondió al abrazo casi de forma mecánica, y él sonrió. La tenía justo donde quería.

—Llevabas un vestido ceñido de color gris claro —empezó, casi en un susurro—, la melena hacia un lado y unos pendientes de perlas. Estabas apoyada en la ventana del tren, pensativa, y sacaste tu móvil apenas unos segundos, y después lo metiste en el bolso otra vez, dejándolo caer, y frunciste los labios, como haces cuando algo te molesta.

—¿Qué?¿Cómo sabes eso, si estabas...? —preguntó, cuando una luz fue encendiéndose en su cabeza. ¿Hans y ella iban en el mismo vagón?

—¿Ibas...?

—Sí —sonrió, y ella exhaló, echándose hacia atrás—. Estaba a solo unos metros de ti, solo que no te diste cuenta. Cuando el tren llegó a la estación de Robledo, fui hasta la salida y dudé si salir, o acercarme hasta ti, decirte cualquier tontería que te hiciera reír, charlar unos minutos y conseguir tu número de teléfono. Pero al final me pudo la inseguridad, y me bajé del tren. Caminé apenas unos pasos, y me quedé de pie esperando al final del andén, esperando un golpe de suerte que hiciera que me mirases, y...ocurrió. Simplemente, ocurrió, Carla. Cruzaste tu oscura mirada con la mía, y me juré que algún día serías mía, y yo sería tuyo, por completo, y hasta el final, porque...

La frase se quedó ahí. Carla se abalanzó sobre él, besándole, sintiendo que sobraban las palabras. Se habían encontrado y no pensaban soltarse jamás. Hans se separó levemente de ella, enredando sus dedos en sus cabellos, y suspiró.

—No te olvidé, Carla, nunca. Y no podré hacerlo en lo que me quede de vida.

Volvieron a unir sus labios, con el anhelo de la piel rugiendo entre ellos. Hans la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, sin dejar de besarla, pensando que, si de verdad existe un camino para todos, el suyo estaba escrito sobre la piel de esa mujer. Se despojaron, casi arrancaron, toda la ropa entre frenéticos besos e incendiarios jadeos que hacían bullir sus terminaciones nerviosas, y la urgencia de la piel ardiendo se hizo patente en cada beso, en cada caricia.

Carla sintió las llamas subiéndole por la espalda cada vez con mayor voracidad, hasta que perdieron el control, y cayeron rodando al suelo, dejando que la piel hablara por ellos, y que las cálidas llamas les consumieran. Se precipitaron uno sobre el otro, y Carla jadeó por la rapidez del contacto en cuanto Hans se enterró profundamente en ella, y tuvo que aferrarse con las uñas a su espalda cuando él clavó los dedos con fuerza en sus caderas, y su cuerpo entero estalló en llamas. Iba a partirla en dos, iba a hacerlo, y ella gritaría de placer cuando lo hiciese. Estaba condenada.

La fría luz de la luna se filtró por los ventanales de aquella bucólica casa de piedra, deslizando sus suaves rayos por dos cuerpos que, desnudos, yacían sobre una tempestad de sábanas revueltas, con las respiraciones tranquilas. Las pestañas del arquitecto se abrieron lentamente, y bostezó, mirando hacia la bella mujer que tenía sobre su cuerpo, y la besó, cuando un latigazo en la espalda le detuvo. Tenía los músculos entumecidos tras la intensa noche. Miró a Carla, y sonrió. Daría toda su vida por despertarse junto a ella cada día, así, como estaba. Dolorido, entumecido, y...enamorado. Sí, enamorado, y como jamás lo había estado. Apoyó su mano en su rostro, y murmuró su nombre varias veces, intentando despertarla. Carla se desperezó, parpadeando, y un leve murmullo salió de sus labios.

—¿Qué...qué hora es?

—Aún es muy temprano.

—¿Y para que me...? —se quejó débilmente —Oh, ya. Cariño, yo...necesito descansar. ¿No podemos esperar un poco para otro...?

—¿Qué? —se rio él, sacudiendo la cabeza —No, nada de eso. Te he despertado porque quiero llevarte a un sitio muy especial.

—¿Y no me puedes llevar a ese sitio muy especial, que sé yo, a las doce de la mañana? —rezongó, ocultando el rostro en su torso.

—Te gustará, ya lo verás. Y ahora, arriba, dormilona.

—¿Dormilona? Pero si no me has dejado dormir en toda la noche con...

Él la silenció con un beso, riéndose, y ella entrecerró los ojos, suspirando.

—¿Y a qué nunca habías disfrutado tanto de una noche de insomnio?

—Jamás —musitó, y un silencio cargado de intimidad, ternura y afecto se empezó a crear entre ellos.

Carla se aproximó para besarle, y Hans negó con la cabeza.

—No hasta que no llegemos a donde quiero llevarte.

Carla farfulló una palabrota ante la expresión divertida del arquitecto, y le sacó la lengua. Tras ponerse varias capas de ropa por encima, salieron al garaje, y ella se metió en el coche rápidamente. El frío era intenso, casi

helado, y sus dientes empezaron a chocar entre sí con fuerza. Debían estar varios grados bajo cero, y el ruido del viento colándose por una fina rendija de la puerta hacía un sonido casi fantasmal. ¿A dónde demonios iban tan temprano?

Hans se subió en el coche, esbozando una sonrisa que casi se le había congelado en el rostro, y enredó los dedos en su cabello, atrayéndola, tentándola, respirando su aliento, y Carla cayó, una vez más, por completo. Se exploraron, saboreándose, mientras el sonido de los copos de nieve cayendo sobre el coche era amortiguado por el sonido de sus besos. No había nada más. No existía nada más. El arquitecto se separó de ella levemente, y sonrió.

—Gracias —sonrió, jadeante—. Creo que ya he entrado en calor.

—De...nada —balbuceó ella, incapaz de decir nada coherente en ese momento.

Hans se rio, y arrancó el coche, dirigiéndose hacia una de las pistas que subía por las montañas. Tras casi una hora de trayecto, en el que ella volvió a quedarse dormida, llegaron a un mirador cubierto de nieve del que partían varios senderos. Carla se apoyó en el asiento, y se quedó mirando hacia la explanada en la que se hallaban. La oscuridad era casi total, y apenas se podían distinguir los contornos de una balaustrada de piedra, y más árboles de ramas esqueléticas que parecían alzarse hacia el cielo implorantes, conformando una estampa de belleza transgresora que dejaba sin aliento.

—¿Qué hacemos aquí, Hans?

—Espera y verás.

—¿Y qué se supone que debo esperar y ver?

—No seas impaciente —dijo, volviéndose hacia el asiento trasero, de donde extrajo un pequeño maletín, y empezó a hurgar en su interior.

—Hans, te he hecho una pregunta.

—Y yo te he dicho que no te impacientes. Valdrá la pena, te lo aseguro. A veces hay que esperar un poco a que lo bueno se abra paso.

Ella sonrió, incapaz de no pensar en la razón que encerraban esas palabras. Se quedaron en silencio, viendo la fría noche desvanecerse, mientras sentían el fuerte viento azotando el costado del coche. Carla se abrazó al arquitecto, que casi la acunó entre sus brazos, mientras fuera, las montañas, el bosque, el helado río, todo, empezó a cambiar. El oscuro manto fue poco a poco difuminándose, dejando ver la belleza que ocultaba, y lo comprendió todo. Era el espectáculo de la luz abriéndose paso. El amanecer.

Hans la había llevado a ver el amanecer. Se quedó mirando casi embobada

la escena, reconociendo la imagen. Allí es donde Hans había sacado la foto que había en la pared de su dormitorio. Oyó a Hans disparar varias tomas, y ella cogió su teléfono, imitándole. Quería capturar todo el espectáculo sin perder detalle, sobrecogida por la impactante escena que se desarrollaba delante de sus ojos. Él la miró con disimulo, y apretó un botón de forma disimulada, sacándole una foto sin que ella lo supiese, pensando que quizás fuese hora de sustituir el cuadro de su dormitorio. Miró la pantalla de su cámara, y sonrió ante el resultado. Era el mismo encuadre, el mismo paisaje, pero había un solo detalle distinto. Solo uno.

Se veía el sol entre las montañas, los rayos de luz, las primeras sombras creando claroscuros en la nieve, el río helado, las ramas esqueléticas...y, sobre una de las blancas laderas, el reflejo del rostro de Carla. La cámara había captado su imagen reflejada en el cristal del coche y la había proyectado sobre la blanca nieve de una forma tan tenue que apenas era una insinuación de formas, pero su chica estaba allí.

—Ahora sé por qué tienes esa foto en tu dormitorio, Hans, es...es lo más bonito que he visto nunca.

Él sonrió, asintiendo, y la besó en la sien, con suavidad.

—En eso no puedo estar de acuerdo contigo.

Ella se encogió de hombros ante el cumplido, y le besó una vez más. Jamás se cansaría de hacerlo. Se quedaron mirándose, mientras se acariciaban con lentitud, sintiendo cómo todo se diluía a su alrededor, sin que ninguno de los dos pronunciase una sola palabra, temerosos de romper la atmósfera que se estaba creando, con la sensación de estar en una frágil burbuja a la que el menor movimiento podía hacer desaparecer en el aire. Los rayos de sol siguieron penetrando a través de los cristales, dibujando sombras y relieves a su paso, mientras ellos seguían perdiéndose en los ojos del otro, incapaces de mover un solo músculo, al reconocer esa sensación.

Plenitud. Felicidad. Amor.

Una hora después, aparcaron en una de las calles de aquel precioso pueblo de montaña, y decidieron dar un paseo, buscando una cafetería para desayunar. Pese a que era muy temprano, el ambiente empezaba a animarse, y el bullicio empezaba a llenar cada rincón. Tanta belleza le había abierto el apetito. Carla empezó a leer los carteles de las tiendas en alemán, ante la cara de circunstancias del arquitecto, cuyo rostro se debatía entre el horror y la carcajada, pasando por la estupefacción, y la consternación, en cuestión de segundos.



—Cielo santo —murmuró él, cuando ella leyó el último—. Si Jacob Grimm estuviese aún vivo, lo habrías mandado a la tumba, y de cabeza.

—No lo he dicho tan mal, no exageres.

—Tan mal no, terriblemente mal. Deberías aprender algo de alemán, Carla.

—¿Para qué? La única persona que conozco que lo hablas eres tú, y me hablas en español.

—Bueno —pareció confuso—, mi familia no habla español, a excepción de mi madre y mi hermana, y supongo que querrás que te entiendan cuando los conozcas.

Carla se detuvo, abriendo los ojos como platos. ¿Hans acababa de proponerle que conociese a su familia?

—¿Quieres...quieres que conozca a tu familia?

—Pues claro. Te caerían bien, estoy convencido, y tú a ellos les encantarás.

La idea no pudo gustarle más. Miró hacia él, sonriendo, y se adelantó unos pasos, con una sonrisa en el rostro. Conocer a su familia. Dar otro paso.

—¿Toda tu familia siempre ha vivido en Austria? —preguntó, con curiosidad.

—No siempre. Mis abuelos paternos se fueron a Londres cuando estalló la segunda guerra mundial, antes de que Austria fuese ocupada. Fue una época durísima.

—Puedo imaginármelo. Es uno de los capítulos más negros de la historia de la humanidad.

—No solo por eso. Lograron escapar antes de que las cosas empezasen a complicarse, y pasaron varios días viajando en varios trenes, huyendo de los controles, hasta que consiguieron subirse a un barco que les llevó a Inglaterra. Eran apenas unos adolescentes, pero se enamoraron durante el viaje en tren hasta allí.

—¿De verdad? —casi gritó. Le emocionaban esas historias —¿Tus abuelos se enamoraron en un tren?

Imposible no encontrar el paralelismo.

—Sí. Pero al llegar a Inglaterra, tuvieron que separarse. Mi abuelo se fue con su familia a Brighton, y ella a Portsmouth. Como no estaban muy lejos uno de otro, durante los siguientes siete años estuvieron carteándose una vez al mes. Se contaban su vida, sus sentimientos, sus emociones en un país extranjero...supongo que se convirtieron en una especie de refugio emocional. Hasta que decidieron que tenían que volver a verse en persona para comprobar si la llama seguía viva.

—Y lo estaba, ¿Verdad?

—Pues...nunca lo supieron.

—¿Por qué?

—Mi bisabuela estaba bastante enferma por ese entonces, así que mi abuela tuvo que ocuparse de sus hermanos pequeños, y decidieron volver a Austria. La guerra ya había acabado, y había que ayudar a poner las cosas en orden otra vez.

—¿Qué? ¡Oh, Dios mío!

—Sí. Siempre nos ha dicho que jamás lloró tanto como la noche anterior a la partida. Esa misma mañana, le escribió una larga carta a mi abuelo diciéndole adiós, y cerró su corazón para siempre, jurándose a sí misma que no volvería a enamorarse jamás.

—¿No volvieron a escribirse?

—No. Decidieron cortar todo contacto para no sufrir más. Pasaron las semanas, los meses, y, después, los años. Mi abuela creyó que él ya la había olvidado, y él creyó lo mismo —hizo un silencio—. Hasta que una mañana de Enero, dos años después de aquella despedida, tocaron el timbre de casa de mi abuela. Ella abrió la puerta, pensando que sería algún vecino para pedir algo, cuando lo que encontró fue muy diferente. Mi abuelo estaba allí, con una rodilla hundida en la nieve, un sencillo anillo en una mano, y su corazón en la otra, confesándole que no se había olvidado de ella, y que jamás podría hacerlo porque su amor estaba escrito en las estrellas.

—Oh, Hans, es una historia de película.

—No sé si daría para una película, pero bueno. Mis abuelos cuentan esa historia cada Navidad.

Siguieron caminando, en silencio, mientras la cabeza de Carla daba vueltas a esa preciosa historia de amor. Sería bonito escuchar la historia de boca de sus protagonistas, aunque fuese en otro idioma. Quizás podría aprender algo de alemán, solo por probar. Volver a escuchar esas palabras, esos mismos sonidos...Miró a Hans, y le dio un leve empujón amistoso.

—Me has convencido.

—¿Qué?

—Que me has convencido. Me apuntaré a clases de alemán solo para oír la preciosa historia de tus abuelos de su propia voz. Debe ser una experiencia increíble.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a aprender alemán? ¿Lo prometes?

—Sí, claro que sí.

—Vaya —se quedó en silencio, y metió las manos en los bolsillos, parpadeando—. Vaya.

—¿Vaya? ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Nada. No ocurre nada. Pero de haber sabido que era tan fácil convencerte, hubiese adornado mejor la historia. Te hubiese dicho que mi abuela trabajaba en el servicio secreto alemán, y que se conocieron en el campo de batalla, en medio de una gran explosión, o algo así.

—¿Qué? ¿Cómo que era del...? —bufó —¡Oh, no me lo puedo creer! ¡Te lo has inventado todo!

Hans estalló en una sonora carcajada, deteniéndose en plena calle, mientras ella bufaba en español todas las palabrotas que se le ocurrían. ¿Pero cómo podía haber sido tan ingenua?

—¡Eres un liante! ¡Me has llevado a tu terreno con tus malditas argucias! Eres un...un...no tengo palabras.

—Vale, soy culpable, lo admito —hizo un gesto de rendición con las manos, riéndose—. Pero lo has prometido, así que tienes que aprender alemán. Las promesas se cumplen.

Carla negó con la cabeza, fingiendo enfadarse, y siguieron riéndose, mientras caminaban por las calles de esa preciosa villa. Carla le miró, y sonrió, recordando la ficticia historia de amor de sus abuelos, y se preguntó si habría algo de verdad en ella. Observó al arquitecto, y pudo vislumbrar que quizás parte del relato no era del todo ficticio. Siguió caminando, junto a él, cuando la voz de Hans la hizo volverse.

—¿Y qué me dices de tu familia, Carla?

—¿Mi familia?

—Sí. ¿Siempre has vivido en el polígono de Argoma?

—Sí, y no—le miró, y tomó aire, dispuesta a contar la historia de su familia una vez más. Era un tema que le agotaba, y le entusiasmaba al mismo tiempo, y, en los veinticinco años de vida que llevaba a sus espaldas, aún no se decidía cuál de las dos emociones la llenaban cuando hablaba de ello.

Sus padres se habían conocido años antes en una fiesta, y, como había dicho su madre “Fue una noche mágica”. Pero perdieron el contacto, hasta que unos años después, y sin esperarlo, se reencontraron otra vez en las fiestas fundacionales de la ciudad. El flechazo fue mutuo, e instantáneo. Pero el destino había jugado mal sus cartas, y él ya estaba casado con su primera esposa, así que tuvieron que disimular ser perfectos desconocidos y silenciar lo que sentían.

Estuvieron un año así, viéndose tan solo en reuniones de amigos comunes, reprimiendo con fuerza lo que sentían el uno por el otro, hasta que no pudieron guardar ese secreto para sí mismos más tiempo, y seguir fingiendo que no habían encontrado a su alma gemela. Empezaron a quedar en discretos cafés, sin apenas tocarse, con el temor de traspasar una delgada línea que la moral marcaba férreamente. Conforme avanzaban los meses, el miedo de que aquella llama que sentían se extinguiese para siempre fue haciéndose cada vez más grande.

Las llamadas fueron distanciándose, y las excusas para no verse se hicieron cada vez más frecuentes. Hasta que una noche ella le llamó para decirle que no podían seguir así, viéndose como si fuesen fugitivos, con la culpa cargando sus conciencias, y que era mejor que se olvidaran el uno del otro. Su padre, que vivía en Encinar, la otra ciudad de la provincia, cogió las llaves de su coche en cuanto ella colgó el teléfono y apenas dos horas después se presentaba en su casa, con la promesa de que la seguiría allá a donde ella fuese, porque ella era todo lo que él necesitaba.

—Mi padre se divorció de su primera esposa para estar con mi madre, y lo perdió casi todo. Mis abuelos jamás le perdonaron que dejase a su esposa, que provenía de una de las familias más adineradas del país, para estar con mi madre. Pero eso a mi padre no le importó. Compró el piso en el polígono Flor de Argoma, y, poco después, nací yo—lo miró significativamente—. Mi primer apellido completo es Álvarez de Ruano, pero mis padres lo acortaron en mi partida de nacimiento.

El austríaco la miró, sorprendido, y tuvo que parpadear varias veces ante esa revelación. Carla formaba parte de la adinerada familia que era dueña de la mitad del sector metalúrgico del país. Gracias a su trabajo sabía que era una de las familias más poderosas e influyentes, y que el anciano matrimonio seguía manejando el negocio con mano de hierro. La calidad de sus productos era muy superior al resto, y él había trabajado con ellos en varias ocasiones. Miró hacia Carla en ese instante, que miraba distraída las cafeterías de la calle, y distinguió los pómulos altos de su abuela en ella, y no pudo menos que admirar la determinación de sus padres en defender sus sentimientos por encima de la riqueza.

—Debió ser muy duro para tu padre dejar su acomodada vida.

—Supongo que sí. Pero cuando nos enamoramos, los Álvarez lo hacemos con todo el corazón, y con todas las consecuencias.

Hans inspiró con fuerza, y la detuvo en mitad de la calle, para, sin más

preparativos o ceremonia, tomarla por la nuca, dándole el beso más húmedo, profundo y ardiente que le había dado nunca, y se apartó de ella, mientras sus alientos chocaban el uno contra el otro. No se había equivocado. Carla era la mujer destinada para él. Lo sabía, lo sentía. Era toda su maldita vida.

—Me vuelves completamente loco. ¿Lo sabías?

Carla parpadeó, y apoyó su frente contra la suya, intentando respirar.

—Te quiero, Hans —soltó, de repente, y él la miró completamente desconcertado, encantado y...extasiado.

—Y yo a ti, Carla. Con cada pedazo de mi corazón.

Se quedaron anudados el uno en el otro, con sensación de irrealidad, hasta que Carla se separó levemente de él, sonriendo, y siguió caminando, despacio, por aquella preciosa calle. Hans sonrió, mientras la veía alejarse relajada por aquella preciosa calle. Su larga melena oscura y su tez ligeramente morena destacaba sobre aquella marea de habitantes rubios y de ojos claros, y sonrió. Su belleza resaltaba allí más que en ningún otro sitio. Sacó un par de fotos a algunas casas antes de dirigir su objetivo a Carla, y ella se volvió en ese instante. Disparó el objetivo, con la idea de hacerle una simple foto, pero lo que ocurrió le sobrepasó por completo. Carla le había dedicado la mirada más bonita y la sonrisa más dulce que existía, y comprendió que ya estaba perdido. Acababa de enamorarse por segunda vez de la misma mujer que llenaba su corazón y su cabeza como jamás lo había creído posible. Si Carla quería romperle el corazón en miles de pedazos, podía hacerlo. Podía destruirlo cuánto quisiese. Porque su corazón ya era suyo por completo.

Pasaron el resto de la mañana y el mediodía paseando por aquel hermoso pueblo, contemplando los puestos de navideños. Alzó la vista, buscando a Hans con la mirada y lo encontró charlando con dos jóvenes de su edad. Parecían conocerse. Se acercó hasta allí, y él se los presentó. La conversación siguió su curso sin que ella pudiera entender ni una sola palabra, y Hans se despidió de ellos pasados unos minutos. Cuando se quedaron a solas, el arquitecto le señaló una calle, y empezaron a andar hacia allí, sorteando turistas.

—¿Viejos amigos?

—Sí, de mi hermana y míos. Hacía mucho tiempo que no los veía.

—Si quieres, puedes quedar con ellos esta noche.

Hans negó con la cabeza.

—No, claro que no. Esta noche tú y yo tenemos planes, señorita. Se celebra una cena de gala en uno de los restaurantes del pueblo, y he pensado que

podemos ir.

—Pero...no he traído nada que ponerme.

—Hay tiendas en la calle principal.

Carla asintió, pensativa, y le dio un rápido beso en la mejilla.

—Volveré antes de las siete.

Hans pestañeó.

—Solo son las dos de la tarde, Carla. ¿A dónde...?

—Necesito un vestido y eso lleva tiempo, amigo.

Hans se rio, y asintió, recordando las terribles tardes acompañando a su hermana Tanja de compras.

—Está bien. Es en el restaurante *Weisse Weide*, Sauce blanco. Empieza a las siete.

Ella asintió, dándole otro húmedo y sensual beso, y se alejó, dispuesta a encontrar algo con lo que deslumbrar esa noche. Él la miró alejarse, pensando que, si fuera por él, Carla podía plantarse en medio de la fiesta con zapatillas y un pijama descolorido y lleno de agujeros, y seguiría siendo la más hermosa de la sala. Miró hacia la calle donde se había ido Carla, y sonrió, recordando las palabras de su madre. Al final había hecho honor al apellido Kleiman, y había terminado enamorándose de una española. Como hizo su padre. Como hizo su abuelo. Esbozó una mueca al recordar la historia que le había contado a Carla, y se encogió de hombros. No era del todo ficticia.

Su abuelo era alemán, y trabajaba para el servicio de inteligencia británico. Fue descubierto en una escaramuza, y detenido por los alemanes. Pasó dos meses en una prisión en Polonia donde estuvo a punto de morir varias veces. Hasta que conoció a Carmen, una enfermera española que trabajaba de incógnito para los aliados. Y así, entre barrotes, y terribles padecimientos, se enamoraron. Con todo el corazón.

Planearon la huida al detalle, pero el destino volvió a torcer sus caminos, y decidió que la noche en la que debían fugarse juntos los aliados bombardeasen la prisión donde estaban. El fuego, el humo, los gritos, y las gruesas paredes haciéndose añicos lo llenaron todo, sumiendo la escena en el caos más absoluto. Su abuelo no pudo encontrarla, por más que buscó, por más que gritó su nombre entre los escombros. Había desaparecido. Huyó de allí para que no volvieran a capturarlo, sin dejar de llamarla ni un solo instante, y, cuando regresó a su base, movió cielo y tierra para encontrarla, sin resultado. Carmen figuraba entre los desaparecidos.

Pero no se rindió. Inició una incesante búsqueda que no cesó hasta

encontrarla en la base de la Cruz Roja en la ciudad de Londres. Encadenó barcos, trenes, coches...caminó hasta quedarse casi sin pies, hasta que llegó allí. Su corazón se detuvo al ver a aquella mujer que le había robado hasta el último pedazo de su corazón atendiendo a los heridos, desviviéndose por ellos, y la observó apartándose el flequillo de la frente, exhausta, casi a cámara lenta. Fue hasta allí, sorteando sanitarios, soldados heridos, civiles, mientras sus ojos seguían posados en aquella figura curvilínea y morena que era el principio y el final de su mundo. Llegó hasta ella, y se arrodilló, ante la cara de desconcierto de los que estaban allí, mientras él sostenía una sencilla alianza en una mano. Lo que pasó después, pues, bueno, eso. Estaba escrito.

Carla volvió a casa con el vestido bajo el brazo, con la firme promesa de aprender alemán cuanto antes. Le había costado horrores hacerse entender con las dependientas de las tiendas, que hicieron uso de toda su profesionalidad y su paciencia para atenderla, hasta que al final consiguió el vestido de sus sueños. La dependienta de la tienda, una mujer rubia y afable, había levantado el pulgar, suspirando, satisfecha, por haber logrado que esa temperamental española consiguiese el vestido que quería. Un vestido largo de color marfil con un vertiginoso escote que iba desde los hombros hasta casi el trasero, mostrando toda su bonita espalda. Al entrar en la sala de estar, vio que Hans no estaba. Le llamó al teléfono, sin que hubiese respuesta, hasta que vio una nota sobre la mesa.

*'Carla, te he estado llamando. He salido antes para que no nos quitaran la reserva. Te espero allí, por favor, no tardes.'*

Exhaló, vistiéndose lo más rápido que pudo, y se maquilló y se peinó casi a la carrera. Agobiada, cruzó toda la ciudad, rezando para que sus tacones resistiesen los adoquines de la calle, y llegó al fin al restaurante donde se celebraba la cena de gala. Había bastante gente en la acera, charlando animadamente. Accedió al interior, y tiritó ante el cambio de temperatura. Debía haber al menos veinte grados de diferencia. Un camarero sonriente con una carpeta negra le dio las buenas noches y le preguntó su nombre. Ella respondió en inglés, y el camarero le contestó en el mismo idioma, hecho que hizo a Carla suspirar aliviada.

—Soy Carla Álvarez. Vengo con...

—Hans Kleiman, sí. El señor Kleiman y usted se sientan en la mesa número veinte.

Le dio las gracias y caminó por la sala de aquel restaurante, decorado con tonos dorados y blancos, y en cuyas paredes había frescos pintados de escenas de montaña. Era todo muy barroco, y por un instante se sintió como si estuviese en pleno siglo XVIII. Siguió caminando, admirando la decoración de la enorme sala, donde los casi cien asistentes lucían sus mejores galas.



En ese momento, una mujer de unos cincuenta años con un estirado moño y un intenso carmín rojo en los labios la llamó con un siseo atronador para que se detuviese y dejase el abrigo en el guardarropa. Se quiso morir en ese instante. Las luces de la sala eran demasiado fuertes. El escote de su espalda se convertiría en un cartel de neón para todos aquellos que quisiesen mirarla bajo aquellas potentes luces como a una golosina. La mujer empezó a impacientarse, y ella cerró los ojos y suspiró, armándose de valor, y se despojó de su abrigo con lentitud. Se lo tendió a la mujer, que lo puso de forma mecánica en una percha y le dio un ticket. Carla suspiró y se dio la vuelta, escuchando con toda claridad los primeros cuchicheos y exhalaciones ante su espalda desnuda.

Fue avanzando entre la multitud, obviando todas esas miradas, buscando a Hans, sin encontrarle. ¿Dónde estaría? Fue hasta la mesa veinte, por si estaba ya sentado allí, pero no había nadie. Vio sobre los platos el cartel con su nombre, y, justo enfrente, el suyo. Suspiró y se dio la vuelta, avanzando entre la multitud, cuando el mundo pareció detenerse, mientras una inmensa oleada de fuego arrasaba su corazón al ver a Hans en el otro extremo de la sala, con una copa de vino en la mano, charlando con dos jóvenes.

Llevaba puesto un traje chaqueta oscuro ceñido que acentuaba la marcada forma de su cuerpo, y una camisa blanca con una corbata de color azul que resaltaba su mirada oceánica, irradiando seguridad por cada poro de su piel. Jamás le había parecido tan atractivo como en ese momento. En ese instante él la miró, y cada sonido, cada voz, cada ruido procedente de las personas a su alrededor, simplemente...desaparecieron, con el único sonido de su corazón batiendo contra su pecho como única banda sonora.

Le vio depositar la copa en la mesa y farfullar una disculpa a los chicos para ir directamente a ella, clavando sus ojos en los suyos, e inspiró, nerviosa, alisándose una parte del vestido, para calmar los nervios, y se giró cuando escuchó una copa haciéndose añicos cerca de ella. El diseño del vestido había hecho su cometido y el giro había desvelado la bronceada piel de su espalda, desde los hombros hasta la curva de su trasero. Hans llegó hasta ella, tosiendo, y farfulló una frase ininteligible, azorado, y ella le miró, sin poder evitar sonreír. Acababa de ganar una batalla que no había empezado.

—Lo siento, Hans, pero no te he entendido. ¿Puedes repetirlo en español?

—Muy graciosa —dijo él, recomponiéndose, y rodeó su cintura con el brazo, dándole un beso en la mejilla—. Estás bellísima, como siempre. La verdad es que empezaba a pensar que no ibas a venir.

—Te dije que vendría, y aquí estoy.

—Lo sé —se acercó hasta ella, susurrando en su oído—. Todos los hombres de este restaurante y yo nos hemos dado cuenta de que estás aquí, puedes estar segura.

El arquitecto esbozó una sonrisa juguetona y ella dejó de respirar cuando él dejó su mano posada justo en el límite entre su espalda y su retaguardia, acariciando con el pulgar su piel desnuda, amenazando con seguir descendiendo, y se estremeció. No había ganado el asalto, no lo había ganado en absoluto.

Se dejó guiar por él, con las mejillas encendidas por el contacto, y llegó hasta la mesa, decorada con un bonito centro de flores de invierno y velas de color crudo en forma de copos de nieve. Se sentaron, frente a frente, y ella miró alrededor, intentando buscar algo que la distrajera, o explotaría. Un cuarteto de cuerda acababa de tomar posiciones, y empezaron a tocar una maravillosa pieza clásica. La cena transcurrió entre conversaciones amables con el resto de comensales, que Carla tuvo que desarrollar en inglés, y un menú absolutamente fabuloso.

Cuando la cena concluyó, una nueva banda de música irrumpió en la sala, y todos se pusieron en pie, con sus parejas de la mano, para danzar al compás de un vals. Hans la tomó de la mano, ayudándola a levantarse, y, con su mano posada en su cintura, la llevó hasta la pista de baile, y empezó a dar vueltas con ella de forma suave y ligera, haciéndola flotar sobre sus pies, tal y como había hecho en la boda de Mateo, mientras toda la magia parecía envolverles. Carla inspiró hondo, sintiendo que el pecho se le iba a romper de pura felicidad.

Esa noche, apenas cruzaron el umbral de la casa, fueron directos al dormitorio. La ropa de ambos quedó tendida en el suelo, mientras el dormitorio entero quedaba en penumbra, y los labios de Hans se fundieron en los suyos, y bebió esa oleada cálida de hálito como si fueran las últimas gotas de agua que existiesen sobre la tierra. El beso subió de intensidad en cuestión de segundos, mientras sentían que les iba a explotar el corazón de un momento a otro, y los labios de Carla descendieron por su cuerpo, capturando el encendido deseo de Hans, que gimió.

El baile del deseo empezó, y pronto se convirtieron en parte de un mismo todo, mientras Carla seguía probando los límites del austríaco, que jadeaba a punto de perder todos los papeles. Encajó la mandíbula, clavándose las uñas en la palma de las manos, cuando la situación empezó a descontrolarse, y

jadeó.

—Cariño, para...Carla...cariño...no voy a...por favor, para. Maldita sea...Carla...

Pero ella no paró, y siguió devorando, saboreando, juntando los cuatro malditos puntos cardinales sobre aquella cama. Hans echó la cabeza hacia atrás cuando un latigazo ardiente le recorrió la espalda, lanzando descargas a su abdomen, y todos sus músculos se tensaron, anunciando lo inevitable.

—Carla, por favor, maldita sea, nena.

Sus dedos tiraron con fuerza del cabello de la chica, mientras sentía que su cuerpo estaba a punto de estallar.

—Cariño, no...no puedo...voy a...maldita sea, Carla, voy a...

Aquellas palabras prendieron la mecha. Carla aceleró sus movimientos, y Hans perdió el control por completo. Crispó los dedos, clavándolos en la sábana, y gritó el nombre de Carla mientras estallaba en llamaradas en la boca de su chica. Su piel ardió, sintiendo que jamás había estado tan conectado a ninguna mujer como en ese momento. Tragó saliva, con la respiración desbocada, y los ojos clavados en el techo, cuando la sintió acurrucarse junto a él, esgrimiendo una sonrisa coqueta.

—Vas a matarme, mujer —resopló, riéndose.

—Eso intento —respondió ella, guiñándole el ojo.

El arquitecto se rio, y, cogiéndola por la cintura, la tumbó sobre él. Los labios de ambos volvieron a unirse, a explorarse, a devorarse con avidez. Las manos de ambos empezaron a moverse frenéticas por sus cuerpos, con las yemas de los dedos quemando allá donde tocaban. Si el paraíso existía, ellos estaban disfrutando de él sobre esa cama, no tenía ninguna duda. Sus cuerpos se incrustaron en un profundo movimiento que les hizo jadear, y Carla boqueó, intentando que sus pulmones volviesen a capturar un poco de aire, mientras Hans la dejaba, una y otra vez, a las puertas de una explosión en su cuerpo. Aquello era una maldita tortura.

—Por favor. Necesito...necesito...

—¿Necesitas qué, Carla? —exhaló, con la frente perlada en sudor y los iris casi negros por completo.

—Hans...

—¿Necesitas qué? —volvió a internarse en ella con fuerza, y la cama crujió, moviéndose varios centímetros—. Dímelo, Carla... —la embistió otra vez, susurrando contra su oído —¿Necesitas qué?

—Maldita sea —suplicó.

Hans se hundió profundamente en ella y la espalda de Carla se curvó, mientras sus dedos se clavaban en su espalda, y sentía el cuerpo del austríaco temblar sobre ella. El ambiente volvió a cargarse de apremiante deseo, y sus cuerpos actuaron solos otra vez, fundiéndose en uno solo, y los jadeos se sucedieron ante cada nueva y profunda embestida. Los gemidos de uno y otra rebotaron contra las paredes del dormitorio cuando cayeron exhaustos sobre el colchón envueltos en sudor, sintiendo que les iba a explotar el corazón de un momento a otro.

—Soy tuya, Hans.

—Y yo soy tuyo, Carla. Hasta el final.

Hans la besó una vez más y le dedicó una mirada suave y dulce que contenía todo el amor que ella sabía que sentía en ese momento. Los dedos de Carla recorrieron el torso del arquitecto trazando sus nombres sobre su piel, bajo el signo de infinito, sintiendo que ya habían derribado todas las barreras.

—Deberíamos dormirnos ya. El vuelo de mañana sale temprano —dijo ella, susurrando.

El austríaco asintió, posando su mano entre sus omóplatos, y la estrechó contra sí.

—Sí, hay un largo camino por delante.

—Pero lo haremos juntos —musitó ella, contra su cuello —¿Verdad?

—Sí, mi amor. Juntos.

Carla asintió, y el austríaco sonrió, sintiendo que acababan de insuflarle una corriente de aire a los pulmones cuando estaba a punto de ahogarse, y la abrazó otra vez. Un largo camino les esperaba, sí. Un extenso sendero cuyos primeros pasos ya habían empezado a recorrer juntos ese fin de semana sin apenas darse cuenta.

El viaje de regreso estuvo cargado de tanta electricidad entre ambos que apenas pudieron dejar de rozar sus dedos, tocar sus rostros, y apoyarse en el cuerpo del otro, sintiendo que el mundo era una inmensa burbuja de colores. Los sentimientos habían sido expuestos, y nada podía cambiarlo. Su amor había salido vencedor de cuantas diferencias y batallas habían librado. Jamás se rindieron, jamás lo hicieron. A partir de ahora, ellos, y solo ellos, escribirían su historia.

Llegaron a casa de Hans en apenas media hora, y el arquitecto aparcó el coche en el garaje. Carla se bajó del *Lexus*, y tecleó la clave de acceso de la entrada, cuando una estruendosa melodía resonó en sus oídos. Su teléfono. Lo tomó entre las manos, cuando distinguió el nombre que brillaba en la pantalla,

y el mundo se vino abajo. Gael. Dios mío, Gael. Lo cogió entre los dedos, casi temblando, y sus ojos se detuvieron en la escandalosa cifra de llamadas de contestar del biólogo. Había tenido que apagar el teléfono en el avión, y por eso no lo había escuchado.

—¿Muchas llamadas? —irrumpió una voz a su espalda.

Se giró y vio a Hans al borde de las escaleras, observándola con el rostro demudado, dejando las maletas en el suelo.

—Claro que sí, Gael debe estar preocupadísimo —contestó, sin pensar, y al segundo se maldijo por su torpeza—. Hans, lo siento, yo...

—Te dejo hablar tranquila —dijo, con un tinte de tristeza en la voz, y descendió los hombros—. Te llevaré a casa cuando termines.

«No, no, no, no, no.»

Carla le observó alejarse con toda la melancolía del mundo atascada en la garganta, y miró el teléfono que sostenía en la mano. Caminó hacia la cocina, y abrió la acristalada puerta que daba la jardín trasero. Tenía que afrontar la situación y todas las consecuencias que iba a traer consigo. Su corazón había elegido, y no podía dar marcha atrás, era demasiado tarde para eso. Hans le había ofrecido su corazón, por completo, y ella lo había aceptado. Ya no podía fallarle, ya no podía seguir fingiendo que no le amaba. Las elecciones nunca son fáciles, y debemos afrontar sus consecuencias cuando las tomamos.

Se sentó en el sofá de ratán, y marcó, temblando, el número de Gael. El biólogo contestó al segundo tono, mientras ella luchaba por detener las primeras lágrimas.

—¿Carla?

—Sí, soy yo.

—Maldita sea, he estado preocupadísimo por ti. ¿Dónde...?

—Sí, tranquilo, he visto tus llamadas. Siento no haber contestado, pero...

Se hizo un espeso silencio, y pudo escucharle respirar con fuerza al otro lado. Gael ya lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

—¿Has pasado el fin de semana con otro, verdad? —preguntó, con una voz que contenía todos los matices de un corazón roto.

Ella se quedó sin una sola mota de aire en los pulmones, sin poder emitir ni una sola sílaba. ¿Qué iba a decir?

—Sí —apenas susurró.

Le escuchó exhalar por la otra línea, y hablar con la voz quebrada.

—¿Te has acostado con él?

—Voy a tu casa ahora mismo para explicártelo todo, tenemos que hablar.

—¿Eso es que sí?¿Te has acostado con otro, y ahora quieres que hablemos?  
¿Es eso?

—Por favor, escúchame...

—¿Qué te escuche?!¿Confiaba en ti, Carla!¿Confiaba en ti, joder! —inspiró con fuerza —¿Pero cómo has podido hacerme esto?!

—Yo no...

—¿Tú no qué?!¿Qué?!Cuando...cuando Ignacio le contó a Rubén que estabas viéndote con otro no le creí, y ahora me has demostrado que...

—¿Qué? —exhaló —¿Has dicho...has dicho Ignacio?

—Ignacio y Rubén son amigos desde hace años, son de la misma pandilla.

El cielo se desmoronó al tiempo que todas las piezas encajaban. Los comentarios soeces durante la cena con los amigos de su hermano, las palabras veladas refiriéndose a ella...Todos sabían que ocurría algo. Algo hermoso destrozado en los labios del indeseable de Ignacio.

—Gael, eso no es así, Ignacio ha mentido.

—No, Carla, Ignacio no ha mentido, y lo sé porque a Ignacio se lo contó todo su hermano.

—¿Cómo que...?¿Cómo que su hermano?¿Pero de qué hablas?

—¿No sabes quién es el hermano de Ignacio, Carla?¿De verdad que no lo sabes? —soltó una carcajada seca —Es Ricardo Aranda. Sí, el mismo Ricardo Aranda, que, casualmente, es el mejor amigo de ese austriaco que es con quien, supongo, llevas acostándote todo el fin de semana.

La cabeza de Carla explotó, y tuvo que sujetarse al sofá de ratán para no caerse desplomada al suelo. Recordó cómo se habían mirado Ignacio y Hans aquella tarde, a la salida del trabajo, y lo comprendió todo. Ya se conocían de antes, por eso el arquitecto lo había mirado de esa forma. En ese instante, la voz de Gael al otro lado de la línea consiguió hacerla volver del sitio oscuro en el que estaba, resonando en sus oídos.

—¿Te has quedado callada porque es así?¿Te has acostado con Hans Kleiman, el arquitecto? —le oyó resoplar—. Pues felicidades, ya eres otra de las muñecas rotas de su juego.

—¿Juego?¿Qué juego?¿De qué hablas?

—Ricardo, Ignacio y Hans tienen un juego. Eligen a una chica con pareja, y uno tiene que hacer que se enamore de él. Entonces le hacen romper con su novio, se acuestan con ella y después la dejan. Llevan años haciéndolo. Todo el mundo les conoce en la ciudad, todos menos tú, al parecer, que has dejado que jueguen contigo todo lo que les ha apetecido, y más.

—¿Qué estás...qué estás diciendo?

—Ignacio le dijo a Rubén que Hans lleva desde que te conoció en Octubre, planeándolo todo para que creyeses que estaba enamorado de ti. Todo. Punto por punto. Y tú has caído sin oponer resistencia, sin dudar jamás, tal y como estaba previsto.

El universo de Carla se tambaleó hasta los cimientos, y todo empezó a dar vueltas. Aquello no podía ser verdad. Hans jamás le haría algo así, era impensable. Impensable. Pero en ese instante una sospecha inundó su mente, y se quedó paralizada. ¿No había hecho Ricardo exactamente lo mismo con Verónica, hacer que rompiera con su novio para iniciar con ella una tormentosa relación? ¿Significaría eso que Verónica era otra de las muñecas rotas? Exhaló, con la respuesta en la cabeza. Por supuesto que sí.

—Es que no lo entiendo, Carla, de verdad. Dime, ¿Qué he hecho tan mal para que te hayas arrojado a los brazos de ese tipo? ¿No te quise lo suficiente? ¿No te di todo lo que querías? Dímelo, porque de verdad que no lo entiendo.

—Gael, tú no...yo...

—Adiós, Carla.

Oyó el intenso pitido de final de la conversación, y colgó, abrumada. Miró hacia la sala de estar, y se dirigió hacia allí llena de rabia como nunca lo había estado, con las lágrimas corriendo en cascada por sus mejillas. Hans se levantó del sofá al verla llegar en ese estado, descruzando los brazos, y fue hacia ella, con expresión de alarma.

—Carla...

—¿Sabías quién era Ignacio cuando lo viste aquella tarde conmigo, verdad?

Hans se detuvo en mitad de un paso, con el rostro tenso, conteniendo la respiración. Sus ojos trazaron una línea descendente hasta el suelo, en un claro gesto de culpabilidad, y algo empezó a quebrarse en ella al entender que la verdad empezaba a hacer aparición en aquella perversa historia. Aquello era real, el juego existía, y ella era una de aquellas muñecas rotas.

—¿Contesta! ¿Sabías quién era Ignacio, sí, o no?

—Yo...

—¿Contesta!

El arquitecto exhaló, y se cruzó de brazos, incapaz de mirarla.

—Sí. Es el hermano pequeño de Ricardo, pero...¿Qué tiene que ver él con nosotros?

—Lo sé todo.

—¿Qué?

—Sé lo del juego. Lo tenías todo planeado para que me convirtiese en la próxima muñeca rota de vuestro maldito juego, ¿No es así?

—¿Pero qué estás diciendo? No hay ningún juego entre nosotros, Carla, todo esto es real. Por favor, deja que te lo explique. No es lo que tú crees.

—¿Existe o no ese juego, Hans?

—Ignacio propuso una especie de pruebas hace unos tres años, eso es verdad, y Ricardo y yo...

—¿Qué?!

Él bajó la vista al suelo, sin poder articular ningún sonido, y eso fue todo lo que ella necesitó para explotar como un volcán, porque ese silencio contuvo todas las palabras que a ella le aterraba escuchar, las que confirmarían que el más oscuro de los secretos acababa de revelarse.

—¿Con cuántas te has acostado desde que empezó ese maldito juego?

—Carla...

—¡Contéstame! ¡¿Con cuántas?!

—Treinta y ocho —susurró, con voz queda, y ella exhaló.

El juego existía, y Gael tenía razón. Retrocedió, trastabillando.

—Pero no es lo que tú crees, te lo juro —se apresuró a decir él—. Maritte aceptó, y las demás...

—¿Maritte? ¿También Maritte?

La imagen de la modelo de piernas kilométricas que estaba enamorada de Hans llenó su cabeza, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo.

—Perdóname por no habértelo explicado todo desde el principio, pero, cada vez que intentaba decírtelo, no podía, no podía porque no sabía cómo reaccionarías.

—¿Qué no sabías cómo reaccionaría? ¿De verdad? Mi novio acaba de dejarme por teléfono, justo lo que tú querías. Porque de eso va todo esto, ¿no es así?

—No, claro que no, por favor, tienes que creerme.

—Cielo santo, ¿Cómo he podido ser tan idiota como para creer que me querías? ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

—Te quiero, Carla, por supuesto que te quiero. Maldita sea, deja que te lo explique.

Carla sacudió la cabeza, y corrió hacia la entrada, mientras las lágrimas y los espasmos del llanto sacudían su cuerpo. El dulce, atento y maravilloso Hans se había revelado como lo que era, un monstruo sentimental que se divertía utilizando y destrozando a chicas que, como ella, habían sido lo



suficientemente ingenuas como para no ver más allá de su espíritu torturado y su estudiada galantería.

—Carla, por favor, escúchame, no es lo que tú crees. No sé qué te habrá contado Gael, pero no es así. Por favor, deja que te lo explique.

Sintió sus brazos rodeando su cintura, y empezó a llorar, asfixiándose, mientras luchaba por zafarse de esos brazos en los que horas antes se fundía.

—Suéltame, por favor. Necesito salir de aquí, necesito irme, tengo que irme de aquí, no puedo estar aquí, no puedo, Dios mío, Dios mío...no...no puedo estar aquí, esto no está pasando, no está ocurriendo, no, no, no...

—Carla, para, por favor, para, puedo explicártelo todo. Carla, por favor, no...no llores —suplicó, con voz queda—. No llores, por favor, no lo hagas.

—¡Suéltame!

—Necesito explicártelo todo, no es como tú crees. Yo jamás planeé nada de esto como parte de un juego, Carla, nunca.

—¿Pretendes de verdad que te crea? —se giró, zafándose de sus brazos — ¿Cómo has podido hacerme esto, Hans, cómo?; Yo te quería!; Maldita sea, me he enamorado de ti!

—Y yo también de ti, y te sigo queriendo más que a nada. Por favor, deja que te lo explique...

—No. Se acabó. ¡Te odio!

Cogió su bolso del aparador de la entrada, y salió corriendo de allí, dando un portazo que vibró en toda la casa. Cruzó el jardín, secándose las lágrimas, mientras un torrente de pensamientos volvían para atormentarla. La magia jamás había existido. La química, la imperiosa necesidad uno de otro, la corriente eléctrica que los sacudía cuando estaban juntos...había sido una mentira. Todo, desde el principio, hasta el final.

¿Cómo había podido bajar la guardia de esa forma ante él? ¿Cómo había conseguido ese austríaco hacerle bajar todas sus barreras? La había utilizado, dándole pequeños trozos de lo que ella ansiaba para quitárselo después, porque de eso se trataba el juego. De mantener a la presa en el cebo el tiempo suficiente hasta que decidieran acabar con ella. Y ella, como una ingenua, se había enamorado de él, lo había hecho, había abierto su corazón por completo, se había expuesto como nunca, y todo por un perverso y cruel juego.

Caminó deprisa por la acera, mientras ordenaba un taxi en el móvil, y se sentó en el bordillo de una acera, sollozando. El taxi llegó pasados unos minutos, y se subió en él, dando la dirección de su casa al taxista, un señor mayor con aspecto de abuelo que la observó por el retrovisor y compuso una

expresión de pena. Debía tener un aspecto lamentable.

Se aovilló en el asiento y siguió llorando, mientras el hombre la observaba con expresión triste, mientras los espasmos de llanto la dejaban sin respiración. Oyó al hombre decirle algo, pero no le prestó atención. No oía nada, no veía nada. No sentía nada. Solo dolor. Hundió el rostro entre las manos y siguió llorando hasta que llegó a casa. En cuanto atravesó la puerta de su hogar, cayó desplomada en la entrada, llorando, gritando, incapaz de contenerse, escuchando las rápidas pisadas de sus padres corriendo hacia ella, y las manos de su madre acariciándole el cabello, y las lágrimas. Cientos de lágrimas cayendo por su rostro. Engulló las pastillas que le tendió su padre, y después, solo oscuridad. La oscuridad más absoluta. Quería esconderse, huir lejos, a un lugar tan oscuro y lejano que su propio dolor fuese incapaz de encontrarla. Permaneció en la cama, sin moverse, sin apenas comer, esperando que Hans la llamara y le dijera que todo esto no era más que una pesadilla de la que necesitaba despertar.

«Por favor, llámame y dime que todo es mentira. Llámame y dime que estás enamorado de mí como yo lo estoy de ti, que tu amor es real. Por favor, Hans, llámame y dímelo. Dímelo, cariño, porque necesito saber que me quieres, que siempre lo has hecho.»

Pero él no la llamó, pese a todas las lágrimas, pese a todas las súplicas. Y los demonios subieron a la tierra para quedarse.



La luz del amanecer del lunes golpeó los ojos de Carla como miles de agujas a la vez, y se quedó mirando hacia la ventana, y la lejana sierra, hasta que su teléfono empezó a sonar, y respondió, casi de forma automática. Era Conchi, del departamento de Recursos Humanos. Habían llegado varios rumores sobre ella y que los jefes echaban humo. Carla apenas pudo defenderse mientras escuchaba aquella catarata de mentiras que Ignacio Aranda había vertido sobre ella, haciendo valer sus contactos y toda su oratoria.

De nada sirvieron los buenos resultados cosechados por su equipo, ni la defensa vehemente que hizo de ella su jefe inmediato, Luis Déniz. No querían escándalos, y menos provenientes de una jefa de equipo casi recién ascendida que no había conseguido pasar el año de prueba en ese puesto sin escándalos. De nada valieron las llamadas a sus jefes intentando defenderse las acusaciones que había vertido Ignacio sobre ella. La emplazaron amablemente

a recoger sus cosas y a firmar el finiquito cuanto antes. Carla se había quedado sin trabajo, y el mundo, su mundo, se derrumbó.

Las siguientes dos semanas transcurrieron entre las pastillas para dormir, los días en blanco, las lágrimas, la tristeza. Y todo se volvió oscuro.

Nunca supo cuántos días habían transcurrido, cuando un sonido seco y constante la despertó de una nueva pesadilla. Apenas pudo despegar las pestañas, mojadas por las lágrimas, cuando unos toques en su puerta la sobresaltaron. Abrió los ojos lentamente, y sus padres entraron en su habitación. Su padre suspiró, y se sentó en el borde de la cama, mientras su madre hacía lo mismo en el pequeño sillón beige que tenía en una esquina.

—Carla, cariño, tu madre y yo hemos estado hablando sobre ti, y sobre...sobre lo que te ocurre, y... —inspiró —creemos que lo mejor sería que te fueras una temporada con tus tíos Amparo y Paco a Encinar. Ellos estarían encantados de tenerte por allí un tiempo, ya sabes que te quieren con locura.

—¿Qué? —preguntó en un susurro que solo ella escuchó.

—No...no estás bien, cariño —empezó su madre—. Y permanecer aquí no te va a hacer ningún bien. Tienes que salir de esta ciudad, lejos de todo esto. Vas a terminar enfermando de melancolía si sigues aquí, cariño.

Ella asintió, con la mirada perdida, sin ánimo para discutir. Se levantó de la cama despacio, y se dirigió con lentitud a su armario. Sacó una pequeña maleta de viaje, y guardó en la maleta toda la ropa que tenía, con la sensación de que la vida que conocía había tocado a su fin. Sus padres la observaron en silencio mientras ella guardaba en la maleta toda la ropa que tenía, hasta que su madre le tocó el brazo levemente.

—Ya terminamos nosotros, no te preocupes —suspiró—. Ve a arreglarte.

—No hace falta, puedo terminar de...

Su padre la detuvo por el brazo.

—Sabemos que puedes, Carla. Ya sabemos que puedes, pero deja que lo hagamos nosotros.

Carla les miró, agradecida, y fue hasta el baño, caminando despacio. Se duchó, y volvió a su habitación, donde sus padres habían terminado de empaquetar todas sus cosas. Miró su habitación por última vez con un enorme nudo en la garganta. Cerró los ojos, intentando contener las nuevas lágrimas que finalmente cruzaron sus pestañas, y salió de allí.

Bajaron en el ascensor en silencio, sin más ceremonia de despedida. Salieron a la calle, casi desierta a esa hora, y su mirada se detuvo en el pantano, que seguía allí, seco, desierto, sin vida. Guardando un secreto,

escondiendo un misterio. Sumando otro fracaso más, en definitiva. Elevó sus ojos hacia el cielo gris, y una idea relampagueó en su cabeza. Se giró hacia una de las papeleras, y sacó un bloc de notas.

—Esperad, tengo que hacer una cosa.

Apuntó algunos teléfonos y tiró la tarjeta de su móvil a la basura. Necesitaba empezar de cero, y que Hans no pudiese localizarla. Se metió en el coche, mirando por última vez aquellos edificios grises. Ricardo, Ignacio y Hans habían ganado la partida, y una incauta más había caído en sus redes.

Muñequita aniquilada. Objetivo conseguido.

No se puede cuantificar cuánto pesa un corazón roto y cientos de sueños, proyectos y esperanzas hechos trizas. Porque en el duelo del dolor, no hay ganadores, solo perdedores. Esa es una verdad elemental que solo los necios olvidan.

La cicatrización fue un proceso duro y lento, porque no solo fue levantarse, sino armar los pedazos de su propia existencia para volver a respirar otra vez, y ahí radicó el problema, porque cuando alguien se lleva tanto del otro, el proceso de construcción se convierte en un monstruo que impide que se haga sin sufrimiento, sin derramar lágrimas, sin sentir un vacío inmenso por dentro al saber que todo esto ocurre por nuestra propia culpa. Carla se hundió en incontables noches de pesadillas, nadando en oscuras aguas, y el dolor desató todas las bestias que existían bajo su superficie.

¿Cómo se puede seguir adelante cuando se han perdido todas las batallas?

Carla pensaba en esta reflexión mientras veía cómo la tarde empezaba a desvanecerse en la ciudad de Encinar, dando paso a la fresca noche de finales de Abril a través de los cristales. Las calles estaban llenas de despreocupados transeúntes que, aprovechando la suave temperatura, se animaban a dar un último paseo vespertino antes de cenar. La avenida del Cerezo, una de las arterias principales de la ciudad, no era una excepción, y los comercios presentaban una actividad frenética incluso a esas horas. En el interior de un herbolario, situado en uno de los extremos de la avenida, una anciana gesticulaba con enérgicos movimientos de bastón, provocando una fuerte vibración en los cristales de las estanterías. Frente a ella, una joven de melena oscura y bata blanca asentía con una leve sonrisa, mientras sostenía una cajita de color gris con dibujos en la superficie.

—El caso es que tengo las articulaciones muy delicadas, y en cuanto hago el mínimo esfuerzo, ¡Croc! Es como si tuviese astillas dentro de la rodilla.

—Entiendo—respondió la dependienta, esbozando una leve sonrisa—. Con esta pomada de árnica y estos sobres de aquí —estiró el brazo hacia una de las estanterías—, verá que al menos el dolor cesará, y empezará a recuperarse.

—¿Está segura?

—Completamente. Pero recuerde que debe tener cuidado con los cambios de tiempo, y con los esfuerzos bruscos, Agustina. Dígale a su nieto que la ayude a subir la compra, que usted ya no está para subir cinco pisos cargada.

—Está bien, se lo diré, que una ya ha llegado a una edad en la que necesita empezar a pasar el testigo. Gracias, guapa.

La mujer cogió las cajitas, y le tocó el hombro levemente a la muchacha, cuya tranquila energía era contagiosa. La calma de sus gestos y la serenidad de su expresión rezumaban confianza. La anciana posó su mano sobre la suya, y le

guiñó el ojo.

—Hasta la próxima, Carla.

—Cúidese, Agustina. Esperamos verla pronto recuperada.

La joven miró a la mujer salir del herbolario, y se giró hacia el mostrador, mirando a su jefa, que se colocó las gafas de pasta negra sobre el puente de la nariz, chasqueando la lengua.

—Lástima que esta vez no haya venido con su nieto. Cielo santo, está para echarle una capa de cemento por encima y ponerle una placa, te lo aseguro.

—No será para tanto —se rio Carla, dejando las otras cajas en la estantería.

—Ya lo verás cuando venga. Está para comérselo y no dejar ni las migas. ¡Puf! Si es que cuando lo ves, se te quitan todas las penas. Las que tienes, las que has tenido y las que vendrán. Lo que daría yo por dar rienda suelta a mi lujuria con ese hombre...ay qué mal repartido está el mundo, por Dios.

Carla se rio, negando con la cabeza. Hacía tres meses que trabajaba en el herbolario, y estaba encantada. El trabajo siempre había sido su tabla de salvación, lo único que la absorbía lo suficiente como para olvidarse de todo lo demás, y esta vez también le había funcionado. Los problemas, y el tempo, parecían evaporarse entre las estanterías de ese local, los clientes y los botes de cristal que contenían toda clase de remedios. Se estiró levemente, mirando el reloj, y sonrió. Ya había acabado su turno. Miró a su jefa, que le hizo un gesto de asentimiento, y recogió sus cosas, doblándola la blanca bata, y poniéndola bajo el mostrador.

—Estefanía, me voy a casa.

—Que descanses, preciosa.

Su jefa la despidió con una cálida sonrisa, y salió a la calle, abotonándose el abrigo. Desde luego, no podía haber caído en mejor sitio que ese para trabajar. El ambiente era tan diferente a la empresa de telefonía, el trato tan cercano, y el horario tan flexible, que parecía un sueño hecho realidad. Salió por la acristalada puerta, y tomó un taxi rumbo al coqueto edificio de dos plantas en el que vivía con Daniela, la primera amiga que había hecho en Encinar, y ahora vecina.

Se habían conocido tres meses atrás, una noche en la que había salido tarde de trabajar, y decidió tomarse algo antes de volver a casa de sus tíos. La tarde en el herbolario había sido bastante intensa, y necesitaba al menos media hora de pausa. Había entrado a la bulliciosa cafetería a la que iba siempre, sorteando a decenas de jóvenes que hablaban a voz en grito pidiendo todo tipo de tapas, hablando, jugando a dardos y discutiendo a la vez, y se dirigió hacia

uno de los extremos de la barra, haciéndole una señal a la camarera, rogando para que la viera.

La dueña del local era una atractiva rubia de edad indeterminada, que presumía de haberse casado seis veces con su marido, con el que mantenía una tormentosa relación. Carla había escuchado la historia de esa mujer casi cada noche, y lo fascinante era que siempre ofrecía una versión diferente de la historia. En ocasiones eran seis maridos distintos, otras el mismo, otras veces eran seis amantes...Carla concluyó que habían sido seis hombres diferentes, y que cada uno había clavado su puñal en el corazón y en el alma de esa mujer tantas veces que había terminado enloqueciendo. Se sentó en uno de los pocos taburetes que quedaban libres, y le hizo una señal a la mujer para pedirle lo de siempre, un té helado, hasta que vio que hablaba acaramelada con un hombre, que, a juzgar por su uniforme, debía ser taxista.

—¡Carlota, aquí!

La mujer siguió ronroneando con el taxista, y Carla suspiró. Ya podía despedirse de su té helado. Se apoyó en la barra, para levantarse del taburete, y buscar otro bar, cuando escuchó la voz de una chica a su izquierda.

—Oh, madre mía, esta mujer es incorregible. Otro más para la colección de los casados infieles. ¡Será posible!

Carla se giró hacia la voz y vio a una chica rubia de ojos claros que se daba un cierto aire a Carlota, secando vasos tras la barra, con gesto de enfado.

—¿Qué?

—Digo que con la edad que tiene, ya debería saber distinguir a los indeseables de los tipos que valen la pena. Y ése —señaló con un trapo hacia allí—. Ese no vale la pena, créeme.

—Bueno, quizás con este tenga suerte.

—No, ya te digo yo que no. En fin —resopló—. Como mi tía está ocupada perdiendo el tiempo con ese cretino, te serviré yo. ¿Qué quieres tomar?

—Pues...un té helado.

—¿Té helado? Oh, por Dios. Qué típico —se giró hacia ambos lados, con gesto conspirador, y le guiñó el ojo—. Espera y verás.

Carla tragó saliva mientras veía a la joven deslizarse con agilidad entre las estanterías de detrás de la barra, mezclando diferentes bebidas. Cuando terminó, le sirvió una extraña bebida de color verde lima que llevaba hielo picado y una sombrillita fucsia. Se llevó la copa a los labios, y bebió un largo trago. Era sorprendente, refrescante, dulce y ácido a la vez, y dejaba un gusto exótico en la boca que ella no supo identificar.



—Cielo santo, está delicioso. ¿Qué lleva?

—Hielo, azúcar de caña, maracuyá, lima, granadina y el ingrediente secreto.

—¿El ingrediente secreto?

—Si te lo digo, tendré que matarte.

—Vaya, en ese caso, creo que me limitaré a beberlo, y ya está —se rio.

—Chica lista —le guiñó el ojo, y Carla se rio—. Soy Daniela, por cierto.

—Yo soy Carla —miró alrededor—. ¿Y este bullicio de hoy a qué se debe?

—Hoy había una fiesta en la universidad, y todos estos alegres borrachos han decidido tomarse la última copa aquí.

Se rieron a la vez, y Carla la miró con curiosidad.

—¿Estudias en la Universidad?

—Sí, estudio Bellas Artes, y soy de Sauzal, en el otro extremo de la provincia. Como el material es caro, algunas noches trabajo aquí con mi tía para ayudar con los gastos.

—Vaya. ¿Y vives con ella?

—Cielo santo, claro que no. Vivo sola en un piso sin aire acondicionado que es lo más parecido al interior de un volcán.

—Exageras.

—Ojalá. He llegado a pensar que mi casera está planeando cocinarme como a un pavo para Navidad.

La chica estiró la comisura de la boca, y se puso el trapo entre las manos, asintiendo. Siguieron hablando, entre risas, de todos los pormenores del trabajo de la cafetería, de la vida de ambas en Encinar, y de todo tipo de temas, hasta que llegó la hora de cerrar. Daniela le tendió su teléfono, y ella hizo lo mismo.

Durante las siguientes semanas, Carla y Daniela forjaron su amistad a base de noches de barra en la cafetería, helados nocturnos y mucho, mucho, café, mientras se contaban sus respectivas vidas. La última noche del mes de Marzo, decidieron celebrar su recién nacida amistad con un enorme bol de helado y sirope de chocolate que Daniela había traído de casa, mientras terminaban de sincerarse la una con la otra. Carla le relató su historia sin poder levantar la vista de la crema helada, y, cuando terminó, tragó saliva, sintiendo aún los pinchazos en el pecho. Alzó la vista hacia su nueva amiga, esperando encontrar una profunda expresión de compasión, pero lo que encontró fue a la rubia haciendo un gesto amenazador con la cuchara.

—Dani, ¿Qué pasa? ¿Por qué...?

—¿Qué qué pasa? Pasa que ese Hans es un malnacido hijo de su madre que

tiene una piedra por corazón, y espero que pronto alguien le dé su merecido y le haga sufrir lo que te hizo sufrir a ti. Cielo santo, Carlita, no me puedo ni imaginar por lo que tuviste que pasar.

—Ya estoy bien, y...

—¿Cómo vas a estar bien? ¡Nadie puede estar bien después de algo así! ¡Valientes cretinos! ¡Esa clase de gente son criminales emocionales, eso es lo que son! ¡Auténticos delincuentes del corazón! ¿Sabes lo que deberíamos hacer con ese tipo de hombres?

—¿Olvidarlos?

—Sí, olvidarlos —bufó, poniendo los ojos en blanco—. Olvidarlos, dice. No, Carlita, claro que no. Deberíamos encerrarlos a todos en un enorme saco y lanzarlos al espacio, junto a toda la basura espacial. Hala, que vayan a destrozarles el corazón a las marcianas, que seguro que ellas los convierten en cubitos de gelatina comestible para que se les quite toda la tontería de un plumazo.

Carla lanzó una carcajada y volvió a hundir la cuchara en el helado.

—Como enemiga no tienes precio, qué duda cabe.

Un mes después de aquella noche, Daniela le planteó compartir piso junto a ella, y Carla la miró dubitativa unos segundos. Siempre había soñado con tener su propio espacio, y quizás ya era hora de abandonar el piso de sus tíos. Miró a la chica, en cuyo rostro se había dibujado una leve sonrisa de esperanza, y, consciente de que no tenía nada que perder, asintió. Dos semanas después, Daniela le mandó una foto del que sería su nuevo hogar, y Carla contempló aquellas fotos con detenimiento. Se trataba de un coqueto edificio de tres plantas en la zona sur de la ciudad, y decidieron alquilar una planta cada una.

Metió toda su vida en apenas seis cajas de cartón y dos maletas y llegó al que sería su nuevo hogar. Pese a que apenas tenía treinta metros cuadrados, tenía una sala de estar, un dormitorio, un baño, una apañada cocina y una terraza desde la que se veía, lejana, la sierra de Pinar, y se quedó mirando cómo la luna conquistaba con sus rayos blanquecinos el cielo. Volvió a la cocina, donde se sirvió una taza de café, y encendió el equipo de música. La música de Måns Zelmerlöw llenó todo el espacio, y dio un sorbo al caliente y oscuro líquido, mientras veía los últimos destellos de luz desaparecer por la sierra. La sensación de despedida, y nuevo comienzo fue tan intensa que tuvo que inspirar con fuerza para apresar el poco oxígeno que había en sus pulmones. En ese momento, los traicioneros ojos azules de Hans reclamaron

espacio en su cabeza, y cerró los ojos, repitiéndose una vez más lo que se había dicho cientos de veces.

«Ya no puedes permanecer en mi mente, ya no. Ya no tienes derecho a seguir en mi corazón, ya no.»

La vida continuaba. Con o sin Hans. Con o sin Gael. Pero con ella, siempre con ella.

## Hans

El eco del portazo de Carla en su puerta le perseguía cada minuto de cada maldito día. Tenía que haberse sincerado con ella desde el principio, tenía que haberlo hecho, pero confiaba en que las cosas saliesen de otra forma, y poder explicarle que para él jamás fue un juego, sino un enorme malentendido.

Todo empezó años atrás, cuando Ricardo y él se conocieron en aquella convención de artes marciales. Cimentaron su amistad con incontables noches de fiesta, alocados viajes, y su compartida afición por las mujeres bonitas. Pero algo cambió en cuanto Ignacio, su hermano, se apuntó a aquellas correrías tres años atrás. La sana y alocada diversión de la que disfrutaban fue poco a poco sustituida por algo más oscuro, y fue entonces cuando Ignacio propuso el juego. Elegir a una chica, seducirla, hacer que rompieran con sus novios, acostarse con ellas la misma noche y después decirles adiós. Él accedió sin saber por qué lo había hecho, y Ricardo también.

Ignacio fue el primero en estrenar el juego con una chica que se llamaba Alexandra. Estudiaba enfermería, era dulce, guapa y tierna, y tenía novio desde hacía dos años. Ignacio y ella estuvieron viéndose a diario casi un mes, hasta que ella accedió a meterse en su cama tras romper esa misma noche con su novio. A la mañana siguiente, y tras una enorme discusión en la que la chica se quebró por completo, Ignacio le dijo adiós, consiguiendo su primer punto. El juego había comenzado.

Después le tocó el turno a Ricardo, que decidió hacer una variante del juego, dejándoles claro a las chicas que él no buscaba nada más. El abogado siguió acostándose con todas las chicas que le proporcionaba su hermano, sin ganar ni un solo punto, hasta aquella fiesta universitaria en la que conoció a Verónica. Desde entonces, no había estado con ninguna otra mujer, porque esa pelirroja de largas piernas era la única mujer con la que quería estar.

Y entonces llegó su turno. Fue precisamente Ignacio el que llevó a Maritte a aquella cena de amigos para que se conocieran. Pero él se lo confesó a Maritte, que, para su sorpresa, aceptó seguir una relación sin ataduras. Durante los siguientes años, se dedicó a coleccionar muescas en su cama de todas las chicas que Ignacio le presentaba, además de las que él mismo conocía. Pero todas aquellas mujeres sabían que él no quería una relación seria, todas lo

tuvieron claro desde el principio. Deseo, piel, y nada más.

Hasta que una noche Ignacio acudió a su despacho buscando consejo. Eran más de las once de la noche, y el hermano pequeño de su amigo tenía aspecto de haber pasado las últimas horas encadenando copa tras copa. Había una chica en el trabajo que le volvía completamente loco desde hacía años, y había empezado a salir con otro chico de su propia empresa. Él le había tratado de consolar, porque jamás le había visto tan destrozado, ni tan colérico a la vez, y le dijo que se olvidara de ella, idea que Ignacio declinó por completo, argumentando que jamás podría olvidarse de esa chica, y él había suspirado, pensando en que le entendía perfectamente. Hay mujeres que ni la más terrible tormenta podría hacerlas caer en el olvido.

Entonces ocurrió lo que él nunca pudo imaginarse. Una tarde que había salido antes del despacho, había ido a buscar a Carla al trabajo, y la había esperado apoyado en el capó de su coche, pensando en algún saludo ingenioso para hacerla reír, y había sonreído, imaginándosela poniendo los ojos en blanco, y farfullando alguna maldición ante su pésimo sentido del humor.

Se había incorporado, como un resorte, cuando la distinguió salir del edificio, y fue caminando hacia ella, cuando vio quién la acompañaba, y se atragantó. ¿Ignacio y Carla trabajaban juntos? Y fue, en ese preciso instante, cuando una luz empezó a abrirse paso en sus pensamientos, al recordar la descripción que había hecho Ignacio de la chica que le gustaba del trabajo. Morena, de ojos oscuros y brillantes, con una sonrisa que iluminaba todo a su alrededor, cálida, y con un corazón inmenso. Y entonces lo supo. Era ella.

Volvió la vista hacia ellos otra vez, y la mirada de Ignacio terminó por despejar todas las dudas. No había más chicas como ella dentro de la empresa en la que trabajaba el hermano de Ricardo porque no había otra chica como Carla en todo el universo. La chica de la que Ignacio estaba enamorado era la misma por la que su corazón latía desbocado.

Las consecuencias no tardaron en aparecer. Pero él cometió el error de subestimarlos, sin llegar a imaginarse que el plan que Ignacio había urdido pasaba por utilizar a Gael para lograr su propósito.

Cerró los ojos, volviendo a aquella terrible mañana, recordando cómo la había visto irse de su casa, sin ser capaz de seguirla y hacerla volver, de decirle que la quería, de suplicarle perdón. No. Se había quedado de pie, viendo cómo se alejaba de su vida, rota de dolor, sollozando por la calle, mientras su cuerpo se negaba a mover un solo músculo. La había perdido para siempre, y su alma se había vaciado, como la de un fantasma. Un fantasma

encadenado a todos sus errores.

Carla caminaba por la Avenida de los Sauces martilleando con sus tacones la acera. Había quedado esa misma tarde para tomar un café en el centro con Verónica. Apenas habían hablado por teléfono desde aquella terrible noche en la que ambas lloraron a ambos lados de la línea del teléfono porque les habían destrozado el corazón. Habían postergado esa cita durante meses, porque en el fondo temían que verse fuera un reflejo la una de la otra, y no estaban seguras de poder aguantar esa imagen.

Carla enfiló hacia la cafetería donde se había citado con Verónica, y la distinguió al cruzar la esquina. Su amiga seguía luciendo en su larga melena cobriza por la cintura, y estaba enfundada en un bonito vestido de entretiempo, apto solo para las que, como ella, podían lucirlo como nadie.

Se abrazaron al tiempo que se decían de carrerilla tantas cosas que apenas se entendieron la una a la otra. Se separaron, estallando en carcajadas, y se sentaron en una de las mesas que estaban justo al lado de la calle principal, observándose.

—Cielo santo, Vero, estás guapísima.

—Igual que tú, y encima...¡Te has cortado el pelo!

—¿Te gusta?

—Me encanta. ¡Menudo cambio!

Carla asintió, satisfecha, recordando el lunes de la semana anterior, cuando, tras demasiados cafés en la cafetería donde trabajaba Daniela, le había anunciado a su vecina que se iba a cortar el pelo. Su amiga y vecina la había mirado alarmada, y la había tomado por los brazos.

—No, Carlita, no. Esta noche lo consultas con la almohada, y...

—Ya está decidido. Además, me he comprado la almohada en esa enorme tienda sueca de muebles por una razón, y es que no hablamos el mismo idioma.

Daniela la había mirado compungida, y se había encogido de hombros, farfullando una frase en la que las palabras 'arrepentirse', 'cabra' y 'crimen capilar' se entremezclaron, mientras ella se carcajeaba, con un pensamiento encerrado en su mente. Sí que necesitaba ese cambio. Hans y Gael siempre

habían admirado su larga melena, y el recuerdo del austríaco enredando sus dedos en su larga melena aquel increíble fin de semana mientras ella le llevaba al límite levantaba demasiados recuerdos que no quería evocar cada vez que se miraba en el espejo. Si ahora era una nueva Carla por dentro, era hora de demostrarlo por fuera. Miró a Verónica, volviendo al presente, y sonrió.

—Y, ¿Qué tal todo por Pinar?

—Pues...me he apuntado a un curso de masajista deportiva, y he descubierto...¡que me encanta!

—¿De verdad?

—Así es. He solicitado una plaza en la carrera de fisioterapia en la Universidad de Pinar. Será todo un cambio, pero bueno, los cambios no siempre son malos, ¿Verdad?

—No, claro que no.

Se miraron, infundiéndose ánimos. Solo ellas sabían por el infierno por el que habían pasado, y los cambios que habían tenido que hacer. Las dos habían dado un giro radical a sus vidas por culpa de dos amores no correspondidos, y cada una luchaba con sus demonios con todos los instrumentos que podían.

—¿No has ido más al club? —Preguntó, temerosa.

—No. Pero Ricardo y Hans tampoco han vuelto por allí.

Carla parpadeó, apurando un sorbo de café, pensativa. Esperaba que ese par de depredadores emocionales hubiesen vuelto para seguir llenando su cama de incontables bellezas, con el recuerdo de ellas dos bien enterrado, pero al parecer no había sido así.

—¿No han vuelto?

—No. Por lo que nos ha dicho Kylian, el novio de Sasha, tan solo Ignacio sigue yendo por allí buscando un trofeo que llevarse a la cama.

Cogió la servilleta, empezando a desmenuzarla en pequeños trozos, y se hizo un leve silencio entre ellas.

—¿Has vuelto a hablar con...?

—No. ¿Y tú con...?

—No, no quiero saber nada de él.

Verónica miró a Carla, dudando si decirle o no a su amiga el verdadero motivo por el que ninguno de los dos, Ricardo, ni Hans, habían vuelto al club. La misma noche que Carla se había ido de Pinar, había ocurrido algo, algo que la propia Sasha le había contado, y que ella decidió seguir guardando como un secreto. No estaba siendo un camino fácil para ninguna de ellas.



—¿Sabes qué? —dijo Carla, rompiendo la atmósfera triste que empezaba a aposentarse — Creo que necesitamos doble ración de azúcar.

Verónica asintió, y Carla se levantó de la mesa, yendo hacia la barra, y empezó una breve charla con el camarero, un señor que debía rondar los sesenta y cinco años. El hombre le explicaba algo señalando sus muñecas, comentándole sus dolencias mientras ella asentía, sonriendo, con expresión profesional. Se quedó observando la escena, recordando las palabras de Sasha.

Su amiga le había dicho que una noche, mientras servía copas en el club, había empezado a escuchar gritos en mitad de la pista. Se había escabullido de la barra y había ido hasta allí, apartando gente a su paso, para descubrir qué ocurría. Y lo hizo. En mitad de la pista, un colérico Ricardo temblaba de rabia, discutiendo con su hermano. Los dos jóvenes se asemejaban a dos titanes que estaban a punto de llegar a las manos en medio de aquella marea de gritos.

—¡No sé de qué narices te quejas, Ric! —bramó Ignacio —¡Te he quitado a esa pelirroja de encima, porque eras incapaz de hacerlo por ti mismo! Por Dios, ¿Pero no te dabas cuenta que nunca sería lo suficientemente buena para nosotros? ¡No está a nuestro nivel!

—¿Nuestro nivel?

—¡Sí, joder, nuestro nivel! ¡Esa camarera no pinta nada en nuestro ambiente! ¡Que papá va a presidir la maldita comunidad autónoma, maldita sea! ¿Sabes lo que eso significa? ¡Estamos en la puñetera élite, Ric, y tú con esa camarera de tres al cuarto! ¡Tenías que haberte limitado a tirártela, y ya está!

—¡Cierra la maldita boca!

—¡Joder, Ricardo, Verónica solo era otra zorra del montón, maldita sea, ¿Qué más te da que...?!

Eso fue lo último que dijo antes de que Ricardo se abalanzara sobre él, y la situación estallara. Aún recordaba los gritos, los golpes, la sangre, el mobiliario del club haciéndose trizas, las llamadas a la policía, la intervención del equipo de seguridad del local. Hans apareciendo de la nada, interponiéndose entre ambos.

—¡Maldita sea, Ric, déjalo ya, vas a matarlo!

—¡La he perdido por su culpa, Hans! ¡Por su maldita culpa!

—¡Lo sé, ¿Vale?! ¡Créeme que lo sé!

—¡Vero no volverá, ¿Lo entiendes?! ¡No volverá por culpa de este miserable!

—¡Lo sé! ¡Y Carla tampoco, ¿Te crees que no lo sé?!

—¡Joder, Hans!

—¡Estoy de tu parte, Ric, estoy de tu parte, pero sigue siendo tu hermano pequeño! —bajó el tono de voz —Por favor, déjalo, no merece la pena. Déjalo.

Los dos amigos se miraron, resoplando, y Ricardo soltó a Ignacio, que cayó desmadrado al suelo, y se alejó de allí con el austríaco, mostrando en una sola mirada, todos los fragmentos de un corazón destrozado.

Suspiró, intentando olvidar aquella noche, y se giró hacia la barra, donde Carla seguía hablando con el camarero, y suspiró.

«Perdóname, Carla, pero no puedo decirte lo que Sasha vio en el club, porque eso supondría que hemos cometido el peor error de nuestras vidas.»

Suspiró, mientras los recuerdos llenaban su cabeza y se remontaban a aquella noche, cuatro meses atrás, cuando una llamada de Carla había provocado que todo su mundo se desmoronase. No le había hecho falta que su amiga le dijese más de dos frases seguidas para atar cabos rápidamente. A fin de cuentas, ella se movía más en el mundo de la noche que Carla, y los rumores, los comentarios velados y los cuchicheos en cualquier reservado siempre le habían insinuado aquello que ella jamás quiso escuchar. Había un juego, y los tres amigos eran unos avispados jugadores. Pero ella jamás lo creyó, nunca. Ricardo la quería, estaba segura. Pese a que discutieran casi todo el tiempo, y se desafiaban constantemente. Se querían.

Hasta aquella llamada. Apenas había colgado el teléfono, había bajado al garaje de su edificio, y su modesto turismo había rugido sobre el asfalto. Había casi aterrizado sobre la acera de la calle donde Ricardo tenía el despacho, en el barrio de Robledo, y había entrado como un vendaval en la sala cuando él ultimaba los detalles de un caso que tenía que presentar al día siguiente. Ricardo había levantado la vista de la mesa, mirándola sonriente, y se había acercado hasta ella con esa mirada que, ahora sabía, era falsa.

—Vero, cariño, qué sorpre...

—¡Carla me lo ha contado todo!

—¿Qué te ha contado todo de qué? —se había detenido en seco, a apenas un metro de ella —¿Pero de qué hablas?

—Tenéis un juego, ¿Verdad? Hans, Ignacio y tú.

El abogado palideció, y hasta la última mota de su sangre se evaporó de su cuerpo, mientras ella permanecía de pie, hierática, esperando la respuesta que, sabía, acabaría con ella.

—Verónica, no es lo que piensas, yo...deja que te lo explique.

—Vale, explícamelo —le retó—. Explícame que Bibiana no existe. Explícamelo. Y que Victoria tampoco existe. Explícamelo. Explícame que Moira, Eva, Andrea, Carol, Leandra, Laura, Virginia...tampoco existen. Explícamelo, Ric.

El abogado bajó la vista, incapaz de contestar. Todas esas chicas eran parte de un pasado que él quería olvidar. Miró hacia Verónica, encontrándose con su glacial mirada, y fue incapaz de decir nada.

—Vero, esas chicas no son nada para mí. Solo estás tú, porque solo existes tú, preciosa.

—¡Eres un maldito mentiroso! —gritó ella, estallando en un sollozo.

Salió de allí a toda velocidad, casi saltando por las escaleras, con los gritos de Ricardo de fondo, y se metió en su coche, a la carrera, rogando para que él no la alcanzara. Arrancó, y condujo por las calles, con los ojos empañados en lágrimas, sintiendo cómo su mundo se hacía pedazos. Llegó a su piso y se derrumbó sobre el suelo, con las lágrimas, la rabia y la impotencia haciéndose un hueco por hacerse con el trofeo del dolor.

Se quedó despierta toda la noche, acostada sobre su cama, mientras su teléfono sonaba incesantemente, con el nombre de Ricardo iluminando la pantalla. Pero ella no podía contestar, no podía, porque si lo hacía, él encontraría la forma de convencerla, de que volviera con él. Se refugió bajo las mantas, maldiciéndose por ser tan ingenua como para creer que el hijo de Borja Aranda, uno de los empresarios más importantes del país, decidiera iniciar una relación seria con ella, cuando la realidad se había limitado a ser la de siempre. El chico rico que se divierte con la chica pobre hasta que aparece la mujer perfecta para él.

El dispositivo siguió sonando toda la noche hasta que los rayos del amanecer se filtraron a través de la ventana, y sintió que el mundo se hundía bajo ella. Miró los mensajes que le había dejado en el buzón, pero solo escuchó el principio del primero.

«Por favor, Verónica, perdóname, yo...»

Le dio a la tecla de borrado, y su almohada se llenó de lágrimas. Gruesas y densas lágrimas.

## Hans

Apenas había conseguido dormir en toda la noche, y, con esta, ya encadenaba la cuarta noche en blanco. Pero es que no podía dormir. Dormir, comer, o hacer otra cosa que no fuera ir al despacho, respirar y pensar en Carla. Carla. Suspiró, con la imagen de esa increíble mujer en la cabeza, y pensó en el maldito destino. Quizás no estaba escrito que estuviesen juntos. Quizás nunca debieron encontrarse, ni conocerse, ni...enamorarse. Quizás solo fueron un error en la vida del otro. Un error, pensó, con tristeza. Eso era él en la vida de esa preciosa morena de corazón inmenso. Un error.

En ese instante, un zumbido penetrante, molesto y repetitivo taladró los oídos del arquitecto, haciéndole girarse en la cama, mirando el destello rojo de su teléfono que marcaba una llamada entrante con el prefijo de Alemania. Puso los ojos en blanco, armándose de paciencia, y se incorporó. Su hermana pequeña perdía una media de cuatro teléfonos al año, y a estas alturas, media Europa debía tener su número. Dio a la tecla de responder, y esbozó una sonrisa aburrida.

—Has perdido otro teléfono, ¿no? ¿Pero se puede saber dónde tienes la cabeza, hermanita?

—¿Hans?

El teléfono casi resbaló de sus manos al reconocer esa voz. Aquello no podía estar pasando. Otra vez, no.

—¿Helga?

—Sí, Hans, soy yo.

Le había encontrado. Volvió a sentir el dolor, la vergüenza, la rabia, y, por un breve instante, volvió a ser aquel adolescente aterrorizado que luchaba por zafarse de los brazos de dos hombres que lo inmovilizaban mientras veía a aquella mujer a centímetros de su rostro mientras el despreciable de su marido abusaba de él. Se apoyó en la pared, mientras todo a su alrededor giraba en círculos y cada mota de oxígeno se esfumaba de su dormitorio.

—Hans —empezó ella, mientras él era incapaz siquiera de respirar—, sé que te preguntarás por qué me he puesto en contacto contigo después de todos estos años.

—Para dejarme claro que esto no va a acabar nunca.

—No, claro que no.

—Permítame que lo dude.

—Ya sé que para ti es difícil, y que ninguno puede retroceder en el tiempo, pero...

—¡Tenía trece años, Helga, trece malditos años! ¡Solo era un crío con toda una vida por delante que tuvo que irse de su casa, de su país, de la noche a la mañana por vuestra culpa!

—Pero no estaba...yo no estaba bien. Y Edmund...Edmund tampoco estaba bien. Atravesábamos una crisis en nuestro matrimonio muy grave, y, cuando te vi, yo...él...creímos que serías nuestra tabla de salvación.

“Tabla de salvación”. Esas palabras resonaron en la cabeza del austríaco al mismo tiempo que las durísimas imágenes de los vídeos incautados por la policía durante el juicio pasaban por su cabeza. Pudo verse a sí mismo inconsciente, en medio de un charco de sangre, tras recibir una brutal paliza de los guardaespaldas de la pareja por intentar escapar. Tabla de salvación de un matrimonio, parecía una broma. ¿Qué clase de personas mantenían retenido a un adolescente mientras abusaban de él con la excusa de salvar un amor? Ojalá no supiese la respuesta, pero la sabía. La cicatriz de su espalda, los cortes en sus antebrazos y su corazón eran testigos de ello.

—Sé que ahora vives en España, y que has iniciado una prometedora carrera como arquitecto. Puedo llevarte a lo más alto, lo sabes, sabes perfectamente en qué ambientes me muevo.

—No necesito tu maldita ayuda, así que no vuelvas a llamarme, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo jamás, Helga.

La mujer rechinó los dientes al ver que su actuación de traumatizada mujer consumida por la culpa no había cuajado.

—La chica morena de ojos negros que llevaste a Sankt Gilgen ya no vive en Pinar, ¿Verdad?

«No, no, no, por favor, no.»

—Sí, Hans, sabes a quién me refiero. La comercial a la que acompañaste a la boda de su primo, la chica a la que llevaste a ver la lluvia de estrellas. Esa joven, Hans. La misma que salió llorando aquella mañana de tu casa porque intuyó, le rompiste el corazón. Esa chica, Hans. Carla Álvarez.

Carla se encontraba inmersa en el alisado del cabello de su madre armada con secador, cepillo y bastantes pasadores entre los labios como para presentarse en cualquier batalla, haciendo honor a la frase “Armada hasta los dientes”. Pero era por un buen motivo, al menos. Su prima Clara se casaba ese día, y los habían invitado al enlace. Mientras daba el último repaso al cabello de su madre, ella le relataba todos los cotilleos del vecindario. El polígono en el que vivían era la cuna de un sinfín de amores imposibles, traiciones y celos que se entremezclaban entre sí de tal manera que distinguir lo que era verdad y los que no, era casi imposible de adivinar. Se carcajeó con algunas de esas rocambolescas historias, que rozaban lo grotesco, y sonrió. Había olvidado cómo era vivir en un lugar donde todos se conocían. Su madre terminó la última de sus historias con un dedo apuntando al cielo, y se giró hacia ella.

—¡Trillizos! ¡Ni más ni menos! ¡Trillizos!

—Bueno —balbuceó Carla—, pues que los disfruten. No todo el mundo puede dejar embarazada a su esposa y a su cuñada de trillizos a la vez.

—No sé dónde vamos a ir a parar, hija mía. Este mundo está perdido, hazme caso.

Carla se rio brevemente, y su madre sacudió la cabeza, fingiendo consternación. En ese momento su padre entró en la habitación, sonriendo ante la tierna escena.

—¿Todo bien por aquí? —el hombre le tendió el brazo a su mujer, y la besó en la mejilla —Estás preciosa, como siempre.

—Y tú también.

—Estás muy guapo, papá —dijo Carla, anudándole la corbata.

Su padre había visto en la televisión, días atrás, una boda de una casa real europea y se había empeñado en que quería llevar para la boda de Clara ese nudo de corbata que, en sus propias palabras “Le daría un toque de distinción con el que se convertiría en el centro de todas las miradas”. Carla había asentido, con resignación, y había mirado en internet cómo hacerla.

Llegaron a la iglesia justo para ver a la novia entrar en aquella sala

engalanada de flores. La joven estaba radiante y su futuro marido hecho un flan. Carla la miró con detenimiento, sonriendo. Había cambiado mucho desde la última vez que la vio, ahora parecía desprender una luz inmensa por cada poro de su piel. Sus ojos brillaban como dos llamas, al igual que los de su chico, aunque el pobre muchacho se secaba las lágrimas y la fina capa de sudor del rostro continuamente. Saludó con una sonrisa a Carla y a sus padres al pasar junto a ellos, y Carla le devolvió la sonrisa.

Escucharon toda la ceremonia con la emoción contenida, y a todos se les escaparon las lágrimas cuando los dos se fundieron en un beso que parecía no tener fin. Así debía ser siempre, pensó Carla. Que alguien te mire como si fueses la única mujer sobre la faz de la tierra. Eso era el amor.

El convite se alargó hasta bien entrada la noche. Su padre se había lanzado incluso con el *karaoke*, dispuesto a darlo todo, y su madre y ella habían terminado hundiéndose en las butacas, abochornadas, cuando les dedicó varias canciones en las que desafinó en cada nota, mientras su entregado público aplaudía entusiasmado. En un momento de la fiesta, cuando todo parecía estar más calmado, un grito ensordecedor llenó sus tímpanos, y suspiró, resignada. Mateo había llegado. Se giró en el momento justo de ver a su primo entrar agitando la mano enérgicamente desde la puerta.

—¡Carlitaaaaa, por fin estás aquí! —su primo llegó hasta ella como un torbellino, y la abrazó hasta que no le quedó una mota de aire en los pulmones —. ¡Oh, Dios mío, ha sido terrible estar sin ti todo este tiempo!

Carla empezó a boquear, mientras sentía los pulmones arder, y los chillidos emocionados de su primo favorito en su oído, perforando su tímpano milímetro a milímetro. Se desasió de sus brazos como pudo, y tomó una bocanada de aire.

—Por Dios, Mat, casi me ahogas.

—¡Ay, prima, es que te he echado mucho de menos!

—Pues como me vuelvas a estrujar así, más de menos me echarás cuando me muera por asfixia.

Mateo soltó una carcajada, y le dio dos besos.

—Dios mío, primita, es que hace tanto que no te veo que parece que eres otra persona, con ese corte de pelo y esas pequeñas mechas que te has hecho en las raíces.

—Pero si no me he hecho mechas...

—¿Qué? —la abrazó —¡Ay, prima, no te preocupes, que no cunda el pánico!; Por favor, socorro, esto es una emergencia!; Que alguien traiga un tinte,

que esto es una emergencia *canil!*

—Mat, por favor, de verdad que me da igual tener una o dos canas. Lo más importante es...

Mateo la silenció con una mano, e inspiró, sujetándola por los brazos.

—Lo sé, lo más importante son esas ojeras y esas arrugas que te empiezan a asomar, pero iremos poco a poco, ¿de acuerdo? Y no te des por vencida, Carla, no te abandones así.

—¿Pero qué...?

—No dejes que la vagabunda que vive en ti arrincone a la princesa que llevas dentro.

—Mat, de verdad creo que...

—Sí, lo sé. Eres completamente feliz mostrando tus canas y arrugas al mundo, pero permíteme decirte, *Madame* chabacana —la chica esbozó una mueca, y él la silenció con un dedo—, que siempre hay esperanza, incluso para la gente como tú.

Carla inspiró, armándose de paciencia, y tiró del brazo de su primo.

—Vamos, anda, que lo que va a terminar saliendo de mí es la psicópata que llevo dentro.

—Psicópata el que me va a salir a mí. ¿Dónde está el semi dios de Los Alpes, Carla? No me digas que no te lo has traído.

La atmósfera se tensó al momento, y la sonrisa de Carla se desvaneció de su rostro. Mateo la miró, comprendiendo, y bajó el tono de voz, señalándole una de las mesas más apartadas.

—Vamos, cuéntamelo todo, que conozco esa cara, prima.

Se sentaron en aquella alejada mesa, mientras Carla le relataba toda la historia con Hans, desde el principio. No se dejó nada en el tintero, se lo contó absolutamente todo mientras veía la cara de su primo cambiar de expresión por momentos. Cuando terminó, se quedaron en silencio, y Mateo la tomó de las manos, en un gesto de cálida empatía.

—Lo lamento, prima, pero no puedo decirte las palabras mágicas que hagan que el dolor cese. Las rupturas tardan mucho en curarse, y vas a tener que pasarlo, porque así es como tiene que ser.

—Pero duele, Mat. Duele muchísimo —apenas consiguió decir, con la herida abriéndose en canal otra vez.

—Lo sé, cariño, lo sé, y lo único que puedo decirte es que intentes vivir. Vive, simplemente, respira una y otra vez, camina con un pie frente a otro, y lo demás llegará solo. El corazón es sabio. Cuando encuentres la fuerza



suficiente, enfrentate al dolor de la pérdida, pero, hasta entonces, no permitas que se desborde cuando no sabes cómo controlarlo.

—Lo sé, y eso intento hacer, es solo que...

—¿Has vuelto a hablar con él?

—No puedo hablar aún con Gael, Mat. Temo que no me perdone jamás, y no...

—Me refería a Hans.

—¿Qué? ¿Cómo que Hans? ¡No, claro que no he vuelto a hablar con él! ¿Por qué demonios iba a querer hablar con él?

—Solo digo que si hizo lo que hizo, habría una razón.

—Sí, claro. El maldito juego, ya te lo he explicado.

—Sí, ya lo sé. Había un juego perverso y tú fuiste una víctima más, pero, siendo objetivos, a ver, por lo que me acabas de contar, te fuiste de su casa sin darle la oportunidad de explicarte nada.

—¿Dejar que se explicara? ¿Pero has escuchado algo de lo que te he dicho? Me destrozó la vida, me engañó, jugó conmigo y mi vida entera se fue al traste por su estúpido juego. Así que no, no quiero hablar con él, no quiero saber nada más de él —alzó la voz, enfurecida—, por mí como si se va a vivir al maldito infierno, ¿Entendido?

—Cariño, solo digo...

—Ya sé que siempre me has dado buenos consejos, Mat, pero creo que esta vez te equivocas. Hans jugó conmigo, de la misma manera que Ricardo jugó con Verónica. Y no voy a consentir que vuelva a mi vida, no cuando me está costando tanto recuperarme. No...no sabes lo que fue aquello, no...no te puedes hacer una idea de lo que se siente cuando en un solo día tu vida entera se desmorona. Perdí a mi novio, perdí mi trabajo, tuve que dejar mi ciudad por su maldita culpa.

—Lo sé, pero...

—No, no lo sabes. Y, aunque te agradezco que intentes aconsejarme sobre esto, esta vez no puedo seguir tu consejo. Lo siento.

Mateo la miró, suspirando. No podía imaginarse que el atractivo y atento arquitecto que había acompañado a su prima a su boda, hiciera algo así. La mirada del austríaco no engañaba. Quería a Carla, por supuesto que la quería. Lo vio en cada gesto, en cada mirada, en la forma en la que se dirigía a ella. Tomó las manos de su prima entre las suyas, y suspiró.

—Está bien, Carla. Solo piénsalo, ¿Vale? Solo habla con él cuando te veas con fuerzas. Tiene que haber una explicación para todo.

—Mat...

—Por favor, solo piénsalo. Hazlo antes de que sea tarde.

Carla asintió, sin estar convencida, y Mateo se apoyó en la silla, recordando al arquitecto. Hans la amaba, lo hacía. Y con todo el corazón. Pero ella era incapaz de verlo.

Cuando el convite terminó, Carla se despidió de sus padres, y de todos sus primos, poniendo rumbo a la estación de tren. Estaba desesperada por volver a Encinar, a la tranquilidad de su piso, y enterrarse bajo su edredón nórdico. Enfiló hacia la estación, pensando en las palabras de Mateo, preguntándose cómo habría sucedido todo si aquella tarde de principios de octubre en la que Ignacio y Hans se habían encontrado nunca hubiese ocurrido. Si ella no hubiese salido con ese indeseable esa tarde del edificio, nada de todo esto hubiese ocurrido. Gael y ella habrían podido hablar con calma del final de su relación, y nadie habría salido herido. Ella habría escogido a Hans de forma errónea, sí, pero al menos Gael no hubiese sufrido.

Pero entonces recapacitó sobre algo, y un pensamiento despegó en su mente, un dato fundamental que se le había escapado. Algo que le había dicho Gael aquella terrible mañana. El biólogo conocía la relación que mantenían Hans y ella desde octubre, cuando Ignacio se lo había dicho, pero...Ricardo, quien supuestamente se lo había contado todo a Ignacio, conocía la extraña relación que mantenían Hans y ella desde agosto, cuando coincidieron en el club. Agosto, no octubre. Agosto. Fue en octubre cuando Hans e Ignacio coincidieron a la salida de su trabajo. Su mano se posó sobre sus labios de forma instintiva, al darse cuenta de que Ricardo no había dicho una sola palabra a nadie. Fue Ignacio.

## Hans

El austríaco daba vueltas a su teléfono, apoyado en el costado del *Lexus*, mirando el paisaje desde el desierto mirador donde se había citado con el investigador privado que había contratado. El detective al que Ricardo solía recurrir para sus casos era un hombre parco en palabras, discreto, meticuloso, e increíblemente eficaz. Las últimas dos semanas apenas había podido conciliar el sueño. Sabía que las amenazas de Helga no eran algo que tomarse la ligera, y que había de andar con pies de plomo. Se quedó mirando la tormenta que se acercaba desde la costa hacia dentro. Encajó la mandíbula, contemplando cómo los rayos impactaban contra la arboleda, creando pequeños conatos de incendio que los helicópteros de emergencias sofocaban rápidamente. La tormenta acababa de empezar.

El ruido de motor de un coche le hizo girarse, y vio un vehículo negro similar a un *Hummer* aparcar junto al *Lexus*. Un hombre, de aspecto oscuro y serio, salió del vehículo y se acercó hasta él, enfundado en un traje negro, gafas de aviador y una barba que Hans juraría que era falsa. Tras un leve apretón de manos, el detective le hizo sentarse en uno de los bancos de piedra.

—Gracias por aceptar el trabajo. Supongo que no debe haber sido nada fácil dar con ella.

El detective le miró, asintiendo. Había tenido que emplearse a fondo para obtener la información, tan hábilmente ocultos que pocas veces se había topado con un caso así de difícil.

—Así es —le tendió un sobre con varias fotografías y una dirección, y resopló—. Pero traigo buenas noticias.

—¿La ha...la ha encontrado?

—Como verá en la información que le he dado, Helga y Edmund Schneider viven ahora en Munich. Edmund sufre una enfermedad terminal, y le han concedido la libertad del centro penitenciario donde estaba cumpliendo condena para que pase sus últimos días con su familia. Viven en un lujoso ático en el centro, y Helga va a ver a su marido cada día al hospital en taxi. Siempre la acompaña un guardaespaldas ruso que ha sido militar y que ahora se dedica a la seguridad privada.

—Entiendo.

—No del todo —el detective miró con gravedad al arquitecto—. Ese tipo no es un militar al uso, señor Kleiman, sino alguien muy peligroso. Me ha costado mucho obtener información sobre él. Tiene un turbio historial que ha borrado al detalle y que incluye asesinatos, secuestros, agresiones sexuales, trata de blancas y extorsión.

Hans se derrumbó. El peor de sus temores se había convertido en realidad. Tomó las fotos que le había dado el detective, y leyó los papeles donde figuraban la dirección y las principales rutinas de Helga, junto a la foto del guardaespaldas, y resopló para sí. Alto, musculoso, con la cabeza afeitada y con tatuajes que mostraban su pertenencia a diferentes destacamentos de todo tipo por toda Europa. No iba a ser fácil acceder hasta ellos con semejante tipo protegiéndoles. Suspiró, y alzó sus ojos hacia los del detective, que le escrutaban con seriedad.

—Puedo hacerme una idea.

—No del todo —dijo, haciendo que el arquitecto mutara la expresión al instante—. Tengo que informarle de que hay un tipo siguiéndola a todas partes. No parece un pervertido al uso, es discreto y sigiloso. Demasiado —suspiró, con preocupación—. Ese tipo, sea quien sea, es un profesional. Un profesional de los que no dejan pistas después, ¿Me comprende?

La helada corriente que le traspasó fue suficiente para levantar la vista de las fotos, y clavar sus ojos en los del detective, leyendo la gravedad de la situación de forma cristalina. Carla estaba en peligro. El detective cambió el peso de un pie a otro, y murmuró.

—Carla Álvarez está bien.

—¿Qué? —exhaló.

—La he estado siguiendo, por si ese indeseable...en fin. Esta es la dirección actual de la joven —se acercó hasta él, y le tendió una hoja—. También he hecho un seguimiento de sus rutinas, su lugar de trabajo...

Hans miró la hoja, asimilando las palabras del detective. Ese hombre sabía dónde estaba Carla, y le estaba mostrando dónde encontrarla. Se quedó mirando ese trozo de papel, debatiéndose entre saber, o no. Carla había tomado distancia, y él debía respetar sus deseos. Sin embargo...era imposible ignorar que en esas líneas estaba la dirección de la mujer que amaba. Quizás, si iba hasta allí, y se presentaba en su casa, podrían hablar con calma de lo que había ocurrido, y podría explicarle lo que no pudo aquella mañana. Que nunca fue un juego, y que se había enamorado de ella desde que la vio en aquel andén. Miró la hoja una vez más, sin saber que hacer, y descendió la cabeza,

dejando que su parte racional tomase posiciones en su cabeza. Si Carla había decidido apartarle de su vida, él debía respetar sus deseos. Negó levemente, y el hombre le miró, rasgando la hoja. Miró hacia el detective, y le tendió la mano.

—Gracias por todo, ha sido usted increíblemente eficiente.

—Ha sido un placer, señor Kleiman.

El detective se despidió con un fuerte y breve apretón de manos, y se subió a su coche, lanzando una última mirada a ese joven de ojos de color del mar. Cuando empezó a recopilar información sobre esa mujer y su marido, los Schneider, se había encontrado con un turbio asunto de abuso de menores, y enseguida reconoció al chico del que hablaban los periódicos en la figura del arquitecto. Era él, sin duda. El joven que puso fin al imperio del poderoso matrimonio por un delito tan sórdido como el alma de esa pareja. Había dado con el joven del que Edmund y Helga Schneider habían abusado durante años y por el que toda la prensa europea seguía dispuesta a pagar auténticas fortunas por hacerse con su identidad. Y él lo había tenido justo enfrente, mirando fotos de la pareja que volvía del pasado para atormentarle, y no pudo evitar preguntarse cómo se superaba algo así, cómo se olvidaba ese infierno. Miró hacia la figura del austríaco, diminuta ya, y aceleró, con la tormenta azotando los acantilados, con la respuesta en los labios.

Amor. Simplemente, amor.

Mientras tanto, en el mirador, el arquitecto sacaba su móvil del bolsillo y marcaba un número. El teléfono sonó varias veces, hasta que una grave voz contestó al otro lado.

—Ric, soy yo. Necesito tu ayuda.

—¿Qué pasa?

—Tengo que ir a Alemania esta noche.

—¿Cómo que a Alemania? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Helga es lo que ha ocurrido.

Se hizo un silencio de dos segundos al otro lado, y el arquitecto supo que su amigo había enlazado los datos rápidamente, asumiendo la gravedad de la situación.

—¿Qué?

—Sí —suspiró, con gravedad—. Los hombres de Helga llevan meses siguiéndonos a Carla y a mí, y...la ha amenazado.

—¿Qué...?!

—Lo que has oído. Ha amenazado a Carla de muerte. Esa maldita psicópata

va a ir a por ella y nada va a detenerla, nada. Por eso necesito tu ayuda.

—Cuenta conmigo, amigo.

—Gracias. Nos vemos en un par de horas en el aeropuerto. ¿Te dará tiempo de arreglarlo todo?

—Por supuesto, descuida. Y...Hans...

—¿Qué?

—Tranquilo, ¿vale? Arreglaremos esto.

—Necesito creer que lo haremos, Ric.

El arquitecto colgó, y se rascó la mandíbula. Carla estaba en peligro, y necesitaba ayuda. Ayuda de verdad. En ese instante una luz empezó a abrirse paso en su cabeza, y levantó la mirada hacia el océano, que reflejaba sobre su manto plateado las grises y esponjosas nubes como el más perfecto espejo, y una idea empezaba a tomar forma en su cabeza. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tenía una carta a su favor que ni siquiera había tenido en cuenta. Una carta muy potente que se ocultaba en el nombre de Carla. En el nombre completo de Carla.

Raudo, tomó el móvil y marcó un número. Un número que había marcado muy pocas veces, rogando para que alguien contestase al otro lado. Cerró los ojos con fuerza hasta que un leve sonido al otro lado se hizo audible y la ajada voz de una mujer contestó.

—¿Diga?

—Buenas tardes, soy Hans Kleiman. No sé si me recuerda, doña Berta. Trabajé con ustedes en el proyecto de la pasarela de acero cromado en Pinar.

—Por supuesto que sí, señor Kleiman, claro que le recuerdo. Qué inesperada sorpresa. ¿A qué debo el placer de su llamada?

—Se trata de su nieta, de Carla.

Se hizo un leve silencio al otro lado de la línea, y se escuchó un breve murmullo.

—¿Cómo sabe que Carla es...?

—Eso no importa ahora. ¿Tiene unos minutos para atenderme?

—Sí, claro que sí, pero... —la alarma en la voz de la mujer fue patente.

—Necesito que escuche bien todo lo que voy a contarle.

—¿Qué ocurre, señor Kleiman? Me está asustando.

—Carla está en peligro.

—¿Qué?

—Sí, lo está, Y por eso necesito que me ayuden.

Siete minutos después, el arquitecto colgó el teléfono con la promesa en

firme de aquella mujer de ponerle vigilancia a Carla en cuanto la localizara, tarea sumamente sencilla para alguien como ella. Por una vez, los adinerados abuelos de Carla tendrían que responder, tendrían que protegerla y cuidarla como no habían hecho hasta el momento. Sus contactos y el dinero que poseían les aseguraba discreción y efectividad en sus colaboradores, y esta vez, más que nunca, su nieta iba a necesitar ambas cosas.

Tras una rápida visita a su casa, donde apenas empaquetó un par de prendas, volvió a meterse en el *Lexus*. Apretó a fondo el acelerador, y el coche rugió en la desierta autopista, convirtiéndose en una mancha difusa cuando tumbó la aguja del velocímetro, haciendo temblar el suelo, sintiendo que se adentraba por el angosto sendero de la depravación más inhumana.

## Lucas

Lucas recorrió la mandíbula de Diana con los labios, en un suave balanceo, mientras se empapaba de su aroma. Esa mujer era toda su maldita vida. La miró, con las pupilas dilatadas de deseo, cuando su teléfono empezó a sonar, con insistencia, y se apartó de la policía, sin que uno de sus brazos dejara de rodear la cintura de la chica, y contestó, mientras sus oscuros ojos se perdían en los azules de Diana.

—Sanz...sí, hola, doña Berta...ajá, lo entiendo...no, lo siento, pero ya no hago ese tipo de trabajos, ahora se encargan otros. Se lo diré a los chicos para que organicen un seguimiento...sí, no se preocupe...Carla Álvarez, sí...sí...

La policía de los ojos azules le miró, parpadeando, y la tranquila expresión de su rostro mutó en cuestión de segundos al escuchar ese nombre. Carla Álvarez. ¿La conocía? Se mordió la uña del pulgar, con impaciencia, mientras los pensamientos eran balas dentro de su cabeza. ¿De qué le sonaba el nombre de esa chica? Carla Álvarez...Carla Álvarez...No recordaba tener ninguna amiga con ese nombre, sin embargo...recordaba ese nombre, ¿Por qué? Lucas siguió hablando, y ella agudizó el oído, mientras el nombre de esa chica daba vueltas en su cabeza sin parar.

«Carla Álvarez...Carla Álvarez, vamos, piensa, Diana, ¿De qué te suena?»

En ese momento, la imagen de Sasha irrumpió como un destello en su cabeza, y lo supo. Esa chica era amiga de Sasha y de Verónica. La medio novia, o lo que fuera, del arquitecto austríaco amigo de Ricardo. Era ella, sin duda. Vio como el pecho de Lucas inspiraba y espiraba con preocupación, y supo que algo grave estaba ocurriendo, y algo en ella se activó. Esa chica estaba en peligro, una chica que era amiga de Sasha, una de sus mejores amigas. Había que actuar.

—Acepta el caso, Lucas —soltó, de sopetón—. Sé quién es esa chica.

El policía apartó el dispositivo de su oreja, y frunció el ceño, mirándola interrogante.

—¿Cómo que sabes quién es?

—Sí, sé quién es esa chica. Por favor, acéptalo, después te lo explico. Lucas, por favor.

Lucas asintió, sin que la expresión interrogante se marchase de su rostro, y



siguió hablando con la poderosa Berta del Toro. Apenas unos minutos después, colgó, miró a Diana, y se pasó la mano por el pelo, sonriendo. El caso que llevaban entre manos acababa de dar un giro de trescientos sesenta grados.

La primera tormenta que asoló Encinar se saldó con una oleada de gripe y los más terribles constipados. La gente acudía al herbolario en busca de remedios que consiguieran suavizar los síntomas de semejante infección vírica. Carla tuvo que escuchar casi un millón de estornudos y un millar de toses antes de que su jefa obligase a los empleados a llevar unas mascarillas de protección para evitar un posible contagio. Eso, sumado a los viajes al almacén para reponer las cajas de propóleo y vitamina C, hicieron que esa semana fuese especialmente agobiante. Al fin, el viernes a las siete de la tarde, su jefa y ella cerraron la persiana del local.

—Gracias, cariño. Y, cielo santo, cómprate un paraguas de una vez.

—Lo haré. Gracias, Estefanía.

—De nada. Nos vemos el lunes, que tengas un buen fin de semana.

—Tengo que ir a ver una película horrible con mi vecina, así que lo dudo.

La mujer se rio, y Carla se alejó, corriendo bajo la lluvia hacia los multicines, admitiendo, a regañadientes, que su jefa tenía razón. ¿Por qué demonios no se compraba un paraguas y un grueso abrigo, como todo el mundo? ¿Por qué iba siempre tan desabrigada? Aminoró el paso, pensando en todas las veces que Gael y Hans le habían tenido que ceder sus chaquetas para que no se resfriase, y suspiró, con una oleada de nostalgia inmensa.

Llegó a los multicines donde se había citado con Daniela y Oliver, un amigo de su vecina, con quince minutos de retraso y los tacones destrozados de correr por los adoquines. Su nueva amiga los había convencido para que vieran una película experimental en la que colaboraba un profesor de su facultad y que, según la crítica, era una obra maestra del género. Se internó en la sala, mientras escuchaba los cuchicheos del resto de espectadores, y distinguió a los dos jóvenes en una de las filas del final, y fue hasta allí, moviéndose de forma tan silenciosa como pudo.

—Creí que ya no vendrías —susurró Daniela.

—Lo sé, lo siento.

—Bien. Bueno, después hablamos, que empieza este tostón —dijo Oliver,

mirando hacia ellas, poniendo los ojos en blanco.

Dos horas después, los tres salieron del cine charlando sobre la película entre risas. Aquello había sido insufrible. Ciento cincuenta minutos de película en blanco y negro donde lo más interesante que había pasado fue ver cómo una cucaracha devoraba un trozo de basura mientras de fondo una voz en *off* recitaba el poema más largo, disparatado y horrible que ella había escuchado en toda su vida, acompañado de unos acordes desafinados de piano que pretendían crear tensión emotiva.

Cuando vio la palabra 'Fin', se había levantado rauda, desesperada por salir de allí, cuando la mano de Daniela rodeando su brazo la hizo volver a sentarse para ver los más de veinte minutos de escenas eliminadas comentadas por el director, un tipo canoso al que parecían haber despertado en plena resaca tras una fiesta increíblemente salvaje.

—Menuda bazofia nos has llevado a ver —se mofó Oliver— Esta nos las haces pagar, Dani.

—¿Te crees que las películas que eliges tú son mejores?

—Pues claro que son mejores —se defendió—. Eso no había quien se lo tragara, seamos sinceros. Si estuve los primeros diez minutos creyendo que se trataba de un anuncio de colonia, hasta que Carla me lo dijo.

—¿Qué? Solo estaban presentando al personaje.

—¿Y para eso hacía falta estar mostrando todos los abdominales, oblicuos, y hasta las diagonales que tenía ese tipo por el cuerpo?

—Fue muy sensual, tienes que admitirlo.

—¿Sensual? Cielo santo, si es que me dio tiempo a contarle hasta los lunares que tenía en el torso, que, por cierto, eran veintiséis. Bueno, y ya cuando se quitó los gayumbos, vamos, me dieron ganas de levantarme y aplaudirle. ¡Claro que sí, campeón, déjanos a todos a la altura del fango!

—¡Es arte!

—El arte de la idiotez más supina, desde luego.

—Bueno, chicos —apaciguó Carla—, la próxima vez escogeré yo la película, y será algo que nos gustará a los tres, lo prometo.

—Sí, claro —bufó Daniela—. Estoy deseando ver una película de la segunda guerra mundial otra vez. Madre mía, no le basta con hacerme tragar esos insufribles largometrajes en casa, no, ahora quiere llevarme al cine para que lo vea. Cielo santo, si es que creo que ya las he visto todas, las que se han hecho, y las que no.

Oliver lanzó una carcajada, mientras Carla descendía la vista al darse

cuenta de que su amiga llevaba razón. La semana anterior la había llevado a ver la segunda parte de una película que se desarrollaba en Berlín, y se había quedado en blanco cuando los actores comenzaron a hablar en alemán, como ocurría siempre que escuchaba a alguien hablar ese idioma.

—Os gustará la película que elija, ya veréis.

—Espero que sí, o nos pagarás las palomitas —dijo Oliver, con desparpajo, apuntándose al plan.

—Hecho. Bueno, pues nada, Oliver —dijo Daniela, de buen humor—. La próxima semana toca volver a ver el desembarco de Normandía...por enésima vez.

—¡Pero serás...!

Empezaron a reírse, y decidieron ir a un bar donde varias raciones de tapas y unas cuantas cervezas les hicieron olvidar la película por completo. Tras varias rondas, Daniela miró a Carla, y señaló a Oliver, mientras masticaba un champiñón.

—Carla, ¿Sabías que Oliver también vivía en Pinar?

La joven se giró hacia él, sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí, en el barrio de Fresno. ¿Y tú?

—En el polígono de Argoma.

—¿Donde está el pantano?

Daniela miró a Oliver, confundida.

—¿Hay un pantano en Pinar? ¿Cómo los de las películas?

—Sí, y no —respondió su amigo, sonriendo—. Era más bien una suerte de embalse gigantesco con vegetación en los extremos. Mucha gente iba allí a bañarse en verano, hasta que las continuas sequías hicieron descender el caudal y el embalse se empantanó. Fue una pena. Allí fue donde encontraron a Joaquín López, ¿No te acuerdas?

Carla casi saltó de la silla, y le miró con estupor, recordando la noticia que había encontrado en el coche de Gael. Las iniciales 'J.L.M.' volvieron a su cabeza, y miró al chico con gesto de estupefacción.

—¿Joaquín López?

—Sí, era un atracador de joyerías bastante famoso en Encinar. Desapareció del mapa de la noche a la mañana aprovechando un permiso penitenciario de fin de semana, y cursaron una orden de búsqueda por toda la provincia. Se organizaron varias batidas en torno al pantano para encontrarle.

—¿Y...lo encontraron? —se vio preguntando.

—Sí, por desgracia, sí. Su cadáver llevaba días flotando entre aquellos juncos. Al parecer se despeñó por una zona del pantano. Pobrecillo.

Algo se cerró en torno a la garganta de Carla. ¿Sería esa la respuesta al misterio? Quizás Gael y ella encontraron el cuerpo primero, se asustaron y por eso salieron corriendo de allí. Tenía bastante sentido. Eso explicaría por qué se quedó los días posteriores mirando el pantano durante horas. Sabría que el cadáver de ese hombre seguía allí, y no sabía cómo decírselo a sus padres. Suspiró, mirando a sus nuevos amigos, pensando que quizás había encontrado al fantasma del pasado que llenaba sus noches de pesadillas.



La alegre voz de Sasha respondió al tercer tono. Ella, mejor que nadie, podría orientarla en qué dirección investigar el suceso del pantano. Al fin y al cabo, la joven, además de una entusiasta camarera, era abogada. Quizás ella sabría cómo ayudarla. Las visitas a la hemeroteca, las gacetas vecinales y sus tortuosos sueños no le habían ayudado a resolver el misterio.

Apenas llevaba cinco minutos esperando en la cafetería en la que se había citado, cuando una figura rubia y menuda se acercó hasta ella vestida con un traje chaqueta negro y la melena sujeta en un elegante recogido. Carla se giró hacia allí, sin poder evitar que su expresión fuese la misma que si hubiese visto una aparición divina. ¿Esa era...Sasha? Se levantó y fue hasta la joven, que, enfundada en un formal traje chaqueta gris, sencilla coleta de caballo y sin pizca de maquillaje se acercaba hasta ella.

—Cielo santo, Sasha, estás irreconocible vestida así.

—Ya lo sé —rio—. Ese es el plan. Soy como una súper heroína.

—Pues lo has logrado con creces.

La joven abogada asintió, orgullosa. No quería que nadie la reconociese fuera del trabajo, y eso la había ayudado en multitud de ocasiones a ganar casos de la forma más insospechada. Es increíble la cantidad de información que una persona con dos copas de más es capaz de soltar a una camarera en un club nocturno que está dispuesta a escuchar.

—Eso pretendo. Pasar desapercibida —sonrió—. Y bien, ¿En qué puedo ayudarte? La verdad es que conseguiste picar mi curiosidad con tu llamada.

—De acuerdo. Verás, necesito preguntarte algo como...abogada.

—Te escucho.

Se sentaron una frente a la otra, y Carla jugueteó con el azucarillo de su café

antes de empezar.

—Está bien. Allá vamos. Si un crimen hubiera prescrito por el tiempo transcurrido desde que se cometió, ¿Habría alguna forma de volver a abrirlo si un testigo, de repente, recordase algo en relación al caso.

—¿Algo que ocurrió y de lo que tú tienes conocimiento?

—No del todo. Creo que pude ver u oír algo relacionado con algo que ocurrió, pero no recuerdo el qué, y por eso quería verte. Si recuerdo algo más de lo que ocurrió allí, ¿Aún estaría a tiempo de denunciarlo?

Sasha la miró con gesto de sorpresa, echándose hacia atrás, y titubeó antes de contestar.

—Pues...se podría volver a abrir tras el descubrimiento de alguna pista concluyente o fiable. Pero sin una prueba contundente, sería casi imposible que volviesen a abrirlo. ¿Por qué me estás preguntando todo esto, Carla?

—Por... —resopló, mirando hacia Sasha, sopesando la idea de hablarle del pantano. Tenía que contarle a alguien los extraños sueños, alguien más tenía que saberlo, quizás ella podría ayudarla a encontrar un sentido a todo lo que ocurría—. Yo...¿Puedo confiar en ti? —Sabes que sí, claro que sí, pero...¿Qué está pasando?¿Qué no me estás contando?

—Voy a contarte algo, pero necesito que esto quede entre tú y yo. No se lo puedes decir a nadie, ni siquiera a Vero.

La chica asintió, con profesionalidad, y Carla empezó a relatarle todo lo que rodeaba el misterio del pantano. No se dejó nada atrás, ni las pesadillas, ni los recortes que Gael había estado coleccionando en torno al pantano, ni la precipitada huida de su familia esa misma noche...todo, se lo contó absolutamente todo. Cuando terminó, la joven *pin up* la miró un par de minutos más, e inspiró.

—Pues...por lo que me has contado, lo único que se me ocurre es que, o bien fuisteis víctimas de algo, o fuisteis testigos, directos o indirectos, de algún hecho. Y... —tomó aire—, si por lo que me has dicho, Gael estaba tan asustado aquella tarde, es que quizás...Carla, siento decirte eso, pero, por lo que acabo de escuchar, cabe plantearse que, o bien, fuiste tú la testigo principal, o...

—La víctima.

Carla ya lo había pensado varias veces. La posibilidad de que le hubiese ocurrido algo en el pantano que Gael no hubiese podido evitar entraba dentro de las posibilidades, pero estaba segura de que él no hubiese permitido que le ocurriese nada malo. La habría protegido con su vida. Ella negó con la cabeza,

y la abogada se encogió de hombros.

—Está bien. Pues entonces solo te queda una opción. Tienes que hablar con Gael directamente.

—¿Qué? ¡No puedo hacer eso!

—A ver —frunció el ceño, y movió las manos con firmeza—, por lo que me has dicho, llevas investigando lo del pantano varios meses, sin encontrar nada, y tus extraños sueños tampoco es que te estén ayudando mucho. Así que, sinceramente, no creo que tengas otra opción más que hablar con él sobre lo que ocurrió. Al fin y al cabo, solo él y tú estabais allí esa tarde.

—No puedo...él...yo...

Carla se quedó en silencio, y miró a Sasha, que estiró las manos por encima de la mesa, cogiendo las suyas.

—Ya sé que es muy difícil, pero, si por lo que me has contado, ocurrió algo allí, tienes que averiguarlo, tienes que hacerlo porque quizás haya alguien que necesite vuestra ayuda. O quizás tú misma sea quien la necesite.

Carla miró por la ventana, hacia el tráfico de la calle, consciente de que Sasha tenía razón. Solo Gael podría ayudarla a desvelar el misterio. Tras despedirse de la joven abogada, y darle las gracias una vez más, salió a la calle, dando un largo paseo antes de meterse en la estación de tren, rumbo a Encinar. Necesitaba poner sus ideas en orden. Sabía que Gael jamás la hubiese dejado a merced de un psicópata. Jamás. Pero no podía seguir fingiendo que las pruebas no se acumulaban, que las dudas se unían a las sospechas, y que los recortes, esos malditos recortes de periódico, no rondasen por su cabeza en un siniestro desfile. Había ocurrido algo, sí, y Gael, de una forma u otra, estaba implicado en ello. Inspiró con fuerza, recordando la mirada de culpabilidad del niño, su vestido de florecitas empapado, ese terrible dolor en todos los músculos de su cuerpo, como si los hubiesen roto y vuelto a pegar, pedazo a pedazo, y el miedo. El más atroz y crudo miedo que palpitaba en cada poro, en cada célula. Terror. Esa era la palabra. Terror absoluto, y voraz. ¿Qué había pasado entre los juncos? ¿Por qué no conseguía recordarlo?

Cruzó la calle, aprovechando los últimos segundos del semáforo, cuando distinguió una mancha roja por el extremo del ojo, y se giró hacia allí, como siempre hacía, aunque no quisiese reconocerlo. Cada vez que veía un coche parecido al del arquitecto, se paraba y se fijaba en su interior. ¿Cuándo dejaría de atormentarse de esa forma? El hombre que le había destrozado la vida, que había pisoteado sus sueños y le había partido el corazón, no merecía un

segundo más de sus pensamientos ni una más de sus lágrimas. El coche pasó a su lado, sin que los oceánicos ojos del conductor mirasen hacia allí, y los tatuajes orientales que lucía en los antebrazos dejaron de tensarse mientras giraba el volante y cambiaba de carril, ignorando a la chica del vestido rojo que lucía una melena demasiado corta como para ser Carla.



## Hans

La terminal del aeropuerto de Pinar estaba atestada de gente que esquivaba con maestría la figura del arquitecto, que, sumergido en sus pensamientos, apenas era consciente de todas las personas que le rodeaban. Su mente repetía sin cesar la imagen de aquella joven parada en el semáforo. Le había parecido, pero...no, no podía ser. No era ella, seguro, solo alguien que se le parecía. Sacudió la cabeza, era imposible. Carla ya no vivía en Pinar. Esa no era Carla. Pero, aún así...Se golpeó el labio inferior con el pulgar, rítmicamente, mientras se quedaba pensativo. ¿Y si era ella? ¿Y si el destino les había cruzado otra vez?

Alzó la vista hacia el pasillo de facturación, y caminó a través de aquel largo túnel acristalado, intentando borrar la imagen de la chica del abrigo rojo, hasta que llegó a una enorme sala donde cientos de viajeros depositaban en unas blancas bandejas de plásticos bolsos, portátiles, cinturones, y todo tipo de enseres. Echó una rápida ojeada a los viajeros, buscando a Ricardo, hasta que lo localizó en una de las esquinas, frente a una hilera de bancos.

Su amigo lo saludó desde la distancia, y Hans le devolvió el saludo, agradeciéndole mentalmente el estar allí. Ricardo era su mejor amigo, y, una vez más, le había demostrado que jamás le fallaría. Se acercó hasta donde estaba el abogado, que portaba una ligera bolsa como equipaje de mano, y se quedaron frente a frente. Estiraron la comisura de la boca al mismo tiempo, mirándose con atención, al tiempo que se evaluaban. Ninguno de los dos atravesaba su mejor momento. El abogado estaba más delgado, y las ojeras del arquitecto parecían haber triplicado su tamaño en pocos meses. Ricardo le tocó levemente el hombro, en un leve golpecito, y esbozó una mueca.

—Estás horrible, tío.

—No quería desentonar contigo, ya ves.

—Pues creo que esta vez me has ganado por goleada. Pareces un muerto viviente de la serie esa que dan por la tele.

—Y aún así, sigo siendo el más guapo de los dos.

Se rieron, dándose un breve abrazo, y se miraron, con la confianza que dan tantos años de fiel amistad.

—Gracias por haber venido, Ric.

—En lo bueno y en lo malo, ya sabes. No sé muy bien qué vamos a encontrarnos, aunque ya lo sospecho.

—No sabes lo que te agradezco el oírte decir eso. Y más cuando te lo explique todo.

—No, te aseguro que no, esto es... —resopló, pasándose la mano por el pelo —esto es el maldito infierno, Ric.

El abogado asintió, con expresión preocupada, y el arquitecto respiró profundamente. Esa misma noche iba a volar a Alemania, para adentrarse en el mundo de Helga, y debían estar preparados.

Dos horas después, a lo lejos, las orgullosas cordilleras de los Alpes se hicieron visibles desde el avión en el que volaban. Hans apoyó la frente en el cristal, sabiendo que estaba escribiendo el final de una historia que ya creía cerrada. Cerró los ojos, escuchando los leves ronquidos de Ricardo de fondo, imaginando el tipo de vida que le hubiese esperado si ese matrimonio nunca se hubiese cruzado en su vida.

Probablemente habría estudiado medicina, como su padre, y se habría especializado en psiquiatría, como él. Viviría en Salzburgo, su ciudad natal, en un coqueto piso en las afueras. Quizás estuviese casado y puede que hasta fuese padre de un bonito bebé. Exhaló, imaginándose la que tenía que haber sido su vida. Se levantaría cada mañana, besaría a su esposa, y se iría a trabajar hasta la tarde, con la única preocupación de dónde pasar las vacaciones de verano junto a su familia.

Así es como tenía que haber sido. Pero el destino había decidido escribir otra dura historia para él. Una cruel historia que le había llevado a vivir en un país extranjero, conocer allí a la única mujer que había conseguido llenar cada hueco de su alma y su corazón, y luego perderla. Ésa había sido su historia, ésa había sido su vida.

Una hora después, rozando la madrugada, aterrizaron en el aeropuerto de Munich, que les recibió con su trasiego habitual. Tras alquilar un coche, llegaron al hotel que habían reservado, donde una agradable recepcionista les atendió en apenas unos minutos mientras esbozaba una sonrisa que ya debía ser casi constante en ella, y les despidió de forma mecánica.

Llegaron a su habitación, en la planta octava, y dejaron las maletas en las butacas que estaban a los pies de aquellas enormes camas. El arquitecto se giró, viendo a Ricardo abrir la maleta, y quitarse la camiseta por la cabeza, desvelando el tonificado torso. Hans se quedó mirando hacia él, y su boca dibujó una mueca. Su amigo, su fiel compañero de batallas, no atravesaba su

mejor momento. Estaba más delgado, y las ojeras que lucía en su rostro le decían que lo suyo con Verónica no estaba superado en absoluto. Aún recordaba aquella terrible mañana en la que Ricardo le llamó, desesperado, y le había explicado todo. Él ni siquiera había podido mantenerle la mirada. El mundo de su amigo se caía a pedazos, pero el suyo había sido dinamitado hasta los cimientos. Ni siquiera pudo encontrar unas sencillas frases de consuelo en su cabeza, y ambos se habían hundido en el jardín de su casa, frente a unas cervezas que permanecieron intactas. Aquella había sido la única vez que había visto a Ricardo llorar. Y aquella fue, también, la única vez que el abogado le había visto llorar a él.

Aquellas dos mujeres les habían atravesado en canal el corazón, y cada día sin ellas era peor que el anterior. En ese instante, Ricardo se acercó hasta él, y le puso una mano en el hombro.

—Arreglaremos esto, Hans, ¿de acuerdo? No te preocupes.

—Gracias, Ric.

—Y ahora —bostezó—, con tu permiso, voy a echar una cabezadita, porque soportar tu constante parloteo en el avión me ha dejado exhausto.

—Pero si no...

—Exhausto, Kleiman.

—Por supuesto —se rio—. Descansa.

Su amigo se dio la vuelta, y él fue hasta el balcón de la habitación, contemplando las luces de la ciudad. La noche era fría, y el viento azotaba con fuerza en lo alto del edificio. En ese momento, no supo por qué, recordó el regalo de cumpleaños de Carla que aún estaba guardado en un sobre en una de las cómodas de su dormitorio en Pinar, y apoyó las palmas de las manos en la balaustrada de hierro.

Había recibido un encargo hacía unos meses para acondicionar uno de los comedores de un exclusivo hotel en Nuremberg, en plena *Königstrasse*. Tras preguntar a qué servicio estaba destinado esa sala, le informaron que allí solo servían los desayunos, y entonces una idea estalló con toda su luz en su cabeza. Recreó, con esfuerzo e ingenio, el mismo ambiente del jardín de su casa, y, tras unos ajustes en la estructura, lo consiguió, recreando la misma atmósfera de la que Carla y él habían disfrutado la noche que se conocieron, mientras tomaban un café viendo las luces del amanecer. Le había puesto su nombre al proyecto y se los había presentado. El resultado no se hizo esperar, y el hotel no solo dio el visto bueno al proyecto, sino que había decidido que esa sala llevase el nombre de Carla.

Tan pronto se lo notificaron, reservó la Suite del hotel y los pasajes de avión para darle una sorpresa. Estaba seguro de que a ella le encantaría ver la preciosa placa dorada con arabescos negros que presidía la sala, donde podía leerse 'El jardín de Carla'. Se imaginó esa escena cientos de veces, mientras las mariposas en su estómago batían furiosas sus alas, y un vacío inmenso empezó a devorarlo en ese instante al darse cuenta de que eso, simplemente, ya no sucedería. Carla ya no estaba.

## Gael

Encinar era una ciudad bohemia, tranquila, cuya atmósfera de tranquilidad contagiaba a todos aquellos que se animaban a visitarla. Respiró hondo, mientras la suave voz de Savannah Sgro sonaba de fondo en el equipo de música, y puso el intermitente, deteniendo el *Sedán* frente a un edificio rojo en uno de los barrios residenciales de las afueras. Apagó el motor, y se dedicó a observar el trasiego de la calle. La calle donde vivía la mujer que había sido todo su mundo.

Habían pasado cuatro meses desde que escuchó su voz por última vez, y le seguía provocando el mismo estremecimiento recordarla. Cuatro meses en los que no se había atrevido siquiera a pronunciar su nombre en voz alta. Su corazón se había roto, y la había odiado cómo jamás creyó posible. Las siguientes semanas las dedicó a destrozar cada uno de sus recuerdos, las fotos, los regalos que se habían hecho, todo. Todo fue abrasado en la pira de la traición.

Hasta que, en la espiral destructiva, llegó a una foto en la que ambos salían dentro del convoy del mismo tren en el que se habían conocido. Ella había insistido en volver para retratarse allí, como recuerdo de su primer encuentro, a la misma hora, y él no había podido negarse. Miró la foto enmarcada, en la que ambos salían sonrientes, mirando con expresión risueña hacia el objetivo, y ya no pudo seguir rompiendo sus recuerdos. La seguía queriendo, era inevitable.

Esa misma noche la llamó, desesperado. Necesitaba hablar con ella, oír su voz, aunque fuera para discutir. Necesitaba sentir que el lazo que los unía no se había roto por completo. Pero su móvil no dio señal alguna. Extrañado, llamó a Paula, que le contó que Carla se había ido de Pinar esa misma mañana sumida en la tristeza más absoluta, y algo en él se quebró. El sufrimiento de Carla era algo con lo que no podía lidiar. No podía permitir que sufriera. No, porque la seguía amando, pese a todo lo que había ocurrido.

Suspiró, y, deslizando el pulgar por la pantalla de su teléfono, llamó al número que Paula le había dado. La joven respondió al tercer tono, y él creyó que se desintegraba al escuchar de nuevo su voz. No había un sonido más

maravilloso que ese.

—Carla —murmuró, incapaz de decir nada más.

—¿Gael? ¿Eres tú? —la escuchó exhalar al otro lado.

—Sí, soy...soy yo —se hizo un silencio—. Paula me ha dicho donde vivías, y he venido hasta aquí porque...porque necesitaba verte.

—¿Qué? ¿Cómo que has venido hasta aquí?

—Estoy en Encinar, frente...frente a tu puerta.

Carla tan solo susurró un “voy enseguida”, y colgó, mientras al otro lado, el corazón del biólogo estaba a punto de estallar en miles de pedazos. Salió del coche, yendo hacia su edificio, oyendo cómo Carla bajaba las escaleras a toda velocidad, martilleando con sus tacones el frío mármol de las escaleras.

Sintió su presencia antes de verla cuando abrió la puerta, dando un tirón, y el mundo se paró de golpe en ese momento. Una poderosa oleada cálida les envolvió por completo, arrasando, de un plumazo, todo el dolor, las lágrimas, la soledad y la culpa que habían arrasado cada rincón de sus almas durante todos estos meses, y sintió que se diluía en el momento en el que ella clavó sus marrones ojos en los suyos.

Se fundieron en un intenso abrazo que habló por ellos, pidiendo todas las disculpas que puede contener un millón de 'lo siento' juntos, y el afecto volvió a resurgir de donde había sido relegado. Carla le abrazó con fuerza, y los brazos del biólogo se cerraron en torno a ella como un lazo, mientras Gael secaba las lágrimas de Carla con la punta de sus pulgares. Los verdes iris de Gael se encontraron con los marrones de Carla, esos mismos ojos que le habían hechizado desde que la vio en aquel tren por primera vez, y que, a día de hoy, le seguían provocando el mismo estremecimiento. Permanecieron así, abrazados, mientras sobre ellos, las constelaciones, las estrellas y los planetas seguían alineándose en una danza ancestral. Una danza que, al menos para ellos, ya no volvería a repetirse. Lo que había sido, ya había sucedido. Esta ya no era su historia, ya...no. Alzaron la vista, leyendo en sus pupilas lo que ambos ya sabían. Jamás podrían amar a nadie de la misma forma en la que se amaron el uno al otro. Nunca. Pero ya eran pasado. Pasado efímero, pasado cargado de notas de una bella melodía, cargado de amor, pero pasado. Pasado que les había terminado arrollando, como los últimos compases de una etérea sonata. Pasado que ya no volvería. Carla se secó las últimas lágrimas, mirando hacia su puerta, y sonrió.

—¿Me dejas que te invite a un café?

Gael estiró la comisura de la boca, asintiendo, y Carla le hizo pasar a su

casa, sin poder apartar la vista de él. Entrelazaron sus manos, casi sin querer, como siempre hacían cuando estaban juntos, observando cómo sus cuerpos se seguían acompasando, casi por inercia, completando los movimientos del otro. Alzaron la vista de sus manos a sus ojos, leyendo en sus pupilas lo que ambos ya sabían. Jamás podrían amar a nadie de la misma forma en la que se amaron el uno al otro. Nunca.

Carla abrió la puerta de su pequeño apartamento, y lo hizo pasar. Gael se acomodó en el pequeño sofá, mientras la veía ir hasta la cocina y volver con dos refrescos de cola, tendiéndole uno. Se sentó a su lado, y se recostó sobre el espaldar, clavando su oscura mirada en la suya.

—Creí que no volvería a verte —susurró ella.

—Ni yo tampoco, Carla —inspiró, cerrando los ojos—, ni yo tampoco.

—Lo siento, Gael —se precipitó ella, mientras temblaba—. Yo no...

—Lo sé, Carla —musitó—. También fue culpa mía. Debí decirte lo que planeaban, pero supongo que era más fácil mirar hacia otro lado y fingir que no ocurría nada antes que enfrentarme a la verdad —inspiró, con la vista fija en la pared—. Creo que nunca llegué a tenerte del todo. Tu elección siempre fue él.

Los dos se quedaron en silencio, y Carla se mordió el labio inferior, intentando contener todo el dolor que contenía esa frase, mientras Gael la observaba con espinas en el corazón. Desde que Rubén le había dicho que Hans había puesto sus ojos en ella, supo que la había perdido. Conocía de sobra las dotes de casanova del austríaco, su inmenso atractivo y la atracción que despertaba entre las mujeres de la ciudad. Pero se negó a creer los rumores, y siguió adelante como si nada ocurriese. Las semanas fueron pasando, y la distancia entre Carla y él se hizo más que patente. Hasta aquel fin de semana de fin de año en el que ella desapareció sin dar aviso alguno, y ató cabos rápidamente.

—Siento que todo ocurriera así —bajó la cabeza. Aquella conversación le estaba doliendo demasiado. Era como clavar un puñal y retorcerlo en una herida ya abierta—. ¿Por qué no me dijiste nada, Gael?

—Porque...no lo sé. Supongo que esperaba que te olvidases de él y volvieses a mí por elección propia, pero...las cosas salieron de otra forma, y tú...

Ambos apartaron la mirada a la vez, mientras la noche se abría paso, y las primeras luces de la calle empezaban a encenderse. Gael miró hacia la ventana, y suspiró. La herida aún no estaba curada, y permanecer junto a ella

más tiempo solo iba a volver a abrirla otra vez.

—¿Quieres quedarte? —se apresuró a decir —Puedo hacer algo rápido para cenar, y...así...

Se giró hacia ella, atónito y aliviado a la vez. La situación le hería como mil cuchillos a la vez, era cierto, pero necesitaba sentirla junto a él. Aunque fuera por última vez. Asintió, sonriendo, y se encaminaron a la cocina.

Carla se sentó en la encimera, mientras veía cómo Gael se afanaba con varios ingredientes que ella había sacado del refrigerador, con las mangas arremangadas hasta la mitad de sus antebrazos, observando los definidos músculos de sus brazos moverse con decisión. Esos eran ellos. Gael y Carla, en la cocina, relajados, cocinando mientras degustaban una botella de vino, charlando, riendo. Como siempre. Como tenía que haber sido. En ese instante el timbre de su casa sonó, y Carla le hizo una señal. Ya sabía quién era. Miró a Gael, y le guiñó el ojo.

—Espera, voy a abrir. Debe ser Daniela.

La oyó abrir la puerta, y una voz femenina al otro lado, hablando tan deprisa que apenas pudo entender parte de la conversación.

—Hola, Da...

—¡Oh, menos mal que estás aquí, menudo lío tengo en mi piso! —dijo la chica, frenéticamente—. Vengo a pedirte disolvente.

—¿Disolvente? Dani, son las diez de la noche.

—Lo sé, cariño, claro que lo sé, pero es que la estantería donde tengo todas las pinturas ha decidido venirse abajo, y ahora tengo que arreglar todo este desastre. Cielo santo, ¿Por qué me pasarán a mí estas cosas? Ay, en fin. Tantos nervios me han abierto el apetito así que, además del disolvente vengo a pedirte chocolate, galletas y helado.

Él meneó la cabeza, divertido, y dejó la espátula sobre la sartén, bajando el fuego, y fue hasta allí, viendo cómo los ojos de la pintora se detuvieron en él, estudiándole con atención.

—¡Oh, madre mía! ¿Quién es este pedazo de tío, Carla?

Él empezó a reírse, y alargó la mano hacia la joven, que se ruborizó hasta la planta de los pies.

—Yo soy Gael.

La joven le estudió con lentitud, y miró con expresión pícaro a Carla, que claudicó en ese momento. Su vecina no iba a darse por vencida cuando tenía a un chico guapo delante, ni por asomo.

—Madre mía, si todos los chicos de Pinar son así, no sé qué hago



perdiendo mi tiempo aquí.

—¡Dani!

—¿Qué? Solo digo que tu ex es increíblemente guapo, eso es todo. Si yo tuviese a un chico así esperando en mi puerta, te juro que ya le habría insertado un anillo en el dedo para que ninguna mujer le pusiese la mano encima.

—¿Sabes que eso no funciona así, verdad? —apuntó Carla, divertida—. Los anillos no tienen un sistema que repele a las otras mujeres.

—Un anillo en el dedo de un hombre es infinitamente poderoso. Y te recuerdo, preciosidad, que tenemos una trilogía pendiente sobre ese tema, además.

—Estaba completamente borracha cuando te prometí que vería las tres películas contigo, Dani.

—Es una promesa pendiente y tienes que cumplirla.

—Llegué a casa sin zapatos y vomité sobre tu alfombra.

—Irrelevante. Una promesa es una promesa, y sabes que la tienes que cumplir, independientemente del estado en el que estuvieses.

—Está bien chantajista. En fin, no tengo disolvente, ni chocolate o helado, y Gael y yo íbamos a cenar —respondió Carla, vocalizando despacio, dándole a entender que era una cena privada—. Acabamos de empezar.

—Oh, qué oportuna la invitación, sí, y no me pongas esa cara de pepinillo en vinagre. De repente me ha entrado hambre, y sé que eres una buena vecina que jamás me dejarías famélica.

Carla ahogó una carcajada, y Daniela entró rauda al apartamento, aproximándose hasta él, que seguía entre atónito y divertido ante el desparpajo de la pintora, que, colgándose de su brazo, le hizo avanzar hacia la cocina.

—Carla me ha dicho que estudias los bichos del mar.

—Eh...en realidad estudio las microalgas.

—Debe ser fascinante. Son algas pequeñas, ¿Verdad?

—Esto...pues...

Se giró hacia Carla, que le guiñó un ojo, divertida. La íntima velada acababa de cambiar de rumbo en cuestión de un segundo.

Cuando la cena acabó, y Daniela terminó con su repertorio de gestos de seducción ante un abrumado Gael, Carla acompañó al biólogo hasta el *Sedán* azul que estaba aparcado frente a su puerta. Gael se subió al coche, mientras ella le observaba con el pecho abriéndose en canal, sintiendo que su corazón había elegido a la persona incorrecta.

—Gracias por haber venido, Gael.

—Gracias a ti por...todo.

Se quedaron en silencio, con miles de frases atrapadas en los labios, mientras sus miradas hablaban por ellos, diciéndose todo aquello que no se atrevían a pronunciar. Siempre estarían enamorados el uno del otro, sus destinos siempre estarían enlazados, hasta el fin de los tiempos. Pero ya era tarde para ellos. Había mucho amor, pero también mucho dolor en su relación, y ninguno de los dos sentían ya esa llama ardiente que les había consumido tiempo atrás. Su tiempo, simplemente, había pasado.

## Ricardo

Los primeros rayos de sol de la mañana entraron en la habitación, impactando de lleno en su cara, despertándole. Apenas había conseguido dormir un par de horas, con la sensación del sueño aún retumbando en su cabeza y sus sentidos, y casi había podido percibir el rojizo cabello de Verónica colándose entre sus dedos. Entreabrió los ojos, sacando fuerzas de donde no las tenía para seguir respirando. Empezaba un nuevo día. Un nuevo día más sin ella.

Se levantó, y miró a Hans, que permanecía sentado al borde de su cama, con una taza de café entre las manos. Giró el rostro, viendo otra taza de humeante café al otro lado de la habitación, sobre una mesa de cristal, y meneó la cabeza. Demasiados pasos hasta allí.

—Buenos días, bello durmiente —dijo Hans, con media sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Son las ocho, Ric, se te han pegado las sábanas.

—Puf...Es que no he podido dormir en toda la noche por culpa de tus ronquidos.

—¿Mis ronquidos, eh?

Hans le miró, esbozando una sonrisa. Su cama seguía con el edredón estirado, sin una sola arruga. Su amigo no había dormido en toda la noche, y suspiró, vencido.

—Sí, tío. Tus ronquidos son como si una motosierra y un oso hubiesen tenido un hijo y le hubiesen implantado un altavoz en la boca. Esta pienso cobrártela, te lo aseguro.

Se incorporó, riéndose, y se hizo con el café del arquitecto, dándole un largo trago, ante las protestas de él. Apenas dio dos sorbos, cuando alejó la taza de él, con gesto de extrañeza, casi escupiéndolo. ¿Pero qué demonios...?

—¿Desde cuándo le pones azúcar al café, Hans?

El arquitecto sonrió, esquivando su mirada, y él lo comprendió. Carla. Esa morena de trasero respingón debía tomar el café con azúcar, y su amigo había terminado por adoptar esa costumbre. Cielo santo, estaba perdidamente enamorado de ella si soportaba tomar esa mezcla. Era como si dos terrones de azúcar mantuvieran un combate a muerte para ver quién le arrebatava el título

de empalagoso honorario a la leche condensada.

—Desde que he decidido cebarte para comerte en navidad —le contestó, brusco, y él sonrió.

Lo que temía. Hasta los malditos huesos. Suspiró, al tiempo que otros pensamientos empezaban a aposentarse en él, y descendió los hombros, mirando a través de la ventana el paisaje gris.

—¿Estás seguro de esto, Hans? ¿Y si deciden atacarte, o algo peor?

—Están en la sección de cuidados paliativos de un hospital, y no les conviene que Edmund se altere bajo ningún concepto. Es el mejor escenario para que me vean por primera vez. Allí no podrán hacerme nada.

Se quedaron unos segundos en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. Esto tenía que salir bien, no había un plan B. El arquitecto suspiró, y echó un rápido vistazo por la habitación, localizando su objetivo, y avanzó hasta allí, cogiendo su teléfono y se lo tendió, ante su mirada de desconcierto.

—¿Quieres que llame al servicio de habitaciones? Hay un teléfono en la habitación para eso, Hans.

—No. Quiero que llames a Verónica.

Una bomba en el pecho no hubiese causado la devastación que hicieron esas palabras. No podía estar hablando en serio.

—¿Qué? ¿Cómo que la llame? ¿Pero es que te has vuelto loco?

—Vero es la única que puede contactar con Carla. Por favor, necesito saber que está bien.

—Hans, no me pidas que...

—Lo sé, sé que no quieres volver a hablar con ella, pero...por favor, llámala y cuéntaselo todo. Necesitamos una aliada en esto.

Miró con desesperación al arquitecto. No podía volver a escuchar la voz de su ex novia, no cuando aún mantenía las cajas que se llevó de su casa sin desembalar, y su corazón quebrado en mil pedazos.

—Te da miedo, lo sé —dijo Hans, agachándose a su altura—. Pero sabes que no te pediría algo así si no fuera importante, y esta situación lo es. Por favor...no puedo...por favor, necesito saber que ella está bien. Por favor.

—Ahora estará durmiendo, seguro, siempre se acuesta tarde, y...

—Por favor, Ric.

Los ojos del abogado se alzaron hasta los de su amigo, que hizo suyo el temor de Ricardo al rechazo de la pelirroja. Cerró los ojos, mientras pulsaba la tecla de llamada, y el arquitecto respiró, aliviado, vocalizando un 'Gracias'

apenas audible, y fue hasta la terraza de la habitación, rogando para que Verónica decidiera ayudarles. En ese momento, era la única que podía hacerlo. Si no les escuchaba, todo estaría perdido.

Se sentó en el borde la cama, con el cielo y el infierno a punto de abrirse ante él, y cerró los ojos con fuerza, rogando para que Verónica les ayudara. Los tonos empezaron a sonar, y los recuerdos a martillar su cabeza.

Aquella terrible noche en la que no dejó de llamarla, con el corazón hecho pedazos, volvió para atormentarle. No había dejado de dar a la tecla de llamada hasta que los rayos de sol rompieron en el cielo, y todo se desmoronó, como un enorme castillo, y arrancó el Lexus, que rugió como un león. Corrió por todas las autopistas de la ciudad hasta llegar a uno de los miradores de la costa. Había frenado en seco, enterrando el rostro entre las manos, y, por primera vez en su vida, había llorado por una mujer hasta quedarse sin lágrimas.

Cerró los ojos, con todos esos recuerdos en su mente, suplicando que a Verónica aún le quedase el suficiente afecto por él como para contestar, y esperó. El teléfono sonó hasta doce veces antes de que un leve crujido y un sonido a vacío se escuchasen al otro lado.

—¿Qué quieres? —espetó ella, a modo de saludo —¿Por qué me llamas?

—Vero...yo, yo...

—Tú, tú...¿Qué quieres, Ricardo?

—Yo...necesito decirte algo.

—¿Y para eso me despiertas?¿En serio? Oh, por Dios. Pues venga, dime eso tan importante que tengas que decirme. O no, mejor déjame adivinarlo. ¿Te has liado con una maciza pechugona y te mueres por contármelo?¿Es eso? Porque si es así, mándame el vídeo que hayas grabado de tu maravillosa hazaña y yo lo comentaré y lo compartiré con todas mis amistades.

—¿Qué estás diciendo? —se atragantó ante la sola idea de estar con otra mujer que no fuera ella—. No, claro que no te llamo por eso.

—¿Entonces, qué?¿Le han dado a tus padres otra insignia dorada a los más millonarios del país, y necesitas contárselo a todo el mundo?

—¿Pero qué...?No, claro que no.

—¿No, eh? Ah, vale, ya sé. Te vas de excursión en yate con los pijos del club de campo, y quieres restregarme por las narices lo pobre que soy para tener algo divertido que contar en la reunión.

—No. Vero, yo...

—Ah, ya sé. Te has liado con una nueva muñequita y quieres contármelo

todo, ¿no? Bien, bien, pues allá vamos. Empieza, estoy impaciente por saber. ¿Te la...?

—¿No, claro que no! ¿Pero cómo se te ocurre pensar que te llamaría para contarte algo así, Vero? ¡No he estado con ninguna, joder! ¡No puedo estar con ninguna otra mujer que no seas tú!

Se hizo un tenso silencio, y la pelirroja bufó.

—Adiós, Ricardo.

—No cuelgues. Maldita sea, no cuelgues. Yo... —inspiró con fuerza —te llamo por Carla.

—¿Qué? —su voz se alteró, y casi pudo ver la expresión de alarma en su rostro —¿Cómo que por Carla? ¿Es una broma?

—No es ninguna broma, por favor, escúchame, es importante, sabes que no te llamaría si no fuera por algo importante de verdad.

La chica pareció dudar si colgarle el teléfono o no, pero, tras dos años de relación, conocía cada matiz de su voz, y sabía que le estaba diciendo la verdad.

—Ric, me estás asustando, ¿Qué demonios pasa con Carla?

El corazón del abogado se disolvió al escuchar cómo la chica le llamaba por su diminutivo, y tuvo que reprimir casi al límite las ganas de suplicarle que volviera con él en ese preciso instante. Pero se contuvo y soltó todo el aire en una sola frase.

—Carla está en peligro.

—¿Qué?!

—Siéntate y escucha todo lo que tengo que decirte. Es importante.

Veinte minutos después, y tras una extensa explicación, colgó el teléfono, con la conversación resonando en su cabeza. No solo por lo que implicaban aquellas palabras, sino que, por fin, tras todos estos meses, había vuelto a escuchar su voz. Y era maravilloso. En ese instante Hans reapareció por la terraza de la habitación, y fue hasta él, con todos los músculos tensos. Él esbozó una sonrisa tranquilizadora que hizo que el arquitecto volviese a respirar. Verónica había accedido.

—Vero la acaba de llamar y dice que está bien, tranquilo.

—Menos mal. ¿Qué le has dicho?

—Le he contado casi todo, obviando algunas partes —lo miró de forma significativa, y Hans asintió, con expresión agradecida, sabiendo a qué se refería — y dice que nos ayudará. La intentará convencer para que pase este fin de semana en su casa en Pinar, donde estará mucho más segura —lo miró

con expresión grave—. Pero esos días pasarán, Hans, y ella volverá a estar a merced de esos psicópatas.

—Lo sé, Ric, ya lo sé.

Los dos amigos se quedaron mirando el paisaje de la ciudad, pensativos. Demasiadas dudas, demasiadas preguntas, demasiados posibles imprevistos. Demasiados frentes abiertos. Miró a Hans, rogando para que el plan funcionase. Tenía que hacerlo.

«Esto tiene que funcionar, amigo, y tiene que hacerlo porque no tenemos plan B. Tus demonios, o tú. Uno tiene que caer.»

## Hans

Media hora después, el arquitecto conducía en medio de la vorágine del tráfico que a esas tempranas horas inundaban de ruido la ciudad de Munich. La zona centro, donde se hallaban, era un constante bullicio de personas que iban de la parte antigua a la nueva atravesando toda la zona peatonal hasta llegar a la inmensa estación que parecía cortar la ciudad en dos.

En apenas quince minutos llegaron al hospital donde se hallaba Edmund, un colosal edificio que parecía una suerte de fortaleza impenetrable, con cientos de pequeñas ventanas que daban apariencia de colmena. El arquitecto apagó el motor del turismo negro que habían alquilado en el aeropuerto, y se quedó mirando hacia la entrada del edificio, aguardando, expectante, a que hiciera aparición la peor de sus pesadillas.

Cerró los ojos con fuerza, con la imagen de aquella mujer en aquel juzgado, saliendo esposada, junto a su marido, mientras él contenía la respiración tras un biombo con pantalla espejo. Los psicólogos habían recomendado que él declarara de esa manera, ocultándose de esos depravados, y, aún hoy, aquello le revolvía las tripas. Él, la víctima, era quién tenía que ocultarse, mientras ellos lucían sus imperturbables rostros en una sala repleta de periodistas llegados de los puntos más alejados de Europa para seguir de cerca la noticia del desplome de aquella poderosa pareja.

Suspiró, sintiendo otra vez toda esa oleada de rabia cuando Edmund y Helga pasaron a su lado, y pudo percibir cada matiz de sus perfumes. Los mismos perfumes que usaban en aquellas salvajes e inhumanas sesiones de tortura con él, y supo que lo habían hecho aposta, no le quedaba ninguna duda. Habían decidido atormentarle incluso con su aroma.

«No puedes vernos, Hans, pero te haremos saber que seguimos estando cerca.». Ese era el mensaje. Alto y claro.

Aquello no iba a acabar, jamás lo haría. Inspiró, y tensó los nudillos, mirando hacia Ricardo, que, cruzado de brazos, fruncía el entrecejo, concentrado en la entrada del hospital. Aguardando. Esperando. Volvió su vista hacia allí otra vez, y suspiró, asumiendo la realidad de la situación. Si sus demonios lo atacaban, lo soportaría, y lo haría porque ya sabía lo que era el infierno.



Pero esto no se trataba de él, o de sus demonios. Se trataba de Carla, esa chica que era cielo y averno a la vez. Se quitó el cinturón, y sus ojos se clavaron, casi por instinto, en un taxi que se detenía frente al hospital, y supo que Helga había llegado, ni siquiera tenía que mirar para comprobarlo. Su cuerpo seguía erizándose en su presencia, recordando tiempos pasados. Y así fue.

La rubia y cuidada melena de Helga apareció en su campo de visión y algo helado se instaló en el ambiente, como si un espectro se hubiese presentado. Era una mujer bellísima, no cabía duda. Una mujer bellísima con un alma tan oscura y sórdida como su propio corazón. Ricardo se giró hacia su amigo, frunciendo el ceño.

—¿Estás bien?

Hans no respondió, no podía hacerlo. Clavó sus ojos en ella, con miles de imágenes y recuerdos volviendo a su mente. Las palizas, las lágrimas, la sangre, los gritos, el dolor...nadie debería haber sufrido lo que él tuvo que soportar. Nadie. La vieron desaparecer por una de las puertas de la entrada, y el arquitecto abrió la puerta del coche, con decisión, y se volvió hacia Ricardo.

—Espérame aquí, y si ves que...

—Te cubro las espaldas, tranquilo. No dejaré que te pase nada, Hans.

El arquitecto miró a su amigo, que le devolvió la mirada con firmeza, sabiendo que podían poner su vida en las manos del otro. Como siempre habían hecho. Hans tiró de la manecilla, y salió del coche, cruzando la calle, mientras Ricardo le observaba alejarse, preocupado. Sus ojos siguieron la figura del austríaco hasta que desapareció por una de aquellas puertas giratorias.

Aquello podía acabar, muy mal, para su amigo. Miró su teléfono, dándole vueltas a una idea. Ya sabía que Hans se lo había prohibido, pero...tenía que hacerlo. Marcó un número, conteniendo la respiración, y una voz de hombre contestó al otro lado. Diez minutos después, el abogado colgó, sintiendo que su corazón empezaba a bombear con menos fuerza. No podía ni imaginarse lo que sería estar en su piel ahora mismo. Si fuese Verónica la que hubiese sido amenazada por esos psicópatas, él habría entrado a matar, sin pensar siquiera en las consecuencias. Pero, por fortuna, Hans no era así. Él medía bien las consecuencias de sus actos, y sabía mantener la cabeza fría en todo momento. Maldito gen germánico.

Ocho plantas por encima del aparcamiento, Hans pasaba por los diferentes

controles, temiendo que en cualquier momento alguien lo descubriese. Llegó a la quinta planta y salió del ascensor. El intenso olor a medicinas, goteros y desinfectante lo recibió, y tuvo que tragar saliva para soportar el aroma inconfundible de la muerte. Era la parte de los enfermos terminales, el ala más dura de todos los centros hospitalarios. La última parada antes del viaje final.

Caminó por aquellos pasillos silenciosos, donde ni siquiera el sonido de las televisiones conseguía disipar el denso silencio, y torció por un pasillo. Distinguió la habitación 514, y se dirigió hacia allí, con una sensación de irrealidad envolviéndole. Parecía estar en mitad de un sueño. O más bien, una pesadilla.

Habían pasado quince años desde la última vez que los vio, estremeciéndose de puro miedo. Recordó todas las pautas que le habían dado las decenas de psicólogos a los que tuvo que acudir para aprender a vivir con esos recuerdos, y soltó todo el aire de una sola vez, sin conseguir tranquilizarse. Cerró los ojos apenas unos segundos, y su mente, esa fiel compañera, le dio la única imagen que podría darle toda la paz que necesitaba en esos momentos. Carla dormida entre sus brazos la noche de las estrellas, y su corazón se acompasó a su respiración, sintiendo cómo cada músculo de su cuerpo se relajaba, y exhaló, estirando la comisura de la boca.

Incluso a tantos kilómetros de distancia, Carla volvía a salvarle la vida. Atravesó el umbral de la puerta, y se paró en seco al ver la imagen que le devolvían sus retinas. Un desfallecido Edmund miraba al techo con ojos vidriosos, lejanos, ausentes ya. La imagen de un enfermo terminal a punto de cruzar al otro lado. Apenas quedaba nada del hombre vigoroso de aquellos años. Su cuerpo apenas conservaba masa muscular, y el tono de su piel amarillenta, apagada y ajada no hacían presagiar un final feliz para él. Su expresión contraída indicaba que sufría. Sin duda, los fantasmas del pasado venían a visitarle con frecuencia para atormentarle. No debía ser fácil saber que el infierno estaba esperándote. Paseó su mirada por la habitación, y reparó en un hombre corpulento que estaba apostado junto a Helga, de espaldas a la puerta. Era el mismo guardaespaldas que había visto en las fotos que le había dado el detective. El can cerbero de la pareja. Inspiró, y habló con voz grave.

—Hola, Helga.

El efecto de su fuerte voz rompió la tranquila atmósfera de la habitación, como una explosión. La mujer se dio la vuelta, sobresaltada, y, por primera vez, pudo leer el miedo en sus ojos de una forma completamente nítida. Había conseguido asustarla. Edmund se giró lentamente hacia el arquitecto, abriendo

los ojos de par en par, mientras sus labios esbozaban una mueca de terror.

—¿Hans?

—Vaya, recuerdas mi nombre. Qué honor.

—¿Qué...qué haces aquí?

—La última conversación que tuvimos por teléfono no me dejó muy tranquilo, la verdad —espetó, con una risa seca—, así que he decidido hacerte una visita.

—Si has venido a hacernos daño, Hans, te advierto que Vladimir...

—Vladimir será hombre muerto como se atreva a tocarme.

El guardaespaldas se giró completamente hacia él, cruzándose de brazos, y Hans ahogó un amago de sonrisa. Había conseguido provocarle. Bien.

—Hans, no creo que seas consciente. —Así que, yo que tú, prestaba atención a lo que vengo a decirte, o, más bien, advertirte.

—¿Para advertirme?

—Aléjate de mí, y de todos los que están en mi vida de una maldita vez, o la próxima vez no será una visita de cortesía.

—Vaya, al parecer, no me equivoqué al elegir al blanco —dijo, con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué?

«No, no, no. Joder, no.»

—Lo que has oído. He puesto el cebo, y tú has caído, como había planeado. Podía haberte amenazado a ti, y no hubiese ocurrido nada, pero fue nombrar a esa chica, y aquí estás, como por arte de magia. Vaya, vaya. He dado con tu punto débil de la forma más tonta posible.

—Ni se te ocurra acercarte a ella, Helga, te lo advierto —repitió el arquitecto, encajando la mandíbula.

—Accede a mis deseos, y no le ocurrirá nada, ya te lo he dicho.

—No he venido a ultimar los detalles de ningún acuerdo contigo, ni a plegarme a tus condiciones bajo amenazas.

—¿Te has olvidado de hasta dónde se extienden mis contactos? ¿Sabes todo el mal que puedo llegar a hacerte si me lo propongo?

Edmund miró al arquitecto, y le señaló con un tembloroso dedo, frunciendo los labios.

—Tú...no... —apenas musitó el hombre, con la mirada perdida, y la mente también—. Tú no dirás nada, o tu familia... —Hans se tensó al volver a oír la amenaza que había tenido que soportar durante años, y...estalló.

—No, Edmund. Eres tú el que tiene problemas, no yo. Tú.

—No, cachorrito, te equivocas.

—¿Qué me equivoco? No lo creo —soltó en una exhalación—. Eres tú el que se está muriendo en una habitación de hospital tras pasar los últimos quince años de tu vida en la cárcel. Tú, Edmund, no yo. Así que, como alguno de vosotros dos, o uno de vuestros hombres —miró al ruso — se atrevan siquiera a tocar a Carla, juro que vendré a por vosotros y lo pagaréis con vuestra maldita vida, ¿Me habéis entendido?

—Hans...

—¡Acabaré con vosotros, lo juro, Helga, lo haré!

Se dio la vuelta, airado, saliendo de aquella habitación, cuando la voz de Helga le hizo detenerse en seco.

—Ten cuidado con tus amenazas, Hans, porque los accidentes ocurren, ¿Verdad, Vladimir?

Los puños del austríaco se tensaron, y se giró hacia ella, que miraba a su guardaespaldas, trazando una siniestra sonrisa.

—¿Qué acabas de decir?

—Miles de personas mueren cada año por caídas en la ducha —dijo el ruso —, o con el cuello roto tras un accidente por las escaleras, atropelladas en un semáforo...

—Te mataré como te acerques a ella.

—Ya me he acercado a ella, *cachorrito*. ¿No te encanta ver cómo se muerde el labio inferior cuando está nerviosa? ¿O como juega con un mechón de pelo mientras lee un libro? Por no hablar de ese trasero de infarto que tiene. Me muero por darle un buen mordisco, y probar el aroma de su piel...es perturbador, ¿Verdad? Es como afrutado, huele como a...manzana.

Hans no se lo pensó dos veces. Se abalanzó sobre él, soltándole un puñetazo que lo hizo caer al suelo, arrastrando tras de sí la butaca y la mesa auxiliar de la habitación. El ruso se miró la nariz, llena de sangre. Helga gritó al ver a su guardaespaldas caído, y miró hacia Hans, dándose cuenta de que lo había subestimado. El *cachorrito* se había convertido en un león que acababa de enseñar todos los dientes para proteger a la mujer que amaba.

—Vuelve a acercarte a Carla, Helga, y te juro que te arrepentirás.

Hans se giró, y salió de aquella habitación, apartando el cuerpo caído del guardaespaldas de un empujón, y avanzó raudo por aquel largo pasillo de hospital, con todos los fantasmas del pasado cerniéndose sobre él. Aquello no había acabado, por supuesto que no lo había hecho. Esa pareja iba a seguir martirizándole, y tenía que dar un golpe de efecto para que se alejaran de su

vida de una vez. Inspiró, con las aletas de la nariz dilatándose. Llegó al ascensor, apretando el botón con rabia, cuando un batallón de médicos y enfermeras se cruzaron con él, a la carrera, dirigiéndose hacia la habitación de la pareja.

—¡Código azul en la 514! ¡Reanimación!

Se giró, mientras sus pies apenas sentían el suelo que pisaba. Oyó los gritos de Helga antes de cruzar el umbral de la puerta, y vio a un casi inerte Edmund siendo asistido por un grupo de sanitarios. Se adentró solo un par de pasos, mientras los médicos se turnaban para la maniobra de reanimación mientras otro conectaba el desfibrilador. Las palas metálicas hicieron contacto con su piel, lanzando la primera descarga, y a esa le siguieron dos, tres, siete, diez...los sanitarios se estaban dejando la piel por salvar a ese monstruo.

Hans asistió a todo en silencio. Edmund, el hombre que había abusado de él durante años y había convertido su vida en una pesadilla, se estaba muriendo en ese preciso instante, mientras él era silencioso testigo de los últimos segundos de ese hombre. Los minutos pasaron hasta que el monitor lanzó un intenso pitido, y dos de los médicos se retiraron, mientras el tercero seguía intentándolo con tesón. Los sonidos empezaron a escucharse lejanos, hasta que el hombre exhaló su último aliento, ese que Hans había sentido tantas veces junto a su oído, hasta que se extinguió. Edmund...ya no existía.

Sintió un par de manos de mujer posadas en su torso, apartándole, espetando un severo “Será mejor que se marche”, y él se dio la vuelta, incapaz de creer lo que había ocurrido en aquella aséptica habitación de hospital. Su penúltima pesadilla, su penúltimo monstruo, ya no existía. Edmund acababa de morir.

El viernes por la tarde, Carla salió más temprano de su trabajo, y se dirigió hacia la hemeroteca de la ciudad. Si había ocurrido algo en el pantano, debía estar documentado. Cualquier desaparición, cualquier rastro sería válido para empezar a investigar. Tomó el tren y se paró en la estación de Los Tilos cuando el reloj daba las cinco de la tarde. Caminó por toda la alameda que rodeaba la enorme hemeroteca de la ciudad, y se adentró en el majestuoso edificio, decorado con cristalerías, pasamanos de mármol blanco y alfombras en el suelo. Era un edificio de principios del siglo XX, y la influencia del modernismo era patente en cada uno de sus detalles. Era como estar en medio de un hermoso sueño de hadas del bosque, debido a la profusión de líneas curvas y detalles florales en casi cada rincón. Subió por la escalinata, donde una gigantesca vidriera, con una escena del relato de Gustavo Adolfo Bécquer, *El monte de las ánimas*, daba al edificio un aura de misterio más que atrayente.

Subió a la segunda planta y se dirigió hacia una de las enormes salas, donde un alto mostrador de madera, cuya antigüedad era visible al segundo, le dieron la bienvenida. Apoyó la punta de los dedos en aquella envejecida madera que le quedaba casi a la altura del pecho, y distinguió a una mujer apenas treinta centímetros por debajo de ella.

—Eh...hola.

—¿La puedo ayudar?

—Pues...sí. Estoy realizando un trabajo sobre el pantano de Pinar, y necesitaría algo de información.

—Esto es una hemeroteca, así que joven, tendrá que concretar un poco más qué tipo de información busca. Como ve, la información, nos rodea.

Carla suspiró, fingiendo una sonrisa, y asintió despacio.

«He dado con Miss Simpatía, qué suerte la mía.»

—Buscaba información relativa a su construcción, anécdotas, ese tipo de cosas.

—¿Cotilleos?

—Algo así, necesito darle un poco de chispa al texto, y se me había ocurrido contar algo simpático en torno a él. ¿Le suena algo que haya ocurrido allí de interés?

—Pues...no, lo cierto es que no. Aparte de aquel pobre desgraciado que se despeñó hace años, no recuerdo nada. Pero, si lo prefiere, puede comprobarlo usted misma, en las gacetas vecinales de la época. Allí se documentaba todo, y quizás pueda encontrar lo que busca.

—Está bien, gracias.

La mujer se ajustó sus gafas de concha verde antes de despedirla con un movimiento de cabeza, y señalarle el fondo de la sala. Carla fue hasta las estanterías y sacó aquellos gruesos tomos, que fue estudiando uno a uno, intentando hallar cualquier indicio de algo violento que hubiese ocurrido hacía casi quince años donde ella vivía. Permaneció durante horas allí dentro, revisando cada página, cada párrafo, consagrándose a la búsqueda de información relativa a Joaquín López, el hombre que le mencionó Oliver. Miró cada recorte, periódico, revista y gaceta vecinal hasta dar con lo que buscaba. Hasta que al fin lo encontró.

Acercó el recorte, viendo la foto de aquel hombre, esperando que abriera una brecha en sus recuerdos, algún destello, algún trauma, pero...no lo hizo. No sintió absolutamente nada. Joaquín López, el ladrón de joyerías, era un hombre corriente, de ojos oscuros, pelo negro, barba de varios días, mentón redondo y pómulos marcados. No tenía nada de especial. La muerte de ese pobre hombre había sido un triste accidente que el tiempo había querido que coincidiese en el lugar y las mismas fechas en las que se situaban los sueños del pantano, pero nada más. La historia de Joaquín López no era la respuesta al misterio del pantano. El secreto seguía estando oculto.

Resopló, y miró hacia la ventana. Necesitaba respuestas, y ya no podía esperar más para encontrarlas. Estaba completamente perdida, dando palos de ciego. No había encontrado nada en la hemeroteca, ni había sacado nada en claro de las discretas preguntas que había estado haciendo a sus vecinos meses atrás, ni a sus padres...nada, no había conseguido nada.

Era como si a nadie le importase lo que hubiese pasado allí, o, peor aún, que sí hubiese ocurrido algo y la natural inclinación humana a negar los más espeluznantes hechos se hubiese consumado y se hubiese olvidado por completo. Se mordió la uña del dedo índice, pensativa, y clavó su mirada en la de aquel hombre muerto años atrás, asumiendo que, a estas alturas, tan solo le quedaba preguntarle a Gael directamente por lo ocurrido. Solo él podría

ayudarla a desentrañar lo que había ocurrido esa tarde. Se estiró, pensando en llegar a casa y hacerse un café contundente, cuando el teléfono empezó a sonar dentro de su bolso. Era Paula. Parpadeó, sorprendida, y le dio a la tecla de responder, al tiempo que esbozaba una enorme sonrisa.

—Hola, Paula. Cielo santo, cuánto tiempo.

—Hola, Carla. ¿Qué tal estás?

—Genial, ¿Y tú?

—Estoy en Encinar.

—¿Cómo que estás en Encinar? ¿A...hora?

—Sí, he venido a verte porque necesito...necesito hablar contigo. ¿Podemos vernos en la cafetería frente a la estación?

—Por supuesto, espérame allí.

Colgó, con gesto de estupefacción. ¿De qué querría hablar Paula como para invertir un viaje de casi una hora en tren para verla? ¿Le habría pasado algo a Gael? Suspiró, nerviosa, y en apenas diez minutos llegó a la cafetería donde se había citado con su amiga. La localizó mirando por la ventana, distraída. Paula se giró hacia ella, y la saludó con una enorme sonrisa que hizo que Carla suspirara algo más aliviada. Parecía estar bien. Agobiada, pero bien. Caminaron una hacia la otra, y se abrazaron, diciendo las mismas frases de carrerilla que llevaban diciéndose años y años. Tras reírse casi a la vez, por el frenético saludo, se sentaron, observándose. A Carla no se le pasó por alto el brillo en la mirada de su compañera, ni la forma que tenía de evitar clavar sus pupilas en las suyas, y sonrió. Paula se había enamorado, no tenía ninguna duda, y se moría por contárselo, seguro. Pidieron dos cafés al camarero, y Carla tomó las manos de su amiga por encima de la mesa. Intuía que esa visita tenía poco de cortesía, y mucho de confesión.

—¿Qué ocurre, Pau? ¿Por qué me has llamado?

—Ocurre que...que todo es muy complicado ahora mismo —miró hacia la ventana, y cerró los ojos apenas unos segundos—. Es que...he...he conocido a alguien.

—¿Cómo que has conocido alguien? ¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque...no sé cómo...no sé cómo ocurrió, y aún estamos...empezando, supongo.

—¿Cómo se llama?

—¿Eso importa?

Carla frunció el ceño, confusa, y se encogió de hombros.

—Supongo que no. Pero bueno, cuéntame algo más sobre él, que me tienes



en ascuas.

Paula tomó aire, y le contó brevemente su relación, sin revelar ni ningún detalle que pudiera revelar quién era el objeto de sus desvelos. Aún no tenía valor para decirle a Carla que el misterioso joven que le había robado el alma por completo era un impresionante biólogo de ojos verdes que encendía su corazón cada vez que estaba a su lado.

—Parece genial, Pau. Ese chico es de los que valen la pena.

—Sí, sí que vale la pena. Pero...tiene...

—¿Novia? —torció el gesto —Vaya, mal empezamos.

—No, no tiene novia, es...una relación inconclusa, y yo no sé si sería mejor para todos olvidarle y ya está.

Carla se golpeó levemente el labio inferior con el dedo índice, pensando, y bajó el tono de voz.

—A ver, por lo que me has dicho, él siente algo por ti, y tú por él, ¿No es así?

—Sí, yo...yo lo siento todo por él. Todo.

—Pues entonces lucha. Lucha para sacar adelante esa relación, Paula, porque ese chico se lo merece. Pelea por él, no te rindas. No dejes que tu corazón pierda esta batalla, o te arrepentirás toda la vida.

Paula bajó la vista para no cruzar su rostro con el suyo y no viese la mirada que tenía en esos momentos. Ya no podía encarcelar lo que sentía por Gael, no podía. Miró por la ventana de la cafetería el tráfico de la ciudad, pensativa. Sabía que Gael la amaba, pero también sabía, y con toda certeza, que también seguía amando a Carla.

—Supongo que tienes razón. El amor verdadero solo aparece una vez en la vida.

Carla sonrió, asintiendo, disimulando, como podía, que esa frase no le estaba rasgando el pecho por dentro. El nombre de Hans, y sus malditos ojos azules lo barrieron todo, y la herida empezó a sangrar, rompiendo punto a punto la sutura que había hecho sobre su corazón. ¿Cuándo dejaría de dolerle mencionar solo su nombre?

Cuando las primeras farolas empezaron a encenderse, las dos amigas se despidieron con un largo abrazo, y Carla enfiló hacia su casa, pensando en las palabras de Paula. Llegó a su edificio, sacó la llave de su bolso, absorta en sus pensamientos, cuando algo, una alarma la hizo retroceder con la llave en la mano. Había un roce justo en la mitad de la cerradura, como si la hubiesen forzado. Encendió la linterna de su teléfono, apuntando hacia allí, y miró con

detenimiento esa pequeña brecha, y un estremecimiento la sacudió. No era un roce, era una muesca. Habían forzado la entrada. ¿Quién querría entrar en un piso modesto como ése, sabiendo de sobra que allí no habría nada de valor?

Deslizó las llaves dentro de la cerradura, y su temor se disipó. Parecía estar como siempre. Subió el tramo de escaleras, abriendo la puerta de su piso, y dejó las llaves en la mesita de la entrada, dirigiéndose a su habitación, cuando algo la hizo detenerse. La alfombra de su cuarto tenía una arruga. Ella jamás dejaba arrugas en la alfombra. De pequeña se había destrozado la barbilla al tropezar con una, y ponía mucho cuidado en ese tipo de cosas. Miró aquella arruga, con algo helado trepándole por la espalda por lo que aquello implicaba. Habían entrado en su casa. La cuestión era por qué no habían robado nada. Tomó el teléfono, temblorosa, y llamó a Daniela. Esa noche sería mejor pasarla en casa del amigo de su vecina, Oliver. Aquello no tenía muy buena pinta, y empezaba a estar asustada.

Al otro lado de la calle, una figura corpulenta aplastaba con rabia una colilla. Si esa maldita chica hubiese llegado una hora antes a su casa, a estas alturas ya estaría más que muerta y su cuerpo arrojado a la zanja que ya había preparado para ella. ¿Por qué demonios se había retrasado, si siempre seguía los mismos horarios? Resopló, frustrado, y le dio una patada a una lata de cerveza vacía que yacía abandonada en plena calle, sin darse cuenta de que, a apenas cien metros de allí, una segunda figura observaba sin perder detalle al hombre corpulento que llevaba días espiando a Carla Álvarez. El hombre se colocó el intercomunicador, y murmuró a su equipo que levantasen posiciones. No había hecho falta intervenir.

—Díaz, González, aquí Sanz. Mantened vigilado al objetivo. Está a punto de actuar, y debemos estar preparados. En caso de intervención, avisadme, y recordad que somos invisibles, ¿De acuerdo?

—Sí, jefe.

Lucas Sanz colgó, y envió un mensaje a la familia que le había contratado, los Álvarez de Ruano.

«Objetivo localizado y a punto de actuar.»

«Entendido. Manténganos informados.»

Lucas guardó el dispositivo, con una leve sonrisa. Los Álvarez de Ruano les habían dado la pista que necesitaban para concluir el caso en el que llevaban Diana Yáñez y él inmersos desde hacía meses. Estiró la comisura de la boca, y miró su teléfono, donde una llamada perdida de Diana esperaba ser contestada, y sonrió. Cielo santo, esa rubia gótica le volvía completamente

loco.



El sueño empezó apenas chocaron entre sí sus pestañas. Estaba otra vez en el pantano, de niña, mientras Gael la cogía de la mano y la llevaba hacia una parte poco conocida de la laguna.

“No quiero ir por ahí. El agua está fría.”

“No, no lo está, venga, vamos. Aquí podremos soltar a las ranas.”

El agua empezó a empapar el vestido en cuanto se internó entre los juncos, y tiritó. Sintió las manos de Gael agarrándola con firmeza, y todo se tornó negro, oscuro, vacío. Se escuchó a sí misma gritar, una y otra vez, mientras ese dolor lacerante no cesaba. Dolía, dolía muchísimo. Abrió los ojos de golpe, con la respiración entrecortada, yaciendo en mitad de los juncos, con el rostro bañado en lágrimas, su vestido empapado y la mirada culpable de Gael, que, de pie frente a ella, apenas podía contener una expresión de miedo. Estaba asustado, muy asustado, y su cuerpo entero se convulsionaba. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué no podía dejar de temblar?

Se incorporó y empezó a correr, sintiendo la presencia del niño tras ella, cada vez más cerca, y cómo sus dedos intentaban atraparla, tirando de su vestido. Solo que no eran manos de niño, ahora lo sentía. No. Aquellas manos que la intentaban atrapar eran de hombre. Tropezó, cayendo a la laguna, donde las aguas la engulleron rápidamente hacia sus profundidades. Pataleó, nadó, movió brazos y piernas con toda su fuerza, pero fue inútil. Las aguas la seguían llevando hacia el fondo. Gritó con todas sus fuerzas cuando un torrente de agua sucia le llenó la boca, y sus pulmones estallaron de dolor. Se estaba ahogando, se ahogaba, y nadie podría ayudarla. Iba a morir. Miró hacia la turbia superficie del agua, asumiendo que era el fin, y cerró los ojos, dejándose acunar por la suave danza de la muerte.

Un suave murmullo la despertó, haciéndola despegar las pestañas con lentitud. Ya no estaba mojada, ni tenía frío, ni había algas metiéndosele en la boca. Aquello no era el pantano. Se incorporó, sobresaltada, con el corazón desbocado, y parpadeó, enfocando. Sus ojos recorrieron aquella estancia, viendo las tenues luces, el mullido sofá de cuero negro, los enormes cuadros de los Alpes, la alfombra de pelo color crudo...Estaba en la sala de estar de Hans. ¿Qué hacía allí? Se giró hacia él, que leía una revista de arquitectura con gesto tranquilo, y casi saltó del sofá.

“ —¿Qué ha...qué ha pasado?¿Por qué estoy aquí?”

“ —Tenías una pesadilla y tu inconsciente regresó a un sitio donde se sintiese a salvo.”

Aquello la desarmó por completo. ¿Su inconsciente había decidido que Hans era su único puerto seguro?¿Por qué? Miró hacia él, dispuesta a preguntárselo, cuando el arquitecto esbozó una sonrisa triste y empezó a volatilizarse en minúsculas partículas. Pronto la sala de estar de la casa se convirtió en pequeñas bolitas blancas que se mezclaban con el aire y desaparecieron, mientras ella permanecía quieta, viendo cómo la última mota de los azulados iris de Hans se esfumaban, con el recuerdo del arquitecto llenando cada espacio de su cabeza, y de su corazón.

## Hans

Los días que transcurrieron tras la muerte de Edmund fueron extraños, espinosos. Los informativos de todas las cadenas se llenaron de documentales y reportajes especiales sobre la vida del gestor que acababa de fallecer, ahondando en su faceta más positiva, dejando para el final, tocando, casi de pasada, la condena por abusar de un menor. La omisión de la condena en la biografía de ese hombre era insultante, pero también les proporcionaba cierto margen. Lo último que necesitaban en ese momento era tener a la prensa buscando sin cesar al joven que había hecho caer al poderoso matrimonio Schneider.

—Hans... —empezó Ricardo, que no había dejado de pasearse por la habitación con la angustia pintada en el rostro —esto es...esto un maldito desastre. Lo que le faltaba a esa psicópata de Helga para ir a por Carla era algo así, y ha sucedido. Tenemos que planear qué hacer —inspiró—. Hans, ¿Me estás escuchando?

—Va a fugarse —se limitó a decir.

—¿Qué?

—Que Helga va a fugarse en cuestión de horas.

—¿Cómo lo sabes?

—Es fácil de adivinar. Piénsalo. Le concedieron la libertad vigilada para que estuviese con Edmund sus últimos días. Si él ya ha fallecido, la Fiscalía volverá a pedir su ingreso en la cárcel, y eso es algo que ella no está dispuesta a hacer por las buenas. No va a volver a prisión. Aprovechará la confusión de todo el entierro y el funeral para irse lejos de aquí. Esto no ha acabado.

—¿Estás seguro?

—Ojalá me equivoque, pero lo dudo. Tiene contactos en todos los ámbitos, y puede desaparecer en cualquier momento. Algo me dice que a estas alturas ya debe tener todo preparado para la huida. Lo que no comprendo es a qué espera para hacerlo.

—Quizás esté esperando a que el ojo de la prensa se desvíe un poco del foco que hay posado sobre ella en este momento.

Hans negó con la cabeza, pensativo, con una respuesta dando vueltas en su cabeza, cuando el teléfono de la habitación sonó, sobresaltándolos a los dos.

—¿Esperabas una llamada, Ric?

—No, claro que no.

Ricardo se levantó, y se detuvo a apenas un metro del aparato, con el puño en los labios. Ya sabían quién era. Esa mujer siempre iba dos pasos por delante de ellos. El austríaco se adelantó para coger el teléfono, con los ojos clavados en Ricardo. Sus peores temores empezaban a cumplirse. Tomó el teléfono, y, tras unos segundos en los que apenas espetó un par de “No”, y un escueto “Ahora bajo”, colgó, mirando hacia Ricardo.

—Helga está abajo.

—¿Qué?!

—Está en el vestíbulo, y quiere verme.

—Ni en broma irás tu solo a reunirte con ella, te acompañaré.

—No, quédate y si ves que tardo demasiado, avisa a la Policía.

—Hans, ¿Pero qué estás diciendo? Te lanzó a uno de sus gorilas en el hospital, y no ha dudado en contratar a gente para seguirte. No irás tú solo a verla, ni lo sueñes.

—No, Ric. Te necesito aquí arriba, eres mi seguro de vida, ¿entendido?

Los dos amigos se miraron, inspirando hondo, y el abogado compuso una expresión de desacuerdo.

—Está bien, me quedaré aquí.

Asintieron, a la vez. Pasara lo que pasara, estaban juntos en esto. Si Helga optaba por hacer estallar toda su furia y responsabilizarle por la muerte de Edmund, como era lo más probable, iría a por Carla antes de fugarse, estaba seguro, y Ricardo debía dar la voz de alarma. Hans se pasó la mano por el cabello, nervioso, y señaló el teléfono del abogado.

—Llama a Vero, por favor. Necesito saber que Carla está bien.

Ricardo cogió el teléfono, marcando la tecla rápida del número de Verónica, y la pelirroja contestó al tercer tono, visiblemente nerviosa.

—Ric, por Dios, ¿Estáis bien? He visto por la tele lo de ese hombre, y...

—Estamos bien, pero la situación sigue siendo complicada.

—Lo sé —inspiró—, cielo santo, no me puedo creer que esto esté pasando. Y tú...¿Estás bien?

—Sí —respondió, con un hilo de voz. Su tono suave le desarmó por completo. La echaba tanto de menos que iba a enloquecer de un momento a otro—. Vero, necesito que llames a Carla y te asegures de que está bien.

—Lo haré ahora mismo, tranquilo.

—Gracias. ¿Aún tienes la llave de mi casa de Robledo?

—Eh —titubeó —...sí. ¿Por qué?

—Pasad el fin de semana las dos allí. La puerta está blindada, las ventanas son prácticamente inaccesibles, la alarma está conectada a la policía, tiene acceso directo a la habitación del pánico del edificio, y...

—Ric, no, yo no...

—Tienes que ir allí —dijo, desesperado—. Tu piso es poco seguro, y puede ocurrirte cualquier cosa, ¿No lo entiendes? Allí estarás segura. Ese edificio es como una fortaleza, la puer...

—Pero es que no...no puedo hacer eso.

—Vero, maldita sea, tienes que...

—¡No puedo ir a tu casa! ¿Vale? ¡No puedo!

El abogado se quedó callado al instante. Ese piso estaba lleno de recuerdos de ellos dos, de fotos, de música, de besos, de noches apasionadas. Ese piso estaba lleno de su historia. Suspiró, con un vacío en el pecho. Verónica tampoco había superado su ruptura. Y eso solo podía significar que le seguía queriendo, como él a ella.

—Es que yo...no puedo...aún no...

—Tranquila, lo entiendo, es solo que...

—Es que no...yo no...

—Lo sé, Vero, lo sé —musitó.

Se hizo un leve silencio entre ambos, mientras sentían que las conexiones que habían creído perdidas volvían a salir a la luz. No estaba todo perdido. Se seguían queriendo, y eso, para Ricardo, era más que suficiente. Sonrió, con ese pensamiento dando vueltas en su cabeza, y colgó el teléfono, sintiendo que la tenaza que tenía en el pecho rompiéndole el corazón había aflojado un poco su agarre. Miró hacia Hans, quien mantenía el ceño fruncido y los hombros tensos, y exhaló.

—Vero llamará ahora mismo a Carla para saber cómo está.

—Gracias.

Segundos después, un mensaje de Verónica en el móvil de Ricardo les informó que Carla se encontraba bien. El arquitecto espiró todo el aire de una sola vez, y, sin más dilación, enfiló hacia el vestíbulo, rogando para que los Álvarez de Ruano hubiesen cumplido su promesa y le hubiesen puesto vigilancia a la chica. Cerró los ojos con fuerza, hasta que el habitáculo de aluminio llegó a su destino, haciendo un sonoro golpe, y salió al enorme vestíbulo del hotel, donde la realidad se impuso de la peor forma.

Vio a Helga acompañada de su guardaespaldas, Vladimir. El arquitecto no

pudo evitar sonreír al ver la vendada nariz del hombre. Su golpe había sido certero, y había causado el daño justo que quería. El golpe de advertencia. Helga se atusó levemente el trabajado moño de salón de belleza que llevaba, con suaves ondas cayendo por su rostro, y se acercó hasta él, que mantuvo la distancia.

—Bonito entierro —dijo, como saludo—. Lástima que la belleza no exista allá a donde irá.

—Eres cruel, y tu corazón está lleno de oscuridad, Hans.

—Lo sé, créeme que lo sé —dijo, esbozando una sonrisa tensa—. ¿Qué quieres, Helga?

—He venido a enseñarte una cosa —estiró la mano hacia su bolso, y sacó un sobre marrón, mostrándoselo, mientras en su cara se dibujaba una sonrisa—. En este sobre está toda la información que han recopilado mis hombres sobre Carla Álvarez. Ven esta noche a casa, cena conmigo, te entregaré el sobre, y después, ya no sabrás nada más de mí. Lo prometo.

—¿Una cena a cambio de la seguridad de Carla? —preguntó, desconfiado.

—Eso es.

El arquitecto frunció el ceño. Demasiado fácil. Demasiado simple. Conocía a Helga, y siempre, siempre, se guardaba algo en la manga. ¿Cuál sería su golpe de efecto final? Sea lo que fuere, tenía que acudir a la cita y averiguarlo por sí mismo. Si la situación se complicaba, como era fácil prever, la seguridad de Carla debía primar sobre la suya. Una y mil veces. Cuadró la mandíbula, y respondió.

—Está bien.

—Perfecto, entonces —respondió, complacida—. A las ocho en mi casa, Hans. Ya sabes dónde está, ¿Verdad?

El arquitecto asintió, frunciendo la expresión. Helga sonrió, y Hans se dio la vuelta, con un mal presentimiento corriendo por su sistema, y la imagen de ese sobre planeando sobre sus pensamientos. ¿Qué información sobre Carla contendría? ¿Sería una trampa?

Volvió a su habitación, encontrándose la tensa mirada de Ricardo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué quería?

—Quiere verme esta noche en su casa, a las ocho.

—¿Estás de broma, no?

—Ojalá lo estuviera —resopló—. Quiere entregarme una información sobre Carla.

—¿Qué clase de información?



—No me lo ha dicho, y tampoco sé qué planea, pero tengo que ir, tengo que acabar con esto de una vez, Ric.

Ricardo se quedó mirando a su amigo. No podía permitir que fuera solo a una cita con esa mujer, y pensó en el plan B que había empezado a llevar a cabo a espaldas del arquitecto. Alzó los ojos hacia su amigo, que se movía frenético por la habitación, hasta que encontró su teléfono, y, con gesto seguro, lo tomó entre las manos, y empezó a teclear.

—Voy a cambiar la hora de nuestro vuelo. Si algo sale mal, como temo que vaya a ser, debemos salir de Alemania cuanto antes.

—¿Crees que Helga sería capaz de...?

—Por supuesto que lo creo —dijo, sin levantar la vista de la pantalla—. Esa mujer es capaz de matarme y descuartizarme esta misma noche, tirar mis restos a cualquier pozo y tomar el primer vuelo a donde sea que piensa esconderse sin despeinarse. Ya he estado en el infierno con ella, Ric, y por desgracia sé hasta dónde es capaz de llegar.

Su amigo le miró, y asintió. Las bestias del inframundo de Helga estaban a punto de desatarse.

La tarde fue agónica. El arquitecto daba vueltas por la habitación, maldiciendo al maldito destino por hacerle pasar por todo esto otra vez. Cuando el reloj marcó las siete y media, Ricardo lo miró, exhalando toda la ansiedad en una sola frase.

—Es la hora, Hans.

Salieron de la habitación, sin poder siquiera dirigirse la palabra. Sus cuerdas vocales estaban cerradas por la tensión. Bajaron a recepción y, tras alquilar un segundo vehículo, se subieron cada uno a un coche, recorriendo la ciudad hasta llegar al ático de Helga. Hans salió del vehículo, dirigiéndose hacia el enorme portal sin girarse una sola vez al turismo color negro en el que iba el abogado, para no levantar sospechas. Se introdujo en el edificio, con un estremecimiento, sintiendo que había vuelto a aquella horrible tarde en la que todo empezó. Se metió en el ascensor, incapaz de aguantar tanta tensión, y, cuando el aparato se paró en la última planta, las puertas se abrieron y distinguió a Helga, vestida con un elegante traje de pantalón y chaqueta color granate.

—Qué puntualidad. Me gusta la gente puntual. Eso denota respeto hacia el tiempo de los demás.

—Puedo asegurarte que respeto es lo último que siento por ti, Helga.

La mujer resopló, con una mueca de disgusto, y le hizo una señal para que la

siguiere por el pasillo hasta llegar a una sala de estar lujosamente decorada con muebles de anticuario y sofás con tapizados de tela inglesa. Hans se quedó apostado en el umbral, mientras la veía dirigirse hacia un escritorio color caoba, abrir un cajón y sacar un sobre más abultado que el que le había enseñado en el vestíbulo del hotel. Se acercó hasta él, y se lo tendió con una sonrisa.

—Aquí lo tienes.

—Este no es el sobre del hotel.

—Por supuesto que no lo es. Este es mejor. Ábrelo, y lo verás.

Hans tomó el sobre que tenía entre las manos y la sangre dejó de circular por su cuerpo en cuanto lo abrió. Eran...fotos. Un centenar de fotos, en realidad. Y todas eran de...Carla. Carla paseando por la calle, tumbada en el césped de un parque, tomando el sol, saliendo del cine con unos amigos, en una cafetería con Paula, caminando con Verónica...Y con Gael, frente a un edificio de ladrillo rojo.

Apartó esa foto, mirándola con detenimiento, mientras su corazón volvía a quebrarse. Habían vuelto. Gael y Carla volvían a ser pareja. Ya todo estaba perdido, todo. Jamás la recuperaría. Nunca. Cerró los ojos apenas unos segundos, asumiendo esa verdad, sintiendo que el mundo podía acabarse en ese momento, y a él no le importaría lo más mínimo. Su corazón ya había dejado de latir.

—Debe doler ver algo así, ¿Verdad, Hans? —la escuchó decir a su lado — Saber que para ella ya solo eres un mal recuerdo. Qué lástima —suspiró teatralmente—. El primer amor no es algo que se pueda olvidar tan fácilmente. Te rompe por dentro y tu corazón no vuelve a ser el mismo nunca más.

Hans no le contestó, y se quedó mirándola fijamente. Lo que ocurría entre Carla y él solo les afectaba a ellos dos, a nadie más. No iba a darle a Helga el placer de inmiscuirse en su corazón también.

—Acabemos con esto de una vez. ¿Qué quieres, Helga?

—Que vengas conmigo a donde pienso ocultarme.

—¿¿Qué?!¿¿Pero es que has perdido el juicio?!

—Claro que no. Ahora ya nada nos impide estar juntos. Edmund ya no está, y Carla ya te ha olvidado. La única chica a la que has querido te odia tanto que se ha ido a vivir a otra ciudad para no tener que volver a verte. No tienes nada que perder, porque ya no te queda nada, Hans. Nada.

—Estás completamente loca. No te bastó con arruinarme la vida en el pasado, sino que quieres seguir destrozándomela en el futuro. ¿Por qué?¿Por

qué, Helga?

La mujer lo miró, suspirando, y se cruzó de brazos.

—¿Por qué tú, y no otro? ¿Eso es lo que quieres decir? Porque, bueno, siempre fuiste muy especial para mí, Hans, y, cuando una tarde te vi en el despacho de tu padre haciendo los deberes, tan serio, tan concentrado, tan... mayor ya, algo en mí cambió. Enseguida supe el tipo de hombre en el que te ibas a convertir. Fuerte, inteligente, atractivo, lleno de confianza, el tipo de hombre que cualquier mujer desearía, y me enamoré de ti. Me enamoré del futuro Hans que ibas a ser, y en el que te has terminado convirtiendo.

—Tú no sabes lo que es querer a nadie.

—Por supuesto que lo sé. Yo te amaba, y sé que tú a mí también. Ahora no eres capaz de verlo porque estás cegado por esa maldita chica, pero me quieres.

—Y yo no voy a quererte nunca, Helga, no voy a hacerlo.

—Pero a ella sí, ¿verdad? —dijo, enfurecida—. Carla sí que la quieres.

—Sí —dijo, con calma—. La quiero con toda mi alma, por encima de mi vida.

Helga rechinó los dientes, con fuerza, y la furia llenó la expresión de su rostro.

—Pues si no eres para mí, tampoco serás de nadie —la mujer sacó su móvil y le miró desafiante—. Esa chica es demasiado confiada. Su puerta tiene una cerradura muy fácil de romper, por cierto —miró hacia la puerta, donde el hombre corpulento que la acompañaba en el hospital hizo acto de presencia—. ¿Verdad, Vladimir?

—Un leve empujón bastaría para abrir la puerta, y después, lo de siempre —sonrió de forma perversa—. Un poco de cloroformo o sedantes, y la chica dejaría de defenderse en cuestión de segundos. Y ahí es cuando entraría en acción Grigory. Por cierto, le vuelven loco las morenas, ¿no te lo había dicho?

—Te mataré como le toquéis un solo pelo de la cabeza.

—Pues siento decirte que llegas tarde para eso. Grigory debe estar ya foll...

El austríaco no le dejó terminar. Se abalanzó sobre el ruso, que apenas pudo contener toda la fuerza del arquitecto, y la violencia estalló. La vajilla, los muebles y los espejos que había en las paredes fueron rompiéndose al paso de la pelea de aquellos dos titanes, mientras los gritos de Helga de fondo hacían de siniestra banda sonora. Hans empezó a recibir los primeros golpes, haciéndole doblarse del dolor. Ese tipo sabía pegar, sin duda, y se estaba empleando a fondo con él.

Hans se cuadró, y siguió aguantando los golpes del ruso mientras oía los gritos de Helga de fondo, y él se concentraba en protegerse de los peores. Apenas vislumbró que el ruso bajó la guardia, atacó con contundencia, dejando al guardaespaldas aturdido, y salió corriendo de aquel piso, buscando una salida. Corrió por aquel lujoso pasillo, agarrándose el costado, hasta que visualizó una trampilla en la azotea. Fue hasta allí y se colgó de ella, rogando para que aquella maldita trampilla cediera. Se columpió apenas unos segundos, cuando un crujido y una ráfaga de aire le hicieron ver que había cumplido su objetivo. Con un ágil y rápido movimiento, logró subirse a la azotea. Si era capaz de saltar con el suficiente impulso, quizás podría saltar a otro edificio desde allí. Consiguió llegar a la cúspide, y se limpió con la manga la sangre que le goteaba de la nariz, trazando un plan.

Debía ir hasta el edificio anexo para huir. No podría soportar otra pelea con el guardaespaldas de Helga, y menos con ese dolor en el costado haciéndose cada vez más fuerte. Tenía varias costillas fracturadas, estaba seguro. Se giró hacia la esquina del edificio, calculando la distancia que tendría que saltar para salir de allí cuando en ese momento escuchó un ruido y se volvió, justo a tiempo para ver cómo Vladimir salía con dificultad por la trampilla. Corrió por la azotea, preparándose para saltar, cuando vio que la distancia entre los edificios era mayor de lo que él había calculado desde un principio. La maldita perspectiva se la había jugado.

Carla llegó a su piso tras una agotadora semana de trabajo y clases que le habían robado hasta la última mota de energía. Abrió la puerta, y la cerró, mirando con detenimiento la puerta. Oliver y su hermano les habían cambiado las cerraduras hacía tres días, pero eso no bastó para calmar sus ánimos. Por todas partes sentía la presencia de alguien siguiéndola, y la situación estaba a punto de estallar. Estaba segura de que la observaban, presentía media docena de ojos posados en ella, lo que la sumía en un estado de alerta constante que le impedía incluso dormir, o comer con normalidad. Empezaba a estar preocupada de verdad. Encendió la televisión mientras se quitaba los zapatos y el abrigo, y dejaba el bolso y las llaves en la entrada. Necesitaba una relajante y refrescante ducha. Se encaminó al cuarto de baño, mientras silbaba una canción de un anuncio de la televisión, y cerró la puerta, sin sospechar siquiera que, frente a su portal, una figura oscura y corpulenta veía cómo el botón rojo del dispositivo que llevaba encima se iluminaba. Helga Schneider acababa de dar la señal. Sonrió, y se metió el aparato en el bolsillo.

No tenía nada en contra de la chica. Incluso le gustaba. Parecía lista, cariñosa y muy, muy guapa. La había estado observando. Mantenía unas rutinas más o menos fijas que apenas variaba, y eso era algo bueno. Aplastó la colilla contra la suela del zapato, e hizo crujir los nudillos, dispuesto a entrar en acción.

Sacó la ganzúa, y la puerta cedió. Se internó en el edificio, pisando levemente los escalones para no delatarse, llegó hasta la puerta, y sacó su juego de púas metálicas para abrirla. La cerradura se abrió, y él entró en la vivienda, escuchando el agua correr en la ducha y el alegre canturreo de la chica de fondo. Sacó el cuchillo y la cuerda de su bolsillo, y avanzó hacia allí con decisión.

—Bien, pequeña, espero que me lo pongas fácil.

Dentro del baño, Carla giró el cuello, haciéndolo crujir, mientras sentía los chorros de agua impactando contra sus doloridas cervicales. Necesitaba un masaje con urgencia, estaba demasiado tensa. Cerró el grifo, y se dispuso a

darse otra mano de champú mientras en la radio empezaba otra nueva canción, y empezó a silbarla, sonriendo. Esa se la sabía.

Lucas Sanz se parapetó tras unos coches hasta que vio al ruso introducirse en el portal de la joven. Abrió la puerta con sigilo y se metió en el edificio, siguiendo los pasos de Grigory Golubev, el matón que los Schneider habían contratado para terminar con la chica. Empujó con suavidad la puerta, y apenas le dio tiempo de planear nada más. Distinguió al ruso a punto de entrar en el cuarto de baño, y actuó como había tenido que actuar cientos de veces. Con contundencia y eficacia para garantizar la seguridad del civil implicado.

Se abalanzó sobre el ruso, agarrándolo del cuello, y empezó a forcejear con él, hasta que le quitó el cuchillo de las manos, y la cuerda que portaba, y ambos cayeron al suelo. Los empujones, golpes, e intentos de estrangulamiento fueron una espiral a partir de ahí. Golubev apoyó su bota en la espalda de Lucas, y rodeó su cuello con sus manos, empezando a presionar cada vez con más fuerza, mientras él intentaba ponerse en pie para neutralizarle, aunque era casi imposible. Iba a perder el conocimiento de un momento a otro por la falta de oxígeno.

Se giró, haciendo uso de toda su fuerza, y se ancló al cuello del ruso. Era un combate desigual, y lo sabía, pero no podía rendirse, no podía dejar a la chica sola con ese psicópata, y reaccionó. Usó toda la fuerza que tenía hasta que logró dejar inconsciente al ruso, que cayó desplomado sobre él. Resopló, exhausto, mientras escuchaba de fondo a la chica cantando en la ducha, ajena a todo, y apoyó la cabeza contra el suelo. Necesitaba unos segundos, unos segundos nada más para recuperar el aliento. ¿Pero de dónde demonios había salido este tipo?

En ese instante reconoció las pisadas leves de su equipo, caminando silenciosos para llegar hasta él. Se giró y vio a Diana acercándose, tomándolo por los brazos, y a Gerardo y a Hugo sacándole de encima el cuerpo del ruso.

—El coche está aparcado fuera —susurró la chica—. ¿Puedes andar?

—Sí, descuida —dijo, mirando esos enormes ojazos azules.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, preciosa. Estoy bien. Y ahora —resopló, mirando hacia el hombre—, vámonos de aquí cuanto antes. Necesito interrogar a este despojo.

Diana le miró, asintiendo, y abandonaron la vivienda con el cuerpo del ruso a cuestas, cerrando con sigilo, con los alegres cánticos de la chica de fondo, y sonrieron. Carla Álvarez estaba a salvo.



Carla se levantó como un resorte a la mañana siguiente. La primavera había estallado en toda la provincia, y los árboles y las flores imponían su reino en los parques, las avenidas, las plazas. Había quedado con Verónica y Daniela para hacer una pequeña excursión por la sierra de Encinar. La pelirroja camarera había insistido hasta la saciedad para que pasaran fuera de Encinar ese fin de semana, y ella había terminado accediendo para no seguir escuchándola a todas horas. ¿Pero qué bicho le habría picado?

Al final había claudicado, y a las ocho de la mañana, las tres amigas estaban preparadas para afrontar una jornada campestre equipadas con sus botas de montaña, sus cantimploras y un pequeño refrigerio. Les esperaban dieciocho kilómetros de paraje natural en estado puro. Empezaron a caminar por aquel hermoso paraje, entre las alegres y disparatadas historias de Daniela y Verónica hasta que los pequeños arbustos desaparecieron, y el bosque se abrió para ellas en toda su magnitud. Una fría bruma las recibió en cuanto pasaron el primer afluente de agua y el ancho sendero por el que transitaban terminó convirtiéndose en una estrecha y oscura vereda. Las intrincadas ramas empezaron a arañarles los brazos, mientras el bosque empezaba a capturar el más leve rayo de luz que intentara atravesarlo. El camino se volvió tortuoso, y a Carla no le hizo falta mirar su dispositivo para corroborar lo que todas sabían: estaban perdidas.

—Desde aquí, pido un aplauso para Carla —exclamó Daniela, tras unos minutos de tenso silencio.

—¿Pero qué....?

—Sí. Queremos agradecerte que nos hayas descubierto senderos que solo los asesinos en serie conocen.

—Dani... —reprendió la aludida, empezando a inquietarse.

—Vale, me callaré. Pero antes de hacerlo, he de recordaros que, en caso de que nos encontremos a un psicópata, el futuro no lo escriben las valientes, sino las cobardes que saben correr más rápido.

Las chicas estallaron en carcajadas, y Carla resopló, pulsando teclas en su teléfono.

—Pues si nos cruzamos con algún psicópata —dijo Verónica—, deberíamos ofrecer solo a Carla. Al fin y al cabo, no es culpa nuestra que no sepa manejar un dichoso GPS.

—Lo entiendo perfectamente, Vero. Está fallando la batería, y por eso está

dando señales contradictorias.

—¿Señales contradictorias?¿Como un hombre? Madre mía, qué mal vamos.

Las chicas siguieron riéndose, mientras el humor de Carla iba de mal en peor. Siguieron avanzando entre aquella maraña verde durante más de una hora, mientras la masa arbolada empezaba a espesarse de forma siniestra. Carla miró su reloj, empezando a preocuparse. Dentro de dos horas empezaría el atardecer, y, en aquel laberinto natural la luz del sol empezaba a escasear. Si no conseguía encontrar de nuevo la senda, estarían en un buen aprieto. Se maldijo una vez más, y siguió estudiando el mapa con atención, rogando para que las chicas no se percatasen de su preocupación, algo difícil a estas alturas. Inspiró despacio, y se concentró en las conversaciones de sus amigas para intentar tranquilizarse.

—¿Y si nos encontramos a un animal salvaje, como el *yeti*? —preguntó Daniela, temerosa.

—¿El *yeti*?¿Pero qué estás diciendo?¿Por qué habría un *yeti* en Encinar? —contestó Verónica.

—Bueno, ya sabes, con lo del deshielo del ártico, quién sabe a dónde habrá tenido que emigrar el pobre.

—Pues en ese caso, tiraremos nuestros bocadillos y saldremos corriendo, ¿Qué te parece?

—Es una opción. ¿De qué es el tuyo, Carla?

—Eh...de atún, creo —contestó, sin apartar la vista del dispositivo.

—¿De atún?¿En serio? Maldita sea, ¿por qué has tenido que hacerlo de atún? —casi chilló Daniela — Los *yetis* son vegetarianos, lo sabe todo el mundo. Se tomará como una ofensa el emparedado. Estamos perdidas.

—Bueno, pues que se coma solo el pan —contestó, sarcástica.

—¿Y si es celíaco?

—¿Por qué iba a ser celíaco?

—La gata de mi abuela es diabética, así que no veo por qué el *yeti* no podría ser intolerante a algún alimento. Nadie le ha hecho un estudio en profundidad, al fin y al cabo.

—Vaya...pues en ese caso...también podría ser alérgico a la lactosa, así que ya no podríamos contar con mi bocadillo, que es de queso —añadió Verónica, pensativa.

Carla se giró hacia ellas con los ojos en blanco. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta hasta ese momento a qué clase de chifladas tenía por amigas?



«Pues es justo en ese momento, Álvarez, cuando estás perdida en medio de un bosque oscuro es cuando te das cuenta que vives rodeada de taradas.»

Siguió tocando botones en el localizador, ignorando por completo el resto de la conversación, cuando el chisme empezó a emitir un pitido estruendoso, y se apagó. Carla soltó una palabrota que dejó a las chicas atónitas, y continuaron la senda en silencio, con los bufidos de Carla de fondo. Apenas habían pasado unos minutos, cuando la voz de Daniela, en apenas un susurro, volvió a llenar el ambiente.

—He leído que el yeti es capaz de despedazar a una persona en cuestión de minutos.

—¿Pero no acabas de decir que era vegetariano? —preguntó Verónica, apartando una rama — Entonces, ¿Por qué querría despedazar personas?

—Por...buena pregunta. Quizás lo haga por...

Carla se giró hacia ellas, harta ya.

—¿Os queréis callar ya?¡Nos hemos perdido, e intento sacaros de aquí como sea, pero me estáis agobiando con vuestro constante y agorero parloteo! ¡Y el *yeti* no existe, maldita sea, es un bulo!

Se hizo un denso silencio, al que siguieron las risas sofocadas de sus amigas. Resopló, poniéndose un mechón tras la oreja, y oyó a Verónica murmurar.

—Los verdaderos monstruos no viven en los bosques, está claro. Trabajan en un herbolario, llevan un gorro de lana gris con un pompón rosa y arrastran a sus amigas ante su líder para que las devore.

Carla se dio la vuelta hacia la pelirroja, riendo, cuando un chasquido las alertó. Había alguien cerca. La joven les hizo una señal a sus amigas para que no hicieran ruido, y fue con decisión hacia al origen del sonido, apartando hierbas a su paso.

—¿Hola?

—¿Quién anda ahí? —una voz de mujer tronó, y Carla retrocedió, asustada, al ver una blanca mano apartar varios helechos y el rostro de una mujer de unos cincuenta años, con trozos de hojas en su rizado cabello, abriéndose paso hasta ella—. Oh, vaya, perdona. Creí que era uno de esos gamberros.

—Ya, me imagino.

—Discúlpame —dijo, tendiéndole la mano, ayudándola a levantarse—. Soy profesora. Hemos venido con una excursión escolar, y me aparté para...en fin —Carla asintió, comprendiendo la intimidación—. Oí ruidos y creí que era uno de esos diablillos grabándome con su teléfono.

—No, no, disculpe si la he molestado. Solo era yo —le tendió la mano—. Me llamo Carla. He venido con unas amigas a hacer senderismo, pero como oímos ruidos, vine a investigar.

—Vaya, que valiente. Yo habría retrocedido enseguida.

Carla suspiró, pensando que eso era, justamente, lo que hubiese hecho cualquier persona normal. Retroceder ante un peligro. Pero ella no lo había hecho, había ido directa hacia allí, impulsada por un extraño instinto.

—Y...bien, ¿Has venido sola?

—Oh, no. He venido con unas amigas, y nos hemos perdido.

—Oh, vaya. Bueno, no te preocupes, podéis venir con nosotros.

—¿No le importa?

—Claro que no. Al menos alguien escuchará las explicaciones que había preparado para hoy.

Carla se rio y volvió hasta sus amigas, haciéndoles una señal.

—¡Venid! ¡Nos van a guiar!

Los gritos de emoción de las chicas no se hicieron esperar. Siguieron a la mujer a través de la senda, cuando varios gritos de adolescentes y risas empezaron a oírse cercanos. La profesora resopló, y puso los ojos en blanco.

—Ya están otra vez con las dichosas peleas. ¡Adolescentes!

Siguieron avanzando, hasta que el grito de un chico se alzó sobre todos lo demás y algo oscuro y helado se cernió sobre Carla. Cayó desplomada al suelo, mientras los recuerdos del pantano volvían a su cabeza con toda la fuerza. Se vio a sí misma apartando ramas, juncos, llenándose de barro hasta las rodillas, con el dolor sordo de los arañazos en el rostro y en los brazos, con el corazón golpeándole con violencia contra el pecho. Y entonces llegó el dolor, los gritos, los golpes, el terror más absoluto. Su mente se abrió como nunca lo había hecho, desvelando todo lo que había permanecido oculto en algún rincón de su memoria. Y fue entonces cuando escuchó una voz del pasado que volvía, desvelando lo que su mente había bloqueado tantos años.

—¡Haz que paren! ¡Haz que paren, por favor, le duele!

—¡Carla!

—¡Por favor, que paren, le están haciendo mucho daño! ¡Por favor, que paren, le duele, está aterrorizado! ¡Por favor, haz que paren! ¡Que paren, por favor, le hacen daño, por favor...por favor...haz que paren!

Oyó la voz de una chica a su lado, pero no pudo reconocerla.

—¡Carla, por favor, Carla! ¿Pero qué te pasa?

—¡Le hacen daño, por favor, haz que paren, le duele, tiene miedo, quiere

irse a casa, por favor, que paren, que paren de una vez...está...está muerto de miedo, por favor, que...paren, por favor...que paren, le hacen daño, mucho daño, por favor...!

Alzó la vista hacia el cielo, y se desmayó, con la oscuridad cerniéndose sobre ella, en un venenoso abrazo.

Se despertó horas después en la sala de estar de su casa, y se quedó mirando al techo, desorientada, sin saber cómo había llegado hasta allí. Parpadeó levemente y vio la figura de Daniela sentada junto a ella, ovillada en el sofá de al lado, dormida, y, unos metros más allá, a Verónica, también dormida, acurrucada en su mismo sofá. La habían llevado a casa cuando se desmayó en el bosque. Se giró hacia la mesilla y vio un vaso de agua, ya vacío, y varias pastillas. Parecían relajantes.

Se levantó, despacio, sujetándose la cabeza, recordando las imágenes y los sonidos que habían vuelto a su mente de repente. Antes de desmayarse en el bosque, había reconocido esos gritos, lo había hecho, pero era tan...que era imposible, no, no era posible que algo así sucediera. Sencillamente, no podía ser. Esos gritos no podían ser de...no.

—No puede ser —murmuró para sí, otra vez, y se abrazó, suplicando estar equivocada—. No puede ser, no puede...no, no, no. No puede...algo así, no, no, no.

Unos ojos del color del océano y unos dibujos orientales grabados en tinta volvieron a su cabeza, arrasándolo todo, mientras ella se abrazaba para no romperse en pedazos.

—No, él no...él no...por favor, no...

## Hans

El primer impacto de sus cuerpos le tiró al suelo. Ese matón pretendía romperle el pecho a base de puñetazos. Flexionó las piernas y elevó de un certero golpe el cuerpo del ruso sobre él, que cayó rodando, y se levantó. No iba a soportar la pelea mucho más. Tenía que usar la cabeza, tenía que ser más listo que ese gigante que le miraba con los ojos inyectados en sangre. Corrió hacia un extremo del edificio, agarrándose los costados, y miró hacia el borde del edificio. La perspectiva podía serle útil, si sabía cómo aprovecharla. Corrió hacia una de las esquinas del edificio, rogando para que su plan funcionase. Sus ojos se clavaron en la terraza que, tres plantas más abajo iba a convertirse en su tumba, o su salvación, y exhaló. Se giró, y vio al ruso acercarse cada vez más, y más...diez metros...cinco...dos...Y entonces sucedió.

Todo ocurrió a cámara lenta. El austríaco se apartó justo a tiempo del peligroso borde del edificio, y el hombre, creyendo que aún había suelo sobre el que pisar, no aminoró la velocidad, y cayó al vacío. Sintió el devastador grito del guardaespaldas, cuyo cuerpo quedó tendido en la terraza de uno de los áticos, en una posición imposible, mientras sus alaridos seguían resonando por todos los huesos que se habían hecho trizas en la caída.

Hans lo miró desde arriba, resoplando, e inspiró. Había faltado poco, muy poco. Se dobló sobre sí mismo, apoyando las manos en las rodillas, y miró hacia la trampilla. Aquello no había acabado aún. Se deslizó hacia el interior de la casa, buscando a Helga. Esa mujer planeaba huir, y él no se lo iba a permitir. Si se escapaba, la vida de Carla correría peligro para siempre. Caminó despacio por aquellos pasillos, viendo cómo la vajilla rota se esparcía por la alfombra, y los cristales, hechos añicos, parecían luciérnagas que destellasen con sus puntos de luz por toda la vacía habitación.

Gritó su nombre varias veces hasta que su voz irrumpió en la habitación, llenándolo todo de oscuridad, y se giró a tiempo de verla, pálida, con expresión de horror, como si estuviese contemplando a su peor fantasma. Y lo cierto es que no estaba desencaminada. La expresión de Hans, con la mirada severa clavada en ella, y los hilos de sangre y los golpes, lo convertían en una perfecta estampa bíblica del ángel vengador. La vio meter la mano en uno de

los cajones de la destrozada mesa de centro, y todo su cuerpo se heló al ver el cañón de un revólver apuntándole directamente a la cabeza.

—¿Pero es que te has vuelto completamente loca? —bramó —¡Baja el arma!

—¡No!;Te mataré, Hans, juro que lo haré, y luego la mataré a ella!

Hans la miró, estremeciéndose. Ese había sido el plan desde el principio. Carla había sido el cebo, nada más, porque su presa, la verdadera presa, era él. Siempre lo había sido. ¿Cómo había sido tan ingenuo como para no haberse dado cuenta antes? La miró, y supo lo que tenía que hacer, el sacrificio que debía afrontar para mantener a Carla a salvo. Su vida por la suya.

—Pues entonces dispara.

—¡¿Qué?!

Helga descendió el arma unos segundos, atónita. Su azul mirada se cruzó con la del austríaco, que resopló, haciendo una mueca con los labios. Hans la vio sacudir la cabeza, como si una feroz batalla se estuviese librando en esos instantes en la cabeza de esa desquiciada mujer.

—Que dispires —la desafió—, dispara de una vez, porque prefiero estar muerto a seguir con esto. Ya no tengo nada que perder, así que venga, hazlo. Hazlo, y acaba con todo. Acaba conmigo. Vamos, haz lo que tu guardaespaldas no consiguió. Aprieta el gatillo y mátame, mátame de una maldita vez, porque te juro que prefiero morirme a seguir con esto un día más.

Helga tensó los dedos alrededor del gatillo, y Hans miró el cañón del arma por el que debía salir la bala que acabaría con su vida. Así acabaría todo. Con una bala, y su pecho, y su corazón, destrozados. Cerró los ojos, y se concentró en recrear todos los momentos vividos con Carla, lo último que quería ver de este mundo. Recordó su mirada cuando caminaba por aquella preciosa calle en Sankt Gilgen, la expresión dulce de su rostro mientras bailaban aquella preciosa canción en la boda de Mateo, la lluvia de estrellas, su manía de morderse el labio inferior cuando estaba nerviosa, su maravilloso cuerpo perlado de sudor sobre sus sábanas, estremeciéndose en sus brazos, y...su sonrisa. Esa maravillosa sonrisa que le dejaba sin habla cada vez que la esbozaba.

Pensó con fuerza en cada uno de esos momentos únicos, intentando capturarlos en su memoria antes de que el estallido del arma marcara el final de su vida. Pero su mente decidió seguir otro camino diferente al que él le había marcado, porque lo último que su mente recreó para él fue la mirada de Carla en aquel andén de tren, cuando la vio por primera vez. Volvió a sentir el

impacto de sus ojos oscuros en los suyos, su rostro, la forma en la que le miró. Como si no existiese nadie más en el universo aparte de ellos dos. Volvió a escuchar las voces en el andén, el silbido del tren, los tacones de las mujeres golpeando los adoquines, el olor a cerrado, a café y prisas de la estación...Volvió a sentirlo todo. Y su corazón. Volvió a sentir su corazón retumbando con fuerza contra su pecho. Lo último que vería de este mundo no lo vería, lo sentiría. El más puro, y profundo, amor.

Y cerró los ojos, con el sonido de la bala estallando en la habitación.

El teléfono sonó en la mochila de Gael cuando éste apenas había dejado las llaves sobre la encimera de cristal de su casa. Vio el nombre de Carla en la pantalla, y sonrió, dándole al botón de responder la llamada mientras se pasaba la mano por el pelo y la dejaba en la parte de atrás del cuello, por debajo de la nuca.

—¿Carla?

—Sí, hola, Gael. ¿Estás en el laboratorio aún?

—No, ya he salido. ¿Por qué?

—¿Podemos vernos?

—Sí, claro. ¿Quieres que te recoja en Encinar?

—No hace falta. Te espero en el pantano.

Los pulmones de Gael se encogieron, y colgó, sintiendo la bola de acero subiéndole por el estómago. Suspiró, cogiendo las llaves del coche, preparándose para lo que iba a ocurrir, y respiró hondo.

La distinguió apenas aparcó en la desconchada carretera que llevaba al pantano. Salió del coche, y caminó hasta la plataforma de cemento donde se tiraban al agua cuando eran pequeños. La vio arrancar una brizna de hierba seca, y retorcerla entre los dedos al tiempo que su garganta se cerraba de ansiedad. El día que tanto había temido había llegado. Carla acababa de recordar lo que ocurrió aquella tarde. Llegó hasta ella, y la vio girarse, mirándole con esos profundos ojos oscuros que lo eran todo para él.

—Carla.

—Hola, Gael. Gracias por venir.

—No tienes que darlas —inspiró—. Carla, yo...

—Ven, acompáñame —le interrumpió, con suavidad, y le tendió la mano—.

Demos un paseo.

Gael tomó su mano, y la siguió mientras se adentraban en lo que había sido el pantano, ya seco. Descendieron una loma donde juncos ya secos se mezclaban con ramas rotas sin ninguna hoja, restos de fango y piedras, y descendieron casi hasta el lecho, donde solo una gruesa capa de tierra

cuarteada se alojaba donde antes había una enorme balsa de agua. Caminaron dejando sus huellas en la tierra, y Carla enfiló hacia el pequeño promontorio donde debieron estar de niños. Se detuvo, y golpeó con la punta de sus zapatos aquella pequeña loma.

—Nunca volví al pantano.

Gael asintió, despacio, y, con cautela, la miró.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que me daba miedo volver tras aquella tarde.

—Entiendo.

El silencio, solo interrumpido por los débiles grillos, se apoderaron de cada mota del espacio entre ellos. Al fin, Carla arrojó la brizna de hierba al suelo, y sus oscuros ojos barrieron los verdes de Gael.

—¿Sabes lo que ocurrió la tarde en la que fuimos a tirar los renacuajos, verdad?

—Carla —tomó aire—, ya sé lo que debes pensar de mí, pero éramos unos críos, no hubiésemos podido ayudar a ese pobre chico. Yo...lo siento, sé que debimos haber actuado, pudimos hacer algo por él, pero no lo hice, y me arrepiento cada día, y es una losa que pesará para siempre sobre mi conciencia hasta que me muera.

Carla le miró con tranquilidad, y negó con la cabeza, esbozando una sonrisa triste.

—Siempre fuiste un niño muy sensato, Gael.

—¿Qué?

—Que siempre fuiste un niño muy sensato, y lo sigues siendo. Esa tarde no acudiste en ayuda de ningún niño, ni fuiste a la policía, ni se lo dijiste a tus padres, no porque tuvieras miedo, o porque creyeras que alguien malo viniese a por nosotros. Esa tarde no acudiste a nadie porque...no escuchaste nada, ¿me equivoco?

Gael la miró, descendiendo los hombros, y asintió.

—Yo...pero parecías tan asustada, gritando de aquella forma, que en lo único en lo que pude pensar fue en sacarte de allí cuanto antes, por miedo a que hubiese un psicópata en el pantano. Cuando llegué a casa intenté recordar algo de lo que había ocurrido, pero no pude. Y aún hoy sigo sin poder hacerlo.

Carla le miró, y acarició un junco ya seco.

—No puedes recordar nada porque esos gritos solo ocurrieron en mi cabeza, Gael.

—¿Qué?



—Cuando vi los recortes que tenías en tu coche sobre varias desapariciones, supe que estabas investigando porque tú tampoco recordabas lo que había ocurrido. Y no lo recordabas por esa sencilla razón. Porque no había nada que recordar.

—Pero...

—No sé por qué escuché esos gritos, de verdad que no lo sé, y por eso quería verte hoy, para decirte que no ocurrió nada aquella tarde. Solo una mala pasada de mi imaginación, solo eso.

—Entonces...

—Nada de eso ocurrió de verdad. Nunca. Puedes estar tranquilo.

Carla suspiró, y le cogió la mano. Gael apretó sus dedos contra los suyos, y cerraron los ojos a la vez, retrocediendo a aquella tarde lluviosa en la que fueron al pantano a soltar las pequeñas ranitas. Carla se había quedado mirando cómo el niño soltaba los anfibios, mientras le explicaba brevemente algo del ciclo de vida de la rana que ella no entendió. La niña había elevado su vista al cielo gris, cubierto de nubes, y había cerrado los ojos cuando algunas gotas de agua impactaron en su frente. Miró otra vez hacia Gael, que ya volvía con la bolsa vacía, hablando de la diferencia entre un sapo y una rana, cuando el grito de un chico había rasgado el aire, y ella se había tapado la boca, angustiada, mirando hacia todas partes.

—¿Lo has oído?

—¿El qué? —preguntó Gael.

—Hay un chico gritando. ¿No lo oyes?

Gael se giró hacia todas partes, sin escuchar ningún sonido, cuando los gritos de la niña estallaron. La vio agarrarse las sienes, y caer al suelo de rodillas, con los ojos cerrados, y una expresión de dolor tan inmenso que se agachó junto a ella, asustado.

—¡Carla, por favor, para! ¿Pero qué te pasa?

Pero ella solo escuchaba los gritos de su cabeza que golpeaban con fuerza su mente hasta hacerla casi estallar.

—¡Haz que paren! ¡Por favor, díles que paren! ¡Que paren de una vez! ¡Le están haciendo mucho daño! ¡No puede aguantar tanto dolor!

—¿A quién le están haciendo daño?

—¡Al chico! ¡Le están haciendo mucho daño! ¡Por favor, haz que paren! ¡Por favor, le están haciendo mucho daño, díles que paren, por favor, por favor...!

Gael la agarró del brazo, arrastrándola por todo el pantano mientras le gritaba que corriese para ponerse a salvo, y ella le siguió, mientras los gritos

seguían sucediéndose en su cabeza. Cuando salieron del pantano, enfilaron por la larga avenida de edificios en construcción hasta que llegaron al polígono, y Carla cayó de rodillas sobre el asfalto, sollozando, mientras Gael permanecía a su lado, sin saber muy bien qué hacer. Se agachó a su altura, y le puso un dedo en los labios.

—Jamás debemos hablar de esto, o el malo vendrá a por nosotros.

—¿Vendrá a por nosotros? —dijo ella, sin comprender, con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Sí, vendrá a por nosotros, y también querrá hacernos daño.

Carla se giró hacia el pantano, sin saber muy qué hacer. Era muy pequeña, y estaba asustada. Si, como decía Gael, había alguien malo en el pantano, había que huir de allí. Puso rumbo a su casa, mirando cada pocos pasos el pantano, sabiendo que en ese instante un chico estaba sufriendo, y que no iba a poder ayudarle.

Pero lo que no sabía la pequeña Carla es que, cuando ella apenas contaba ocho años, Hans ya tenía trece. Y que aquella terrible tarde, mientras Gael y ella soltaban ranas en el pantano, a tres mil kilómetros de allí, un chico de trece años gritaba pidiendo ayuda mientras un matrimonio abusaba de él. Y que fueron, precisamente, esos gritos, los que resonaron en la cabeza de Carla aquella tarde.

## Hans

El estallido del arma resonó varios segundos en la habitación, sembrando un denso olor a quemado, y el arquitecto esperó el impacto del proyectil contra su pecho, la carne abriéndose, rompiéndole el esternón, atravesando la dura musculatura del corazón, rompiéndolo en dos, y exhaló, con la imagen de Carla acompañándole esos últimos segundos, y exhaló, por última vez, mientras sentía el perfume de Carla, y su presencia, su cálida y maravillosa presencia, a su alrededor, y sonrió.

«Quédate a mi lado, preciosa, quédate y no te vayas. Cruza la oscuridad conmigo.»

Oyó un golpe seco, y el ruido de algo caer con contundencia al suelo, creando un eco que rebotó en la sala.

Abrió los ojos de golpe, confuso, hasta que vio la figura de cinco policías uniformados de negro, con pasamontañas, entrando en la habitación, la puerta derribada, y el tirador que había disparado a Helga girándose hacia él.

—¿Se encuentra usted bien?

Hans no pudo reaccionar. ¿Qué hacían esos policías allí? ¿Estaba muerto? ¿Esto era real?

—Sí, estoy...¿Qué hacen...?¿Cómo sabían que...?

El agente suspiró, aproximándose a él.

—Llevamos observando a Helga Schneider desde que salió de prisión porque temíamos que se fugara de un momento a otro a algún país extranjero, y manteníamos un cerco de seguridad para detenerla en cuanto lo intentara.

—¿Mantenían un operativo de vigilancia sobre ella?

Hans se echó hacia atrás, sin poder dar crédito.

—Aún tiene varios asuntos pendientes con la justicia por desfalco y blanqueo de capitales —aclaró el policía.

—¿Blanqueo? —parpadeó, atónito.

Hans apenas pudo reaccionar. Blanqueo. El delito más común de las corruptas élites, y lo último que él hubiese imaginado que cometería esa mujer. Asintió, sorprendido, incapaz de creer que, mientras él volaba hacia Alemania para enfrentarse a ese matrimonio, la propia policía ya les tuviese en el punto de mira.

El agente estiró la comisura de la boca, mientras el austríaco asentía, agradeciéndole mentalmente a Ricardo haberle salvado la vida, cuando la figura de su mejor amigo apareció por un extremo de la estancia, y él sonrió, aliviado. El abogado corrió hacia él, y se agachó, ayudándole a levantarse.

—Tío, ¿Estás bien? Acabo de ver saliendo en camilla a un tío enorme hecho un desastre.

—Sí, ha habido complicaciones —suspiró—. El guardaespaldas de Helga ha ido a por mí con toda su artillería, y te aseguro que ha faltado poco para que esto acabara mucho peor.

Ricardo se quedó mirando hacia su mejor amigo, su confidente, su apoyo, casi su hermano, y descendió la cabeza.

—Lo sé, y por eso llamé a la policía.

—¿Qué?

—Sí, Hans, les llamé cuando intuí que algo grave estaba ocurriendo. No salías, y, sinceramente, tras todo lo que ha pasado, y lo que me contaste tú mismo sobre ella...me temí lo peor, así que contacté con la policía, y les conté lo que estaba ocurriendo. No habían pasado ni dos segundos desde que colgué el teléfono, cuando vi que de varias furgonetas negras que estaban aparcadas en la calle empezaron a salir agentes como palomitas de maíz. Menudo despliegue.

Los dos amigos se quedaron en silencio, mirando la escena, donde varios agentes de operativos especiales tomaban huellas, mientras otros permanecían atentos al que esposaba a Helga, que yacía en el suelo asistida por un enfermero y custodiada por varios policías, y suspiró, sabiendo perfectamente lo que tenía que hacer. Era hora de pasar página, pasarla de verdad. Su penúltimo demonio había muerto, y el último estaba justo enfrente de él, mirándole desafiante, en un claro mensaje de que jamás se iba a acabar su pesadilla. Y eso fue suficiente para hacerle reaccionar. No iba a consentirlo más. Esta vez Helga había ido a por Carla, y eso suponía un paso más, una peligrosa vereda que él no estaba dispuesto a transitar. Daba igual lo demás, si vida, su felicidad, no importaba. Solo ella, solo Carla. Y por eso iba a sacar los dientes por última vez. Por ella. Solo por ella.

—Espera, Ric. Necesito hacer algo.

—Hans —titubeó, intuyendo a qué se refería, y miró hacia Helga—, no creo que sea buena idea.

—Es mi vida, y es mi monstruo. Tengo que hacerlo. Esto lo empezamos ella y yo, y tenemos que terminarlo ella y yo.

El abogado asintió, con pesadumbre, y se apartó, dejando el paso libre. El austríaco se acercó hasta la mujer que le había destrozado la vida, lentamente, sujetándose el herido costado, y se agachó a su altura, haciéndole un gesto a los policías y al sanitario que vendaba la herida superficial que la bala le había provocado.

—¿Puedes dejarnos solos un minuto?

El hombre asintió, tras poner el último esparadrapo al vendaje, y se retiró de forma silenciosa. La mujer estiró la comisura de la boca, y compuso una sonrisa de suficiencia.

—Esto no se ha acabado, Hans, no lo dudes ni por un segundo. Conseguí que me soltaran una vez y lo volveré a hacer, y esa vez terminaré lo que he empezado.

—¿Vuelves a amenazarme, Helga?

—Volveré a dar con esa chica y esta vez la mataré, Hans, haré que la maten.

Los azules ojos de ambos se midieron durante unos segundos, y el arquitecto inspiró.

—Escúchame, Helga, y escúchame bien. Como tú, o uno de tus hombres se atrevan a acercarse a Carla, te encontraré.

—¿Te atreves a pensar, por un segundo, que yo...?

—Da igual en qué miserable agujero te escondas. Te haré salir de la maldita madriguera en la que estés, y ese será el último día de tu despreciable vida porque te mataré con mis propias manos.

La mujer se quedó mirándole, con el rostro contraído, sabiendo que la amenaza de Hans era real, y que no le temblarían las manos a la hora de acabar con ella. El cachorro se había convertido en un león.

—Hans...

—Sí, Helga, sabes que lo haré. Me quedaré mirándote mientras exhalas tu último aliento y hasta que el brillo de tus ojos se extinga para siempre, y entonces, solo entonces, dejaré que mueras tras una larga agonía. ¿Me has entendido?

Helga asintió, despacio, y Hans se dio la vuelta, caminando con decisión hacia donde estaba la policía, alejando el último fantasma que le quedaba del pasado.

El vuelo de vuelta a casa fue un infierno. El ruso se había empleado con saña, y tenía varias costillas fracturadas, seguro. Ricardo le miró, intranquilo, con el rostro cargado de preocupación. Su amigo estaba ardiendo de fiebre y los moratones que le había visto cuando se cambió la camiseta por otra limpia

antes de embarcar, le habían alarmado. Conocía esos golpes, y sabía que podrían traer complicaciones si habían afectado a algún órgano vital. Miró al arquitecto, que yacía con la cabeza apoyada en la mesilla del asiento, con el rostro contraído de dolor, y respiró, exasperado. ¿Es que este maldito avión no podía ir más deprisa?

—Hans, aguanta, por favor. En cuanto aterricemos, iremos a un hospital.

El arquitecto asintió, o creyó hacerlo, mientras sentía que la oscuridad luchaba por llevárselo a su siniestro reino. Apenas tomaron tierra, Ricardo tuvo que agarrarlo con fuerza para que no cayera, mientras él apenas se tenía en pie, y las gotas de sudor corrían por su frente. Se agarró al espaldar del asiento, ante el gesto de alarma de la tripulación, y fue casi arrastrándose hasta la terminal del brazo de su amigo mientras el aire empezaba a aplastar sus pulmones.

El abogado lo sentó en uno de los bancos, y marcó un número de teléfono, llamando a gritos al personal, que acudieron raudos a prestarles auxilio. Los gritos, las órdenes en todas direcciones y el caos que se organizó pasaron a un segundo plano, mientras luchaba por mantenerse consciente. Sintió la voz de Ricardo a su lado cuando una luz blanca empezó a llenarlo todo, y se giró hacia él.

—Ric...

—Hans, ya viene una ambulancia hacia aquí, y han avisado a los servicios de emergencia del aeropuerto. Resiste, amigo.

Pero el arquitecto no pudo contestarle. No cuando la luz blanca dio paso a todos los recuerdos de los últimos días. La muerte de Edmund, las amenazas de Helga, los abusos...y la última mirada que le dedicó Carla, la última imagen que tenía de ella, con el rostro desencajado por las lágrimas, gritándole que le odiaba. Esa imagen se repitió en bucle en su cabeza hasta que todo se tornó a negro y se desplomó. Cuando llegaron los sanitarios, hacía tiempo que había perdido el conocimiento.

Carla esperaba en una sala anexa a uno de las aulas reservadas a exámenes de la facultad de Biología a Gael. El que había sido su chico iba a examinarse por fin de su tesis ante el tribunal, y la había invitado para que le acompañara. Llegó con antelación a aquel enorme edificio, y miró alrededor, buscando a Paula, y se extrañó al no verla por allí. Al fin y al cabo, Gael y ella eran casi como uña y carne. Esperó sentada en la sala, tomando un café tras otro, hasta que vio entrar a los padres de su ex pareja por la puerta, y se levantó para saludarles. Rubén, muy en su línea, ni siquiera se había dignado a aparecer, y ella respiró aliviada. No soportaría tener que verle otra vez.

—Carla, ¿Cómo estás? —exclamó Ruth, la madre de Gael, desde el otro lado del pasillo.

—Bien, gracias. ¿Y Gael?

—Viene detrás. El pobre está como un flan —dijo, señalando al fondo del pasillo, donde un inquieto Gael acababa de hacer aparición, dando vueltas por el pasillo como un león enjaulado.

—Espero que se tranquilice antes de empezar a exponer el texto —dijo Carla, frunciendo el ceño.

En ese instante entró el tribunal evaluador y se hizo un pesado silencio. Entraron en aquella sala tras intercambiar una mirada de apoyo y un leve apretón en el brazo. El joven biólogo tomó asiento, al igual que Carla y sus padres, y empezó a organizar unos papeles mientras el tribunal tomaba posiciones.

—Buenos días —dijo el hombre de mayor edad—. Como suele ser habitual, le recuerdo de que dispone de dos horas para exponer sus argumentos y acompañarlos de todos los medios que estime oportunos.

Gael asintió, intercambiando una mirada con Carla, que le sonrió, infundiéndole ánimos para los siguientes ciento veinte minutos. Y aquello comenzó. El biólogo estuvo casi dos horas exponiendo una serie de datos que apoyaba con material gráfico de los que Carla no se enteró ni de la mitad. Tras terminar su exposición, el tribunal comenzó una batería de preguntas que se

alargó treinta minutos más, mientras las uñas de Carla arañaban la madera de la silla. ¿De cuántas formas le podían hacer las mismas preguntas? Por suerte, el biólogo sabía capear preguntas incómodas y, gracias a eso, había mantenido sus nervios bajo control en todo momento. Cuando al fin todo acabó, y pudieron salir al exterior, Gael les miró a todos, aún con los nervios chispeando sobre la piel, y tiró de la mano de Carla hacia la salida.

—Vámonos de aquí antes de que me dé un síncope, por favor.

Todos empezaron a reírse mientras lo veían ofuscarse y maldecir hasta en arameo. Tras diez minutos de charla frenética y choque de copas para festejar el fin de aquella terrible tesis, se sentaron a comer. Los platos de los entrantes fueron pasando, uno tras otro, mientras las conversaciones iban en todas direcciones. Los padres de Gael eran increíblemente amables, y Carla no pudo evitar una punzada de tristeza al ser consciente de que, si Hans no se hubiese cruzado en su vida, esas personas también serían parte de su familia. Pensó en el austríaco y en lo poco que sabía de su familia, y suspiró.

—Por cierto, Esther —dijo Carla mirando a la mujer—, mi madre, Teresa, te manda recuerdos.

—Oh, qué mujer más encantadora —respondió—. Dile que me llame un día para tomarnos un café, me apetece mucho verla.

Carla la miró y una pequeña luz, como un destello, saltó a su cabeza. El misterio del pantano había sido resuelto de la forma más inesperada, era cierto, pero aún quedaban incógnitas sin resolver. Quizás Ruth podría aclararle la única para la que aún no tenía respuesta. Miró con disimulo alrededor, y vio cómo Gael hablaba con su padre. Parecían concentrados en su mundo, y ella inspiró. Tenía una pregunta que le quemaba la garganta y no encontraría mejor momento que ese para hacerla.

—Esto...Esther, ¿Podría hacerte una pregunta?

—Sí, claro, cariño. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué...por qué os fuisteis del polígono de forma tan repentina?

La mujer dejó de comer, y algo se activó en el sistema de Carla. Quizás las cosas no eran cómo pensaba.

—¿Por qué lo preguntas?

—Gael nunca me lo ha dicho —dijo, aparentando tranquilidad—. Y me preguntaba por qué os mudasteis con tanta precipitación.

—Supongo que la gente del polígono hablaría, y se oirían todo tipo de cosas.

—Yo no oí nada porque era una niña, pero...la gente habla en los barrios,



ya sabes.

La mujer asintió, y se giró completamente hacia ella, entrecerrando los ojos, y arrojó la servilleta a la mesa con suavidad.

—Teníamos deudas, como el resto de familias, solo que las nuestras eran mucho mayores porque teníamos un negocio.

Carla la miró, desconcertada. De todas las posibles explicaciones que había estado imaginándose en torno a aquella repentina mudanza, ésta, era, precisamente, a la que menos crédito le había dado, y resultaba ser la verdadera.

—¿Deudas?

—Sí, con el banco. El caso es que empezaron a apretarnos las tuercas cada vez más, hasta que la situación se volvió insostenible. Los impagos se acumulaban, y mi marido y yo pasábamos las noches sin pegar ojo. No teníamos dinero suficiente para afrontar los pagos. Teníamos dos hipotecas y dos niños pequeños a los que dar de comer, así que imagínate hacia qué lado inclinamos la balanza.

—Comer, o pagar.

—Exacto —suspiró la mujer—. Los avisos de desahucio inminente se empezaron a acumular en la mesa de la cocina, y ya no podíamos aguantar más. Una tarde recibimos una llamada de un conocido que trabajaba en el juzgado, y que se había enterado que nos iban a desahuciar al día siguiente, así que les dije a Gael y a Rubén que bajaran a jugar a la calle esa tarde y que no volvieran hasta la noche para que no nos viesan empaquetando todas nuestras cosas. Cuando fue noche cerrada, y ya no había gente en la calle, lo metimos todo en el furgón, cogimos a los niños, que ya estaban dormidos, y fuimos a casa de mi hermano y su mujer durante unos meses, hasta que logramos sortear el bache y pudimos alquilar otra casa en la zona norte.

Carla apoyó su mano sobre la suya. Muchas familias del barrio habían sufrido la misma suerte. Fue una época muy dura para todos. Más de una vez había ido a trabajar sorteando patrullas policiales enviadas para amedrentar los caldeados ánimos de muchos vecinos que intentaban evitar un desahucio, mientras los propietarios se encerraban en sus casas, con sus niños, la mayoría de las veces, muy pequeños.

—Lo siento mucho, Esther.

La mujer estiró la comisura de la boca, en un gesto triste, y continuó hablando, en voz baja, para que nadie, tan solo Carla, escuchase su confesión.

—Imagínate el escándalo que hubiese supuesto ver cómo nos arrebataban

nuestro hogar delante de todos, lo que hubiesen sufrido mis niños al ver cómo se quedaban sin casa de la noche a la mañana. Por eso hicimos lo que hicimos, para ahorrarles el mal trago.

La joven abrazó brevemente a aquella mujer que podría haber sido su suegra, y vio por el extremo del ojo cómo Gael la miraba, y esbozó una leve sonrisa para tranquilizarle.

Tras acabar el almuerzo, los postres, la sobremesa y los cafés de media tarde, casi a las seis, Gael y ella se despidieron de sus padres, y salieron del restaurante, dando un paseo por las animadas calles de Pinar, que, a esas horas, seguían manteniendo un ritmo frenético. Gael la besó en la sien, y sonrió mirando hacia ella.

—¿Te lo has pasado bien?

—Por supuesto. Tienes una familia maravillosa, Gael.

—Lo sé —sonrió—. Gracias por venir, Carla.

—No me lo habría perdido por nada.

Carla miró hacia él, y sonrió. Gael había cambiado desde la última vez que lo vio, y ya sospechaba por qué. Desde que Paula la había ido a ver aquella tarde para contarle que había conocido a alguien, lo supo. No supo cómo, pero lo supo. Sabía que su amiga no había podido sacarse a Gael de la cabeza desde que lo vio por primera vez caminando por los pasillos de la empresa, y que había optado por esconder su amor, en una prueba más allá de la amistad. Miró al biólogo, y sonrió. La luz entraba de nuevo con la fuerza de una tormenta. La vida se abría paso.

—¿Por qué no has invitado a Paula hoy? Le hubiese encantado acompañarte un día como este.

Gael la miró, sabiéndose en una encerrona, y desvió su mirada.

—Solo podía invitar a tres personas.

—¿Y si podías invitar a tres personas, por qué ella no está hoy aquí, contigo, en vez de yo?

—Fuiste tú la que estuvo conmigo parte del proyecto, y ella...

—Ella llegó después —finalizó Carla, evitándole el mal trago.

Gael la miró, con una verdad abriéndose paso. A estas alturas, ya no tenía valor, ni ganas, de negarlo. Los cafés y los largos paseos que la rubia comercial le obligó a dar para olvidarse de Carla habían sido invertidos en conocerse más, descubriendo, casi sin darse cuenta, que Paula despertaba en él algo igual, pero distinto a la vez, de lo que había despertado Carla en él. Las chispas llegaron solas, así como aquel inesperado y apasionado beso en el

portal del edificio de la chica. Beso que se prolongó en aquella mágica noche en la que demostraron que el lenguaje secreto de la piel entre ellos era perfecto.

—Nunca quisimos que esto pasase así, pero...Paula y yo... —dijo, evitando su mirada—, no sé cómo ha ocurrido, pero llevamos viéndonos un tiempo, y... —descendió la vista, incapaz de aguantarle la mirada—. No puedo seguir fingiendo que no siento nada por ella, Carla.

—No deberías fingirlo. Ella siempre estuvo enamorada de ti, y tú te has enamorado de ella.

Gael se mordió el labio inferior, nervioso, y clavó sus verdes ojos en ella.

—Te sigo queriendo, Carla.

—Lo sé, y yo a ti, y siempre lo voy a hacer. Pero de una forma completamente diferente a cómo nos queríamos antes.

Se quedaron en silencio, conscientes de que ese era el adiós definitivo a su historia de amor. Gael suspiró, y le acarició la mejilla lentamente.

—Carla... —empezó—, ya sé que aún te duele todo lo que ocurrió, pero creo que deberías ver a Hans para aclarar las cosas.

La joven se detuvo en mitad de un paso, y él tuvo que esquivarla ágilmente para no tropezar con ella.

—¿Qué has dicho?

—A ver, es obvio que sigues enamorada de él, Carla, por mucho que intentes camuflarlo. Yo...a ver, no me malinterpretes, detesto a ese cretino que me quitó a la novia delante de las narices, pero... —suspiró, alzando la mirada al cielo—. Ignacio mintió a Rubén, Carla. Me lo dijo hace un par de semanas.

Ella sintió, despacio. Ya lo sabía, había estado encajando varias piezas de aquel perverso puzzle.

—Lo sé, Gael. Sé que ese miserable mintió a Rubén. Ignacio siempre me detestó profundamente, así que supongo que decidió vengarse de esa forma.

El biólogo miró hacia ella, suspirando. Él no estaba de acuerdo en que Ignacio detestase a Carla. Él también era un hombre y había reconocido los ojos de enamorado del comercial cuando miraba a su chica de una forma tan evidente, que él mismo había tenido que pararle los pies con un par de contundentes miradas más de una vez.

—Y si lo sabes, ¿Por qué no quieres verle?

—Yo...creo que me precipité, y ahora...

—Ahora tienes miedo de que él no quiera perdonarte, ¿no?

Ella asintió, sin atreverse a mirarle. Intuía que había cometido un tremendo

error, y que ya era tarde para rectificar.

—¿Y si decide que ya no merezco la pena porque me he comportado de una forma terrible?

—Pues siento decirte que vas a tener que oírsele decir —la expresión atormentada que le dedicó la chica casi le rompió el corazón, pero continuó—. Le rompiste el corazón por un malentendido, y ahora has de ser tú la que se exponga a que te lo parta él.

El joven puso su dedo bajo la barbilla de la chica, y la miró a los ojos, húmedos ya ante las lágrimas que iban a desbordarse de un momento a otro.

—¿Y si él...?

—Inténtalo, Carla. Sé valiente, y fuerte, como siempre has sido. Si vuestro destino es estar juntos, terminaréis juntos, si no, al menos lo habréis intentado.

Carla clavó sus ojos en los suyos, sabiendo que tenía razón. Era un dolor necesario que debía hacerse para romper para siempre ese lazo que los unía. Dolor necesario, dolor que fortalece y dolor que ayuda a crecer. Porque esa, en realidad, es la verdadera esencia de la vida. Nunca fue Gael. Su destino, su verdadero destino, era Hans. Siempre lo había sido.

## Hans

El arquitecto pasó las dos siguientes semanas ingresado en el hospital, soportando incontables horas de curas, radiografías, resonancias, y exploraciones con lúgubres resultados. Las heridas iban a tardar meses en curarse, y debía cambiar algunos hábitos de vida hasta que su organismo se recuperara de las lesiones. Pero no todo había sido negativo, por fortuna. Durante el tiempo que había permanecido en el hospital, había recibido la visita de varios amigos, entre ellos Carlos y Begoña, que habían sido casi los primeros en ir a verle.

—Cielo santo, Hans —dijo Carlos al verle, impresionado por los vendajes y los hematomas.

—Estoy bien, tranquilos.

—Pues...no lo parece —dijo Begoña, sentándose en un extremo de la cama, dedicándole una mirada cargada de preocupación—. Lo hemos visto todo por televisión. La prensa alemana y austríaca tienen material con el que llenar páginas en relación a este tema. Sentimos que hayas tenido que pasar por esto.

Hans asintió. Tenía que haberlo previsto. Que la viuda del ejemplar gestor público fuera detenida días después de la muerte de su esposo, tras intentar asesinar al joven del que abusó durante años, era una noticia que llenaría portadas y cientos de minutos de televisión. El arquitecto rogó para que su nombre no se filtrase a los medios de comunicación, porque ya tenía suficientes problemas en su vida como para seguir aumentándolos.

—Puedo imaginármelo.

Se quedaron mirándole, y Carlos suspiró.

—Hans, ¿Quieres que avisemos a...?

El rostro del austríaco se contrajo levemente al saber a quién se refería, y negó levemente con la cabeza. Lo último que querría sería preocupar a Carla con algo así de sórdido, y más tras lo que Helga le había revelado. Carla era feliz con Gael, y no se merecía que él la molestase con todos sus monstruos y oscuridades. Porque en el fondo temía que a ella no le importase en absoluto, y no podría soportar la idea de que, para ella, él ya no existiese. Bajó la cabeza, y susurró.

—No, mejor que no.

—Pero ella debería saber lo que te ha ocurrido. Por Dios, si casi te matan.

—Por favor, no. Deja...deja que siga su vida, lejos de mí.

Sus amigos le miraron, incapaces de soportar lo que estaban escuchando.

—Hans... —insistió Begoña —Ella debería saberlo, estoy segura de que...

—Por favor, no —suplicó, y el dolor restalló tras sus ojos—. Ella...no.

Se hizo un silencio denso, mientras la pareja miraba con preocupación al arquitecto, que clavó la vista en la sábana del hospital, incapaz de decir nada por miedo a que su voz delatara que su alma estaba haciéndose pedazos en ese preciso instante. Suspiró, alzando la vista hacia sus amigos, dispuesto a enfrentarse a la mirada de lástima que sabía que le estaban dedicando, cuando el desenfadado parloteo de Ricardo llenó la habitación.

—Hombre, la guía astronómica más bella del mundo ha hecho aparición frente a mis ojos, como en mis más húmedas fantasías.

Begoña resopló, riéndose. Hacía tiempo que era inmune a los encantos y a las bromas del abogado.

—¿Qué tal estás, Ricardo?

—Bien, aquí, esperando a que te decidas dejar a tu marido por mí —dijo, mirando hacia Carlos, que puso los ojos en blanco, elevando las manos al cielo—. Tu mujer es demasiado guapa para un tipo como tú, siempre te lo he dicho.

—No me digas.

—Pues sí. Además —miró hacia la mujer, que sonreía—, los arquitectos son muy aburridos, Begoña. Mira a Hans, por ejemplo. Hay días en los que yo mismo apenas lo soporto, y solo soy su amigo, así que no puedo imaginarme siquiera por el calvario que debes pasar tú a diario.

—¿Calvario, eh?

—Oh, sí, ya me entiendes. Los arquitectos solo admiran líneas rectas en los planos, mientras que yo admiro todas, absolutamente todas, tus líneas curvas —dijo, estirando la comisura de la boca.

—Estás jugando con fuego, *picapleitos* —sonó Carlos, divertido.

—Es mi especialidad. Soy todo llamas, amigo.

Begoña soltó una carcajada, asintiendo.

—Está bien, abogado. Te prometo que esta vez valoraré tu oferta.

—Siempre dices eso, pero nunca me das una respuesta. Empiezo a pensar que lo nuestro es imposible.

—Eres un...ay, Ric.

Begoña le apretó el hombro, de forma afectuosa, riéndose, y se giró hacia

Hans. Le dio un beso en la mejilla, despidiéndose, y Carlos le estrechó la mano, afectuoso.

—Volveremos mañana, lo prometemos.

—No hace...

—Falta, lo sabemos. Pero queremos hacerlo. Es lo que hacen los amigos.

El arquitecto esbozó una leve sonrisa, y descendió el mentón, agradecido por tener amigos como ellos. Jamás le dejarían solo. Nunca. La guía astronómica salió de la habitación, seguida de su marido, mientras Ricardo se aproximaba hasta él.

—¿Cómo estás, tipo duro?

—Pues ahora que he visto tu fea cara, un poco peor, la verdad. ¿Qué haces aún aquí?

—No puedo dejarte solo, eres como un bebé. Por cierto, ¿La enfermera rubia no te ha dado más calmantes?

—No, gracias a tus comentarios e insinuaciones deshonestas está evitando esta habitación en la medida de lo posible.

—Soy un Don Juan, qué le vamos a hacer.

—Lo sé, de verdad que lo sé. Gracias, de verdad. Ahora todas las drogas legales que podía haberme dado seguirán guardadas en un cajón.

—Sí. La vida es muy dura, qué le vamos a hacer.

—Ric, de verdad que eres un...

—Por cierto, y cambiando de tema, deberías llamar a tu hermana Tanja.

El gesto divertido de Hans se borró de un plumazo, y puso los ojos en blanco.

—¿Has llamado a Tanja? ¿Por qué cuernos se lo has contado, Ric?

—No se lo he dicho yo. Estaban viendo el canal de noticias, y la noticia de la detención de Helga en aquel hotel de Munich apareció. Incluso Verónica me ha llamado para saber si estábamos bien.

Hans arrojó la varilla del café a la mesita, resoplando. Miró su teléfono, y suspiró, sabiendo que tenía que llamar a su pequeña calamidad para calmarla.

—Pásame el teléfono, por favor. Tengo que llamar a Tanja antes de que se presente aquí con alguna de las películas que se monta en la cabeza, y empiece a elaborar teorías conspiratorias que culminarán en un precipitado viaje hasta Pinar, con la consiguiente estancia de un mes en mi casa, como la última vez.

—Solo se preocupa por ti.

—Lo sé —inspiró hondo—. Por favor, pásame el teléfono, voy a llamarla enseguida antes de que alerte a toda la familia.

—Espera. Tu hermana ha vuelto a perder el móvil y este es su nuevo número.

—¿Qué? ¿Pero qué demonios...? Oh, por Dios. Esta chica es incorregible.

El arquitecto cogió el dispositivo de su amigo, con el pulgar preparado para marcar el número, pero se detuvo, y se giró hacia Ricardo, señalando el teléfono.

—¿Qué es esto?

Hans señaló la pantalla del dispositivo, donde la imagen de Verónica envuelta en una sábana, con su cobriza melena cayendo de forma sensual por su espalda y frunciendo sus carnosos labios, hacía de fondo. Ricardo le había hecho esa foto dos días antes de que todo ocurriera, tras una intensa noche de besos y caricias que pareció no tener fin, y, tras hacerla, volvió a perderse en esos labios y en ese cuerpo que le habían robado el alma por completo.

—Yo...no he tenido tiempo de cambiar la foto, y...

—¿Y a qué esperas? —le cortó.

—Bueno, ya la cambiaré un día de éstos, no me agobies.

—Te pregunto que a qué esperas para pedirle que vuelva contigo.

—Ella no...

—Ric, si esa chica ha aguantado dos años a tu lado tras todas las discusiones, desplantes y reconciliaciones que habéis tenido, es que lo que siente por ti debe ser más duro que los cimientos del Coliseo romano, oh, vamos, lo sabes tan bien como yo.

—¿Y qué le digo, Hans?

—La verdad.

—¿Que nunca jugué con ella?

—No, claro que no. Lo que le tienes que decir es la otra verdad. Que eres un imbécil y que estás enamorado de ella.

—Pero, ¿Y si me rechaza, o...o...?

—¿...O el cielo ha dejado de ser azul y los árboles verdes? ¡Por Dios, Ric, espabila! Ella te quiere, y tú a ella, y si ya es tarde, o no, solo lo podréis decidir vosotros, pero, para eso tienes que dar un paso adelante, y decírselo antes de que sea tarde. Vero te quiere. Siempre lo ha hecho.

Ricardo estiró la comisura de la boca, y asintió. Tenía algo que hacer, y no podía esperar. Cogió su chaqueta, las llaves del coche, y salió de la habitación, con los gritos de Hans de fondo, preguntándole a dónde iba.

«A recuperar al amor de mi vida. Eso es lo que voy a hacer.»



## Ricardo

El abogado aparcó frente al edificio de ladrillo rojo de Verónica, y suspiró varias veces, mirando hacia la ventana del dormitorio de la que había sido su chica, sintiendo que el corazón iba a terminar rompiéndole el esternón. Resopló, y crispó los dedos sobre el volante antes de salir de allí dando un portazo, cruzar la calle, y abrir el portal. Subió los escalones de dos en dos, conteniendo la respiración, y llegó al rellano del cuarto piso, con la vista puesta en aquella puerta de madera lacada tras la que estaba la mujer que era toda su vida. Tocó con los nudillos, y Verónica abrió la puerta.

Intentar describir lo que sintió en ese momento, todas las sensaciones que volvieron a asolar su corazón y su alma, sería tarea completamente inútil, porque todas las chispas, las burbujas y la magia desaparecieron en el preciso instante que la voz de la pelirroja irrumpió en el ambiente, y él descendió la cabeza, aguantando estoicamente el chaparrón de improperios y descalificaciones que ella le espetó antes de cerrarle la puerta en las narices.

—¡Vete de una vez!

—Por favor, cariño, escúchame.

—¡He dicho que no!

—No pienso irme de aquí hasta que me escuches. Tiraré la maldita puerta abajo si hace falta, Verónica, sabes que lo haré.

—¡Que te largues!

Él suspiró, y apoyó las palmas de sus manos en la madera. No pensaba irse de allí, eso, jamás. Inspiró con fuerza, sabiendo que el momento había llegado, el momento en el que tenía que dejar caer la máscara, de exponerse, por completo, abrir en canal su corazón y con todas las consecuencias, porque no podía perderla. Otra vez, no. Dejó caer su cabeza entre sus manos, intentando expresar con palabras todo lo que sentía por esa chica de largas piernas que era la dueña absoluta de su vida, de su alma y de su corazón. Y prepararse para lo que vendría, sea cual fuera su respuesta.

—Vero, yo... —tomó aire—, jamás jugué contigo, cariño, nunca. Jamás te haría algo así, lo sabes, lo sabes, mi amor. Cuando viniste a mi despacho aquella vez no pude decir nada porque...porque me daba miedo decirte que...solo quiero que... —inspiró, cerrando los ojos—. A ti, maldita sea, te

quiero a ti. Solo a ti.

Levantó la vista hacia el portón, que seguía cerrado, y continuó, embaldado, porque, a estas alturas, con su vida cayéndose a pedazos sin ella, ya no tenía nada que perder.

—Y por eso necesito que sepas que no he estado con nadie más que tú todos estos años no por ningún estúpido juego, sino porque eres la única mujer con la que quiero estar. Solo contigo, cada día, cada hora, para siempre. Y sé que me merezco todo lo que me está ocurriendo, porque soy el hombre que discute contigo a la mínima ocasión, el que te desafía constantemente, el que flirtea con otras mujeres solo para verte celosa, pero yo...espero que puedas perdonarme por todo lo que hice, y, sobre todo, por todo lo que no hice, porque yo... —se quedó en silencio varios segundos, y suspiró, abatido — porque te quiero, Verónica, solo por eso. Porque te quiero con todo mi maldito y oscuro corazón.

Durante los siguientes segundos no se escuchó nada, tan solo la densa respiración del abogado contra la madera de la puerta, mientras sentía que su corazón estaba bajo una guillotina que iba a caer en breve. Los minutos fueron pasando, mientras Ricardo sentía que estaba muriéndose en ese preciso instante, y empezó a temblar. Aquello no podía acabar así, no. Todos los besos, los abrazos, la complicidad, el afecto, el amor que se habían dado todos estos años no podía acabar contra la puerta de la casa de la chica, con un denso silencio como única banda sonora. Cerró los ojos, conteniendo las lágrimas, asumiendo el final. El silencioso final de la historia de amor más bella que había existido, su historia.

Sus manos se despegaron de la madera, y el mundo acabó en ese preciso instante. Ya no existía nada, ni el frío suelo bajo sus pies, ni el suave tacto de la madera...nada. Se giró, ajeno a sí mismo, y empezó a descender las escaleras, con el corazón paralizado. Se había acabado para siempre. Apenas bajó tres peldaños, cuando un chasquido hizo eco en el silencioso edificio, y su voz, su maravillosa voz, llenó cada mota de aire, llamándole. El abogado se dio la vuelta, y una preciosa Verónica enfundada en un camisón de raso negro apareció en el umbral, mirándole desde sus preciosos ojos claros, esos por los que él estaba dispuesto a que lo matasen mil veces. Se quedaron mirándose, perdiéndose en los ojos del otro, y él suspiró.

—Verónica...

—Te quiero.

—¿Qué?

—Que te quiero, Ric. Aunque me vuelvas loca, discutamos y nos reconciliemos cinco veces cada semana. Te quiero.

Nunca se supo quién se aproximó a quién, todo ocurrió en un segundo. Las piernas de la pelirroja se enredaron en las caderas del abogado en un ágil salto, y sus labios impactaron, buscándose, reconociéndose, anhelándose, diciéndose todo lo que eran incapaces de repetir con palabras otra vez, sintiendo que habían recuperado al amor de su vida, y que todas las estrellas del firmamento se alineaban en ese momento para escribirles una nueva historia. Su historia.

# Hans

## Dos meses después

Hans estiró el brazo, que ya estaba casi perfecto de la luxación, y suspiró. Sus costillas también habían mejorado mucho, salvo esa leve molestia que se le había quedado en el pulmón izquierdo, y que parecía clavársele en los músculos cuando inspiraba con fuerza. Pero no era nada comparada a la herida que aún tenía en el corazón.

Miró el reloj de la pared, y suspiró. La semana siguiente Ricardo y Verónica le habían invitado a cenar al piso al que se acababan de mudar en la parte norte de la ciudad. Un piso que Ricardo le había hecho prometer a Hans que remodelaría para ellos en cuanto los papeles del banco se hubiesen firmado al fin. Las últimas veces que había hablado por teléfono con su amigo le había comentado, casi de pasada, que quizás ya era hora de sentar cabeza, y que Verónica era la mujer de su vida. Definitivamente, esa pelirroja de piernas largas le había puesto la cabeza en su sitio, y era cuestión de tiempo que le pusiera una alianza en el dedo también. Sonrió al recordarlo y suspiró. Al menos él era feliz.

Estiró la comisura de la boca, pensando en Carla. Sabía que Verónica y ella seguían en contacto, pero no se había atrevido nunca a preguntarle por ella. Quizás dentro de unos meses, gracias a la intervención de sus amigos, podrían quedar para un simple café, e iniciarían una relación puramente cordial. Él se conformaría con eso. Se conformaría con todo lo que ella quisiese darle, porque era a lo único a lo que aspiraba. Tenerla en su vida, daba igual de qué forma. No esperaba en absoluto que le perdonase por lo que ocurrió, pero necesitaba explicárselo todo. Ella tenía que saber la verdad, y, a partir de ahí, tomase la decisión que tomase, él la respetaría.

Terminó de ordenar los papeles, tomó la bolsa con la botella de vino que llevaría esa noche a la cena que habían organizado Ricardo y Verónica, y puso rumbo hacia allí. Llegó puntual a casa de sus amigos, portando una botella de Cavernet. Saludó a Begoña y Carlos, y a Fernando y Marta, que ya estaban allí, dando cuenta de los canapés.

Les saludó, y se encaminó al comedor, donde ya estaba Ricardo junto a su

chica, haciéndose arrumacos, con expresión de felicidad, y les sonrió desde la puerta. Verónica se separó de Ricardo, mirándole con afecto.

—Hola Hans.

—Hola Vero, ¿Qué tal estás?

—Genial, ¿Y tú?

—Casi recuperado del todo. Ahora ya podré patearle el trasero a Ricardo otra vez.

—Qué más quisieras —intervino el abogado, dándole una palmada en el brazo.

Verónica le miró, y le besó. Hans estiró la comisura de la boca, mirando a la pareja. Su amigo por fin era feliz, y por completo. Todo parecía llevar, por fin, el orden que estaba planeado para ellos. Los demás entraron en ese momento y Verónica les indicó dónde podrían sentarse. Pronto la mesa se llenó de platos deliciosos y una más que animada conversación. Cuando llegaron a los postres, Verónica se levantó, excusándose para ir a fumar un cigarrillo a la terraza, y Hans aguardó dos minutos hasta que al fin decidió levantarse.

Sabía que no podía utilizar a Verónica para saber algo más sobre Carla, pero, en esos momentos, no tenía con otra alternativa. Farfulló una disculpa al resto de comensales y se levantó, dirigiéndose al balcón de la sala de estar de la casa de sus amigos, donde estaría Verónica, escuchando de fondo las risas y las conversaciones del comedor, cuando sintió una mano cerrándose en su brazo, y se giró, topándose con la mirada de Ricardo.

—Deja las cosas correr. Sé por lo que estás pasando, Hans, créeme —suspiró—. Sabe que todo fue culpa de Ignacio.

—¿Qué?

—Por lo que me ha contado Verónica, Carla ha ido atando cabos todo este tiempo. Sabe que fue el imbécil de mi hermano Ignacio el que decidió vengarse de la peor forma posible de ella por su continuo rechazo, y que cuando os vio juntos por primera vez, encontró la brecha perfecta por donde poder atacarla —le miró significativamente—. Ella ya te ha perdonado, Hans. Hace tiempo que lo ha hecho.

—Pero entonces...

El abogado se encogió de hombros.

—Verónica tampoco sabe por qué no se ha puesto en contacto contigo. Quizás cree que ya es demasiado tarde, o porque no sabe cómo retomar vuestra relación, porque tiene miedo de lo que pensarás de ella ahora...no lo

sé. Pero tenéis que hablar, Hans, tenéis que hacerlo de una vez, porque ninguno de los dos está bien, y vais a terminar enfermando de melancolía como sigáis así.

Hans se quedó mirando a su amigo, sin saber qué hacer. Descendió los hombros, con gesto de derrota, y asintió, dándose la vuelta. La pelirroja miró hacia los dos amigos, y sonrió mentalmente. Siempre había estimado al arquitecto. Había sabido ver que más allá de su potente físico y su aura de seductor, se escondía un joven atormentado, y por eso quería ayudarlo, porque sabía que el amor que había sentido el austríaco por su amiga había sido real. Y por eso le había dado un valioso dato a Ricardo en un fingido lapsus y que terminaría siendo determinante en esta historia. Porque ya era hora de olvidar y perdonar. O tal vez, tan solo, de perdonar y volver a empezar.

Tras una extenuante semana, Carla salió del trabajo, con la mente puesta en vaciar todas las existencias de la cafetería donde trabajaba Daniela. Con suerte, su vecina la dejaría escabullirse hasta la cocina del local para hacerse un sándwich. Estaba hambrienta. Entró en la atestada cafetería, y su alma cayó a plomo. El local estaba atestado de jóvenes universitarios, y no había rastro de Daniela. Ya podía despedirse de su sándwich. Se sentó en la barra, esperando que Carlota le dedicase apenas un par de segundos de atención, mientras ojeaba su agenda en el móvil, y planeaba su fin de semana. Se sentaría en el sofá de su sala de estar, y vería absolutamente todo que ponían en la tele, sin descanso, hasta la noche, mientras engullía todos los pasteles y refrescos de su pequeña despensa. Un plan maravilloso, sin duda.

Se giró hacia el grupo de estudiantes que estaba a su lado en la barra, observándolos con atención. Todos parecían sacados de la misma fábrica: gafas, pelo corto, camisas de cuadros y pantalones gastados. Suspiró, agitando la mano a la rubia camarera, que seguía enfrascada en una interesante conversación con una mujer, y frunció los labios. Aquello era una batalla perdida. Cogió su bolso, dispuesta a irse, cuando un nombre la ancló a la silla otra vez.

—Sí, ahora van a hablar Hans Kleiman y Fernando Uma, de Kleiman & Uma asociados —dijo uno de los chicos—. Son los que cierran las conferencias de Arquitectura.

—¿Kleiman y Uma? ¿Los que diseñaron la pasarela de acero cromado de la capital? —preguntó uno de los chicos.

—Sí, los mismos. Vienen de una feria internacional en Suiza, y el gobierno de allí ya les ha comprado varios proyectos. Son unos fenómenos.

—Sí, vamos, el Hans ése, encima de guaperas, es listo el tío. Qué mal repartido está el mundo, por Dios.

Carla se giró y se levantó de un salto del taburete.

—Perdonad, ¿Vais a la conferencia?

Los chicos clavaron sus ojos en ella, estudiando cada curva de su cuerpo con atención, como si estuviesen mirando un edificio, hasta que uno de ellos le

dio un codazo al que tenía al lado.

—Eh...sí, vamos para allí ahora. Perdona a mis amigos, no suelen ver chicas a menudo, por lo que parece —dijo, en tono de reproche, y algunos de los chicos se sonrojaron.

Carla sonrió.

—¿Os importa guiarme hasta allí?

—No, claro que no. Ven, está cerca de aquí.

Carla tomó su bolso, y les acompañó hasta el gigantesco edificio de la Escuela de Arquitectura, mientras aquellos jóvenes revoloteaban a su alrededor, encantados. Llegaron al auditorio, y, tras una despedida atropellada, entró y se sentó en una de las butacas del anfiteatro que quedaba en penumbra, y miró alrededor. Estaba todo abarrotado, no quedaba ni un solo hueco libre. Allí dentro debía haber más de dos mil personas. Cruzó las piernas, dejando su bolso en el suelo, mientras sentía su cuerpo entero estremecerse. Hans estaba allí, justo allí, en ese momento, quizás a tan solo unos metros de distancia. Metros que, en ese instante, se le antojaban kilómetros.

Los nervios recorrieron hasta el último rincón de su cuerpo, y se giró hacia el público, buscando algo con lo que distraerse, y se quedó estupefacta. Las tres cuartas partes del auditorio eran chicas. ¿Qué hacían allí? ¿Qué había movido a semejante legión de féminas hasta el auditorio?



## Hans

El arquitecto daba vueltas a sus papeles, revisando los planos y proyectos que quería enseñar en la ponencia. La organización había decidido que ellos cerrasen el ciclo de conferencias, ya que eran las grandes promesas de la provincia. Miró una vez más hacia el montoncito de papeles, y sonrió. Las jornadas de arquitectura habían sido extenuantes y refrescantes a la vez. Él había asistido a cada una de ellas, deseando sumergirse en la vorágine del trabajo para olvidar todo aquello que le provocaba un dolor seco en el pecho. Y casi lo había conseguido. Casi.

—Tierra llamando a Hans.

El arquitecto se giró, sobresaltado, encontrándose la mirada divertida de Fernando, su socio.

—Vuelve de las nubes, Kleiman.

—Aterrizaré con suavidad para no estamparme contra tu coche. ¿Te vale con eso?

Fernando se rio, y asintió.

—No debiste quedarte ayer hasta tan tarde escuchando la ponencia de Smith & Robertson. Tienes cara de cansado.

—Valió la pena. Fue una ponencia inspiradora.

—Eres incorregible —rio.

En ese momento, Natalia, la organizadora de las jornadas, y antigua compañera de ellos, apareció portando los micrófonos de corbata que debían ponerse, y les palmeó el brazo de forma cariñosa. Miró a Hans de arriba a abajo, y sonrió, recordando el breve *affaire* que mantuvieron ella y el austríaco en la facultad, siendo ambos estudiantes de segundo curso.

—Hola, Nat.

—Hola, Hans —dijo la chica, de forma levemente seductora, y se giró hacia su socio—. ¿Qué tal, Fernando?

—Bien. Gracias otra vez por invitarnos, Natalia.

—No hay de qué. El comité admira vuestro trabajo, y a mí me apetecía veros.

Dedicó otra mirada a Hans, que negó con la cabeza, divertido.

—De verdad, Natalia, que empiezo a imaginarme cosas raras.

—Y haces bien. Siempre es un placer verte de nuevo, y cualquier excusa es buena para ello —se rio, y se giró hacia Fernando—. En fin, ¿Quién quiere ser el primero en hablar?

—Prefiero que sea Fernando quien lo haga. Ya sabes que yo prefiero permanecer en la sombra, a salvo —bromeó.

—¿A salvo de las chicas? —preguntó Natalia.

—¿Qué?

La mujer se inclinó hacia el patio de butacas, invitándoles a hacer lo mismo, y los dos arquitectos se atragantaron al mismo tiempo al ver la inmensa platea. Casi todo el auditorio estaba abarrotado por féminas, y distinguió en las butacas superiores a otros arquitectos de la provincia, que habían sido relegados al fondo por aquel batallón femenino.

—Ahí fuera hay contabilizadas mil seiscientas chicas de las dos mil butacas que tiene el auditorio.

—Vaya. ¿Dais créditos por acudir?

—Ni uno —rio—. Y puedo asegurarte que todas esas chicas solo han venido aquí por una cosa, y no es precisamente por su pasión por la arquitectura.

—Pero entonces, ¿Qué...?

—Tu fama de guaperas te precede, Kleiman. Menudo revuelo se organizó cuando se corrió la voz de que ibas a clausurar el ciclo de conferencias.

—¿Se corrió la voz? Ya, claro. Y me imagino que tú no tendrías nada que ver con esos rumores.

La chica se encogió de hombros, riéndose.

—Sí, lo confieso. Pero es que necesitábamos llenar el auditorio por completo para el fin de las ponencias, y, aunque vuestro trabajo es excepcional, en fin...el sexo vende, ya lo sabes.

Fernando se rio a mandíbula abierta, acostumbrado a los suspiros que arrancaba su socio.

—Ya sabes, Hans —dijo Fernando—. Ponte un silbato al cuello si crees que vas a ser raptado por un grupo de estudiantes con fines más que oscuros, y yo iré a rescatarte con mi espray de pimienta.

—No lo descartes —rio Natalia—. Si hubieses oído lo que acabo de escuchar hace unos minutos en el aseo de chicas, saldrías con un escudo protector ahí fuera. No lo repito por educación, solo diré que algunas fueron muy explícitas con lo que pensaban hacerte si te encontraban a solas.

Hans se rio, y sacudió la cabeza.

—Esta me la pagas, Muñoz.

—Cuando quieras, Kleiman.

El austríaco la miró divertido, y volvió su vista hacia el patio de butacas. Pronto el auditorio se llenó por completo, y el estómago del arquitecto dio un vuelco al ver las luces parpadear e ir apagándose, poco a poco. El trasiego empezó a hacerse mayor conforme pasaban los minutos, hasta que la moderadora les hizo un gesto y salió para presentarles. Hans descendió los hombros, y exhaló los nervios que tenía. Hora de sumergirse en la arquitectura. Hora de sumergirse en su mundo.

## Carla

Carla miraba el enorme reloj que había sobre el escenario del auditorio, y que marcaba una cuenta atrás de dos minutos. Dos minutos para volver a ver al causante de que su corazón se quebrase en pedazos. Dos minutos para volver a ver al gran amor de su vida. ¿Podría resistirlo? ¿Podría volver a verle sin sentir nada? En ese momento las luces del auditorio comenzaron a apagarse, dejando una leve penumbra en la sala, y una exhalación atravesó rauda todo el recinto.

Ya era tarde para salir del allí. Aquello había empezado, y casi pudo percibir cómo su corazón hacía un leve 'croc' como prelude de lo que sucedería después. El gigantesco mural de más de ocho metros que estaba tras el escenario se iluminó y pronto diversas imágenes de casas, puentes, edificios, interiores, con la marca de agua impresa de Kleiman & Uma, aparecieron, y, por uno de los extremos del escenario, aparecieron ellos. Una ola de aplausos los recibió, mientras Carla se clavaba las uñas en la palma de la mano al verle. Llevaba un ajustado traje chaqueta oscuro que resaltaba toda su anatomía y una camisa de botones azul claro y sin corbata. Su cuidada y fina barba se deslizaba sobre la línea de su mandíbula, acentuando su rostro, y su mirada conservaba esa chispa de inteligencia que a ella siempre le fascinó. Estaba perfecto, como siempre. Como nunca.

Aquello iba a ser un infierno.

La responsable de las ponencias los presentó y ellos tomaron asiento mientras la moderadora enumeraba todos los proyectos que habían llevado a cabo, y los primeros cuchicheos de las chicas que estaban a su alrededor empezaban a extenderse por toda la platea entre risas sofocadas.

Empezó a hablar su compañero, que detalló varias obras que tenían proyectadas para un futuro, y sus ojos se desviaron hacia Hans, que parecía profundamente concentrado tomando notas, absorto en su mundo. Estaba cambiado. Su mirada parecía más dura, más fuerte, pero también más triste. Distinguió sombras violáceas bajo sus ojos, como las que tenía ella, y todos los recuerdos de esa terrible época pasaron sobre ella, y todo el dolor, la rabia, y la tristeza la barrieron a un lado. Le quería, maldita sea, le seguía queriendo más que a su propia vida.

Descendió los ojos al suelo, escuchando un leve silencio, y supo que ahora tocaba su turno. Se obligó a serenarse, viendo cómo todas las chicas se inclinaban hacia delante para observarle y escucharle mejor, y su voz, su increíble voz, llegó a sus oídos una vez más, barriendo por completo todo el presente, reclamando para sí todo el espacio, todos sus pensamientos, emociones y cada mínima partícula de sí misma. Recordó cada caricia, cada beso, cada abrazo. El suave y fuerte tacto de sus músculos a través de su piel, su aroma, sus labios recorriendo su cuerpo, explorando cada centímetro.

Sus jadeos sobre su oído, pronunciando su nombre, mientras se hundía en ella una y otra vez, y le susurraba que la amaba, y que siempre lo haría. Los recuerdos de aquella noche volvieron a torturarla, y resopló, mirándose las palmas de las manos, donde ya había surcos rojos donde había estado presionando las uñas. Respiró hondo, obligándose a escuchar la ponencia, aunque solo fuera para alejar los fantasmas del pasado.

Escuchó con atención cada palabra. A Hans le gustaba su trabajo, hablaba con verdadera pasión de los proyectos. Miró hacia la foto que estaba mostrando en la pantalla, y entrecerró los ojos. Las imágenes del antes mostraban un lugar oscuro, con cristaleras opacas que no dejaban ver la luz, y cuyo lúgubre ambiente era desolador.

—Esta sala se ubica en un céntrico hotel en Nuremberg, en Alemania, y apenas era utilizada por los clientes por su ambiente oscuro y poco acogedor. Tras estudiarlo con detenimiento, opté por condenar los antiguos ventanales y abrí varios canales de luz indirecta en puntos estratégicos del techo para atrapar al máximo toda la luz natural, como se puede ver en estas imágenes, y que inciden de forma indirecta en cada una de las mesas, de forma que, sea la estación que sea, el comedor reciba siempre luz y calor.

El arquitecto señaló varios puntos de luz, arrancando murmullos de aprobación, y Carla no pudo evitar hacer un paralelismo, pensando que quizás Hans había sido precisamente eso, un punto de luz en su vida condenado a desaparecer, un cometa que ilumina todo a su paso para luego dejar solo su estela. Un momento fugaz de felicidad absoluta que no volvería a repetirse. Un punto de luz, como los que mostraba en los planos de ese restaurante. En ese momento, el austríaco se aclaró la voz y continuó su discurso con un tono más suave.

—A este proyecto lo llamé 'El jardín de Carla', y el hotel decidió ponerle ese nombre a esa estancia —se hizo un leve silencio—. De los casi doscientos proyectos en los que he trabajado a lo largo de mi carrera, éste es, sin duda,

mi proyecto preferido. Por el que me gustaría que se me recordara. Es...este es el más especial.

Hans siguió hablando, pero ella ya no pudo escucharle, sobrecogida por lo que estaban mostrando las imágenes. Le había hecho un regalo sin que ella lo supiese. ¿Por qué nunca se lo mencionó? Le miró con un enorme peso en el corazón, y se obligó a detener sus pensamientos y a levantarse en ese mismo instante. ¿Cómo había sido capaz siquiera de pensar que iba a soportar verle otra vez sin desmoronarse por completo?

Miró hacia la puerta de la salida, y cogió su bolso. Caminó entre las butacas con disimulo, intentando no hacer ruido, dirigiéndose hacia uno de los enormes portones laterales, lejos de él, de sus recuerdos, y de todos los errores que había cometido. Salió a la calle, y caminó hacia la parada de autobús, conteniendo todas las lágrimas que esperaban, pacientes, al borde de sus pestañas a que ella diese la orden y la tristeza la envolviera. Le amaba, lo seguía haciendo.

## Hans

El arquitecto estaba a punto de terminar la ponencia cuando se giró hacia un sector del público para seguir una explicación, cuando reconoció, entre la multitud, una oscura melena y una sensual silueta en unos ceñidos vaqueros que hicieron que su corazón se detuviese. Era ella, era Carla. ¿Cómo era posible que no la hubiese visto? Arrugó los papeles que tenía en la mano, reprimiendo las ganas de saltar al patio de butacas e ir tras ella, ponerse de rodillas, suplicarle, rogarle, implorarle, que le perdonara.

Escuchó los aplausos lejanos de la gente, y miró hacia los papeles que sostenía entre las manos, con la sensación de que ese era uno de los momentos clave que estaban escritos a fuego en la vida de cada uno de nosotros. Y entonces su cuerpo, ese ser desconocido que a veces tomaba sus propias decisiones, se activó como nunca lo había hecho. El destino volvía a unirlos, y él no iba a perder esta oportunidad, no podía. No cuando tenía su ausencia clavada en cada uno de sus huesos.

Tiró los papeles sobre la mesa, ante el atónito gesto de todos los presentes, y salió al atestado pasillo del edificio, oyendo las voces de desconcierto del público, y corrió hacia el aparcamiento del campus, donde había dejado aparcado el *Lexus*, y arrancó el coche, sin perder un solo segundo, pensando en el mensaje que le había llegado esa misma mañana de Ricardo.

«Si Verónica sabe que te he dado esta información soy hombre muerto, pero...mereces saberlo. No te rindas con Carla, Hans, o te arrepentirás toda la vida, amigo. Calle Olmos, número 73, Encinar.»

Giró en una curva, casi derrapando, cuando un número desconocido iluminó la pantalla de su teléfono. ¿Quién demonios lo llamaba justo en ese instante? Dio a la tecla de responder, con el ceño fruncido, y contestó.

—Disculpe, pero en este momento no pue...

—¿Hans?

El universo entero explotó. El *Lexus* hizo un pequeño vaivén en la carretera antes de que el arquitecto frenara en el arcén con brusquedad, con el sonido de las gomas quemando el asfalto.

—¿Carla?

—Sí, Hans, soy...soy yo.

—¿Dónde estás?

—Yo...estoy en...eso da igual.

—No, no da igual, ¿Cómo va a dar igual? Te he visto, sé que acabas de salir de la conferencia. Te reconocería entre un millón, Carla, lo haría, y sé que eras tú.

—Yo —suspiró—. Fue...fue un error, no sé por qué fui.

—Claro que lo sabes, por supuesto que lo sabes —se hizo un silencio al otro lado, mientras Carla posaba la mano sobre sus labios, conteniendo un sollozo, y el arquitecto inspiró profundamente—. Ya sé que crees que todo se ha acabado entre nosotros, pero no lo ha hecho, cariño, aún no.

—Hans...

—Te quiero, Carla. Siempre lo he hecho, desde que te vi en la estación de Robledo por primera vez. Te quiero. Así que no te rindas con nosotros, Carla, por favor, no lo hagas.

—No es tarde, no lo es. Si fuera tarde, no estarías allí, si fuera tarde no te temblaría la voz, si fuera tarde...

Se hizo un silencio, y ella apenas pudo contener un sollozo.

—Hans, no...

—Si fuera tarde, no estarías a punto de llorar ahora, Carla, no. Así que, solo te pido que me escuches, solo eso. Deja que siga llenando de magia cada momento que pasamos juntos, deja que te lleve a las estrellas, déjame enamorarte otra vez en un pueblecito de los Alpes. Déjame intentarlo, cariño. Solo déjame intentarlo.

Los segundos pasaron sin que ninguno dijese nada, y el *Lexus* llegó a su destino. Hans detuvo el coche en una bonita y tranquila calle con farolas antiguas y macetas con flores cada pocos metros, y alzó la vista, localizando el edificio con una placa que marcaba el número 73. La casa de Carla. Apagó el motor y se inclinó hacia delante, sintiendo cómo los ojos se le humedecían. Se quedó mirando por el retrovisor cómo un autobús llegaba a la parada, y de él descendía la mujer más maravillosa de la tierra.

—Ya estoy aquí, preciosa —susurró, y abrió la puerta del coche, con sus esperanzas en una mano y su corazón latiendo en la otra.

No hizo falta decir nada. Carla levantó la mirada hacia él, y sus llaves cayeron con estrépito al suelo.

—¿Hans? ¿Qué...qué haces aquí?

—No rendirme, Carla. Eso es lo que hago aquí. No rendirme, porque tú tampoco lo has hecho.



Carla corrió hacia él los últimos metros, sin detenerse. Le quería. Pese a todo el daño, pese a todas las heridas. Su amor seguía siendo tan puro y sincero como el primer día. Impactaron el uno contra el otro, anudándose, y Hans la rodeó con sus brazos, dedicándole una mirada cargada de palabras contenidas, de nostalgia, de culpa, de perdón, de esperanza, y...amor. Puro, fuerte, y devastador amor. Ella posó sus manos en su nuca, y le dio un beso profundo, inmenso, ardiente, devastador, capaz de aniquilarlo todo, mientras sentían su piel abrirse y ellos romperse en un millón de pedazos. Se separaron levemente, con el sabor de las lágrimas del otro aún en los labios, sintiendo que ese era el mejor comienzo para algo que jamás debió haber terminado.

## Epílogo

Un leve suspiro despertó a Hans de su agitada noche. Entreabrió los ojos, y miró hacia la sensual figura que yacía a su lado, y sus labios se estiraron en una sonrisa. Las sábanas se habían deslizado hasta sus caderas, dejando toda su espalda al descubierto. Alargó la mano y acarició el tatuaje oriental que recorría la espalda de Carla, donde las palabras amor, eternidad y destino ocupaban un coqueto espacio en la piel de esa mujer que era todo lo que necesitaba para seguir respirando. La besó en el hombro, y ella ronroneó, seductora, antes de girarse y hundir su rostro entre sus pectorales y dejarse envolver por sus brazos.

—¿Qué hora es?

—Hora de despertarse, preciosa.

—¿Seguro? —bostezó—. ¿Qué tendría que hacer para que me des cinco minutos más?

—Ya lo sabes —dijo, trazando una línea de besos por su cuello.

Ella enredó sus dedos en su rubio cabello cuando sus cuerpos se fundieron en una sincronía que seguía siendo perfecta, y Hans apartó la sábana, besando cada rincón de su cuerpo, hasta que ella gimió, desesperada, y sus piernas se enroscaron en torno a sus caderas, exigiendo más, cuando el arquitecto se detuvo abruptamente, y saltó de la cama, poniéndose el bóxer y el pantalón del pijama, ante la cara de estupor de Carla, que apenas podía creerse lo que estaba pasando.

—¿Pero qué...pero qué haces, Hans? ¿Por qué te levantas?

—Voy a hacerte el desayuno.

—¿Cómo que el desayuno? No quiero un maldito desayuno, solo quiero que vuelvas a la cama otra vez. Te necesito, aquí, y ahora, Kleiman.

—No pienso hacer nada contigo ahora. Tenemos vecinos, te lo recuerdo. Vecinos que se han quejado en varias ocasiones por tus gritos descontrolados.

—No es culpa mía que siempre te olvides de cerrar las ventanas del dormitorio antes de abalanzarte sobre mí en plena noche —parpadeó de prisa, acordándose de algo, y le tiró la almohada—. ¿Por eso me metiste un calcetín

en la boca anoche? ¿Para que nadie me oyese gritar?

—No me dejaste opción. Eres muy escandalosa, amor —soltó una carcajada, esbozando una sonrisa canalla.

—Pues entonces no me hagas gritar.

Las pupilas de Hans se dilataron por completo, y se agachó a su altura.

—No tientes a tu suerte, que ya sabes que me gusta cumplir mis promesas, y aún no he conseguido dejarte afónica.

—Una vez casi lo conseguiste.

—Cierto —se rio—. Aún tengo la foto de aquella infernal montaña rusa a la que te obligué a subir —se carcajeó, llevándose un manotazo de la chica.

—No me hace gracia. Creí que iba a morir, Hans. Sabes de sobra que tengo vértigo.

—Bueno, para ser justos, he de decir que ayer fuiste tú la que casi me mata a mí. Creo que estuve clínicamente muerto los diez segundos que tardaste en contestar.

Se carcajearon, recordando el estruendoso grito de Verónica resonando por toda la sala, con un contundente “Carla, tía, contesta, o el austríaco se nos muere aquí mismo”, mientras las risas resonaban por todo el juzgado.

El arquitecto se giró hacia un lado de la habitación, donde un desordenado vestido de novia y un chaqué estaban tirados por el suelo, junto a restos de confeti, arroz, y una botella de champán, ya vacía. Hans la miró, sonriendo, y frotó su nariz con la de su flamante esposa.

—Gracias por hacerme el hombre más feliz de la tierra.

—Podría decirte lo mismo, pero para eso tendrías que volver a meterte en la cama para consumir el matrimonio.

—Creo que ayer ya te demostré de sobra lo implicado que estoy en esta relación. Creo que la mitad de mi familia no volverá a hablarme en la vida.

—Bueno, querías una boda inolvidable, y Mateo lo consiguió.

Entre el espectáculo que dieron los niños que hacían de pajes, que decidieron usar el pasillo por donde entraban los novios como escenario para una batalla campal de pétalos de flores y cojines que adornaban los bancos, las coplas de su tío Humberto, el baile de sus amigas meneando las caderas a ritmo de salsa, y el apasionado asalto de ellos dos en uno de los reservados de aquella preciosa finca, aquella boda permanecería en la memoria de todos durante años. Hans miró a su mujer, y la besó, llenándose de su sabor.

—Y ahora, señora Álvarez —dijo, mientras ella anudaba sus brazos en torno a su cuello—, es hora de que nos pongamos en marcha. Nuestro vuelo

sale dentro de dos horas, y tenemos un largo camino por delante.

—Pero ese camino lo haremos juntos, ¿Verdad?

—Juntos, Carla. Juntos.

Carla le acarició la mejilla, emocionada, recordando la promesa que se habían hecho en Sankt Gilgen. Se anudaron en un profundo beso, sintiendo que el mundo se había parado en ese instante y que estaban otra vez en el andén de una estación de tren, mientras sus corazones estallaban al mismo tiempo, llenando de calidez todo el ambiente, como ningún amanecer podría llegar a hacer jamás. Hans rodó sobre ella, y el cuerpo de Carla le acogió una vez más, y todas las incógnitas del universo se revelaron en ese momento.

Era amor. Era destino. Eran las estrellas alineándose para ellos.

## NOTA DE LA AUTORA

La inspiración surge en cada esquina, en cada mirada. En una simple respiración. Si una historia necesita ser contada, busca cualquier resquicio, cualquier grieta por donde colarse y llegar a los lectores, esperando, paciente, a que los escritores seamos lo bastante suspicaces para darnos cuenta de que está ahí, y que necesita que le demos voz. Eso es lo que ocurrió con 'Una mirada azul en un andén'. Una historia que buscó un tatuaje, sí, un tatuaje, para hacer que me fijara que ahí había una historia que pugnaba por ser escuchada. Así que ahora, si aún tienes ánimos para seguir leyendo, te voy a contar cómo surgió todo.

Todo empezó con un precioso tatuaje de un compañero de trabajo del hotel alemán donde realicé las prácticas. Acababa de dejar mis maletas en la habitación que me habían asignado, y me dirigía a la habitación de mi compañera para charlar un rato, cuando vi a un chico caminando de espaldas, cargado con bolsas. Caminaba ágil, con gracia, y su ceñida camiseta blanca dejaba al descubierto unas grafías orientales tatuadas en los antebrazos que iban desde las muñecas hasta los codos, y la curiosidad empezó a trepar por mi cabeza. ¿Por qué se los había hecho justo en esa zona, si lo más común sería habérselos hecho justo en la otra parte del antebrazo, donde la piel es menos delicada? ¿Se los habría hecho por una chica, o fue por seguir una moda? ¿Intentaba tapar una cicatriz? ¿Qué querían decir esas letras? ¿Qué significado podrían tener para él como para tatuárselas? ¿Por qué, por qué, por qué...? Las preguntas se acumulaban en mi cabeza.

Jamás supe la respuesta. Él era cocinero, bastante parco en palabras, y yo nunca reuní el valor necesario para preguntárselo. Así que hice lo que hacemos todas las soñadoras. Inventé una preciosa historia de amor para él, y mi imaginación me regaló a la chica perfecta para ese fantástico viaje. El resto de los personajes surgieron solos, para acompañarles en esta aventura, según se complicaba la trama, hasta hilar una historia de amor que espero te haya emocionado.

Si he conseguido que esos tatuajes te hipnotizaran como lo hicieron conmigo, he cumplido mi objetivo. Si no lo he hecho, espero no fallarte la

próxima vez. Nos veremos en la próxima aventura. Gracias por leer. Gracias por estar ahí.

Facebook: <https://www.facebook.com/yaiza.castro.73>

Instagram: <https://www.instagram.com/yaizacastrowriter/>

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)

Capítulo 33

Epílogo

NOTA DE LA AUTORA